



Estefania  
Scioli

Un  
matrimonio  
para  
enamorarse

**Un matrimonio para enamorarse**

**Porque el amor es amor solo si es  
correspondido.**

**Estefanía Scioli**

Bubok Publishing S.L., 2018

1ª edición

Impreso en Argentina/*Printed in Argentina*

*Para mí mamá,  
porque la voy a amar hasta la eternidad.*

*Cronología (Lyrics)*

*Si el sol de la mañana  
acaricia tu color.*

*Cuando ríes, cuando amas,  
búscame en tus fotos, búscame.*

*¡Búscame!*

*Cuando comiences tu día  
y lo endulces con tu voz.*

*Cuando todo esté en tu vida,  
búscame en tus fotos, búscame.*

*¡Búscame!*

*Cuando sientas la nostalgia,  
cuando el tiempo avanzó,  
cuando estés lejos de casa,  
búscame en tus fotos, búscame.*

*Si la Luna te confiesa  
los secretos del amor.*

*Cuando sigas tu cometa,  
búscame en tus fotos. Búscame.*

*Si el destino nos aleja,  
búscame en tus ojos y estaré.*

*René López.*

## **Sinopsis**

Faustina Rizzi, una treintañera amante de las fotografías de bodas y muy devota del amor, cree estar atrapada en un matrimonio arreglado por causa de uno de los tantos negocios fraudulentos de su padre cuando la ofrece como garantía de una deuda a una familia muy adinerada de la provincia de Mendoza a cambio de un poco más de tiempo.

Y cuando ella solo desea salvarlo una vez más de sus errores, llenándose de rencor, odio e inseguridad, conoce a la familia D'angelo y esos sentimientos van quedando atrás al darse

cuenta de que en la “Finca Elena” puede encontrar la libertad y por qué no, el *amor* hacia una *nonna* bastante divertida y particular, unos suegros muy sabios que la tratan como a una hija y un hombre que le roba el corazón antes de saber que iba a ser su esposo.

Así mismo, Rafael, apasionado por la ley y considerado el Diablo ante un juez, le regala no solo las alas que ella siempre anheló, sino que también le concede un amor sincero, compañerismo, fidelidad y exclusividad. Y a su vez, la beneficia con una historia de vida que le permite aprender a vivir sola tanto con tristezas y felicidad, recaídas y aprendizaje, recuerdos para olvidar y metas por cumplir.

¿Y quién dijo que la familia no se elige? ¿Quién aseguró que el dolor es solo un sentimiento y no una herramienta para crecer y madurar? ¿Quién afirmó que se necesita de un hombre para llegar a ser la mujer que siempre deseamos ser? ¿Y quién murmuró que las segundas vueltas no son las mejores?

*Rebotar. Superar. Transitar. Y avanzar pese a todo.*

**“Un matrimonio para enamorarse”**, captura la esencia de una historia de amor esperada y valorada, muestra cómo una pareja es capaz de luchar contra vientos y mareas para poder formar una familia y lograr así, lo que siempre desearon.

Porque el amor es amor solo si es correspondido.

# 1

## La peor mentira.

Aeroparque Jorge Newbery, Buenos Aires.

*Carajo, era ella.*

Había elegido estratégicamente los asientos del avión para poder conocerla. Si iba a casarme con alguien que no amaba, por lo menos tenía que armarme de las herramientas necesarias para saber qué tipo de mujer iba a meter en mi vida. ¿No? Sabía quién era, pero necesitaba corroborar que no era igual a su padre.

Cuando la vi caminando hacia mí por el estrecho pasillo del avión en clase ejecutiva, no solo tuve que aflojar mi corbata y el primer botón de mi camisa, también el saco de mi traje porque no podía respirar, me ahogaba. Siempre fui un hombre que me jacté por mantener mis expresiones escondidas, sin embargo, la impresión que me causó conocerla en persona, me descolocó.

Sí, en fotos era preciosa, pero personalmente más. Nunca había visto a una mujer con el pelo naranja natural, ondulado y largo hasta la cola. No pensé que su nariz respingada y las miles de pecas en todo su rostro iban a parecerme exóticas hasta el punto de querer acariciarlas. Jamás imaginé que esos labios delicados que, tantas veces le hice zoom en mi puto teléfono, iban a bloquearme de esa forma. Y su cuerpo de un metro sesenta y algo estaba diseñado para mí. La forma en que esa remera blanca le marcaba las tetas y... tuve que volver a respirar, debo admitirlo. Me sentía furioso. ¿Cómo era posible que una mujer fuera tan perfecta con la basura de padre que tenía?

Y cuando llegó hasta nuestros asientos, ni siquiera se fijó en mí. Sonreí porque me sentí frustrado. Pero al ver su rostro, me di cuenta que estaba enojada y aturdida, tanto o más que yo. El ceño fruncido no le quedaba bien... *oh mierda*, cuando estiró su cuerpo para guardar la valija de mano, vi un arito en su ombligo. Una simple argolla de plata traspasaba su piel tan blanca como la leche. Sí, así de desesperado estaba por ella. De pronto, quería saber cada

detalle de su cuerpo, me había olvidado de mi propósito y eso no era bueno. ¡No podía distraerme!

Traté de acomodar mi cuerpo porque el asiento me estaba apretando. En ese instante, con Faustina a mí lado, el avión era más pequeño. Respiré otra vez para concentrarme y el perfume que usaba se impregnó en mi nariz.

—Rebotar. Superar. Transitar. Avanzar... —repetía sin cesar en voz baja.

Y como no estaba acostumbrado a dejar pasar las oportunidades y ella no tenía problema en conversar, le pregunté:

—¿Me hablaste?

—Resiliencia... proviene del latín y significa rebotar, superar, transitar, avanzar... —*lo sé, preciosa*—. Me estoy volviendo loca, nunca viajé en avión. ¡Nunca! Y resulta que todo es más complicado. Estoy mareada, no pude desayunar, ni siquiera tuve tiempo para tomar un café y por lo menos podrían haberme pagado un asiento en primera clase. ¡¿No?! Se supone que tienen muchísimo dinero y voy a formar parte de su familia. Lo mínimo que podrían haber hecho era hacerme sentir cómoda. ¿Qué estoy diciendo? Yo no soy así, ni siquiera me importa, ni siquiera conozco lo que es viajar en primera clase. Acaso, ¿existe la primera clase en vuelo de cabotaje?

Sonreí porque era una máquina parlanchina. Hablaba muy rápido, sin tartamudear y confundirse. ¡Y por supuesto que yo también estaba incómodo!

—¿Vas a casarte? Felicidades —*¿Qué hijo de buena madre!*

—Siempre pensé que iba a hacerlo estando enamorada, mis amigas haciéndome una despedida de soltera... ¡Todos felices y contentos! Pero no, no estoy feliz, ni contenta, ni siquiera enamorada. ¡No lo conozco! ¡¿Y si es un gordo atrevido que quiere propasarse conmigo?! Es decir, estaría en todo su derecho, pero ¿no se supone que vivimos en el siglo veintiuno? Las personas ya no se casan por conveniencia. ¿Dónde están aquellos que quieren hacerlo por amor?

—¿Por qué no te opusiste?

—Los inocentes no huyen —su contestación me gustó, pero lo que siguió, me aturdió—. Además, lo hago por mi papá. ¿No es raro que llore delante de personas que no conozco por alguien que tampoco conozco?

Me animé a mirarla y sonreía con tristeza. Sus preciosos ojos celestes se aguaron y pestañó varias veces para que las lágrimas desaparecieran. No lo logró y me sentí culpable. Sí, yo era parte de toda esa mierda.

—Es triste —contesté, porque de verdad lo pensaba.

—Es algo habitual salvarle las papas del fuego. Alcohólico, ambicioso, malo para los negocios, sin corazón y mujeriego. Supongo que, con veintinueve años a su lado, tendría que estar acostumbrada, pero no lo estoy. Hoy es el día más triste de mi vida.

No fue un error llevarme por mis sentimientos porque rara vez aparecían y cuando lo hacían, les prestaba atención. Además, iba a casarme con esa pelirroja.

—Mi papá cree que soy gay —mentí para hacerla sentir un poco mejor.

—¿Lo sos? —preguntó y la miré. Me observaba con cierta picardía y eso también me gustó.

—¿Lo parezco? —levanté la mano y quebré mi muñeca en el aire.

Por primera vez, ella se rió. Sí, sus cuerdas vocales habían hecho un sonido tan inesperado que me dejó pensando. Fue ahí cuando conocí su risa y supongo que desde ese momento, me enamoré.

—No, no lo parecé. Y perdón, pero creo que estás más complicado que yo. Quise ser sincero, decirle la verdad. Bueno, una parte.

—Lo estoy, señorita. Mi padre cree que con treinta y seis años soy un solterón homosexual, cuando lo único que quiero es encontrar a la mujer correcta. Hoy en día, el amor se basa en lo material y no quiero eso para mí, pero él no lo entiende. Insiste en que debería formar una familia porque los años pasan y mis espermatozoides se vuelven viejos, sin fuerza y sin relleno. Básicamente, si me dejo llevar por sus comentarios, puedo llegar a ser una pistola sin cargar.

Esa vez, su risa sonó más fuerte. Lo vi como un punto a mi favor.

—No sos viejo, estás en la edad correcta para empezar algo. Bah, quién soy yo para decírtelo. En dos días voy a estar casada y vaya uno a saber por cuánto tiempo. ¿Y si de verdad pretende forzarme para tener hijos? ¡Siempre quise ser mamá, pero no de esta forma! Yo solo soy algo así como una garantía para un departamento —eso me noqueó, porque jamás quise que ella se sintiera así—. Soy un simple depósito que van a devolver cuando mi papá salde su cuenta. ¡Ay, es terrible! Mi amiga me dijo que debía escapar, pero si lo hago, tal vez esos hombres mafiosos matan a mi papá.

¡¿Qué?! ¡¿Yo era un hombre mafioso?! ¡¿De qué mierda estaba hablando?  
¡¿Qué le había dicho su padre de nosotros?!

—¿Puede traerme un whisky?

¿Iba a desayunar whisky? ¡¿En serio?!

—Perdón, señora, pero no podemos servir bebidas hasta que el avión haya despegado. Abróchese el cinturón, por favor.

—¿Te gusta el whisky? —pregunté para salir de la duda y ella sonrió.

—Sería el colmo, ¿no?

Suspiré, aliviado.

—Decímelo vos.

—Entre nosotros, me molestó que me diga señora. Y no, nunca lo probé, pero podría llegar borracha, ¿no? Tal vez lo asusto un poco y no quiere casarse conmigo. ¡¿Qué le pasa a la gente?! Todavía me cuesta creerlo. Me voy a casar por plata.

¿Quería asustarme? Mierda, ese viaje en avión iba a ser el mejor de mi vida.

—¿Qué te parece si me contás algo de tu vida? No sé, tal vez te ayuda a distraerte.

Se acomodó, respiró con fuerza y clavándome los ojos, dijo:

—Soy fotógrafa, trabajo en bodas. ¡Es el karma! —los dos reímos porque me pareció el comentario más acertado—. ¿Sabés qué pienso? Yo quiero esa felicidad para mí, me la merezco. Quiero sonreír cuando esté caminando hacia el altar porque él no puede creer lo hermosa que estoy, porque no entra en su cabeza cómo hizo para enamorar a esa chica que siempre creyó en el amor. ¿Café o té?

Sí que sabía cómo cambiar de tema.

—Café. ¿Vos?

—Café con leche descremada, crema y azúcar.

—¿Qué? ¿Por qué le ponés leche descremada con azúcar y crema? ¿Es una balanza?

—Por supuesto, si le pongo leche descremada puedo ponerle azúcar y crema.

Me gustaba. Faustina me gustaba tanto como el café con leche y crema. Y sí, yo sabía que ella prefería el café con leche, que era fotógrafa y hacía un trabajo increíble, era muy conocida en el ámbito de eventos porque su desempeño y talento para capturar la magia y la espontaneidad entre la pareja,

era perfecto. También sabía que prefería la playa antes que las montañas, y que, todas las noches, se tomaba una copa de vino tinto. Había investigado en su página web, *Facebook* e *Instagram* con una cuenta falsa, por supuesto.

—¿Comida casera o comer afuera?

—Comida de afuera en casa —susurró sin pensarlo dos veces—. Me gustaría ser más feliz.

—Entonces, tenés que serlo —contesté—. Hacé lo que necesites para que eso suceda, para ser feliz.

No me sentí hipócrita, al contrario.

—¿Sabés qué? Las cosas que nos hacen felices, tendrían que ser eternas, durar para siempre.

—No coincido —retruqué—. Nadie necesita escalar el Everest dos veces.

—Yo sí. Estoy siendo valiente, al enfrentarme a este gran problema, estoy siendo más valiente que nunca. Es como un progreso en mi vida... nunca hice nada por mis propios medios y... no sé. Estoy loca... no me hagas caso.

—Entonces, nunca te arrepientas de ser valiente —me puse de su lado porque tenía razón—. Mirá, el mensaje que le des a esta familia puede ser directo o indirecto, pero siempre se entiende igual.

Me miró de tal forma que me desconcertó.

—Una vez leí que la única manera de superar algo es probando algo nuevo. Y no estoy lista... no estoy lista para ver algo nuevo en todo esto.

—¿Por qué no? —estaba intrigado.

—Porque después, ya no hay vuelta atrás.

Ese comentario, me arruinó.

—Una vez, hace unos minutos atrás, una chica me dijo que la gente inocente no huye. No tenés por qué escaparte, enfrentá esto hasta que... —el sonido de mi celular nos interrumpió—. Disculpame, tengo que atender —deslicé mi dedo por la pantalla y lo puse en mi oído—. Clarisa, estoy por despegar.

—Hubieras apagado el teléfono. ¿Vas a aceptar el caso que te presenté?

—No, es un mal movimiento —miré la ventanilla porque tal vez, de esa forma, mi futura esposa no escucharía la conversación.

—Vamos a aceptarlo.

—Vamos a perder tiempo, dinero y reputación. No te contraté para esto,

Clarisa. No hago beneficencia.

—¿Cómo sabés que vamos a perder?

—¡Porque es mi trabajo saberlo! Su medicamento contra la Esclerosis Espinal mató a tres niños...

—La EE es incurable y todos los nenes que están bajo ese medicamento, van a morir igual.

No podía creerlo. ¿De verdad?

—Decime que ése no es tu argumento para defenderlo. ¡¿Cómo me engañaste de esa forma cuando te contraté?! —suspiré, olvidándome de mi acompañante. Tiré la cabeza hacia atrás y cerré mis ojos porque no era momento para tener esa conversación—. Es decir que, si este medicamento los mata más rápido, ¿es un tipo de beneficio para sus familiares?

—No, nuestra defensa es que todos esos alegatos son falacias.

—Clarisa, este tipo llevó el caso a veinte estudios y ninguno quiso aceptarlo porque saben que van a perder.

—¡Por eso precisa de mi ayuda! Necesita que alguien crea en él...

—¡Entonces, defendelo vos! ¿Por qué confiás tanto en él?

—¡Porque vivimos juntos el tiempo suficiente para saberlo! Te espera mañana a las diez para una teleconferencia. ¡¿Escuchaste cómo golpeé mi martillo?! No, porque no soy jueza, pero sí una abogada que trae clientes nuevos todos los días a tu estudio. Así que, te guste o no, vamos a trabajar para él.

—¡No puedo pedir este tipo de favor a un fiscal si después tengo que devolverlo!

—Es tu trabajo ganar este caso, cueste lo que cueste, sea como sea.

Y me cortó. La hija de puta me cortó y para peor, me obligaba a hacer algo que yo no quería. Si existía una persona terca en el mundo, era ella. Apagué mi teléfono y lo guardé en el bolsillo interior de mi saco.

—¿Sos abogado? —preguntó, mientras sonreía. ¿Por qué esa sonrisa?

—Sí, ¿vos también querés que te labore gratis?

—¿Lo harías? Es un chiste, te pagaría. ¿No es un delito obligar a una persona a casarse con quien no ama?

¡Yo nunca la obligué a hacerlo!

Mi error fue no contarle desde el principio cómo habían sido las cosas.

—¿Tenés pruebas contundentes que lo demuestren?

Sonrió otra vez.

—¿Mi casamiento?

—No es suficiente, señorita. Necesito más. Documentos firmados, archivos, mensajes de texto, grabaciones de voz o videos en los cuales tu papá se encuentre hablando con tu futuro esposo o suegro sobre un matrimonio arreglado. Y además, ¿irías a juicio en contra de tu familia?

La vi meditar unos segundos, luego negar con la cabeza y finalmente, sonrió tristemente. No podía creerlo, ¿todavía estaba a favor de su papá?

—Supongo que voy a tener que soportarlo el tiempo que sea necesario y ver qué pasa.

No podía ser tan malo. ¡Estaba hablando de mí!

—Tal vez te termine gustando... o mejor aún, enamorando.

—¡Imaginate, un matrimonio para enamorarse! No, gracias, los odio. Lo odio y pretendo hacerle la vida imposible. No tiene idea con quién se metió.

Quise reír, pero no lo hice. La conversación iba en serio.

—Odiar es algo muy fuerte y no creo que tengas el temperamento para lograr ese tipo de sentimiento. ¿No?

—¿Por qué siento que me conocés mucho?

*Mierda.*

—Y decime cómo le harías la vida imposible. ¿Mirando televisión hasta tarde, dejando los platos sucios por una semana, no te bañarías por un mes? ¿Qué harías?

Entonces, su risa irónica me afectó. No quería que piense nada malo de mí, quería causarle una buena impresión.

—Sos tan machista como nuestros padres, tuve que darme cuenta de eso por la forma en que le hablabas a tu compañera de trabajo. ¿De verdad creés que no limpiar una casa es lo único que puede hacer una mujer para cagarle la vida a alguien? ¿Es eso lo primero que te vino a la mente?

Por supuesto que no, yo solo quería ser gracioso.

—Perdón, no quise decir algo así. Solo pretendía hacerte reír, entiendo que es un momento complicado...

—Tengo miedo de que sea... violento —me quise morir—. Nadie se da cuenta de la magnitud de este problema. Mi papá cree que estoy loca por pensar así porque él no está en mi lugar. Pero estoy más preocupada por mí que por lo que le puedan hacer a él si no paga. Y a la vez pienso que estando lejos de él me voy a sentir mejor. Y es irónico porque... estoy haciendo esto por él, cuando ni siquiera se fijó en lo que realmente deseo para mí. ¿Qué va a pasar con mi trabajo? ¿Y con mi vida? Tengo miedo de tener miedo, porque no tengo idea de qué va a pasar conmigo, cómo voy a ser tratada por él o por su familia.

Entonces, me di cuenta de que, además de alcohólico, mujeriego, ambicioso, sin corazón y malo para los negocios, era violento con ella. ¿Ese era el motivo por el cual su madre los había abandonado?

—Sos sincera y esa es una virtud que admiro.

Y para mí mala suerte, ella me sonrió como si estuviera agradecida por poder hablar conmigo, por confiar en mí, por entenderla y ponerme en su lugar y eso me terminó de destruir. ¿En qué lío me había metido?

—Toda mi vida tuve sueños y juro que corrí lo más rápido que pude para atraparlos y conseguirlos a todos, uno por uno. Y me da tanta pena la gente que jamás soñó y deseó tanto algo... —permaneció unos segundos en silencio y yo solo quería que siguiera hablando—. ¿Nunca te pasó estar escuchando a una persona hablar de sus pasiones, o de algo que le gusta mucho, ver cómo su cara se ilumina y sus palabras salen sin pensar y de pronto te pide perdón por si te está aburriendo o porque se emocionó demasiado? Eso me da pena... porque seguramente alguien, alguna vez, le dijo que eso no le interesaba... nadie debería disculparse por querer hablar de esas cosas que le gustan. Afortunadamente siempre existe otra persona, otro día, otros sueños, otras risas y... otras cosas. También para mí existen otras cosas.

Ella estaba sufriendo por culpa de su padre y me sentí tan basura como él por aceptar. Yo era parte de todo eso. Sí, traté de persuadir a mi papá diciéndole que era todo una locura, pero cuando me dijo que el propio padre de Faustina la entregó como una garantía de que iba a devolver el dinero, enloquecí. Esa mujer no merecía un padre como él, ni siquiera la quería. Ella merecía seguir cumpliendo sus sueños... ella merecía vivir con libertad.

—Perdón —esa palabra se me escapó—. Lo siento —y esa también.

—¿Por qué? Vos no tenés nada que ver, solo sos una víctima más de toda esta mierda, un pobre tipo que solo está escuchando a una chica en un avión...

ni siquiera sabés mi nombre.

—Lo bueno es que ya despegamos y ni siquiera te diste cuenta.

—¿De verdad?!

Tuve que tirarme hacia atrás porque Faustina desabrochó el cinturón y pasó todo su cuerpo por encima del mío. Su axila izquierda había quedado a la altura de mi nariz y por un segundo me perdí en su aroma. Me dediqué a sentirla y a disfrutarla antes de que sepa toda la verdad. Antes de que empiece a odiarme.

Ella iba a odiarme. Ya podía sentirlo. No tuve que ir por atrás, pero tenía una hora para revertir la situación, tal vez le explicaba y ella lograba entenderlo. Era abierta de mente y si podía caerle bien, hasta podíamos ser buenos amigos y tener un matrimonio feliz hasta que decidiera dejarme.

—¿Sos un buen abogado?

Abrí mis ojos y Faustina estaba sentada de costado, tenía tanta tranquilidad en su rostro que me abrumó. Estaba despeinada, sus ojos brillaban y...

—Sí, soy bueno.

—Supongo que todos en tu familia están muy orgullosos.

—Todos somos abogados y continuar con el legado, ya es un orgullo.

La sonrisa que tenía impregnada en sus labios me estaba volviendo loco.

—Hay tantos abogados que debe ser difícil destacar.

Sonreí porque ella siempre me dedicaba un cumplido. Me provocaba cierta ternura.

—En mi caso es diferente porque mi familia adquirió mucho prestigio a lo largo del tiempo. Mi bisabuelo, mi abuelo, mi papá y ahora yo.

—Traspasaron el tiempo —susurró y no supe qué decir—. Me encantaría tomarles una foto a los que estén, sería un buen cuadro familiar.

Me quise morir por segunda vez desde que la había conocido. Pero entonces, recordé que no la estaba metiendo en ninguna prisión, ella a mi lado iba a ser una mujer libre, más libre que cualquiera. Estaba en mis planes brindarle una vida feliz, regalarle mi fidelidad y compañerismo hasta el momento en que Faustina decidiera terminar porque sabía muy bien que, en cuanto me pidiera el divorcio, iba a dárselo. Yo no solo había aceptado el compromiso de casarme con ella, también quería liberarla de la manipulación de su padre.

Cuando le dije que sí a mi papá, sentí que juntos podíamos ser libres y solo hacía falta un poco de tiempo para que ella lo entendiera como lo hice yo. Solo debía comprender que nunca había estado en su contra, al contrario, estaba de su lado.

Y frente a ella, me hice un juramento: Miguel Rizzi, un estafador de primera mano, no iba a acercarse nunca más a su hija porque ahora me pertenecía. Estaba loco, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

—¿En qué pensás?

—Tal vez deberías darle una oportunidad.

—¿A quién?

*A mí.*

—A tu futuro esposo. Miralo por este lado, las cosas siempre pasan por algo...

—Y me lo dice un abogado.

—Sí, te lo digo yo. No te estás hundiendo, te estás salvando de todo lo que conlleva estar cerca de tu papá. Ya no vas a tener que hacerte cargo de...

Dejé de hablar porque Faustina se puso tan seria que me asustó.

—Vos y yo deberíamos escaparnos.

Hacía mucho tiempo que no deseaba algo con tanta fuerza, y en ese instante, escaparme con ella era lo que más quería.

—Te estás por casar.

Hasta soné un poco enojado. ¿Ni siquiera me conocía y ya me quería engañar y peor, abandonar?

—Por eso mismo, haríamos un buen equipo.

*Un buen equipo.*

Negué con la cabeza porque había esperanza en su voz. Y me rendí, caí hacia adelante y pegando mi frente contra la butaca, dejé escapar todo el aire. Ella hablaba en serio, quería escaparse conmigo, con un tipo que conoció en un avión porque estaba desesperada. Pero yo tenía un acuerdo, un trato, una promesa y siempre cumplo mi palabra. Entonces, decidí decirle una parte de toda la verdad.

—Yo también estoy por casarme.

Enderecé mi cuerpo y fui partícipe de la desilusión que se aferró a su

cuerpo porque la última puerta de salida se había cerrado. La tristeza se apoderó de sus ojos y...

—Perdón, no lo sabía. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿La amás?

—No, pero me gusta mucho. Y creo que vamos a llevarnos muy bien.

—Bueno, por lo menos, uno de los dos va a ser feliz. Seguramente vas a amarla, si te gusta tanto como decís, al final vas a quererla y ser feliz.

Rogué que tuviera razón.

—Sí, ojalá ella sienta lo mismo.

Me pregunté si podía ser posible que me haya enamorado en un vuelo de cabotaje.

—Bueno... yo... te pido perdón porque estuve coqueteando con un hombre que se está por casar y yo... yo también y... me voy a girar para allá... tengo que... tengo que pensar un rato.

Me dio la espalda y en los cuarenta minutos restantes, ni siquiera una vez se dio vuelta a mirarme. Esa fue la primera vez que la defraudé. ¡¿Qué había hecho?! ¿Por qué no pude enviar a alguien en mi lugar? ¿Por qué siempre tenía que hacer el trabajo más pesado? Ella no era un trabajo, iba a ser mi mujer, pese a quien le pese.

Traté de concentrarme con trabajo. Debí hacerlo porque si no iba a volverme loco. El único consuelo que tenía era la certeza de saber que iba a volver a verla, que iba a casarme con esa pelirroja que corría en mis sueños y que nunca podía alcanzar. Seguramente, todo lo que pasaba por mi mente era lo contrario a lo que ella pensaba. Y sonreí porque, a pesar de todo, sabía que le había gustado y eso era bueno. Faustina se sentía atraída por mí y tal vez, las cosas podían resultar bien. Ella no era como su padre y eso me alivió.

Anunciaron que debíamos abrocharnos el cinturón, guardé las carpetas en mi maletín y dejándolo bajo mis pies, lo abroché. Faustina, a mi lado, enderezó su cuerpo, se peinó un poco y esperó a que el avión aterrizara.

Cuando todos aplaudieron por el exitoso viaje, todo pasó en un segundo, hasta me costó asimilarlo. Ella me apretó las mejillas con sus manos y me besó. Debo admitir que tardé en responderle porque su beso era suave, húmedo y un poco desesperado... como si estuviera tan loca por mí como lo estaba yo. Le respondí tarde, pero le respondí. Abrí mis labios y una de mis manos viajó a su cintura para apretarla, no quería que terminara, no quería alejarme porque sabía que ella suponía que nuestro beso significaba no verme

nunca más, una despedida, un final.

Y con un suave chupón que endureció más de una parte de mí cuerpo, dejé que se alejara de mí.

—No podía despedirme sabiendo que, si no te besaba, iba a arrepentirme toda la vida —susurró y su sonrisa tímida me amargó más que cualquier otra cosa en el mundo.

¿Qué había hecho con esa mujer?

Y de esa forma, observé cómo mi futura esposa, la mujer que iba a vivir conmigo, que caminaría hacia el altar vestida de novia, agarraba su valija y se alejaba de mí, sin saber que había besado al hombre que más odiaba.

**Sapo de otro pozo.**

*Soy una persona resiliente. ¡Soy una persona resiliente!*

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.* Repetía dentro de mi cabeza una y mil veces, tratando de convencerme.

—Soy una persona resiliente —susurré, secándome las lágrimas.

—Señorita, ¿necesita un poco de agua? —me preguntó el chofer del auto, al verme llorar de esa forma.

*No soy una persona resiliente.*

—No, no... ya se me va a pasar.

Pero por más que lo intentara con todas mis fuerzas, el hipo, la angustia y la congoja que tenía dentro de mi pecho, no iban a parar. Era imposible. No tenía la fuerza necesaria para respirar y poder hacerle frente a todo lo que estaba por pasarme. No estaba preparada.

Tenía miedo. Estaba muerta de miedo porque no sabía qué iba a pasar conmigo, tenía que conocer a todas esas personas que querían arruinar mi vida y no tenía idea de cómo enfrentar tanto desastre. Y si sumaba la vergüenza que pasé en el avión frente a ese hombre que besé y le pedí que nos escapáramos juntos... ¡Ay, Faustina!

¿En qué estaba pensando?

—Señorita, ¿puedo decirle algo sin que se ofenda?

Sonreí porque el pobre hombre que manejaba estaba más interesado por mí que por el camino.

—Sí, claro —contesté y me senté en el medio del asiento trasero.

El chofer parecía tener unos setenta años, me lo decía su pelo blanco, las

arrugas en su rostro, el respeto que usaba para referirse a mí.

—Trabajo para la familia D' Angelo hace más de cuatro décadas y déjeme decirle que es un placer servirles. Son buena gente, respetuosos con su personal, sensibles ante una tragedia, bondadosos ante la pobreza, pero sobre todo, son humanos y le prometo que nunca harían nada para lastimar a nadie. Menos a usted, señorita. No llore más —me tendió un pañuelo blanco y lo agarré porque parecía bueno.

No sé por qué, pero desde un principio, confié en ese hombre.

—Es que... tengo miedo. No sé por qué están haciendo esto y...

—No es contra usted, ¿señorita...?

—Faustina.

—Señorita Faustina, los señores de la casa la están esperando y le prometo que están ansiosos por conocerla. La madre de Hugo, Elena, es la mujer más dulce, graciosa, cascarrabias y simpática de la finca. Y el señorito Rafael es un caballero. Sí, son personas de dinero y de mucho poder, pero son buenos.

Entonces, si eran buenas personas, ¿por qué me estaban haciendo eso? ¿Por qué me obligaban a casarme por dinero? ¿Por qué le habían pedido a mi papá que me mudara con ellos y me casara con su hijo hasta que salde la deuda? ¿Por qué me habían comprado?

—No les tenga miedo, lo peor que le puede pasar es sentirse acorralada como una oveja. Ellos no son el lobo y usted no es una pobre oveja, señorita. Y ahora, si me permite, aprecie la ruta, mire los árboles, la forma en que se abren ante el camino, el túnel precioso cubierto por la nieve blanca, escuche el silencio. ¿Conocía la nieve, señorita Faustina?

No iba a poder escuchar el silencio si seguía hablando tanto, pero no me importó. Ese hombre estaba haciendo lo posible para que me olvidara un rato del motivo por el cual estaba conociendo la nieve.

—No... no la conocía.

Sorbí mi nariz y vi el túnel. Vi ese precioso paisaje. Mis lágrimas entorpecían todo, así que, con la ayuda del chofer, pude sentirme un poco mejor. Por lo menos sabía que alguien era bueno. ¿No? Me aferré tanto a él que lo sentí mi amigo.

—¿Cómo se llama?

—Eusebio. Por favor, no me trate de usted.

—Entonces, vos tampoco.

—De acuerdo, Faustina. ¿Ves esas montañas? Son la postal de San Rafael de Mendoza, la provincia más linda de Buenos Aires. Y en la Finca Elena, vas a encontrar la viña más jugosa y violeta... ellos, además de ser abogados, son dueños de la marca de vinos *Nonna Elena*. ¿La conocés?

Qué chico era el puto mundo.

—Sí, lo tomo todas las noches.

—Qué coincidencia. Mirá, ahí está la Finca Elena.

Los portones de rejas negras se abrieron cuando Eusebio apretó un botón del control remoto y un camino de cemento cubierto de árboles blancos me iluminó. Era increíblemente hermoso. Era una foto en movimiento y me enamoré. Si el amor de verdad existía, estaba ahí.

De pronto, me dieron ganas de caminar por esa calle y...

—Eusebio, frená.

—¿Cómo?

—Quiero que pare acá. Quiero caminar hasta la finca.

—Pero son dos kilómetros, Faustina.

—No importa... prometo que no me voy a escapar, solo quiero caminar. Necesito caminar.

—Como usted ordene.

Frenó el auto y después de ponerme la campera de abrigo negra, la bufanda del mismo color y colgarme la cámara al cuello, abrí la puerta y bajé. El aire fresco y seco me golpeó y sentí la fuerza de la naturaleza infiltrarse a través de mis poros.

¡Y eso que estaba al lado del camino era nieve!

—¿Estás segura, Faustina?

—Sí, hombre. Voy caminando, vaya tranquilo. ¡De verdad! —insistí cuando lo vi dudar.

—Está bien.

El auto comenzó a andar y respiré. El vapor comenzó a salir de mi boca y sonreí porque eso que estaba al lado del camino, de verdad era nieve. ¡Nunca la había visto! Nunca había tocado un poco de nieve, excepto la que se juntaba en el fondo de la heladera.

Me acerqué y la toqué. Fría, tan fría. Hice una pequeña bola en mí mano y empecé a caminar. El lugar era tan grande que no llegaba a ver el final. Elegí seguir mi camino por el medio de la calle y de pronto, la idea de vivir unos días ahí no me resultó tan descabellada, no me asustó tanto como pensaba.

—El *señorito* Rafael en San Rafael de Mendoza... qué poca imaginación —hablaba sola. En realidad, me hablaba a mí misma.

Le quité la tapa a la cámara, la encendí, miré a través del visor, ajusté el lente, fijé mí objetivo y disparé hacia el camino que se abría delante de mis ojos. También me acerqué a la nieve y le tomé fotos de cerca por si le daban ganas de desaparecer. Tenía tanta mala suerte que seguramente, al día siguiente, dejaba de nevar. Tomé fotos de los árboles blancos, de unos caballos que paseaban por ahí, una vaca con un ternerito chiquito y una oveja pelada vestida con un suéter de lana rosa. Largué una carcajada tonta, de esas que hacía mucho no escuchaba y me sorprendí.

—Pobre oveja, qué ironía.

Seguí caminando, llenando la memoria de mi cámara con cientos de fotos. Juro que disfruté cada paso que di, mientras cada segundo que pasaba me acercaba más a lo que temía. Conocerlos, preguntarles por qué estaba ahí, si había otra forma de pagarle que no sea casándome con su único hijo, si existía la posibilidad de alargar la fecha del casamiento, si...

Entonces, recordé a ese tipo del avión. Lo tonta que fui al contarle toda mi vida en un segundo, lo estúpida que me sentí al demostrarle cómo me cayó la noticia de que también iba a casarse y yo ni siquiera lo conocía. No tuve el coraje de preguntarle su nombre porque sabía que, si llegaba a conocer a cualquier persona que se llamara igual, iba a acordarme de él. Me gustó, no voy a mentir, me sentí atrapada por él desde el primer momento en que lo vi. Bien peinado, con traje gris claro, recién afeitado y sabía que nunca iba a poder olvidarme de esos ojos azules. Tan azules como el cielo, como el mar que aparece en esas fotos que vemos por Internet. Su voz gruesa y un tanto oscura con un acento extraño del interior, sus manos con dedos largos y uñas prolijas.

Y cuando me di cuenta, el camino se abría hacia ambos lados y me regalaba la visión de una mansión inglesa de dos pisos increíblemente preciosa. En la planta baja, conté catorce ventanas blancas más la puerta principal, las grandes paredes cubiertas por un arbusto que conocía: "*La enamorada del muro*", teníamos algo en común, creíamos en el amor, éramos tan fuertes que

nos aferrábamos pegando nuestras raíces a eso que tanto queríamos, ella a una pared, yo a un hombre. Pensé que, seguramente, llevaba mucho tiempo trepándose y fijándose, porque sus hojas verdes, que por la helada estaban opacas, ya habían llegado a la primera planta. Habían rodeado las puertas y ventanas, cubriendo columnas y postes de los balcones de las habitaciones. Esa *enamorada* sí que sabía cómo aferrarse a lo que quería.

En ese nivel, conté diez puertas ventanas que, seguramente, regalaban la mejor vista de la finca cubierta por la nieve. El segundo, en cambio, era una terraza enorme encerrada por barandas del mismo material que la propiedad, hasta podía ver las chimeneas despidiendo humo. Era un palacio, sí, definitivamente era un mini palacio, fue ahí cuando sentí que no iba a encajar. Yo no estaba acostumbrada a eso, nunca había vivido en un palacio... bueno, tampoco era un palacio. Y sin saber qué hacer, me quedé parada a unos cincuenta metros y miré hacia arriba. Había alguien observándome, una sombra de una persona bajita... rogué que el *señorito* Rafael no fuera enano. No tenía nada en contra de la gente bajita, pero no quería que mi supuesto príncipe azul me llegara a la cintura.

Respiré con fuerza, mientras me alejé unos cincuenta metros más, agarré mi cámara, ajusté el lente y tomé una foto de la mansión. Era digna de una postal. *Finca Elena.*

—¿Faustina?

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

Una mujer de unos sesenta años había dicho mi nombre, estaba de pie en la puerta principal. Vestía un pantalón claro y un suéter del mismo color, botas marrones hasta las rodillas y su pelo lacio y rubio le llegaba a los hombros. Me animé a caminar hacia ella porque me había llamado. Seguramente era la señora de la casa, la mamá del *señorito* Rafael.

—Bienvenida, Faustina.

*¿Por qué parecía feliz?*

No entendía por qué esa mujer estaba contenta por tenerme ahí, por darme la bienvenida a su vida y a su casa cuando yo era una intrusa, un sapo de otro pozo. Simplemente no la entendía.

—Hola —susurré porque no sabía qué decir.

—¿Te gustaría pasar?

—En realidad, me gustaría quedarme un rato más acá afuera.

Para mí sorpresa, la mujer sonrió y sin dudarle, entró a la casa, agarró una campera, se la puso y caminó hacia mí. Así de rápido.

—A mí también me agrada estar afuera. En la terraza tengo un espacio para tomar el té y una estufa a gas para no tener tanto frío. A mi edad, todavía me sigue sorprendiendo la nieve. ¿Te gusta la fotografía?

—Sí, me dedico a eso.

—Qué bien. A mí también me gusta el arte, a veces, cuando estoy inspirada, suelo pintar. Tengo tantos paisajes que ya no sé dónde colgarlos.

¿Estaba tratando de tener algo en común conmigo?

Y porque yo no andaba con rodeos, le pregunté:

—Señora, ¿por qué me trajeron acá?

Volvió a sonreír y presté atención a sus ojos azules. Sí, era evidente que no iba a olvidarme tan fácilmente del tipo que había conocido en el avión.

—Queremos ayudarte...

—¿Ayudarme?

—Sabemos muchas cosas sobre vos y tu familia, y pensamos que lo mejor sería que pases un tiempo con nosotros y...

—Casarme con su hijo.

Dio un paso al frente.

—No es un contrato, Faustina. Vos podés irte cuando quieras, pero date la oportunidad de conocernos, regalate el beneficio de la duda y te vas a dar cuenta que, formar parte de este lugar, es algo maravilloso. Sabemos que no sos ninguna adolescente, pero queremos cuidarte y creímos que lo mejor era ser un integrante de esta familia. Mi hijo es un ser maravilloso, le di lo mejor de mi vida y puedo jurarte una cosa...

Eso me intrigó.

—¿Qué?

—Sabe que no tiene que discutir con una mujer porque somos capaces de recordar cosas que aún no han pasado.

Me reí porque esa mujer me cayó bien. Muy bien. Pero tenía una duda más. Varias, en realidad.

—¿Cómo pueden querer darme todo sabiendo lo que hizo mi papá?

—Porque vos no sos igual a él. Sin embargo, la pregunta sería si vos sabés

lo que hizo tu papá.

No, no lo sabía. No tenía idea de las maniobras, negocios y fraudes que hacía mi viejo. Trataba de mantenerme a un costado porque no quería odiarlo más. Ya bastante culpa le había echado por el abandono de mi mamá. Entonces, decidí socorrerlo cuando él me necesitara porque era mi sangre. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No tengo idea, señora.

—Llamame Roma.

—¿Roma?

—Hoy mi esposo me dijo algo que me causó mucha gracia: “No necesito de Google porque mi esposa lo sabe todo”. Y sí, lo sé todo, Faustina. Cuando tengas alguna duda, podés hablarlo conmigo porque yo nunca te voy a mentir. ¿Nos vas a dar una oportunidad?

—Creo que sí, pero antes...

—Te entiendo, tenés que conocer a mi hijo.

—Sí, bueno... la verdad es que, no es algo que me entusiasme demasiado. Todavía no entiendo por qué debo casarme con él.

Esperé una respuesta, pero ella no me la dio.

—¿Vamos adentro? Tengo café recién hecho.

Asentí con la cabeza y mientras apagaba mi cámara y le ponía la tapa, comencé a caminar a su lado. Roma me abrió la puerta y no solo el calor me invadió, su casa me pareció lo más preciosa que había visto nunca. Cada detalle tenía algo en común: la gama del marrón predominaba. Marrones claros y oscuros en diferentes tonos. Alfombras en todos los pisos, jarrones, pinturas de paisajes, cortinas, muebles de madera oscura...

—Su casa es preciosa, Roma. ¿La decoró usted?

—Ay, Faustina, mi marido no quiso discutir conmigo sobre la decoración, porque sabe que es como leer una licencia de *software*, terminó ignorando todo y aceptó términos y condiciones. ¡Amén!

Volví a reír porque esa mujer hacía los mejores comentarios. ¿De dónde sacaba tanta inspiración para frases tan feministas? Imaginé que todos hacían lo que ella quería, nadie se oponía y bajaban la cabeza sin decir una palabra.

—¿Y su marido?

—Está por llegar. Vamos a almorzar todos juntos, pero si querés, antes

podés conocer a mi suegra. ¡Es adorable!

¿Lo decía irónicamente o en serio?

—Claro, por qué no.

Como si me quedara otra alternativa, pensé. Aún así, la seguí hasta una escalera inmensa con una curva impresionante. También estaba alfombrada. Sí, me sentí mal porque tal vez ensuciaba algo, es que todo parecía tan limpio, pulcro y ordenado que trataba de pisar en puntas de pie.

Roma golpeó una puerta de madera de doble hoja, giró el picaporte y ahí estaba ella, una anciana sentada en un sillón de pana roja. Entonces, me di cuenta de que la sombra en la ventana era ella. Sí, me estaba vigilando.

—¿Tomaste el medicamento, Elena?

—El amor no necesita una orden médica, *mia cara*.

¿Qué les pasaba a las personas en ese lugar? ¿Por qué decían ese tipo de cosas? Hasta me hacían sentir fuera de onda.

—Elena, ella es Faustina.

La señora me miró de arriba abajo y susurró:

—Me agradaba el contraste de tu pelo naranja con la nieve tan blanca. Ya podés sacarte el abrigo, *mia cara*, te vas a deshidratar. Mi nuera cree que tenemos que andar en blusas por la casa.

Asentí con la cabeza y me quité el abrigo, la bufanda y dejé la cámara sobre una mesita.

—¿Tomaste muchas fotos, *mia cara*?

—Sí, ¿quiere verlas?

—Por favor.

Sonreí, mientras le pasé la cámara, la encendí y le dije dónde tenía que apretar para ir pasándolas. La señora parecía embobada y por su reacción, me di cuenta que le gustaba mi trabajo.

—¿Te gustó el suéter de la oveja Mari?

—Sí —me reí.

—Si querés, te puedo hacer uno igual. No te va a quedar tan bien como a ella, pero algo podemos inventar.

Volví a reír.

—Gracias, tal vez pueda sacarme una foto con ella.

—¿Con Mari?

—Sí...

—¡Ay, a Mari siempre le gustó posar! Están preciosas, muchas gracias, Faustina.

—¿Por qué me agradece?

—Por ver lo que yo veo en este lugar. ¿No te parece mágico?

Debía darle la razón.

—Sí.

—¿Es la primera vez que ves la nieve?

—Sí.

—Yo me sentí igual y Roma también. Ella es peor... el primer día que nieva, se larga a llorar como un bebé.

—¡Eso es mentira, *mamma!*

¿*Mamma?* Pensé que había dicho que era su suegra.

—Pavadas. ¡Te encanta, *mia cara!* Puede que yo pase la mayor parte de mi tiempo acá arriba, pero observo todo. Sé cada cosa que pasa en este lugar.

Debo admitir que me daba más miedo Elena que Roma.

—¿Y Eusebio? —pregunté.

—Debe estar en el garaje. ¿Por qué?

—Mis cosas están en el auto y...

—No, ya están en tu habitación.

—Ah, gracias. Yo... les agradezco mucho que sean tan amables conmigo y traten de hacerme pasar un momento divertido...

Elena subió la vista y me miró.

—No estamos tratando de hacerte sentir cómoda.

*Mierda.*

—¿No?

—No. ¿Por qué haríamos eso?

—Yo...

Estaba confundida.

—¿Ya conocés a mi nieto?

*Ay, Dios.*

—No, no lo conozco.

Y sonrió.

—Y yo tampoco te conozco, *mia cara*. Pero sé que detrás de cada persona hay una historia, hay un motivo de porqué son como son, y no es porque uno lo quiera así, sino porque algo en el pasado la hizo ser así y algunas veces es imposible cambiar. ¿Estás de acuerdo?

—Puede ser —contesté, dudando. Sin saber a qué se refería.

—Bien, porque acabo de leerlo en *Facebook*.

—¡Ay, *mamma!*

Volví a reír. Sí, me reí porque ese par de mujeres me sorprendían. Y sospeché que iban a seguir haciéndolo, iban a querer hacerme sentir una más aunque lo negaran. Por más loco que suene, quería agradecerse los.

—¿Les puedo tomar una foto? La luz que entra por esa ventana es preciosa.

—Claro.

Agarré mi cámara y cuando estuvieron juntas, sonriendo y abrazadas, disparé y les tomé una fotografía preciosa.

—Me gustaría ir a mi habitación... quiero bañarme porque estoy un poco transpirada y...

—Te entendemos —dijo Roma—. Vamos, te acompaño.

—Nos vemos en el almuerzo, *mia cara*. Y no estés nerviosa, mi nieto es lo mejor que te va a pasar en la vida. Y sospecho que puede ser un buen amante.

Escuché la risa de Roma y no pude evitar sonreír. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

Cuando estuve en mi gran habitación, me sentí inquieta porque la intriga por conocerlo empezó a crecer en mí como una ola fuerte. Y sí, la verdad era que quería conocerlo. Quería saber quién era, cómo era, su forma de pensar y tal vez era gracioso como ellas, tal vez había adquirido el hábito de tirar por el aire frases como su mamá y su *nonna*.

Me bañé en una gran tina antigua, me sequé con una toalla muy pesada y me vestí cómoda. Un jean, una remera manga larga blanca y unas zapatillas de colores. Nadie vino a buscarme para almorzar, así que, decidí bajar por mi cuenta.

Cuando estuve en el recibidor, escuché voces que provenían de algún lugar.

Caminé siguiendo el sonido y la puerta de una habitación estaba abierta. Me acerqué y miré hacia adentro. Había un hombre de espaldas a la puerta, tenía un palo de golf en las manos y estaba moviéndolo de atrás hacia adelante, concentrándose en la pelota blanca que había en el suelo. Tenía una camisa blanca arremangada hasta los codos, un pantalón gris claro de vestir, zapatos negros y me di cuenta que había otra persona con él.

—¿Un acuerdo? Pensé que no querías eso, hijo. Creí que ibas a juicio...

—Papá, yo mismo lo arreglé. La empresa va a pagar todo lo que debe, la demanda contra la firma desaparece, Clarisa no se va a enterar de esto y...

—¿Encontraste el papel que estabas buscando?

—Papá, no nació ayer. No hay ningún documento, me están probando. Lástima que yo sí sé contra quién estoy negociando y ellos se olvidan de que no me gusta jugar.

—¿Y las citas?

—Ya las tengo en mi poder...

—Dijiste que ibas a esperar hasta mañana.

—Papá, la guerra no espera.

—Por algo te dicen *El Diablo*.

—Nunca escuché palabras tan dulces.

Mi mente se había congelado y todo parecía ir en cámara lenta. Vi cuando le pegó a la pelota y entró en el pequeño hoyo y... el hombre mayor que estaba apoyado contra una pared, me miró. Él sabía que yo estaba espiando y sentí vergüenza. Respiré con fuerza y...

—¿Faustina? —preguntó, mientras enderezó su cuerpo y comenzó a caminar hacia mí.

Pero mis ojos no estaban más puestos en mi futuro suegro, mi atención estaba dirigida a su hijo. El *señorito* Rafael se dio vuelta cuando escuchó mi nombre y me sentí... una tonta. Había sido una estúpida. Yo había creído en él, le había contado mi vida, lo besé porque pensé que no iba a verlo nunca más y él solo me estaba probando. Era como si lo hubiese engañado con él mismo. Pero era él.

Rafael era el hombre que había conocido en el avión.



### 3

#### Te odio.

Di la vuelta y comencé a caminar a paso muy rápido hacia la escalera, casi me tropiezo con la puta alfombra, pero seguí subiendo hasta llegar a mi habitación. Creí que ése era mi lugar y cerré con llave, pero no, estaba equivocada. Yo solo era una garantía en una enorme mansión.

Me asusté cuando golpeó por primera vez y por supuesto que no le abrí. Golpeó por segunda vez, tampoco le abrí. Cuando golpeó por tercera vez, el sonido fue más fuerte, duro... impaciente.

—Abrime, Faustina —no pensaba contestar—. Faustina, hablemos —nada—. ¡Abrime la puerta! Perdón... perdón, no quise gritar, lo siento. Faustina, por favor, hablemos.

¿Quería hablar?

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

Giré la llave y la puerta se abrió de inmediato. Y ahí estábamos, retándonos con la mirada, agitados, subiendo nuestros pechos con cada respiración. Él clavándome sus preciosos ojos azules y yo, eufórica, apretando mis puños al costado del cuerpo. Tenía que concentrarme, no podía distraerme con sus labios, o por cómo le quedaba la camisa blanca. No estaba enojada, estaba despechada. Se suponía que él era de los buenos. Se suponía que nos habíamos gustado y la confianza había crecido sola y... me mintió. Él lo había hecho a propósito, tenía un plan, un objetivo.

Manipularme, como mi papá.

—¿¿Cómo pudiste hacerme eso?! —grité.

—Fue una mala mentira, lo admito —subió las manos como si estuviera pidiendo paz.

Pero paz era lo que yo menos quería.

—Me mentiste, te hiciste pasar por otra persona, te conté todo, ¡te besé!

¿Cómo pudiste hacerme esto?! Era muchísimo más fácil si me decías la verdad, si ibas de frente, si... siempre supiste quién era y no lo dijiste. ¡Creí en vos! Confié en vos y me mentiste. ¡Te aprovechaste de mí y como una tonta caí en tu juego! ¿Qué se supone que querías hacer conmigo?! Dios mío... ¡Estabas jugando al golf en vez de acercarte y hablar conmigo! Todas las cosas que dijiste fueron mentiras...

—¡No! No... —quiso acercarse, pero subió una mano y se quedó en su lugar —. Todo lo que pasó en el avión fue verdad, Faustina.

—¡Ni siquiera digas mi nombre! ¿Cómo te atreves a llamarme por mi nombre, mentiroso?! ¿Por qué no me dijiste que eras vos?

—Quería conocerte.

¿Conocerme? No, lo que él quería era saber qué tipo de mujer era, si le gustaba o no como para casarse conmigo.

—¿Y te gusté, no?

—Faustina, no se trata de eso... —sonrió al decir mi nombre.

—¿Te gusté sí o no?!

—Sí, por eso estoy acá.

*Mierda.*

Dio un paso más y yo no podía respirar. Me descolocaba su tranquilidad, las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, la espalda recta, las piernas un poco separadas, sus ojos azules...

—¿Te hubieras escapado?

—¿De qué estamos hablando, Faustina?

—Si yo no te hubiese gustado, ¿hubieras vuelto a tu casa sí o no?!

—En mi defensa, vos también podrías haber sido alguien que yo no deseaba.

¿Me deseaba?

—¡Sos un idiota! No estamos en un juicio. ¡Sos un mentiroso! Sos tan mentiroso como mi papá, como tu familia y te odio... todos me dieron la bienvenida cuando lo que en realidad quieren es encerrarme acá para apretar a mi viejo. ¿No?!

¿Cómo hacía para mantenerse tan calmado cuando yo era un manojito de nervios? ¿Cómo lo hacía?!

—Faustina, ¿hablaste con tu papá de lo que verdaderamente ocurre?

—Por supuesto.

—¿Le creíste?

—Claro que sí.

—¿Basándote en qué?

Me sentía acorralada, él hacía muchas preguntas y no me dejaba respirar.

—Yo...

—¿Basándote en qué? —volvió a repetir—. ¿En su problema con el alcohol? ¿En sus negocios, fraudes y amantes?

—¡Pará! Esto no es un interrogatorio, no soy una testigo de nada.

—¡Sí, lo sos! Sos testigo de la vida que llevás con tu papá. Vuelvo a preguntar: ¿en qué te basaste para creerle a tu papá?

—Es mi papá, punto.

—No lo justifiques. ¿Le preguntaste por qué estás acá?

Sus ojos azules parecían un hielo. Él se había congelado, hasta parecía enojado.

—Sí, se lo pregunté.

—¿Y cuál fue su razón? —comenzó a caminar por la habitación, sin quitarme la mirada de encima.

—Ustedes...

—Nosotros, bien.

—Ustedes le pidieron una garantía y esa garantía soy yo.

—¿Por qué haríamos eso, Faustina?

—Porque son como él.

Lo que dije lo afectó a tal punto de caminar hacia mí con mucha rapidez. Mi cabeza estaba tan retorcida que pensé que iba a pegarme, entonces subí mi mano para darle una bofetada en la mejilla, pero me frenó en el aire tomándome de la muñeca.

—Te odio —susurré.

Y entonces, sonrió.

—No, no me odiás. Te gusto tanto que no podés odiarme.

—Te odio más... te odio tanto como a mi papá. Ustedes son como él, vos

principalmente sos como él.

—No, estás equivocada, yo jamás te haría daño. Nosotros no nos parecemos a él, ¡ni siquiera nos conocés porque si lo harías, jamás nos insultarías de esta forma! ¿Y sabés qué, *mi amor*? —enderezó más la espalda, me soltó y su sonrisa era casi diabólica—. No voy a dejar que vuelvas con él, no voy a permitir que vuelvas a vivir con él.

¿Cómo se atrevía?

—Que lo odie no te da el derecho a...

—Oh sí, lo tengo todo. *Todo*. Y te voy a tener a vos, Faustina, y cuando seas mía, no voy a dejar que vuelvas a verlo. ¡¿Me estás escuchando?!

—¡Rafael Luciano D' angelo! ¡¿Cómo te atrevés a hablarle así a una mujer?!

Los dos nos giramos de golpe cuando Elena le gritó desde la puerta.

—Nonna...

—¡¿Quién te enseñó a amenazar así a una dama?! Respondé.

—Nadie.

—Entonces, ¿cómo se te ocurre enfrentarla de esa forma? ¡Y por nuestro apellido, te juro que si volvés a referirte de esa forma a Faustina, podés olvidarte de tu *nonna*! Ahora, pedile disculpas.

—Nonna...

—¡Pedile disculpas, carajo! Si querés borrar la vergüenza que siento en este momento, pedile disculpas como se merece.

Ella de verdad sabía ubicarlo y él obedecerla.

—Faustina, perdoname por hablarte de esta forma. No estoy acostumbrado a que me insulten —miró a Elena y después a mí—. Pero tu papá ni siquiera me llega a los talones, *mi amor*.

¿Por qué hablaba como si de verdad conociera a mi papá? ¿Por qué me sentí tan mal cuando tendría que haberme sentido satisfecha al pedirme disculpas? ¿Por qué me gustaba que me llame *mi amor*? ¿Por qué me quitaba la respiración?

Estaba tan serio, sus ojos azules me desafiaban de tal forma que... asintió con la cabeza en modo de saludo y...

—Te juro por mi vida que me vas a amar a mí más que a nadie.

Y salió disparado de la habitación, di un paso adelante como si... como si quisiera salir corriendo detrás de él. ¿Qué me pasaba?

Elena entró en el cuarto, pasó por mí lado y sentándose en un sillón ubicado bajo la ventana, dijo:

—Ese chico sí que sabe hablar. *Oh mio Dio*, es la primera vez que le grito de esa forma a mi nieto, espero que haya valido la pena, *mia cara*. Y que ese odio, no sea verdad.

—Perdón, Elena. Creo que yo también me excedí, todo esto me supera y todavía no puedo creer que esté pasando. Y no... no lo odio. No odio a su nieto.

—¿Por qué no le das una oportunidad? —soltó así nomás, como si fuera tan fácil.

—Porque no confío en él...

—Pero en el avión sí lo hiciste.

—Es diferente, no sabía quién era.

—Pero lo que vale es la primera impresión. ¿No? Te invito a que te pongas en su lugar el tiempo que dure esta charla, *mia cara* —se aclaró la garganta y acomodándose entre dos almohadones, volvió a hablar—. Miralo de esta forma, él tuvo una oportunidad y la usó.

¿Quién era esa mujer?

—Él quería saber si yo era igual a mi papá. ¿No?

—¿Y eso cómo te hace sentir, *mia cara*?

—Mal, porque yo no soy como él.

—¿Ves? Te acabás de poner en su lugar. A él tampoco le gusta que lo comparen porque odia competir con personas como tu padre, con todo mi respeto.

Sonreí porque me gustaba hablar con ella.

—Yo confíé en él...

—Mia cara, ¿está mal querer conocer a alguien? Adelantarse, dar un paso más, ver si coinciden, si se gustan... porque lo que él hizo en el avión, los ayudó a ambos. Es más, dijiste que lo besaste. ¿Verdad? Eso quiere decir que te atrajo como hombre, te sedujo, te atrapó, te...

¡Qué vergüenza!

—Lo besé porque pensé que no iba a verlo nunca más.

Elena sonrió pícaramente.

—Non je ne regrette rien.

¿Qué había sido eso? ¿Ella también hablaba en francés?

—No sé qué significa, Elena.

—No me arrepiento de nada. ¡Adoro esa canción!

—¿Por qué se quiere casar conmigo?! ¿Por qué aceptaría condenarse a un matrimonio sin amor?

Se puso de pie y acercándose a la ventana, apoyó ambas manos contra el vidrio. Por unos segundos, me asusté porque su mirada se perdió en el paisaje, en esas montañas cubiertas de nieve que no estaban tan lejos.

—Él siempre tiene el mismo sueño.

—¿De qué trata?

Hasta ese momento, no entendía qué quería decir.

—Siempre sueña que corre... corre por la nieve persiguiendo a una pelirroja que nunca puede alcanzar. Y cuando te vio por fotos, cuando mi hijo nos contó lo que estaba pasando, ni siquiera lo dudó. Estaba decidido.

¿Soñaba con atrapar pelirrojas? Eso era raro.

—No entiendo, Elena. Él... ustedes no... es decir, es solo un sueño. ¡No puede basarse en eso para aceptar casarse con la primera pelirroja que aparece en su vida!

La escuché reír.

—Mi hijo es culpable por pedir una garantía hasta que su cliente pagara la deuda, pero nunca se imaginó que tu padre iba a darte a vos como si fueras...

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

—¿Él dijo eso? ¿Dijo que yo era parte de una deuda? ¿Fue su idea?

Elena se dio vuelta y me miró. Yo ya me había sentado en la punta de la cama porque sentía ganas de vomitar.

—Dijo que no sabía si iba a poder pagar, pero hasta entonces, nos daba a su...

—Hija —terminé con la frase—. No quiero escuchar más.

—Mia cara, lo siento tanto —quiso acercarse, pero me puse de pie y salí de la habitación.

Caminé hasta la escalera, bajé corriendo, salí al exterior de la casa y seguí sin aflojar el trote, imaginando que la nieve era infinita. Ni siquiera sentía el frío. Solo me quería ir de ahí, pero el problema era que no tenía a dónde. Mi papá había convencido a mi hermana de que era lo mejor para la familia... había sido él, siempre era él.

Me di cuenta de que, cuando yo pensaba que lo estaba ayudando, mi papá me estaba regalando porque era imposible que pagara una deuda. Nunca lo hizo... no entendía por qué la familia D'angelo había aceptado algo así.

¿Por qué Rafael había dicho que sí? ¿Qué había visto en mí para aceptar un matrimonio arreglado aún creyendo en el amor?

*Te juro por mi vida que me vas a amar a mí más que a nadie.*

Después de una hora y media dando vueltas, llegué a la casa tiritando de frío. La puerta se abrió de golpe y el papá de Rafael me abrazó de los hombros y gritó:

—¡Volvió!

No estaba siendo dramática, solo me sentía colapsada. Ni siquiera las palabras que había memorizado me ayudaban en ese instante.

Cuando me di cuenta, estaba dentro de la bañera y empecé a sentir las puntas de mis dedos otra vez. Me abracé las piernas y dejé que el agua caliente empezara a hacer su trabajo porque si era por mí...

—¿Cómo te dicen? —preguntó Roma, sentada en una silla al lado de la bañera.

—¿Perdón?

—¿Cómo te llama tu familia?

¿Qué familia? Yo ya no tenía nada.

—Tina o Fausti, es lo mismo.

Se suponía que, llamándome por mi diminutivo, ¿íbamos a entrar en confianza?

—Bien, me gusta más Tina.

—Bien —coincidió.

—Lamento mucho la forma en que mi hijo te trató. Pensé que lo estaba manejando bien, pero...

—Fue mi culpa, Roma. ¿Puedo hacerte una pregunta? Y no quiero que te lo tomes mal.

Asintió con la cabeza y corrió la silla para estar más cerca.

—No voy a enojarme, Tina. Lo prometo.

—¿Por qué están siendo tan buenos conmigo?

—Porque queremos cuidarte... nosotros no estamos en tu contra.

—Es raro, Roma. Quieren cuidarme, pero a la vez me obligan a casarme y...

—Creemos que, de esta forma, tu papá no va a obligarte a hacer nada que vos no quieras. Miguel dijo que podíamos retenerte en casa hasta que nos devolviera el dinero. Nosotros, en cambio, pensamos que lo mejor sería que si estás casada, él...

—Lo entiendo. Voy a independizarme...

—¿De verdad lo entendés, Tina?

Sí, de verdad. Todo era por mi papá, tenía tanta influencia sobre mí que era imposible decirle que *no* a nada. Tenía tanta maldad encima que no distinguía dónde estaba el límite. Y tal vez era verdad, él me había metido en ese lío, pero sin darse cuenta me estaba dejando volar, no iba a depender más de él y... tal vez ellos me iban a regalar un poco de la libertad que siempre deseé y nunca tuve. Sí, poco a poco, lo estaba entendiendo y asumiendo. Y saber que podía hablar con cada uno y ver su punto de vista para capturar más información, me daba tranquilidad.

—Cuando vos quieras, podés separarte de mi hijo. No te estamos pidiendo que nos den nietos, sino que tengan una amistad y que tu papá se dé cuenta que ya no puede decidir por vos. Lo que él hizo, no está bien, Tina. No está bien —volvió a repetir.

—¿Fue tu marido el que aceptó todo esto?

—No, todos lo hicimos. Somos como un equipo, todos trabajamos en conjunto.

Sonreí porque ya me había hecho una idea de qué tipo de familia era. Todos se metían en la vida de los demás y sabían cada movimiento que hacían. Y yo lo veía mal porque no estaba acostumbrada a eso. Nunca había tomado una decisión, mi papá siempre lo había hecho por mí.

—Es un buen hombre, mi hijo es un buen hombre.

—Lo sé.

—Tal vez puedan hablar...

—Sí, tal vez.

Besó mi frente y salió del baño, dejándome sola. Dándome un poco de lugar para seguir pensando.

\*\*\*

Eran las cuatro de la tarde y todavía no había desayunado. Supuse que estarían durmiendo la siesta, así que, bajé sin hacer demasiado ruido y busqué una cocina. Abrí cada puerta y me encontré con un guardarropa, una pequeña sala de cine, un garaje, una piscina y encontré, otra vez, el estudio... la puerta estaba entreabierta y su voz retumbaba por el pasillo. No estaba gritando, pero...

—Lo sé, estamos frente a un caso de diferencia de género. Lo sé...

Tenía puesto el altavoz y conversaba con otro hombre.

—¿Cuál es el puesto de la señorita García dentro de la empresa?

—Vicepresidente.

—¿Y cuántos puestos de gerencia hay dentro de la zona donde ella trabaja?

—Quince.

—¿Y cuántos pertenecen a mujeres?

—Uno.

—¡Uno de quince! ¿Y quién es el que contrata? Es decir, quiero saber en qué se basa para hacerlo.

—Al mejor candidato, D'angelo.

—Estoy un poco... confundido, Vázquez —sonreí porque hablaba irónicamente, exagerando el tono de su voz—. No entiendo por qué no ascienden a mujeres a puestos de jerarquía si todos somos iguales ante la Ley y ante Dios.

—Qué extraño que justamente El Diablo hable de su máximo enemigo.

—No, Vázquez. Hoy, mi enemigo, es usted. Responda mi pregunta.

—La señora García está en un puesto de poder, D'angelo.

Entonces, lo escuché reír. Lo vi caminar por la habitación con las manos dentro de los bolsillos del pantalón del traje color gris. Todavía no se había cambiado, supuse que estuvo tan ocupado que ni siquiera tuvo la oportunidad

para tomar una ducha. Ay, pero qué bien le quedaba la camisa arrugada... fue ahí cuando me di cuenta de que seguía siendo él. *Y no lo odiaba*. Por más que quisiera hacerlo, no podía odiarlo. Era ese tipo del avión que me había gustado tanto como para querer besarlo.

—¿Sabés qué pasa? Yo creo que ella no es como las demás mujeres.

—¿Qué quiere decir, D' angelo?

—La señorita García se postuló diez veces para un ascenso y fue rechazada cada vez porque supuestamente era agresiva, muy ambiciosa y egoísta. ¡Y de pronto, se convierte en proactiva, dinámica, responsable y vaya uno a ver cuántos adjetivos más!

—No entiendo a qué quiere llegar, la gente cambia todo el tiempo.

—Sí, y justamente ella cambió cuando fue diagnosticada con cáncer de útero hace dos años atrás.

—Eso no es relevante.

—Quiero saber si su cliente tiene esposo e hijos.

—¡Ni siquiera es una pregunta!

Me asusté por el grito del hombre que estaba al otro lado del teléfono y cuando me di cuenta, la puerta se abrió del todo y Rafael hizo una seña con su mano, invitándome a pasar. Cuando entré, puso un dedo en sus labios para que haga silencio. Bien, tal vez podía ver el show en primera fila. ¿No?

—Responda, Vázquez. Su cliente, ¿puede tener hijos?

—¡Eso no le importa, D' angelo! Lo que me está preguntando es inadmisibile.

—Solo quiero saber si le sacaron el útero hace dos años atrás.

Se quedó de pie frente al teléfono del escritorio, volvió a poner las manos dentro de los bolsillos y parecía estar tranquilo y relajado cuando el otro no dejaba de gritar.

—Vázquez, no tengo mucho tiempo. Estuve todo el día trabajando, me caso en dos días y necesito saber si su cliente está imposibilitada para tener hijos desde antes del ascenso.

No se me pasó por alto el comentario de que se casaba en dos días. No sabía si lo había dicho porque yo estaba ahí o para seguir enojando a ese tal Vázquez.

—No voy a responder eso.

—Entonces, la señorita García va a hacerlo frente a un juez. Esto va a empezar a formar parte del sumario que voy a presentar, afirmando que la empresa *Biker* solo asciende a mujeres que no están casadas, ni tienen hijos. Es decir, que la atención hacia el hogar y la familia, no son un impedimento para su trabajo.

—¡Por favor! El dueño de la empresa no tenía idea de esto, D'angelo.

—¡Eso es lo que me dice usted, Vázquez!

—No es su problema, D'angelo.

—No me interesa, el dueño se enteró y la ascendió, así funcionan las cosas dentro de *Biker*.

—Si vas a usar eso para encarar tu sumario, suerte. Nos vemos en la corte.

—¡Ya quiero que llegue ese día, Vázquez!

La llamada se cortó y yo estaba impactada. Escucharlo hablar de esa forma me enloquecía, como en el avión. Mantenía una tranquilidad sorprendente, yo en su lugar ya hubiera saltado a las piñas. Pero no quería que a mí me tratara igual y tenía que dejar eso en claro. Teníamos que tener reglas si íbamos a casarnos.

**Reglas.**

Rafael cerró la puerta del estudio cuando le pregunté si podíamos hablar. Me pidió que me sentara frente a él, pero le dije que no. Entonces, tomé asiento en uno de los sillones cerca de la chimenea y él hizo lo mismo, a diferencia del vaso con whisky que llevaba en su mano.

Y yo todavía no había desayunado.

—Si te pregunto qué es lo primero que viene a tu mente de toda la charla que tuvimos en el avión, ¿qué me dirías?

—¿Estás preparada para hablar de esto sin gritar?

*No.*

—Sí.

Giró un poco el cuerpo hacia mí y suspirando, asintió con la cabeza. Claramente estaba pensando, tenía algo en su mente dando vueltas y tal vez no sabía cómo decirlo, tal vez pensaba que iba a enojarme...

—No quiero que me tengas miedo.

¿Eso era lo primero que venía a su mente? ¿Mi miedo? Bueno, tal vez, de verdad era una buena persona. Tal vez, Eusebio, Roma y Elena tenían razón. Tal vez, había exagerado.

—Yo te dije que tenía miedo de tener miedo...

—Dijiste que yo podía ser violento.

—No te conocía, no sabía quién eras...

—Que podía ser un gordo atrevido que quería acostarse con vos y tener hijos a la fuerza...

—Pero...

—Que no sabías cómo ibas a ser tratada y...

—¡Reglas! —grité, subiendo mis manos al aire para que dejara de hablar un poco.

—Voy a buscar lápiz y papel, me gusta la idea del puño y letra.

Miré hacia otro lado porque, de repente, la situación me causó gracia, no quería que él me vea sonreír, todavía no deseaba demostrarle que, para mí, él era divertido.

—No me vas a tratar como a los demás.

—¿Eh? —tiró la cabeza hacia atrás y sonrió de oreja a oreja.

¡Dios santo, esa sonrisa! Qué difícil iba a ser todo eso.

—No soy un cliente, ni tu enemigo, ni un juez, ni...

—Ya me di cuenta de eso.

—No más interrupciones.

—Eso va en contra de mi naturaleza, estoy hecho para interrumpir a las personas —admitió, mientras seguía sonriendo y sus ojos comenzaron a brillar.

Y yo... yo me estaba muriendo.

—Rafael...

—Faustina, interrumpo a jueces, fiscales y abogados todo el tiempo, ¿cómo voy a abstenerme de hacerlo con vos?

—No sé, pero no puedo tener una conversación si vas a interrumpirme cada dos segundos. No me dejás terminar de hablar y no tenés por qué sentirte a la defensiva todo el tiempo...

—Tengo que defenderme cuando estás poniendo reglas que para mí son cláusulas, estás haciendo un contrato y...

—¡No me interrumpas! —grité muy fuerte.

Se mordió el labio inferior para tratar de ocultar una sonrisa. Entonces, asintió con la cabeza y tomando aire, escribió.

—Bien.

—Muralla China...

—¿Qué es eso?

—Respetá la segunda regla, Rafael.

—Lo siento —y no dejaba de sonreír.

Tal vez, él me gustaba más de lo que yo recordaba, pero no por eso tenía que hacerle las cosas más fáciles. ¿O no? Si bien, todavía estaba digiriendo todo lo que había hecho mi padre conmigo, ahora estaba completamente sola. Entendí que no debía discutir con Rafael, al contrario, tenía que unirme a él porque éramos aliados.

—Muralla China: cada uno de su lado, sin traspasar el límite del otro.

Asentí con la cabeza, indicándole que podía hablar. Los dos sonreímos mucho más que antes, como si de verdad nos estuviéramos divirtiendo...

*Te juro por mi vida que me vas a amar a mí más que a nadie.* Tragué la pelota de nervios que había crecido en mi garganta al recordar lo último que había dicho cuando estábamos peleando. Debía concentrarme.

—Específicamente, ¿de qué límites estamos hablando?

—Eso vamos a verlo sobre la marcha.

Escribió la tercera regla y me miró.

—¿Siguiente?

—Nada de sexo con otras personas.

—¿Qué significa eso?! —preguntó, mientras abrió los ojos como dos pelotas y me aguanté la risa.

—Lo que dije, no podemos estar con otras personas.

¿Iba a aceptarlo?

—¿Podemos estar entre nosotros?

—Rafael.

—¿Qué? Yo ni siquiera iba a hablar de sexo, vos sacaste el tema. ¿Puedo preguntar algo?

No puedo describir la cara de pícaro que tenía.

—Regla número uno —le recordé.

—¿De qué me estás hablando? ¿El sexo es un límite?

—¿Esa fue tu pregunta?

—No.

—¿Entonces?

—Vos y yo... —se insinuó.

—Definitivamente, no.

—Ok.

Era absurdo lo que estaba pasando, pero me reí. Me reí fuerte y él le dio un sorbo al whisky mientras no dejaba de mirarme por encima del borde. Era él. Sí, era ese mismo hombre que había conocido en el avión, que no podía quitarme lo ojos de encima cuando hablábamos y que me hacía doler la panza por los nervios, hasta me ponía un poco tímida...

—Faustina, yo... cuando estábamos discutiendo en tu habitación, me acerqué para... —¿Para qué? —Yo no iba a pegarte, no tenías por qué defenderte de mí. ¡Ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerte daño! Solo... iba... quería...

—¿Qué querías hacer? —pregunté, porque no paraba de tartamudear.

—Besarte —susurró y se rió en voz baja, nervioso—. Tal vez, si te besaba, ibas a ver al mismo hombre que te había gustado hacía un rato y...

—Sé que sos el mismo... yo todavía sigo un poco enojada, no con vos ni con tu familia, sino con la mía. Pero quedate tranquilo porque sé que sos la misma persona que besé en el avión.

Asintió con la cabeza y esa sonrisa pícara volvió.

—Eso significa que vas a casarte conmigo, ¿no?

—Que yo sepa, nadie me hizo una propuesta de matrimonio —bromeé, para quitarme los nervios de encima.

—Oh, mierda. Serías una buena abogada.

Dejó el vaso de whisky sobre la mesa ratona, caminó hacia el escritorio, abrió un cajón, sacó una pequeña cajita y volvió al sillón. Pero no se sentó, puso un almohadón en el piso y arrodillándose sobre él, abrió la cajita frente a mis ojos. Y yo solo pude quedarme dura, agarrándome con ambas manos del sillón porque mi alma tenía miedo de caerse...

—Fue de mi *nonna*, después de mi mamá y ahora te toca a vos —susurró, mirando el delicado cintillo con perlitazules.

—No puedo aceptarlo, es como... como tu carrera, traspasó el tiempo. Es mucho... y no soy de la familia, Rafael.

Asintió con la cabeza y subiendo la mirada, susurró:

—Faustina...

—No me mires así, no me mires de esa forma —le rogué. Si me miraba así, no podía pensar.

—Regla número dos: *No interrumpir al otro* —me recordó.

Tenía razón, pero no podía aceptarlo.

—Rafael, es hermoso y te lo agradezco, de verdad. Pero no lo merezco, ya me estás dando demasiado.

—Regla número tres: *Muralla China*, este anillo es un límite para mí y me harías muy feliz si lo aceptaras como muestra de mi confianza, respeto, fidelidad y compañerismo. Regla número uno: *No tratarte como a los demás*, esto es especial para mí y por eso quiero que nos casemos, aunque no lo creas, sos especial para mí. Y sé que es una locura, pero prometo darte todo lo que esté a mi alcance para que seas feliz. ¿No querías ser más feliz? Bueno, dame esa oportunidad para cambiarlo todo.

¿Cómo iba a decirle que no?! Si él quería cambiarlo *todo*.

Y por un segundo, mi mente traspasó el tiempo. Nuestro matrimonio era arreglado, pero él no se quedaba atrás. Era un caballero, un romántico empedernido que creía en el amor. Y si ese sueño que me había contado su *nonna* era verdadero, tal vez yo era esa pelirroja que él nunca podía alcanzar y por eso era especial. Tal vez por eso estaba haciendo todo eso.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Qué querés a cambio de todo esto?

Sus labios sonrieron y negando con la cabeza, susurró:

—Nada.

—¿Un hombre que no quiere nada? Desconfío de eso.

—Tu libertad. Conmigo tenés tu libertad asegurada.

—¿Por qué?

—Porque yo no necesito nada para atarte.

—¿Te importo?

—Interesarse en el otro es signo de debilidad...

—Te importo —afirmé—. Si no te importara, no estarías haciendo esto.

—Lo hago por mí.

—¿Qué estás ganando?

Dejó de sonreír.

—A vos, Faustina.

¿Me quería a mí? ¿En serio?

—¿Y yo?

—Ya te lo dije, tu libertad.

Estaba consciente de que era una locura innecesaria, pero él era mi libertad, mi pasaje de ida.

—Entonces, sí, acepto.

Sonrió y agarrando mi mano, puso el cintillo en mi dedo que encajó perfectamente. Ese cintillo era tan redondo como el infinito, tan precioso como sus ojos. Y recordé lo que había leído una vez: el color azul significaba frescura, tranquilidad y se lo asociaba a la parte más intelectual de la mente. El azul representaba la noche, el infinito, la inmortalidad, la realeza, lo sagrado. Igual que sus ojos... igual que su mirada. No sabía de dónde había salido, pero él iba a darme lo que yo siempre deseé.

—Regla número cuatro: *priorizar la libertad* —susurré.

Rafael, mi futuro esposo, tenía que seguir trabajando, pero me aseguró que íbamos a continuar conversando y, por alguna razón, estaba ansiosa esperando que llegara ese momento. El tiempo que estuve en el estudio había marcado un antes y un después desde mi llegada a la Finca Elena, porque él y yo habíamos entrado en confianza y fue divertido hablar, poner reglas, discutir las, negociarlas y... qué difícil era mentir.

Sí, tenía que mentirle cuando en realidad deseaba decirle todo lo que sentía por él; mantenerlo lejos cuando quería besarlo otra vez; hacerme la difícil y parecer enojada cuando solo quería seguir divirtiéndome, reír y sonreír... tenía que ser una Faustina que no era porque si le mostraba que me atraía hasta ponerme loca... ay, Dios. ¿Qué tenía que hacer?

—Hola, Faustina.

Estaba mirando por la ventana hacia la nada misma, pero cuando escuché la voz de Hugo, me di vuelta como un rayo. No estaba enojada con él, pero tenía una especie de resentimiento porque Hugo había hecho negocios con mi papá y si estaba ahí, era por su causa.

—Hola —susurré, mientras uní mis manos para tocar el cintillo de la familia.

Hugo bajó la mirada y sonrió al ver el anillo en mi dedo.

—Es bueno saber que pudieron hablar y llegar a un acuerdo.

—Aceptar casarnos, querrás decir.

—Sí, eso mismo. ¿Nos sentamos? Roma va a traernos dos café con leche descremada, crema y azúcar.

Bien, había hablado con su hijo de mis gustos.

Me senté.

—¿Por qué, Hugo?

—¿Y por qué no?

Era la viva imagen de Rafael. Eran idénticos.

—Sé que, aunque todos me digan que fue un acuerdo familiar, la idea provino de usted.

—No fue precisamente así. Tu papá tuvo la brillante iniciativa de...

—Hugo, no voy a mentirte, te tenía mucho miedo porque pensé que ibas a matar a mi papá si yo no me casaba con tu hijo y darme cuenta de que nada es como me lo contaron, me fastidia.

—Me apena muchísimo que hayas pensado así de mí. La realidad es otra, Faustina.

—Lo escucho.

Roma nos interrumpió al traer los café, pensé que iba a quedarse con nosotros, pero no lo hizo. Me sonrió, besó los labios de su esposo y salió del gran living para dejarnos solos.

—Soy un hombre que rezo todas las noches y le agradezco a Dios por la familia hermosa que me permitió tener. Mi hijo, mi mujer y mi madre son lo más preciado que tengo en la vida y están en la cima de todo. Siempre están primero, antes que el trabajo, que los negocios, las propiedades, los vinos... ellos son lo más importante. Entonces, cuando tu padre tuvo la descabellada idea de darte a vos como garantía hasta que salde su deuda conmigo... Faustina, yo acepté sin dudar porque la idea de que te ofrezca a otro como lo había hecho conmigo, me carcomía por dentro, era inaceptable y no iba a vivir tranquilo sabiendo que podía hacer eso con alguien más. Yo sé lo que soy y cómo es mi familia... pero no sabía cómo eran los demás que venían después de mí para llegar a un acuerdo. Y disculpame, pero un padre que ama a su familia, no haría algo así.

Se cruzó de piernas y le dio el primer sorbo al café. Yo, en cambio, estaba sin aire. No podía hablar. Siempre me gustó ser sincera, pero Hugo me había

pisoteado el corazón.

—Cuando lo planteé en mi casa, ya estabas con un pie adentro y ellos jamás se opusieron a mi decisión. Sin embargo, el que tenía mucho miedo era Rafael porque... él tenía la duda de que seas como tu papá, por eso decidió arreglar los pasajes y conocerte antes. Es precavido, debo admitirlo, salió a mí. ¿No vas a tomar tu café?

¿Cómo tomar café si tenía la garganta cerrada?

—No, estoy bien.

—¿Continúo?

—Por favor.

—La idea de casarte con mi hijo me pareció maravillosa porque ésa fue mi garantía de que tu papá ya no iba a poder decidir por vos.

—¿De quién fue la idea?

—De todos... todos opinamos.

—Bien.

—Míralo por este lado... él, dentro de su desesperación, vendió a su hija, pero yo no quiero su dinero. Todos en esta casa lo saben. Cuando tu papá venga con todo el dinero que me debe, yo no lo voy a aceptar porque vas a ser parte de mi familia y mi familia es sagrada, nunca voy a dejar que nadie se meta. Eso es un tema terminado.

No podía creerlo.

—¿Y usted cree que mi papá va a aceptarlo, así como así?

—¿La verdad? No. Sin embargo, ahí entra tu decisión. Podés quedarte con nosotros o volver con él, pero a nuestro lado vas a estar segura —terminó con su café y dejándolo en la mesa ratona, estiró su cuerpo y se acomodó—. ¿Qué hubieras hecho vos en mi lugar, Faustina?

—Creo... creo que lo mismo que usted conmigo, adoptarme a pesar de tener casi treinta.

Sonrió y vi como su cuerpo se relajó.

—Entonces, nos entendés. Y estás de nuestro lado como nosotros estamos del tuyo. ¿No?

—Eso creo.

—Faustina, estamos muy felices de tenerte en la familia y sé que, cuando

llegue el momento, vas a tomar la decisión indicada. Y además, mi hijo es un buen muchacho.

¿Por qué sentía que debía agradecerle por todo lo que había hecho por mí? Hasta me sentía en deuda con él...

—Gracias, Hugo. Pero me siento en desventaja...

—¡No! No, corazón. No. No. Jamás. Es un regalo, una oportunidad... de verdad. Tengo una duda.

—¿Cuál?

—¿Por qué permitiste que tu papá haga lo que quiera con vos?

Ni siquiera yo lo sabía.

—Es mi papá.

—Tenés casi treinta años.

—Mi mamá lo abandonó y eso lo destruyó. No quería que sienta que yo también iba a dejarlo.

—Entonces, el tiro le salió por la culata.

—Sí, supongo —contesté.

Sí, era verdad. Pero no lo odiaba, era mi papá.

—Espero que te sientas cómoda en tu nueva casa. Somos tu familia y es verdad cuando digo que estamos muy contentos de que estés acá. Y no sé si te habrás dado cuenta, pero somos muy unidos.

—Sí, pude verlo. Me va a costar un poco...

—Quiero pedirte un favor.

—Sí, Hugo. El que quiera.

—Me gustaría muchísimo que llevaras el vestido de mi madre el día de tu boda.

¿Había una puerta secreta que nos llevara a otro tiempo? Porque ellos de verdad eran raros. Y como no sabía decir que *no*...

—Por supuesto, Hugo.

—Gracias, Faustina. Mi mamá te está esperando.

—Ah, ¿sí?

—Sí, fue idea de ella. No le digas que te lo conté.

Me reí, a pesar de todo, me reí.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—¡Bien! Cuando quieras, sentite con la libertad de hablar conmigo lo que sea. ¿Sí?

—Gracias, Hugo.

Se levantó, luego besó mi frente y desapareció. Un gesto tan lindo que me conmovió porque mi papá nunca había hecho eso. Y después de unos segundos, agarré la bandeja con las tazas y las llevé a la cocina. ¡Una gran cocina! Impecable, blanca, tranquila y, a pesar de que afuera estaba oscuro, la iluminación era perfecta. Sentí ganas de cocinar, pero ya iba a tener tiempo para eso. Me encaminé hacia las escaleras para ir a encontrarme con Elena. La puerta estaba abierta y ella miraba el vestido que estaba sobre su cama.

—Elena.

—Mía cara, si estás acá es porque aceptaste casarte con mi nieto y vas a ponerte mi vestido.

—Sí y esto —levanté la mano para mostrarle su anillo.

La emoción que reflejaron sus ojos también me conmovió. Una sonrisa alegre y las manos en el medio de su pecho casi podían tocar su corazón.

—Te queda precioso.

—Gracias Elena.

—Y el vestido te va a quedar tan lindo que vas a parecer una princesa. Prometo estar con vos todo el tiempo hasta que...

—¿Entrarías de la mano conmigo?

La pregunta se me escapó antes de que pudiera pensarla, pero la respuesta que recibí por parte de sus ojos cuando se llenaron de lágrimas, me apretó el corazón. Sí, estaba teniendo sentimientos enormes por esa familia porque... porque no solo Rafael me había dado libertad, todos me habían regalado un poco de esperanza para ser feliz.



## 5

### Conocernos.

El último recuerdo que tenía como familia era yo de chiquita mirando por la ventana mientras mi mamá se subía a un auto y mi papá trataba de frenarla, discutían, gritaban, se empujaban... traté de borrar todo eso, nunca pude. Era como si me persiguiera, como si las escenas de violencia volvían a mi mente una y otra vez, el dolor en mi estómago se acentuaba y esa tristeza regresaba para quedarse un buen rato.

Y siempre me hacía la misma pregunta: ¿cómo sería comer en una mesa muy larga con muchas personas? Como una familia de verdad. Entonces, la primera noche en la Finca Elena, la palabra *familia* empezó a tener otro significado del que yo conocía como una pareja unida por lazos legales o religiosos que conviven y tienen un proyecto de vida como tener hijos. Bueno, en esa casa todo era diferente. No solo estaba Hugo, Rafael, Elena y Roma, también estaba Eusebio con su esposa María, quien se encargaba de la comida y las compras, y Roberto y Paulo que manejaban el viñedo. Una mesa cuadrada bien grande y ninguno presidía la punta porque no había punta, no existía la jerarquía, el dueño... eran todos iguales.

Se pasaban las bandejas con carne y papa; las jarras con agua y gaseosa, botellas de vino tinto *Nonna Elena*; la panera con pan casero recién hecho; ensaladas de todo tipo y yo solo podía observarlos porque siempre quise ser parte de algo así. Hablaban muchos temas al mismo tiempo, ni siquiera se estaban escuchando e igual se reían. No discutían, no hablaban de trabajo

mientras compartían la cena, no levantaban la voz, y lo principal, se miraban a los ojos.

Había dejado mi cámara encima de una mesita porque Roma quería mostrarle a Hugo algunas de las fotos que había tomado cuando apenas llegué a la finca, hasta me había pedido que quería hacer un cuadro en la que aparecía Elena junto a Roma. Me giré y la cámara seguía ahí... tal vez si yo me levantaba, nadie iba a darse cuenta. Me puse de pie, agarré mi cámara, le quité la tapa, la encendí y ajustando el lente, tomé una fotografía de todos los que estaban sentados a la mesa. Bajé un poco la cámara y sonreí cuando todos hicieron silencio.

—Disculpen, no me pude contener.

—¿Puedo verla? —preguntó Hugo.

Me senté y se la pasé.

—¿Por qué te gusta la fotografía, Faustina? —cuestionó Roma.

Mi papá nunca me había preguntado algo así, ni siquiera mi hermana. Pero fue mi mamá quien me regaló la primera cámara cuando tenía solo seis años y a partir de ese instante, supe lo que quería para mí. No solo me gustaba fotografiar a mis peluches, muñecas y mascotas, también me paraba en las ventanas de las casas de mis vecinos y sin que se den cuenta, les tomaba una foto.

—Porque congelo pensamientos e ideas que tengo al ver una escena y como no puedo contarlos con palabras, lo hago con mi cámara. Me gusta que los demás vean las cosas como las veo yo... juego con emociones, sentimientos, sorpresas, formas, colores, luces, detalles, realidad, ficción. Hay momentos que pasan desapercibidos a los ojos de otro, pero no para mí. Los más sencillos y cotidianos, son generalmente los que más me gustan. Y supongo que mi cámara es como mi memoria, es la herramienta indicada para mí.

—¿Tiene que ver con la libertad?

Miré a Rafael y asentí con mi cabeza porque...

—Es una puerta a la libertad, por supuesto. Cuando era chica me gustaba salir a la calle sin necesidad de que nadie me acompañe porque mi cámara era mi mejor compañera. Lo sigue siendo. No sé, es como si lo más íntimo y profundo de mí se conecta con lo de afuera.

—¿Todo es posible a través de la fotografía? —preguntó Hugo y me pasó la cámara.

—Sí, todo. Siempre se pueden editar y todos van a creerme.

Rieron. Todos rieron y creo que fue en ese momento en el cual me conecté con los demás.

—Señorita Faustina —dijo Eusebio y lo miré—. ¿Le hubiese gustado vivir en una época no digital?

Qué pregunta tan interesante. Eusebio volvía a tratarme de usted.

—No, porque si fuera una cámara con rollo tendría que pensar y no me gusta pensar... tendría que buscar los momentos indicados. En cambio, de esta forma, yo disparo, disparo, disparo, disparo y disparo porque todos son buenos momentos. Me sentiría limitada.

—Faustina, decime las primeras cinco cosas que vienen a tu mente cuando pensás en la fotografía.

Lo que me pidió Rafael me pareció muy fácil.

—Detener el tiempo. Crear sueños. Atrapar realidades. Compartir la forma en que veo al amor en alto contraste —sonreí al ver sus ojos brillar—. Y por qué no, de vez en cuando, alterar un poco el mundo.

Abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. Solo se me quedó mirando unos segundos, hasta que decidió volver a acomodar la servilleta de tela sobre sus piernas. ¿Por qué se contuvo? Yo quería que hable conmigo, deseaba que...

—¡La belleza en sus infinitas formas! —concluyó Roma y me distrajo—. Una escena irrepetible, una captura de lo más bello, de lo que nos gusta y llama la atención. ¡El arte!

Y de esa forma, me metieron dentro de la conversación, me permitieron ser una más dentro de la Finca Elena. Tal vez habían estado esperando el momento indicado, tal vez era hora de que yo empezara a creer que merecía estar rodeada de personas buenas, amables y compañeras. Tal vez era hora de que empiece a usar mi libertad, ellos me hicieron dar cuenta que tomar fotos y compartir momentos juntos, eran la misma cosa. Todo lo que siempre deseé.

\*\*\*

Tenía una rutina. Todas las noches, después de cenar sola en mi habitación —porque rara vez mi papá estaba en casa—, me sentaba frente a la computadora, descargaba las fotos y comenzaba a trabajar. Antes de viajar, había pensado que iba a ser difícil hacerlo en un lugar que no conocía, tal vez el miedo no me dejaba ver las cosas buenas. El punto es que, ya no sentía

miedo, al contrario, estaba cómoda.

Me senté en la cama, puse dos almohadones y apoyé mi computadora encima. Justo cuando estaba por descargar las fotos, golpearon la puerta... algo me dijo que podía ser él. Entonces, me pasé las puntas de mis dedos por el pelo, peiné mis cejas y pestañas, me acomodé rápido la ropa. No, esa remera me quedaba muy grande, me la quité y solo quedé vestida con un top negro que me había recomendado el cirujano después de hacerme las lolas. Está de más decir que me metí una pastilla de menta en la boca. La sábana me llegaba hasta la cintura, así que no iba a ver mi bombacha negra.

—Pase.

Menos mal que me había sacado la remera fea y desteñida.

—¿Estás ocupada? Vi la luz por debajo de la puerta y...

—Iba a trabajar un rato, pero pasá —respondí, como si nunca hubiera pensado que era él.

Traía una botella de vino tinto, dos copas grandes y una carpeta negra. Su pelo estaba mojado y alborotado, vestía un pijama azul oscuro. Supuse que esa noche no iba a poder dormir. Sentía que ya me había desvelado.

Se sentó en los pies de la cama, descorchó la botella y sirvió un poco en cada una de las copas.

—Quiero que leas las reglas, firmes y aclares en el pie de la hoja.

*Oh, mierda.*

—¿En serio?

—Fue tu idea.

Abrí la carpeta y comencé a leer.

**Reglas:**

**1- Trato especial.**

**2- Sin interrupciones.**

**3- Muralla China.**

**4- Priorizar la libertad.**

—Falta una —y para mí, era muy importante.

—¿Cuál? —una sonrisa juguetona empezó a dibujarse en sus labios.

El *señorito* Rafael estaba jugando conmigo.

—Nada de sexo con otras personas.

—Para mí, esa regla no hace falta.

—Para mí sí, es muy importante. Es casi la regla principal.

Se rió con ganas y yo me quería morir.

—No voy a engañarte, Faustina. Soy todo tuyo.

—¡Idiota! No estoy hablando de eso...

Me quería morir. ¿De verdad era mío?

—¿Y entonces?

¿Por qué me miraba así? ¿Por qué tenía que mirarme de esa forma? No podía pensar.

—Para mí es muy importante esa regla, Rafael.

—Como sabía que no ibas a confiar en mí, hay otra hoja en la carpeta.

Me sentí tan mal cuando lo escuché decir eso. Agarré la segunda hoja y leí:

### **Reglas:**

**1- Trato especial.**

**2- Sin interrupciones.**

**3- Muralla China.**

**4- Nada de sexo con otras personas.**

**5- Priorizar la libertad.**

Y cuando estaba por firmar, su celular comenzó a sonar. Levanté mis ojos del papel, lo vi deslizar el dedo por la pantalla sin importarle que yo estuviera ahí y dejando de lado lo que estábamos haciendo, casi a la una de la mañana, atendió:

—Señora, le dije que si yo fuera el juez y si como prueba principal tengo ese video, lo que veo es un soborno, una coima.

—Porque es una coima.

Bien, estaba acostumbrado a poner el altavoz.

—Por otro lado, no importa lo que parezca, no hay audio. Es tu historia contra la de ellos. Pero si hay sonido, ¿qué escucharíamos?

—El comisario me pregunta si habíamos traído el dinero, mi socio le contesta que sí y acto seguido, le entregamos el bolso.

—En algún momento, dentro de la habitación, ¿usaste la palabra soborno o

coima?

—Puedo ser una hija de puta con todo el mundo, pero no como vidrio, D'angelo.

—Solo estoy tratando de encontrar la posibilidad de...

—De que el audio me ayude.

—Sí, por otra parte, tenemos al comisario...

—Él tiene el poder, maneja hasta al Intendente. No lo van a acusar. ¿Entonces?

—¿Le tiene mucha confianza a su socio?

— Sí, íntimos amigos. Él no va a delatarme, es imposible.

—¿Cuánto hace que habló con él?

—Una semana.

—¿Puede llamarlo en este momento?

—Por supuesto. Siempre me responde.

Rafael no dejaba de mirar su teléfono y cada vez que lo escuchaba hablar por trabajo, me noqueaba. Seguramente, mientras yo lo escuchaba, tenía una cara de tonta impresionante. Y cuando lo escuché reír, presté atención a la conversación. Del otro se escuchaba el correo de voz del supuesto socio que iba a atenderla. El tipo que había entregado el dinero, seguramente iba a delatarla.

—Voy a decirte lo que dice el mensaje de voz: Hola Cristina, no puedo atenderte en este momento porque estoy sobornando a una persona para quedar limpio y entregarte. Medítelo con la almohada, señora, y mañana volvemos a hablar. Buenas noches.

Y cortó.

—Falta una regla —susurré y comencé a escribir.

Cuando terminé, le pasé el papel.

—¿No atender el celular cuando estamos juntos? Estas reglas me están perjudicando —admitió, mientras sonreía.

—No sé si te diste cuenta, pero cada vez que estamos juntos, hablás por teléfono.

—Un segundo... desde que nos conocimos, nos vimos como cinco veces y de esas cinco atendí el teléfono dos. En el avión y ahora, cuando entraste al

estudio ya estaba al teléfono. Tengo buena memoria, pero me parece bien — agarró la lapicera—. ¿Firmo o te gustaría agregar algo más?

¿De verdad estaba dispuesto a aceptar todas esas reglas? Estaba loco, eran absurdas. Ni siquiera yo las hubiese aceptado si era él.

—Por favor.

Firmó y guardó el papel dentro de la carpeta.

—¿Desayunaste, Faustina?

—No, no comí nada en todo el día.

Estaba tan nerviosa que ni siquiera pude tomar agua.

—Por eso estás tan flaca.

—Genética —lo contradije.

—¿Qué voy a hacer con vos? —preguntó, mientras se recostó del lado izquierdo y sostenía la copa con su mano derecha.

—Nada... —estaba mintiendo—. Y contame, ¿vas a ser un buen esposo? — le di un trago al vino y ronroneé porque estaba riquísimo, a pesar del gusto a menta que tenía en mi boca.

—Soy el mejor para el puesto, es más, nací para ser tu esposo.

Era un idiota, pero aún así, su comentario me causó gracia y reí. Y otra vez, me observaba de esa forma que me intimidaba.

—No me mires así.

—¿Así cómo? —preguntó en voz baja.

—Así, como ahora... me ponés nerviosa —me dolía el pecho cuando sus ojos se fijaban en mí de esa manera.

Carcajeó, mientras negaba con la cabeza y...

—¿Por qué me besaste, Faustina?

Bien, al grano. Cerré la tapa de la computadora y la dejé sobre la mesa de luz. Apoyé mi espalda contra el respaldo de la cama y bebí un poco de vino para tragar el nudo que tenía en la garganta. Destrocé la pastilla con mis muelas.

—Supuestamente no iba a verte nunca más.

—Me engañaste conmigo mismo antes de conocernos. ¡Bien! ¡¿Qué puedo esperar?! Soy un corneta.

Me reí con ganas. Qué tonto era.

—Estaba desesperada...

—Por mí.

—No, por mí.

—Te sentías atraída.

—Si lo que querés saber es si ando besando tipos que no conozco, no... no lo hago. Es solo que... no sabía lo que iba a pasar conmigo y entre la locura y la desesperación, estabas vos y... no sé.

—Te gusto.

Qué insistente era.

—Fue la desesperación.

—Ok.

No parecía contento con mi respuesta, yo tampoco.

—¿A dónde vamos a vivir?

—Esa es una buena pregunta. Juntos.

—Sí —me reí—. Pero, ¿dónde?

—En mi casa.

Bien, porque yo no tenía casa. No iba a volver con mi papá.

—¿Y vamos a volver acá algún día?

—Vuelo todos los fines de semana para la finca. Ya no tengo ganas de manejar trece horas... la ruta me agota. Podrías acompañarme.

Tal vez, él había omitido una parte.

—Creo que no nos vamos a ver los fines de semana. Yo trabajo... todos los fines de semana y llego muy tarde a casa, entre las 7 y las 8 de la mañana.

Su rostro se opacó. Sí, así, de un segundo para otro.

—Eso... no lo había pensado.

—Creí que lo sabías.

¿De qué estábamos hablando? O mejor dicho, ¿por qué?

—Carajo, retrasé información clave.

—No es un juicio.

—Es que... pensé que los fines de semana podíamos dedicarlos a la familia.

¿Qué familia? Ellos eran su familia, no la mía.

—Rafael, vos podés seguir viniendo acá todos los viernes y volver el domingo a la noche o el lunes bien temprano, como prefieras. ¿Por qué siento que te molesta?

—No, no es que me molesta... es solo que...

Nunca lo había visto dudar, jamás. Pero en ese instante, hasta le costaba hablar. Reconocí el miedo, era como si pudiera olerlo.

—¿Pensás que mi papá va a querer acercarse?

Le dio un buen trago al vino y otro más hasta vaciar la copa y llenarla otra vez.

—¿En qué momento tu papá era violento?

Me sorprendió que, de repente, haga una pregunta como esa.

—Cuando volvía tarde y borracho.

—¿Y por qué?

Sinceramente, no me gustaba hablar del tema, pero lo hice porque Rafael lo necesitaba.

—Supongo que... soy muy parecida a mí mamá.

—Mierda —susurró.

Se puso de pie y comenzó a caminar por toda la habitación. ¿Qué le pasaba?

—Voy a estar bien.

—No, no. Faustina... no voy a poder con eso. No voy a poder dejarte sola sabiendo que tu papá puede...

—¿Y vas a acompañarme a todos lados como si de verdad fuéramos una pareja?

¡Por favor, era ridículo!

—Vamos a ser marido y mujer, ante la ley y ante todos.

—Rafael, mi papá tiene un trato, me lo dijo Hugo. Hasta que él no tenga el dinero, no piensa aparecer —creo que eso lo enfadó más—. Voy a contarte algo, pero tenés que dejar de caminar por todo el cuarto. Vení, acostate en la cama —le pedí y me hizo caso—. Tenía ocho años cuando mis papás se separaron. Esa noche fue la última vez que le pegó...

Si él solo me hubiese dejado terminar de hablar. Si solo hubiese respetado la segunda regla.

—Y se la agarró con vos. ¡¿Qué mierda me estás contando, Faustina?! ¿Se supone que me tengo que quedar tranquilo?

—Regla número...

—¡Al carajo con las reglas! Dios, Faustina... no quiero que te vuelva a poner una mano encima. Es que, ¿no lo entendés? Sería capaz de matarlo.

Me pregunté en qué momento de la noche la conversación se había desvirtuado tanto y por qué a él le afectaba hasta el punto de gritar.

—No voy a dejar que él vuelva a decidir por mí, cuando ese momento llegue, no va a convencerme...

—¡¿Qué vas a decirle?! —se tapó el rostro con sus manos, pero no había terminado—. ¡¿Y se va a quedar tranquilo?! ¿No va a querer pegarte? ¡Eso sería lo peor que podés hacer, rechazarlo!

—¡Basta! —grité y me puse de pie—. Basta. ¿Así querés que empiece esta relación? A los gritos, peleando, enojándonos por cualquier cosa... así se empieza, Rafael. ¡¿Qué estamos haciendo?! ¿Qué hago acá?

—No —saltó de la cama y me enfrentó, ubicándose frente a mí—. No lo digas...

—Esto es un error.

—No, yo no lo veo así.

—¡¿Por qué?!

—Porque quiero cuidarte —tiró la cabeza hacia atrás y comenzó a apretarse el cuello. Así de nervioso estaba—. Prometí cuidarte, Faustina. No quiero pelear... porque me encanta pelear, pero no con vos.

—No me conocés.

Bajó la cabeza y largando todo el aire, se sentó en el borde de la cama.

—Quiero cuidarte, quiero... quiero ser tu amigo, quiero que te sientas cómoda hablando de tu vida y que confíes en mí como lo hiciste esta mañana en el avión.

—Entonces, no sigas... no hables más de mi papá porque es mi papá.

—Afortunadamente, te metiste con un abogado que ama la Ley, ama ganar y ama amar. Y perdón, pero si tengo que meterle una restricción de mil kilómetros, lo voy a hacer solo para quedarme tranquilo de que estás a salvo.

Creí que estaba tocando un límite.

—¿Me estás amenazando?

—No, solo hago lo que tengo que hacer.

Me alejé un poco cuando se puso de pie y empezó a caminar hacia mí.

—No —susurré.

Llegué a la puerta y cuando quise girar la manija para salir de ahí, su mano apretó la mía, me di la vuelta y quedé entre la espada y la pared. Él era la espada y sonreí, agachando mi cabeza, mirando el piso, sin saber qué decir. Esa discusión era ridícula.

Nosotros éramos ridículos.

—Perdón —se disculpó y yo seguía sonriendo—. Ay, Faustina, ¿qué tengo que hacer con vos? —levanté la cabeza y ahora era él quien sonreía.

—Es la segunda vez que me preguntás lo mismo.

—Yo... creo que es mejor que me vaya antes de que nosotros no tengamos vuelta atrás.

—¿Seguro?

¿Qué me pasaba?! ¿Cómo iba a desafiarlo?

—Nunca estuve tan inseguro en mi vida.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Encerraste solo en tu habitación a leer?

Se acercó un poco más y quise tocarlo. Puse mis manos en su pecho y sentí su corazón, fuerte, rápido, como si hubiese corrido un maratón.

—¿Y si me equivoco?

¿Qué quería decir con eso?

—¿Conmigo?

—¿Y si es rápido?

—¿Sos rápido?

—No hablo de eso...

—Bueno, creo que todo... —dejé de hablar y respiré con fuerza cuando me apretó contra la puerta—. Creo que todo va muy rápido acá... no sé, pero yo nunca fui despacio cuando se trataba de vos.

Y sonrió mucho más.

—Faustina, me dijiste que no estabas preparada para ver algo nuevo en todo esto porque después ya no hay vuelta atrás.

—Eso fue antes de saber que ibas a ser mí...

—¿Y qué pasaría si te hago todo lo que tengo planeado en mi cabeza?

Sonreí porque sus ojos volvieron a mirarme de esa forma.

—Tenés razón, es mejor que te vayas antes de que no haya vuelta atrás.

—Pero sabés que tarde o temprano, lo que estamos pensando hacer, va a pasar.

—Lo sé, pero tal vez hay que esperar a que pase.

—Sabe tomar buenas decisiones, señorita.

Se alejó y me corrí hacia un lado para que pueda salir. Abrió la puerta y antes de irse, me quiso dar un beso en la mejilla, pero corrí mi boca y lo besé en los labios. Me aplaudí a mí misma por dar, otra vez, el primer paso. La sonrisa que me regaló antes de desaparecer por el pasillo era para una foto. Subí mis manos e imaginando que tenía una cámara, disparé.

—Chic.

**Todo iba a estar bien.**

Ni siquiera me había percatado de que, en la finca, todos se levantaban muy temprano para desayunar. La realidad era que yo estaba acostumbrada a despertar cerca del mediodía porque me gustaba quedarme hasta tarde trabajando. ¡Gran error! Cuando bajé, ya estaban cocinando para el almuerzo, pero mi futura suegra me había guardado las sobras del desayuno, sí, así de buena era conmigo. Mientras ella cocinaba un pobre conejito a la cacerola, yo tomaba café con leche descremada, crema y azúcar, y comía dos porciones de torta de manzana roja que había hecho Elena.

—¿Te probaste el vestido de mamá?

—¿Yo también tenía que decirle *mamá* a mi suegra?

—Sí, es como si me lo hubieran hecho a medida —hablé con la boca llena porque era imposible dejar de comer. ¡Era la torta de las tortas, la *cream* de la *cream*!

—¡Já! Me pasó igual.

—¿De verdad?

—¿Qué querés decir con eso? Tu suegra, de joven, tenía tu mismo cuerpo.

—Roma, por favor, estás divina —y no se lo dije para ganarme puntos.

—Gracias, Tina. ¿Cómo están las cosas con mi hijo? Supe que estuvieron hablando...

—¿Cómo?

—Las paredes escuchan y hablan.

Sonreí porque tal vez hablaba muchísimo con él. Oh Dios mío, tal vez lo habían conversado todos juntos durante el desayuno. Nunca más iba a levantarme tarde en esa casa.

—Roma, ¿cómo conociste a Hugo?

—Ay —revolvía la comida, mientras miraba el techo y sonreía como una tonta enamorada. Acaso, ¿todos en esa casa creían en el amor?—. Estudiábamos juntos en la Universidad, él, aunque no lo creas, se copiaba de mis apuntes y yo lo dejaba porque me encantaba. Era *él chico*. Lindo, inteligente, simpático, divertido... tomaba vino tinto cuando los demás preferían la cerveza, jugaba al golf cuando los demás elegían el fútbol, quería a una sola chica cuando los demás andaban con todas. Y yo me enamoré... cuando se lo dije, él optó por alejarse porque yo iba a distraerlo. Un día... —era la historia más atrapante que había escuchado en mi vida —decidió venir a verme porque no dejaba de pensar en mí. Quedé embarazada esa misma noche y dejé de estudiar para convertirme en su mujer. Hugo se recibió y empezó a trabajar con su papá.

—¿Y por qué no tuvieron más hijos?

—Lo intentamos... muchas veces. Es más, nunca supimos cómo quedamos embarazados de Rafael. Fue un milagro. Supuestamente, los espermatozoides de Hugo no eran tan fuertes, así que fue suerte. Sí, Rafael fue nuestra suerte.

Entonces, recordé cuando Rafael me contó que su papá le dijo que tenía que tener hijos pronto porque se estaba poniendo viejo. En ese momento, me asaltó la idea de que, tal vez, nosotros no íbamos a poder tener bebés. ¿Por qué me preocupaba por eso? ¿Por qué nos veía juntos en unos años? ¿Por qué quería tener hijos con él? ¿Qué me pasaba?

—Bueno, por lo menos pudieron tener uno.

—Ah, sí. Sí... es solo que... me hubiese gustado tener uno más para que Rafita esté acompañado. Siempre decía que, las cosas que no hice con Rafa iba a poder hacerlas con el siguiente; todas las primeras veces en las cuales Hugo no estuvo con su hijo, iba a poder vivirlas con el próximo... pero nos quedamos con las ganas. Supongo que por eso lo malcriamos tanto. A veces, me dan ganas de tener niños dando vueltas por toda la casa, que me llamen *nonna*, que se queden a dormir todas las veces que quieran y...

—Eso es mucha presión, Roma.

Las dos reímos, pero por alguna razón, yo sentía que le debía eso. Le debía nietos por todo lo que estaban haciendo por mí.

—Nos imagino dentro de unos años... ustedes viniendo los fines de semana, pasando Pascuas, Navidades, Año Nuevo, Días del Niño.

—Roma, ¿de verdad confiás en este matrimonio?

Me miró y enseguida lo supe. Ella había apostado la vida amorosa de su hijo por una chica que ni siquiera conocía. Estaba apostando por mí.

—Sí, Tina. Siento que todo va a salir bien porque mi hijo... mi hijo te mira de una forma tan especial que me hace acordar a su papá. Hugo todavía me mira así.

Tenía razón. Los había visto el día anterior cuando nos alcanzó el café.

—¿Y no te hubiese gustado terminar abogacía?

—La terminé, mi amor. Elena cuidaba de Rafael mientras yo estudiaba. Si de algo no me arrepiento es que nunca dejé cosas inconclusas en mi vida. Siempre hice todo lo que yo quise... pero opté por quedarme con Rafita. Él se lo merecía y creo que no me equivoqué. Elena dice que Rafael fue criado por una reina y el día que tuviera a su mujer, iba a tratarla como a una princesa. Creo que hice bien mi trabajo. ¿No?

—Sí, Roma. No tengas dudas de eso.

Me pregunté por qué esa mujer confiaba tanto en mí.

—¿En qué pensás, Tina?

—En vos... no entiendo por qué confiás tanto en mí, por qué me contás tantas cosas sin conocerme, por qué me confiás a tu hijo. Simplemente me cuesta entenderlo.

—¿Puedo mostrarte algo? Pero debés prometerme que nunca se lo vas a decir a mi hijo.

—Lo prometo.

Dejó de revolver y agarró su teléfono. La vi buscar algo y cuando lo encontró, me lo pasó. No tenía idea de qué iba a leer, pero ese mensaje... ese mensaje que le había enviado Rafael apenas bajó del avión, me enloqueció.

**Mamá, creo que me enamoré.**

—Si mi hijo te regaló su corazón desde el primer momento, entonces nosotros también.

Ese fue el primer día de mi vida que lloré por emoción y no por el dolor de un golpe. Ese día, Rafael tomó el lugar de mi corazón porque él era mi corazón.

\*\*\*

—¿A dónde vamos, Elena? —pregunté, cuando me llevó hasta el garaje de la mansión.

—A dar una vuelta.

Para mi sorpresa, se subió a un carro de golf, precisamente en el asiento del conductor. Sí, ella iba a manejar y yo a tomar fotos. Me pregunté si no habría un casco escondido por ahí.

—¿Es seguro?

—Mia cara, estás conmigo. Dale, subí.

Le hice caso, encendió el carro y empezamos a avanzar con mucha velocidad. Iba a decirle que vaya más despacio, pero cuando vi su rostro, no pude hablar. Se estaba divirtiendo y me dio pena frenarla. Sus reflejos estaban intactos, doblaba en las curvas del camino con mucha agilidad y sin dudar. Subía las pequeñas montañas como si tuviera una cuatro por cuatro y yo no podía creerlo. Me di cuenta de que me estaba divirtiendo cuando escuché mi risa.

—¿Lo hacés seguido?

—¡Cada vez que puedo, *mia cara!*

Oh, mierda. Elena no era ninguna anciana. A pesar de quedarse en su habitación la mayor parte del tiempo, se divertía más que cualquiera. En un momento, frenó de golpe y para alimentar más mi sorpresa, metió la mano dentro de su corpiño y sacó un porro.

—¿Elena?

No me respondió, se lo puso en la boca y con un encendedor encendió el cigarrillo de marihuana, inhalando muy profundo. A lo segundos, largó el humo hacia arriba y yo estaba impactada. ¡¿Quién era esa mujer?!

—¿Querés fumar hierba?

¡¿Qué le pasaba?! Se suponía que las *nonnas* no hacían esas cosas.

—No, gracias.

—¿Por qué? —hasta parecía ofendida.

—Porque me gusta mucho la realidad tal y como es.

—Una pitada, Faustina.

—No, de verdad.

Chasqueó la lengua contra el paladar y sacó otro porro.

—Tomá, por las dudas.

—Ay, mierda. Gracias, Elena.

—Decime *nonna*.

¡¿Qué más me faltaba saber de esa mujer?!

Cuando emprendió la marcha, me sentí un poco asustada. No tenía idea hacia dónde íbamos o cuáles eran sus planes, pero me entregué a Elena porque confiaba en ella, aún cuando estaba fumada y tenía ochenta años.

Alguien había quitado la nieve del camino, pero seguía tan blanca e intacta como el día anterior. Era una perfecta manta que cubría cada centímetro del suelo y cuando me di cuenta, estaba nevando. Si bien me había abrigado muchísimo, sentía el frío húmedo contra mi rostro y tenía miedo de que el olor a la marihuana se me quedara impregnado en la ropa o en el pelo. ¿A quién se la compraba? ¿Eusebio se la traería? O peor aún, ¿y si cultivaba sus propias plantas?

Minutos después, estacionamos frente a un lugar completamente vidriado. No habían puertas ni ventanas, era una edificación toda de vidrio, y había gente entrando y saliendo, llevando cajas en las manos.

—¿Qué es este lugar, Elena?

—Acá vas a festejar tu casamiento.

¿Iban a hacer una fiesta? Pero, ¿cómo no me habían dicho nada?

—Rafael nunca lo mencionó...

—Porque es una sorpresa, *mia cara*.

Sí, esa mujer no dejaba de sorprenderme.

—¿Tu sorpresa?

—¡¿De quién más podría ser?! Además, ¿para qué te di mi vestido? ¿Guardaste el porro?

No me dejó pensar, ni siquiera responder. Me agarró de la mano para meterme dentro del gran salón y comencé a girar en mi propio eje porque todo estaba precioso. Sillas y mesas vestidas de blanco, arreglos florales en color rosa viejo y la nieve que nos regalaba la mejor imagen detrás del vidrio. Cientos de globos inflados con helio cubrían el techo y...

—Elena, esto es... hermoso.

La gente pasaba a mi lado trasladando comida, bebidas, tortas, mientras Elena me quitaba la cámara de fotos del cuello y sus ojos, ya estaban achinados.

—¿*Nonna*?

Me di vuelta cuando escuché a Rafael. Él parecía tan sorprendido como yo, y eso que no sabía lo fumaba que estaba ella. ¿Y si se daba cuenta y pensaba que yo le había convidado? Guardé el porro dentro de mi corpiño y volví a mirarlo. Observaba todo el lugar con los brazos caídos a un costado del cuerpo y... me di cuenta de que lo había extrañado, que tenía ganas de hablar cualquier cosa con él solo para pasar un rato.

—Nipote, ¿dónde está tu sonrisa? Si no sonreís, estás desnudo.

Sonreí cuando la escuché decir eso.

—Nonna, ¿qué es esto?

—Mi regalo de bodas. ¡Una fiesta! ¡Música, por favor!

Empezó a sonar una melodía preciosa, pero no recordaba el nombre. Las luces se apagaron y agarrándonos de las manos, nos unió a Rafael y a mí para que bailemos.

—Por favor, tengan su primer baile de novios.

¿Eso éramos? ¿Novios?

Cuando me di cuenta, Rafael me tomó de una mano, se aferró a mi cintura y comenzó a bailar, siguiendo las órdenes de su *nonna*. Lo miré a los ojos y estaba sonriendo. En ese momento, creí que yo corría con ventaja porque había leído el mensaje, pero no... nunca fue así.

—Me siento una princesa —admití.

—Deberías.

Ay, ¿de dónde había salido?

—Hola.

—Buenos días, dormilona —y besó mi mejilla.

—Nunca más me pierdo un desayuno —susurré.

—No lo voy a convertir en una regla.

—Tendrías, así me lo tomo más en serio.

Nos reíamos como dos tontos. Dos tontos de verdad. Y nos movíamos de tal forma que parecíamos una misma persona.

—Está sonando nuestra canción —admitió y casi me lo como a besos.

—No tenemos una.

—Ahora sí. ¿Es mucho? Todo esto... no sé si estás preparada.

—No —lo corté—. Con ustedes pienso que va a ser siempre así y me gusta.

Rafael... me gusta tu familia.

Cuando escuchó eso, su mirada cambió. Sí, ya amaba esa mirada.

—¿Y yo?

—También.

—¿De verdad?

—Sí... de verdad.

—Me gustaría que tengamos más tiempo para conocernos antes de...

—¿Ya te estás arrepintiendo? —pregunté un poco asustada y dejó de sonreír.

—No, no. Es solo que... vamos a casarnos y no sé mucho de vos.

El flash interrumpió mis pensamientos, Elena nos estaba tomando fotografías mientras bailábamos, debía agradecerse.

—¿Qué querés saber de mí?

—Todo —contestó.

En ese instante, creí que él no estaba preparado para escuchar ese todo de mi vida, así que decidí decirle la verdad. Mi verdad en ese momento.

—A ver... todo lo que creía conocer ya no existe, porque vos me estás regalando algo que siempre quise y no tuve.

—¿Y qué es?

—Una familia. Me regalaste a tu familia y... —mis ojos se llenaron de lágrimas porque estaba emocionada—. Nunca tuve esto... no quería creer que podía haber algo bueno, pero vos sos bueno. Sos *el chico bueno*.

—¿Lo soy?

—Sí...

—Ay, Faustina. Sé todo sobre la Ley, creí estar casado con la abogacía, pero no es así. Yo quiero casarme con vos, pero no sé nada del amor y necesito que me ayudes.

—¿Nunca estuviste en una relación seria?

—No.

—Dijiste que creías en el amor, dijiste que... que querías encontrar a la mujer indicada y...

—Y la encontré. Vos sos la indicada, *la chica buena*.

Nosotros, juntos, a pesar de todas las probabilidades, éramos *los buenos*. Quise besarlo, abrazarlo, salir corriendo tomados de las manos, escaparnos en ese carrito de golf y estar solos mucho tiempo. Pero solo pude acercar mis labios y darle un beso. Sí, por tercera vez consecutiva, estaba dando el primer paso.

Sus labios se abrieron suavemente sobre los míos, me soltó la mano para apretarme la nuca y apretujarme contra él, se aferró más a mi cintura y entró en mi corazón.

—Ya estás adentro mío —susurré contra su boca.

Se separó un poco para mirarme a los ojos y esa sonrisa traviesa y juguetona... deseé que sonriera de esa forma siempre que estuviera conmigo.

—¿Cómo no me di cuenta de eso?

Reí fuerte y él también.

—Porque estás en mi corazón, Rafael. Estás adentro.

—Espero no irme...

—Prometelo.

—Lo prometo, *mi chica buena*.

Sí, yo era su chica buena. Al fin me sentía buena para alguien más.

—Tenía una sorpresa para vos, vine hasta acá para dártela, pero mi *nonna* me distrajo con todo esto...

—¿Es un regalo de bodas?

—Puede ser —lo dudó, pero asintió varias veces con la cabeza y sonrió—. Sí, sí, es un buen regalo de bodas.

Se separó y agarrándome la mano, me hizo dar una vuelta y ahí estaban ellas: Mariana, Gisela y Daniela, mis amigas. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo lo supo?

Las tres me miraban alucinadas, sus ojos volaban de Rafael a mí, así sucesivas veces. Y Mariana, mi mejor amiga, me sonrió. Ella sabía que yo lo único que deseaba era ser un poco más feliz y supuse que se había dado cuenta. Tenía un poder extraño para adivinar lo que pasaba por mi cabeza sin contárselo, con solo vernos sabíamos qué queríamos, qué susurrábamos sin decirlo, qué sentíamos sin demostrarlo. Ella era la única que sabía todo de mí, la única.

—¿Cómo supiste quiénes eran mis amigas?

Giré mi cabeza porque necesitaba mirarlo, tal vez, de esa forma, podía

encontrarle un error o un defecto... en ese instante, no distinguí ninguno.

—Dijiste que siempre pensaste que ibas a casarte estando enamorada, con tus amigas haciéndote una despedida de soltera, todos felices y contentos...

—Rafael —quise interrumpirlo, porque sabía a dónde quería llegar.

—Dijiste que no estabas feliz, ni contenta, ni siquiera enamorada. Que no lo conocías... te planteaste la idea de que era un gordo atrevido que quería propasarse con vos, pero que aún así, estaría en todo su derecho —se mordió el labio inferior para no sonreír, pero no pudo evitarlo y yo me quería morir—. Y me cuestionaste a dónde estaban aquellas personas que querían casarse por amor.

Me animé a preguntárselo por segunda vez:

—¿Dónde están?

—¿No nos ves?

—No me mires así —susurré, para que nadie me escuche—. No puedo pensar cuando me mirás así.

—Disfruté el día con tus amigas, *mi amor* —besó mis labios para despedirse, pero se alejó como si hubiera olvidado algo—. ¿Faustina?

—¿Sí? —pregunté como si estuviera volando por el aire.

—¿Hay algo que quieras contarme antes de casarnos?

¿Algo como qué? Entonces, como lo veía un poco intranquilo, quise darle una respuesta.

—Sí, hay algo... ya no tengo miedo.

—Lo sé, solo quería confirmarlo —sonrió, besó rápidamente mi mejilla, agarró de la mano a su *nonna* y dedicándole una sonrisa a mis amigas, salió de ahí.

¿Y si todo era un sueño? ¿Y si todo lo que estaba pasando era producto de un fuerte golpe que me había dado mi papá en la cabeza y todavía seguía noqueada?

Alguien pellizcó mi brazo para hacerme volver a la realidad.

—No es un sueño —afirmó Mariana.

—¿No?

—No. ¡¿Tiene hermanos?!  
—No —me reí muy fuerte.

—No —me reí muy fuerte.

—¿Un primo? Si es viejo, no me importa.

—No sé. Hey, ¡vengan! Quiero un abrazo.

Las cuatro nos abrazamos muy fuerte y me hubiese gustado seguir pegada a ellas, pero se alejaron. Obvio, necesitaban una explicación.

—Señoritas, hay un salón preparado para ustedes.

Las cuatro nos miramos, mientras abríamos la boca y los ojos, impresionadas por el gesto que tuvo Rafael. Seguimos a ese muchacho hasta el final del salón, abrió una puerta y había un living. Era como un apartado que amortiguaba el sonido de la música, el murmullo de las personas, pero que, al igual que el salón principal, sus paredes eran de vidrio y la nieve era la protagonista. Había sillones, una mesa ratona muy grande, alfombras, una pequeña biblioteca y mucha comida. Café, té, vino tinto... fui por el vino.

—¿Cómo las contactó?

—Me llamó por teléfono, al principio pensé que iba a amenazarme —contó Mariana y todas nos reímos—. No sé, imaginé que te tenía secuestrada o algo así, y que iba a pedirme plata. Pero después dijo: a ella le gustaría que ustedes estén acá.

—¿Y vos qué le contestaste?

—¡Ni se te ocurra invitar a su familia!

—Ay, Marian. ¿Creés que va a hacerte caso?

—Sí, quedate tranquila. Me preocupa que tu papá sepa dónde encontrarte y

aparezca.

No me importaba. No quería pensar en él.

—No, no va a hacerlo. Siente mucha vergüenza como para aparecer... ¿Y a qué hora te llamó?

—A las cinco de la mañana. Acaso, ¿no duerme?

Las cuatro nos reímos tan fuerte... ay Dios, cómo necesitaba estar con ellas. Necesitaba tenerlas esos dos días.

—Creo que podemos empezar.

—Quiero saberlo todo, Tina —me pidió Gisela.

—Sí... —me serví un poco de vino—. Resultó ser todo lo contrario a lo que yo pensaba.

—¿Y?

—Y... nos conocimos en el avión, hablamos mucho, nos conectamos...

—¡Mentira!

—De verdad, Gi. Él no es como nosotras imaginamos que sería. No hice ningún plan macabro para cancelar la boda, ninguna brujería para que se olvide del acuerdo... yo quiero esto. De verdad, chicas. Necesito que esto resulte bien porque... ustedes tienen familia y saben qué se siente. Mi papá no es mi familia, mi hermana tampoco... ustedes lo fueron siempre. Pero ahora los encontré a ellos y ni siquiera se imaginan lo bien que me hacen sentir. Me gusta estar con acá, me siento bien.

—Se nota —susurró Mariana—. De verdad te veo bien. No sé cómo hizo para sacarte esta sonrisa, pero si vas a seguir sonriendo así, vamos para adelante amiga. Yo te apoyo.

—Y yo.

—Yo también. Pero, ¿de verdad vas a casarte?

—Sí, Dani. Es como un noviazgo, pero con casamiento. Es por mi seguridad... todos creen que lo mejor es casarme porque de esa forma mi papá no va a volver a decirme qué hacer.

Mariana apoyó su mano en mi pierna y me sonrió.

—¿Te sentís más fuerte para enfrentarlo sabiendo que tenés un ejército?

Sí, ellos eran mi ejército.

—Algo así, amiga. No quiero que mi papá...

—Olvidate de eso. ¿Puedo ser parte de este ejército?

—Claro.

—Por lo menos, tenemos una fiesta. ¡¿No?! —gritó Daniela.

—Sí, ¡es verdad! No saben lo que es la *nonna* y la mamá de Rafael... me río tanto con ellas.

—¿Y cómo viene? —Mariana subió las manos y ubicó las palmas en paralelo.

Hacíamos eso cuando queríamos saber qué tan bien dotado estaba el chico con el que salíamos. La que estaba teniendo relaciones iba diciendo más, más, más hasta que la otra había separado las manos como el tamaño del pene.

—No lo sé.

Las tres dejaron de sonreír.

—¿No lo sabés?

—¿No se la viste?

—¿Y si la tiene chiquita? ¡Dios mío!

—¡Ay, por favor! Chicas... nos pueden escuchar. Dejen de gritar.

—¡Que me escuchen! ¿Cómo vas a casarte con alguien sin conocer a su mejor amigo? A su incondicional...

—¡A su estaca!

—¡A su fierro!

Eran incontrolables.

—¡Ya! Chicas, por favor. ¡Es solo un pene!

—¡Que no! Que no es solo un pene y así como así —Mariana estaba enloquecida.

—¡Esto es muy serio! —Daniela sonaba desconcertada.

—Es lo que te va a dar placer el resto de tu vida, lo que va a entrar en tu cuerpo todas las noches, vas a chuparlo, a mimarlo... —y Gisela había desbarrancado—. Vas a tocarlo y a jugar como si fuera tu juguete preferido. Vas a soñar con él y...

Ellas eran lo mejor que me había pasado en el mundo y hasta escupí un poco de vino porque no podía dejar de reír, ellas y sus comentarios me tenían tentada.

—Yo... no sé. No se dio.

—Bueno, entonces que se dé, mujer. Dejé de dar vueltas y andá al grano — Mariana estaba desesperada.

—No... no hay tiempo.

—¡El que quiere, se hace un tiempito!

—Marian, por favor. Lo conozco hace un día...

—Y vas a casarte. ¿Tengo razón?

—¡Sí!—gritaron las otras dos.

Oh, mi Dios. Estaban locas, pero las quería.

—Miren lo que tengo —metí la mato dentro de mi corpiño y saqué el porro que me había regalado Elena—. La *nonna*.

Las chicas no podían creerlo y yo, tampoco.

¿La realidad? Y la realidad era que jamás me hubiese imaginado que Rafael iba a invitarlas. Es más, no sabía cómo iba a contarles todo lo que estaba pasando. Sin embargo, ahí estaban, tomando vino, comiendo, riendo, hablando y yo estaba feliz. Me di cuenta de que tenía todo para ser feliz.

Por primera vez, tenía absolutamente todo.

## Encontré su defecto.

Hacía más de diez minutos que estaba buscando la habitación de Rafael. Eusebio me había dicho que el *señorito* se había ido a descansar antes de cenar... y yo seguía buscando. Las chicas ya estaban en sus habitaciones y... ¿Dónde estaba su cuarto?

Tal vez no tuve que haber ido porque... porque además de estar mareada, mis reflejos se sentían apagados, mis ojos se cerraban y... Eusebio había dicho al final del pasillo, de la mano derecha, la última puerta. Bien... ahí estaba. Yo... quise golpear, pero no tenía mucha fuerza. Quise decir su nombre, pero mi lengua se trababa con mis dientes y hacía algo raro con el paladar. Así que, mi mejor opción fue abrir la puerta y entrar. Lo hice.

Rafael estaba acostado en su cama, dormido y vestido. El *señorito* era más lindo cuando dormía, su rostro relajado, la boca un poco entreabierta, los brazos por encima de la cabeza, una sombra de barba, las piernas despatarradas por toda la cama y... y sin embargo, yo no lo conocía. Sabía más cosas de su familia que de él y había pasado más tiempo con su mamá y con su *nonna*; no tenía idea las cosas que le gustaban, o con cuántas mujeres había estado...

Menos mal que no lo había despertado, porque si se encontraba a una loca de pie al lado de su cama, observándolo mientras dormía, no iba a querer casarse con ella. ¿O sí? Por eso, decidí acostarme con él. Sí, era la mejor decisión. Caminé hasta el otro lado de la cama, me quité la ropa y muy despacio, me acosté, mi cuerpo se hizo una bolita a su lado y me quedé dormida. No solo dormí hasta la cena, sino que dormí hasta el otro día.

Cuando me desperté, estaba sola en una habitación que no era la mía. Estaba segura, yo no dormía en ese cuarto. Como pude, abrí mis ojos y

observé la habitación. Mierda, mis párpados no se podían mantener abiertos. ¿Cómo dejé que me pasara una cosa así? Era la peor resaca de mi vida.

No tenía idea en dónde estaba, pero necesitaba ducharme antes de salir de ahí. ¿Y si me había confundido de habitación? La tarde anterior había tomado tanto con mis amigas, que no recordaba nada a partir de las cinco de la tarde hacia adelante.

La puerta se abrió y Rafael llevaba una bandeja en sus manos. Y una sonrisa en sus labios.

—Dijiste que no querías perderte otro desayuno.

Él estaba precioso y yo, en cambio, recién me despertaba, seguramente mi pelo estaba enredado, tenía mal aliento, baba en la cara, y quién sabía, tal vez había vomitado mi ropa. Claramente, no dejé que se acerque a la cama, ni siquiera a tres metros. Salí corriendo y abrí una puerta. Mierda, era un vestidor.

—El baño es la otra...

No dejé que me hable porque yo estaba sucia, tenía resaca y no quería que él me viera así. ¡Ni siquiera sabía por qué estaba ahí! Lo escuché reír y eso me dio vergüenza. Entré al baño, abrí la ducha, agarré un cepillo de dientes, le puse pasta dental, y mientras se calentaba el agua, me lave la boca. Después, enjuagué mi pelo, mi rostro y mi cuerpo.

*Oh, mierda.* ¡Ese día iba a casarme! En unas horas iba a ser su mujer.

—¿Faustina?

—¡No quiero hablar!

Lo escuché reír otra vez.

—¿Qué pasa?

—Todo esto es tu culpa. ¡Todo!

—¿No era tu despedida?

Me asomé a través del filo de la mampara y estaba sonriendo, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados. Si él me observaba de esa forma, yo no podía pensar.

—Gracias por traerlas.

—De nada. ¿Ya podemos desayunar?

—¿Una toalla?

Negó con la cabeza, sonrió pícaramente y...

—No tengo.

*Mierda.*

—¿Una bata?

—Tampoco.

¿Qué estaba insinuando?

—Yo... —me metí en la ducha, cerré la canilla y respiré con fuerza.

Bien. ¿Tenía que hacer tiempo? Bueno, tal vez ese era nuestro momento. Me tiré el pelo hacia atrás y salí de la ducha como Dios me había traído al mundo y sonreí porque... no puedo explicar la forma en que sus ojos escanearon todo mi cuerpo desnudo, de pies a cabeza, y cuando se concentró en mis tetas operadas, susurró:

—Carajo.

Cerró los ojos y tiró la cabeza hacia atrás, hasta pegarla completamente a la pared. Tal vez le estaba agradeciendo a Dios por las lolas de su futura esposa, o tal vez no. Yo le agradecía a mi cirujano cada vez que lo veía.

Y con unos nervios impresionantes que se acentuaron en mi estómago, comencé a caminar hasta llegar a él, vi la nuez de su cuello moverse por la forma en que tragó, un suspiro interminable, abrió los ojos...

—Faustina, no... no sé por qué me pongo tan nervioso cuando estoy con vos.

—Tal vez porque encontraste a la única persona que te intimida.

Todo pasó muy rápido. Se agachó, rodeó mis piernas con su brazo, puso una mano en mi cola y subiéndome encima de su hombro, me llevó hasta la cama, donde me dejó caer de espaldas. Aprecié el momento exacto en el cual se quitó la remera, bajó su pantalón hasta el piso, subió los pies para sacárselo y se tiró encima de mí, acomodando sus piernas a los costados de mi cuerpo. Sonreí cuando me miró directo a los ojos y besó la punta de mi nariz, luego besó mis labios con un pequeño beso húmedo y suave.

—Ya esperamos dos días, no hace falta hacerlo cuando estemos casados. ¿O sí?

Largué una pequeña carcajada y él sonrió.

—Quiero verte —admití.

—Estoy acá.

—No... quiero verte desnudo.

Y mordiéndose el labio inferior, se puso de pie y enganchó el borde del bóxer con el dedo pulgar para quitárselo. En ese instante, le agradecí a Hugo y a Roma por hacer un hijo tan perfecto. Sí, él era perfecto. Su pene... su amigo, su incondicional, su estaca y su fierro, era tan precioso. Y las venas...

Tiré la cabeza hacia atrás porque no me podía concentrar, quería salir corriendo a contárselo a mis amigas... entonces, sentí sus manos clavarse en mi cadera, me atrajo hacia él ubicándome en el borde de la cama y cuando lo miré, estaba arrodillado en el piso, entre mis piernas, observándome a los ojos.

—¿Está bien si lo hago?

—Yo creo... creo que sí —tartamudeé.

Cerré los ojos cuando abrió los labios de mi vagina y su lengua entró en contacto con mi clítoris. ¿La tierra había temblado o solo había sido esa habitación? O la cama, o mi cuerpo, o él. Sí, él me hizo temblar cuando empezó a jugar con el centro de mi cuerpo y sus dedos que querían entrar... cosquillas, placer, una sensación taaaan... encorve mi espalda y...

—Rafael... Rafael... aaah.

Oh, por favor, lo que estaba haciendo conmigo era la tortura más hermosa y sus dedos hicieron lugar y se metieron dentro de mí, se movían tan rápido como su lengua. Sentí más presión, un poco más... no me pude controlar. El orgasmo me atacó de una forma tan brutal, tan endiablada que era imposible tratar de controlar mis piernas para que dejaran de temblar. Estaba más agitada que en toda mi vida y su lengua no dejaba de jugar... quería que pare, quise cerrar mis piernas para que dejara de hacer eso, pero puso una mano en mi estómago para que me quedara quieta porque quería seguir chupándome.

Y entonces, otra vez empecé a sentirme en el borde de un abismo, iba a caer con mucha fuerza, por eso me aferré a las sábanas, clavé mis uñas y grité cuando mi cabeza chocó contra el piso.

—¡Aaaah!

Se alejó porque cerré mis piernas, di la vuelta para quedar boca abajo y poder normalizar mi cuerpo, pero entonces una de sus manos tiró de mi pelo justo cuando se sentó encima de mi cola.

—¿Cómo te gusta? —preguntó con voz ronca.

—No sé —casi no podía hablar—. Tengo miedo.

Sentía miedo porque no sabía qué iba a hacerme. Era como si no lo conociera, hasta su voz había cambiado.

—¿Me tenés miedo en la cama? ¿Solo en la cama?

—Sí. ¡Aah!

Movió mi cabeza hacia la izquierda y pasó su lengua por mis labios.

—¿Por qué me tenés miedo?

—Porque... porque sos muy grande y... estás loco.

—¿Estoy loco? —preguntó, besando mi nuca, pasando su lengua por mi cuello, gimiendo—. Sacá la lengua —lo hice y metió dos dedos en mi boca—. ¿Te gusta esto?

Él de verdad estaba loco. Loco, pero aún así, jugué con sus dedos...

—Sí.

—Te gusta esto, ¿no?

—¡Aaaah!

—Me encanta tu pelo —susurró en mi oído—. Me encanta tu cuerpo... ay. Puedo ser tan malo con vos.

Me abrió los cachetes de la cola y entró en mi vagina, hasta el fondo. Ahogué un grito contra el colchón y ya no pude sentir nada más que su mano tirando de mi pelo hacia él, los golpes secos que daba en mi nalga derecha con la palma de su mano, el ruido que hacía la cama con cada embestida... una tras otra, sin parar, sin dudar, sin darse cuenta de lo que estaba provocando en mí.

—Por algo te dicen El Diablo.

—Nunca escuché palabras tan dulces.

Cerré los ojos porque el recuerdo de la conversación que escuché detrás de la puerta entre él y su padre el primer día que llegué a la finca, me desorientó.

Él, sin darse cuenta, estaba afirmándome el mayor miedo que yo tenía antes de llegar... que sea violento. No era una tonta, sabía que a las personas les gustaba ese tipo de sexo, pero no a mí. Y todo lo que él me había demostrado desde que nos conocimos, desapareció. Se borraron las reglas, las palabras dulces, las sonrisas, las miradas... se borró todo.

El líquido caliente sobre mi espalda me hizo volver y dejé de pensar. Oh mierda, ¿qué habíamos hecho?

Su cuerpo cayó hacia un costado y enseguida salí de la cama para correr hacia el baño. No pude mirarlo, no pude hablar porque... ¿Por qué? Cerré la puerta y abrí la canilla para limpiarme.

Enseguida, la puerta se abrió y cerré los ojos, abrazándome a mí misma.

—¿Faustina? —escuché la duda en su voz.

—No puedo.

—¿Qué? —no le contesté, entonces me dio la vuelta y abrí mis ojos—. ¿Qué pasa?

—No puedo hacer esto...

Sus ojos azules se tiñeron de negro y su rostro se paralizó.

—¿Hice algo que te molestó? ¿Duré muy poco? Si es así, podemos hablarlo. Podemos poner reglas nuevas y...

Entonces, cerró los ojos y apoyándose contra la pared, se agarró la cabeza con las manos. Supe que él me había entendido. Y yo, ya no podía seguir con eso, por eso me quité el anillo y lo dejé encima de la mesada del baño.

—No puedo casarme con vos —susurré.

Había encontrado su defecto: ser *El Diablo* tanto en un juicio como en la cama.

**Hagámoslo.**

No fue el sexo, fueron los recuerdos. No me gustaba que me tiren del pelo porque recordaba ser arrastrada por el comedor de la casa de mi papá cuando tenía diez años. No me gustaba que me peguen porque la palma de la mano de mi papá me había dejado picando la piel más veces de las que podía contar. No me gustaba que me griten porque fui criada a los gritos. No me gustaba que me ahoguen porque mi papá había tenido mi cuello en sus manos...

Y era consciente de que Rafael nada tenía que ver con todo eso, pero no me gustaba la violencia, no quería pensar que él podía llegar a maltratarme en un acto tan lindo como el amor consumado en las relaciones sexuales e íntimas.

—Él... él... él es...

—Ay, mi Dios. Cuando empezás a tartamudear, me ponés nerviosa, Tina.

Mariana no me entendía porque cuando ella pensaba en ese tipo de sexo, sus ojos comenzaban a brillar.

—Es que... casi me ahoga, me pegó en la cola y me tiró del pelo...

—¡Y eso está buenísimo!

*No.*

—No sé... es como que...

—Ay, Tina. No deja de ser sexo. ¡Estás exagerando muchísimo! Bueno, dámelo a mí.

—¿El qué?

—A Rafael, yo sí quiero sexo duro con un pene grande. ¡Muy graaaaaande, lleno de venas!

—¡Mariana, estoy hablando en serio!

—¿Qué?! —preguntó, mientras se probaba el vestido que iba a usar en mi casamiento frente al espejo—. Tina, es solo sexo fuerte.

—Pero tal vez hay más. Si acepto esto, es como si me estuviera engañando a mí misma.

—¿Y eso es buenísimo! ¡Te sacaste la lotería y no fuiste por tu premio! Lo dejaste ir. ¿Estás loca?

—Es que... no sé si quiero que me pegue mientras estamos en eso.

—A ver —se sentó frente a mí—. Supongamos que se le fue un poco la mano en la primera vez que estuvieron juntos, pero no es un nene, tiene treinta y seis años y está claro que sabe lo que quiere y lo que le gusta. ¡No va a engancharte del techo y tirarte vela caliente en el cuerpo! Solo fue una nalgueada rápida que te quedó picando la piel.

—¿Y si esto fue solo una introducción?

—¡Mejor!

—Marian, necesito que te concentres.

—Lo sé, amiga. Es encantador, bueno, dulce, aceptó todas tus reglas sin chistar y te está dando libertad. ¿Es un poco duro en la cama? Dale tiempo, te va a terminar gustando...

—¿Y si no? ¿Y si me hace acordar a mi papá?

—No, tenés que separar las cosas, Rafael no es violento. ¿Sabés qué? Nunca te vi sonreír como ayer y creo que eso es lo que importa. El sexo brusco es solo un condimento... tal vez tenés que ponerle tu propio condimento. Mézclenlos, prueben cosas nuevas... que él conozca la sal y que vos te animes a probar el aceite. ¡¿Entendés?! ¡Sal y aceite!

—No. Nunca se mezclan.

—¡Bueno, deberían hacerlo! Pero si vos querés dejarme el aceite, yo no tengo problema en mezclarlo con mi salsa de soja.

¿Salsa de soja? ¡Qué asco! Mi amiga no tenía remedio. La miré como si estuviera loca.

—¿Me estás hablando en serio, Marian?

—Totalmente. Deberías animarte y dejar todas esas reglas pelotudas de lado. Tenés que crecer, Tina. Es hora de crecer y dar un paso más hacia la madurez. ¡Sal y aceite, Tina! ¡Sal y aceite!

La abracé, le di un beso en la mejilla y salí corriendo de su habitación,

escuchando sus gritos:

—¡Sal y aceiteeeee!

Miré el reloj y eran las once de la mañana, supuse que Rafael estaría trabajando en el estudio. La puerta estaba cerrada, golpeé dos veces y abrí sin esperar que me contesten del otro lado. Cuando entré, Rafael se dio vuelta y estaba por cortar la llamada, pero negué con la cabeza porque no quería que él dejara de hacer su trabajo solo porque yo había llegado. Y mientras él hablaba con el altavoz del teléfono de su escritorio, caminé por la habitación.

Sí, se escuchaba cansado, con un poco de mal humor, su rostro no era tan tranquilizante como siempre, la camisa blanca toda arrugada, el pelo despeinado y me adjudiqué toda esa culpa. Empezar la mañana tan mal, tal vez lo sacaba de eje.

Decidí sentarme en el sillón que estaba debajo de la ventana y esperar.

—¿Me despidió por negarme a sobornar testigos a su favor? —preguntó, y caminaba de una punta a la otra apretando la punta de una lapicera.

—No voy a contestar eso.

—Y no hace falta que lo haga. Pero como dije, usted perdió su derecho y tengo a cinco testigos, incluido a su socio Alberto Milley, que testificó ante un tribunal. ¿Usted quiere lanzarme piedras, señora Allan? Porque le aseguro que yo tengo mis propias piedras y son de cosecha.

—¿Estoy bajo juramento?

—Siempre, al igual que yo. Por más que esta conversación sea extraoficial.

—Lo escucho.

Rafael movió el cuello de un lado a otro, se apoyó contra una pared y dejando caer la cabeza, empezó a hablar:

—Allan, puede atacarme las veces que desea y yo a usted. Pero no quiero eso porque no trabajo así. ¿Quiere que me disculpe por no sobornar a testigos? Lo siento mucho, siento no haberla escuchado, ni creído, y que la historia que usted tiene con mi empleada, la convierta en la mira. Pero lo que no lamento, es haber hecho todo lo que estuvo en mis manos para poder ayudarla cada maldita vez que pude. Si no me cree, estoy listo para que me siga atacando, pero si me cree, le pido que encamine su enojo a donde pertenece, no a mí.

—Está bien, D'angelo. Sigue trabajando para mi empresa...

—No, lo lamento. Solo quiero que usted retire todo lo que...

—¡Bien! Volvió a ganar. ¡El Diablo volvió a ganar!

—Es usted muy dulce, señora Allan.

Cortó y ya no pude pensar. Todo lo que iba a decir, desapareció. Él no me dejaba pensar. Había ido a hablar, a tratar de solucionar las cosas, a... se sentó a mi lado, y aunque ni siquiera rozaba mi cuerpo, podía sentir su calor.

—Creí que podríamos hablar... —susurré.

—Ya sé cómo se hacen los bebés —trató de hacer un chiste, pero no me reí—. Faustina, mirame —lo hice, giré mi cabeza y lo miré—. Podrías decirme cualquier cosa y yo te creería porque no sé nada de vos.

—¿Y si es mejor así?

—No. Yo quiero saberlo todo.

—¿Hasta lo más malo?

—Hasta lo peor.

Y entonces, me miró de esa forma... entendí que esa mirada nos encerraba en una burbuja, nuestra burbuja y nada malo podía pasar.

—Cuando somos chiquitas, todas sueñan con ser princesas... pero yo siempre soñé con ser un Power Rangers, Tomb Raider y La mujer Maravilla. Aprendí a defenderme con palabras sabias e inteligentes, aprendí a pegar para frenarlo... ¿Te acordás cuando me preguntaste si había algo más que deseaba contarte antes de casarnos? —asintió con la cabeza y respiró con fuerza por la nariz—. ¿De verdad te gustaría saberlo?

—Por favor.

Respiré. Tenía que respirar para enfrentar todas esas cosas que él, regalándome mi libertad, quería olvidar.

—Recuerdo todas las veces que mi papá me tiró del pelo y me arrastraba por toda la casa gritándome *puta de mierda*, diciéndome el nombre de mi mamá cuando yo tenía diez años. O todas las veces que me ha pegado un cachetazo en la mejilla y sus dedos quedaron marcados por días en mi piel... me daba tanta vergüenza ir a la escuela y... —sonreí mirando el piso porque no sabía cómo enfrentar esa mirada de ojos azules—. Y cómo olvidarme cuando me empujaba contra la pared y mientras cerraba los ojos, me apretaba el cuello, seguramente pensando en por qué su hija se parecía tanto a la mujer que había dejado ir.

—Dios mío— jadeó, sonando un tanto horrorizado.

—Lo peor de todo es que, no odio a mi mamá por abandonarnos y dejarnos con ese hombre tan malo... porque de alguna forma, supuse que ella necesitaba que entendamos el por qué se fue, y la entendí. Lo que sí odio es que no me haya llevado con ella...

—Faustina... —susurró, pero lo interrumpí.

—No quiero que algo tan hermoso como hacer el amor se transforme en algo tan violento. No quiero más golpes en mi vida, Rafael —lo miré—. Si vos podés entenderme, entonces te pido que nos casemos porque con vos me siento protegida. Pero... si creés que estoy tan loca como para compararte con lo que padecí, entonces voy a entenderlo y salir por esa puerta agradeciéndote todo el amor que me diste en estos dos días. Y una cosa más... no quiero que te sientas mal por esto, ni que te echés la culpa de nada porque es algo mío. Es algo que yo misma tengo que superar y el tiempo me va a ayudar.

Quise admitirle que él también podía ayudarme, pero no lo hice.

No dijo nada, parecía no tener intenciones de hablar conmigo, de responder, de seguir... aún así, esperé a que tomara una decisión. No quería presionarlo, pero necesitaba saber qué quería hacer con nosotros. Entonces, apoyé mi espalda contra el respaldo del sillón y aguardé. Me animé a mirarlo y tenía los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, los ojos cerrados y...

Me asusté cuando, de repente, se dio vuelta y encerrando mi cabeza entre sus manos, me besó. Supuse que eso era una buena respuesta. ¡Una muy buena respuesta! Él había vuelto a ser dulce, húmedo y paciente, como en los primeros besos. Me pregunté si se había estado aguantando las ganas.

Se separó un poco.

—No quiero que recuerdes nuestra primera vez juntos así. ¿Existe la posibilidad de que lo borres?

Sabía la respuesta.

—Vos vas a borrarlo, Rafael.

No me dejó terminar de hablar, se sentó encima de mí con las piernas abiertas, apretando mis mejillas con sus manos, succionando mis labios, casi aplastándome. Le respondí usando la misma fuerza, las ganas y el amor que sentíamos. Entonces, me animé a hacerme esa pregunta que estaba rondando en mi cabeza y que no la dejaba salir. ¿Era posible haberme enamorado en solo dos días?

—Rafa... Rafael... —no dejaba de besarme y yo quería decirle algo.

—¿Qué? —preguntó, mientras se separaba.

—Quiero decirte una cosa.

Tenía los labios colorados por el beso, estaba despeinado, sus ojos brillaban y sonrió. Me acarició suavemente la mejilla derecha y sonrió más.

—¿Qué pasa?

—Es solo que... quería que supieras que me estoy casando por amor, tengo a mis amigas que me hicieron una despedida de soltera increíble, veo a todos felices y contentos por nosotros... y me estoy casando enamorada de vos. Pero...

—Mierda —tiró la cabeza hacia atrás y se rió con fuerza—. Siempre tiene que haber un *pero*.

—Necesito saber por qué te dicen *El Diablo*.

Asintió con la cabeza, mientras seguía encima de mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo.

—Siempre quise ser mejor que mi papá, mejor que mi abuelo, mejor que todos. Quería ser el mejor porque sentía al Diablo en mi oído que susurraba que nunca iba a ser lo suficientemente fuerte y rudo para resistir todas las tormentas. Hasta el día en que me recibí, le hablé y le dije que yo era la tormenta. Yo quería ser *El Diablo* en un juicio y se lo demostré a todos. Se lo conté a mi compañero, que hoy es mi amigo y colega, y él me puso ese apodo... si vos le preguntás a alguien quién es *El Diablo*, piensan en mí. Sin embargo, en mi vida personal, no soy así... sé separar el trabajo de todo lo demás. Si lo que te preocupa es cómo soy en la cama, tal vez podría modificarlo.

—¿Lo harías?

Respiró con fuerza.

—Estoy enamorado de vos, eso significa que haría cualquier cosa.

Sacó el anillo del bolsillo de su pantalón y lo colocó otra vez en mi dedo. Me aferré a sus labios porque quería besarlos... no quería soltarlo. No podía porque yo también estaba enamorada de él porque creía en el amor, creía en él. Los dos siempre creíamos en el amor.

—Creo que yo también estoy enamorada de vos.



## El casamiento.

Entre tantos libros que había leído, quise que mi mente guardara un fragmento especial para que, cuando llegara ese día, poder recordarlo y darle la razón. Decía algo así como: *“Te vas a poner linda, o te vas a poner muy fea. Pero vas a cambiar. Creeme. Tal vez hagas locuras, como comprarte ropa en cantidades que no podés pagar, que no querés usar. Vas a salir mucho. Vas a negarte a salir, mucho también. Vas a decir que el amor es una estafa. Que vos no vas a querer a nadie nunca más. O peor: Que vas a empezar a ponerte de novia con gente que no quieras tanto. Porque no querés sufrir. Vas a saber que te estás mintiendo. Porque te estás curando. Vas a comer compulsivamente chocolate. Vas a pasar noches sin cenar. Vas a llorar. Cuando te des una ducha. Cuando te levantes. En el colectivo. En el baño del trabajo. Antes de dormir. Durmiendo. Vas a descubrir que perdonar es la única manera de soltar. Y una mañana, de verdad, una mañana vas a abrir los ojos y te vas a sentir rara. Te vas a tocar el pecho. Tu corazón va a estar latiendo, tranquilo. Quedate escuchándolo. Está diciendo: Gracias. Ya pasó. Estoy listo, cuando quieras, para que quieras otra vez”*.

Había tenido un novio en toda mi vida. Él era bueno, compañero y dulce, pero todo terminó ahí, en la dulzura. Darío no soportaba el maltrato que yo recibía por parte de mi papá; lo había confrontado todas las veces que estuvo presente en sus episodios, hasta que un día no soportó más. Él no podía creer cómo yo seguía preparándole la comida, lavándole la ropa, cocinándole cuando era tan malo conmigo. Un día, me dio a elegir: irme con él u olvidarlo. Me costó, pero no lo había olvidado, al contrario, lo recordaba con mucho cariño. Siempre formó parte de mi grupo de amigos, por lo tanto, me reconfortaba saber que era feliz. Entonces, ahí me encontraba, frente al espejo, tocándome el pecho, escuchándolo, sintiendo la tranquilidad de mi corazón para comenzar otra vez. Susurrándome un gracias.

—¿Estás lista, *mia cara*? —el reflejo de Elena apareció en el espejo y la vi sonreír—. *Oh, mio Dio*. Estás... hermosa.

Sí, me sentía hermosa. El vestido de novia era increíble. Las mangas de encaje en color blanco me llegaban hasta los codos, el escote hasta encima de mi ombligo y en los bordes, una pequeña puntilla. Un lazo de satén del mismo color apretando mi cintura, dando comienzo a la falda de muselina, escondiendo veinte capas del tul más delicado y suave. Mi pelo estaba recogido en el comienzo de mi nuca, un peinado informal. El maquillaje natural, ni siquiera se notaba.

—Elena, quedó precioso. El escote es como yo lo quería.

—¡Me alegro tanto, Faustina! Puede que hoy sea bajita, pero a tu edad, tenía tu misma estatura. Los años me encogieron.

Me reí y dando la vuelta, la enfrenté.

—Vos también estás muy linda. Me encanta ese vestido azul.

—¿Estás preparada, Faustina?

—Tengo miedo...

—No, no es miedo. Es ansiedad.

Tenía razón.

—Entonces, estoy lista.

—Eusebio nos está esperando.

La mansión estaba vacía, ni siquiera se escuchaba un murmullo. Bajamos por la gran escalera y Eusebio nos esperaba al final. Me sonrió.

—Señorita Faustina, está preciosa.

—Vos también, Eusebio.

—¿No te parece que la felicidad que reflejan sus ojos, la hacen más hermosa? —preguntó Elena y los tres reímos.

Sí, reíamos de todo porque seguramente ellos también estaban nerviosos. Me puse una capa blanca por encima de mis hombros y salimos de la mansión. Eusebio nos abrió la puerta del auto y entramos muy rápido.

—Quise llevarte en el carrito de golf, pero no me dejaron.

—¡Já! Moría por ir en el carrito de golf.

—Tendría que haberlo hecho. ¡Vamos, Eusebio! *Mio nipote* nos está esperando.

Encendió el auto y fue ahí cuando supe que verdaderamente iba a casarme. Yo, Faustina, iba a casarme. Me aferré a la mano de Elena, ella me apretó con fuerza y las dos estábamos transpirando.

Cuando el auto se estacionó frente al salón vidriado, mi corazón empezó a latir con mucha fuerza, como si quisiera escaparse y salir corriendo, ganarme para llegar antes que yo. No, no iba a dejar que lo haga porque estábamos juntos en esto. Éramos un equipo. Mi corazón y yo siempre jugamos para el mismo lado.

Eusebio nos abrió la puerta y muy despacio, bajamos. En ese instante, empecé a escuchar la música que marcaba mi llegada. Mi estómago se endureció y...

—Nonna, ¿Rafael sabe que vas a acompañarme?

—No, quise que sea una sorpresa. Se va a poner muy feliz, *mia cara*.

Respiré con fuerza y las puertas se abrieron. Había muchas personas, no demasiadas. Supuse que era parte de la familia y varios empleados. Empezamos a caminar por el pasillo, al final distinguí a un hombre vestido de traje, no era un cura, era un oficial público, el juez de paz.

Y entonces, lo vi. Rafael dio un paso al frente y ahí estaba. Vestido con un esmoquin negro, peinado hacia un costado y atrás, sus ojos azules brillaban y sus manos estaban encerradas en un puño. Primero miró a su abuela con sorpresa y admiración, luego sonrió y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y después, me miró a mí. Una mirada vidriosa y brillante, una sonrisa perfecta... suspiró. Suspiró tan fuerte que hasta pude escucharlo.

Cuando llegamos hasta él, primero besó las dos mejillas de su abuela y ella me entregó en su mano, pero antes, también la besé y le susurré gracias. Entonces, lo enfrenté y agarrando mis dos manos con las suyas, besó mis nudillos.

—Estás sonriendo —susurró—. Caminaste hasta el altar sonriendo porque te diste cuenta que no puedo creer lo hermosa que estás, porque no entra en mi cabeza cómo hice para enamorarte cuando siempre creíste en el amor. Estás creyendo en mí.

Quise taparme la boca con una mano, pero no me soltó. Ay, él no pensaba soltarme nunca más. ¿No?

El juez de paz carraspeó y lo miramos.

—Estamos aquí para unir en matrimonio a Rafael D'angelo y Faustina

Rizzi. En primer lugar, voy a proceder a dar lectura del acta matrimonial: siendo las 16 horas del día 26 de agosto de 2018, comparecen quienes acreditan ser Rafael y Faustina, al objeto de contraer matrimonio civil en virtud de autorización recaída en el expediente número 14.236. Quiero hacer constar que se han cumplido todas las prescripciones legales para la celebración de este matrimonio civil, sin que en la audiencia sustitutoria de edictos se haya presentado ni denunciado impedimento ni obstáculos para esta celebración —asentí con la cabeza y mi labio inferior empezó a temblar—. Antes de llegar al “sí, quiero” y a la parte favorita de todos, el alcohol y la torta —escuché la risa de los invitados—, leo los artículos del código civil en materia de derecho a contraer matrimonio. Artículo 198: Los esposos se deben mutuamente fidelidad, asistencia y alimentos. Artículo 431: Asistencia. Los esposos se comprometen a desarrollar un proyecto de vida en común basado en la cooperación y el deber moral de fidelidad. Deben prestarse asistencia recíproca.

Rafael me apretó la mano con fuerza y le devolví los nervios. El juez comenzó a decir en voz alta los datos de los testigos, preguntó si alguien tenía alguna objeción ante el acto que íbamos a llevar a cabo y nos dio lugar para decir unas palabras. Claramente, no estaba en mi mente hablar en público, por eso negué con la cabeza. Pero al escuchar la forma en que Rafael se aclaró la garganta, palidecí. ¿De verdad iba a decir algo? ¡Me quería morir!

El oficial público le pasó el micrófono y Rafael sacó un papel del bolsillo de su pantalón. Miré hacia todos, porque no sabía qué otra cosa hacer. Él de verdad estaba loco... él de verdad se estaba tomando nuestro casamiento muy en serio. Entonces, confirmé que el mensaje que le había enviado a su mamá, era cierto: *estaba enamorado de mí*. Me miró a los ojos y antes de comenzar a leer, sonrió.

—Te he visto reír como ríe un niño la primera vez que hace un castillo con la arena de la playa. Te he visto dormir como duerme un secuestrado en su hogar después de meses de cautiverio. Te he visto bailar como lo hace un bailarín en la prueba más importante de su vida. Te he visto mirándome como mira la orilla un marinero en mitad de una tormenta. Pero también te he visto llorar como llora un niño cuando una ola destruye su castillo. Te he tapado los ojos cuando la vida te traía pesadillas. Te he invitado a bailar cuando sentías que no podías seguir hacia delante. Te he mirado a los ojos cuando he sabido que ninguno de estos poemas de mierda, podrían salvarte para decirte, vida

mía, que no me tienes que explicar qué es el amor. Yo ya lo sé, yo ya sé qué es el amor. ¿Acaso no me has visto descubriéndolo cuando te miraba y tú estabas sonriendo?

Esa fue la segunda vez que lloré por emoción.

No era un poema inventado por él, pero lo había elegido especialmente para mí. Entendí por qué me miraba de esa forma que me ponía tan nerviosa, que me quitaba el aire, que no me dejaba pensar, que no me permitía hablar. Entendí que yo era su amor.

Dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. El salón rompió en aplausos y cuando subió sus ojos hacia mí, supe que lo amaba. Entonces, me acerqué muy despacio y besé sus labios suavemente. Me respondió, poniendo una mano en mi nuca y apretándome contra él.

—Claramente, ésta es la parte favorita de todos —dijo el juez, para cortar con tanta dulzura.

Rafael y yo sonreímos y nos alejamos.

—Rafael D'angelo, ¿acepta por esposa a Faustina Rizzi?

—Sí, acepto.

—Faustina Rizzi, ¿acepta por esposo a Rafael D'angelo?

—Sí, acepto.

Y esas fueron nuestras respuestas, dos palabras que, para mí, resumirían el resto de nuestra vida.

Otra vez, el salón rompió en aplausos y gritos. Giré y enseguida fui arrastrada por sus brazos para pegarme a él y besarme en los labios con fuerza. Una mano en la parte baja de mi espalda y la otra en mi nuca. Abrí mis labios y lo besé con emoción, alegría y felicidad.

Segundos después, nos pusimos los anillos, dos alianzas de oro que eran sinónimo del infinito. Firmamos el acta matrimonial frente a los testigos y ante la ley, ante su familia, ante mis amigas y ante Dios, ya estábamos casados, éramos marido y mujer. Y yo ya no me sentía una garantía de nada.

\*\*\*

—Es un juego muy fácil. Voy a hacerles preguntas para saber cuánto se conocen los novios y ellos tienen que responderlas correctamente. ¿Entendido? —preguntó el animador.

Me quería morir. No sabía nada de él, ni siquiera su comida favorita.

—Rafael —susurré y él me miró, sonriendo pícaramente y dándole un trago largo a su cerveza—. No podemos jugar a esto. Dejá de tomar, te necesito lúcido.

Volvió a reír y dejó el vaso sobre una mesa.

—Es fácil —dijo, así como así—. Las preguntas te indican las respuestas. Por ejemplo, si es un lugar, decimos México. Si es un número, decimos 20. Si es un color, decimos amarillo. Si es una cosa, decimos tequila. ¿Está bien?

—No.

Carcajeó y me puse más nerviosa.

—Es fácil, *vida mía*.

—Te voy a matar. ¿A quién se le ocurrió esto?

—A mi *nonna*.

—¡Bien! Por favor, agarren los pequeños pizarrones y empezamos el juego.

Nos ubicamos a cada lado del animador y me sentí intimidada ante la vista de todos. Vi a Elena aplaudir y sonreír divertida, me pregunté si estaría fumada. Hugo y Roma estaban abrazados mientras nos miraban y sonreían, viendo a su hijo jugar. Y mis amigas enloquecidas por los amigos de Rafael.

—Si no estuvieran acá, ¿dónde estarían?

Qué fácil. Hijo de buena madre, cómo sabía lo que iban a preguntar. Escribí México. Los dos mostramos la pizarra y todos aplaudieron. Miré a Elena y susurró:

—¿Cómo es posible? —me reí.

—¡Muy bien! ¿Cómo eran las mujeres con las que salía Rafael antes de Faustina?

¿Amarillas? Entonces, escribí. Los dos levantamos la pizarra y todos empezaron a reír.

—¡¿Te gustaban las *asiáticas*?! Con razón ella es pelirroja —exclamó el animador, muerto de risa.

Rafael me guiñó un ojo y yo sonreí como una tonta.

—Tengo vergüenza de preguntar lo siguiente. Pero, ¿el miedo más grande como pareja?

¿Tequila? Lo escribí. Levantamos las pizarras y otra vez, todos aplaudieron y rieron.

—¿Qué esconden estos dos? —preguntó y Rafael rió con ganas—. ¿Cuántas veces a la semana lo hacen?

¡Quería salir de ahí!

Escribí y luego, cerrando los ojos, levanté la pizarra.

—¿20 veces?! ¡¿De verdad?! ¡Eso es mucha emoción, chicos! Un aplauso para Rafael.

Dios mío, qué vergüenza. Pero qué divertido fue.

Durante la fiesta, conocí a varios amigos de él, compañeros de la Universidad y de la vida. Me sentí incómoda cuando le preguntaron cómo lo había engatusado para casarse tan rápido y cómo era posible que no me conocieran. Enseguida comenzaron a hacer chistes muy ridículos, por qué me había tenido escondida tanto tiempo y lo bien que había hecho. En todas las tandas de música, no pararon de bailar, hacían una ronda y se copiaban pasos que no tenían nada que ver con el ritmo de la música. Y Rafael bailaba muy mal, me daba mucha risa verlo menear de esa forma. Pero ahí estábamos, copiándonos pasos estúpidos y disfrutando, riendo, como si de verdad fuera un casamiento.

¿Y si lo era?

¿Qué otra cosa me faltaba ver para corroborar que de verdad ya éramos marido y mujer porque estábamos enamorados? ¿En qué momento iba a creérmelo?

—Quiero hacer un brindis —dijo Hugo en un momento de la tarde y el salón se silenció—. Hijo, cuando eras chiquito me preguntaste qué era el amor... te dije que, para mí, el amor era mamá. Me respondiste que tenía razón, que mamá también era tu amor... no quería ser egoísta y decirte que estabas equivocado, que debías encontrar tu propio amor. Te besé en la cabeza y te fuiste corriendo a los brazos de Roma. Hoy, cuando te vi bailando el vals, sonriendo y mirando a tu esposa, comprendí que al final lo habías entendido. Hay muchos tipos de amor, pero precisamente éste es el que quiero que cuides y protejas con uñas y dientes. Vuelvan a recordar cómo se conocieron, la primera cita, el primer beso, la primera vez... vuelvan a enamorarse todos los días y te aseguro que nunca más vas a necesitar otra cosa que no sea el amor de Faustina. ¡Salud, por los novios!

Tal vez, eso me faltaba escuchar para darme cuenta que de verdad yo era el *amor* para alguien más. Esa fue la tercera vez que lloré por emoción, sabía

que el mensaje no iba directamente para mí, pero Hugo parecía feliz por su hijo. Le tomé la mano a Rafael y caminamos hasta llegar a Hugo, lo abracé y le di un beso en la mejilla, él volvió a besar mi frente como la tarde en que lo conocí.

Cortamos la torta, brindamos, nos tomaron una foto mientras nos besábamos al subir las copas y...

—Me lo estoy creyendo —las palabras se escaparon de mi boca.

Se separó, miró mis labios y luego clavó sus ojos en los míos.

—Te amo, Faustina. ¿De verdad necesitas que te lo diga todo el tiempo?

—¿Y la garantía?

—Ya no queda nada de eso. Nada...

—¿De verdad? —pregunté, mientras mi brazo se apretó más a su espalda.

—Lo prometo.

Él me lo había prometido.

—¿Me amás?

—Sí —sonrió y se acercó más a mis labios—. Creí que lo sabías...

—Entonces, todo esto es por amor. ¿De verdad es por amor?

—La amo, señora D'angelo, ya deje de hacer preguntas ridículas.

Sonreí y mis ojos volvieron a lagrimear cuando besó mis labios.

—Yo también te amo, Rafael.

Entendí que, para cumplir sueños, no había que pedirle permiso a nadie porque Rafael se estaba encargando de hacerlos realidad.

10  
**Tiempo fuera.**

Me asomé a la ventana de la habitación del hotel *Park Hyatt Mendoza*, era la noche de bodas, un regalo que nos había hecho Mariana, supuestamente para darle a Rafael una segunda oportunidad en la cama. Un zumbido me distrajo, hacía mucho frío, el viento golpeaba con fuerza contra el vidrio, temía que se rompiera. Toqué el cristal y estaba helado, había escarcha en los bordes y... la nieve cubría todo, la piscina, los árboles, la preciosa terraza, el *deck* de madera y...

Cerré mis ojos y dejé caer la cabeza hacia un costado cuando sentí los labios de Rafael en mi nuca, sus manos tocando la delicada tela de satén de mi bata, posándose en mis hombros y recorriendo mis brazos, agarrándose de mi cintura y pegando mi espalda a su pecho. Se sentía tan bien, tan calentito, tan...

—Gracias por la foto, me encantó —susurró en mi oído.

Eusebio me había hecho el favor de ir hasta el centro e imprimir una foto y comprar un cuadro para regalárselo a Rafael. Quería darle algo especial por nuestro casamiento y sabía que su *nonna* era todo para él.

Me di vuelta para poder mirarlo mientras hablábamos.

—No sé cómo lo hacés.

—¿Cómo hago qué? —me aplastó contra el cristal y sentí el frío en mi espalda, en mi cola...

Me separé del vidrio y girando hacia la derecha, lo apoyé contra la pared, mientras él sonreía de costado.

—Que todo esto... —acaricié su pecho con la punta de mis dedos, su estómago, el borde del bóxer —sea perfecto. No sé qué me pasa, pero siento miedo...

—¿Miedo a mí o a qué? —envolvió mi nuca con sus manos y enterró sus

dedos bajo mi pelo.

*A todo.*

—A perderte... a que te pase algo. Miedo a que no aguantes... a terminar sufriendo. A que me engañes...

—Tiempo fuera, vida mía.

Tiró la cabeza hacia atrás y su cuello se estiró, dejándome al descubierto la nuca. Lo besé. Paseé mis labios por su piel justo cuando sus manos se apretaron más a mi nuca. Saqué la lengua y empecé a besarlo mientras subía y bajaba por su piel... bajaba... bajaba... sus manos ejercían una fuerza potente hacia abajo. Sí. Supuse que ése era su tiempo fuera. Le bajé el bóxer, agarré su pene con mi mano y escupiendo en la punta, comencé a subir y bajar su prepucio.

Cada vez que tiraba toda la piel para atrás, la uretra, ese agujerito que estaba en la punta de su pene, se abría. Estaba impactada. Nunca había prestado atención a eso... es decir, es el conducto que drena la orina desde la vejiga, pero nunca lo había visto como algo erótico. Entonces, escupiendo otra vez en la punta, saqué mi lengua y comencé a jugar con ese pequeño agujerito.

Deduje que a Rafael le encantaba porque sus gruñidos eran roncós y fuertes, como si fuera un animal padeciendo el límite del placer y del sufrimiento. Su cadera se movía hacia atrás y adelante y yo seguía metiendo mi lengua en la uretra. Era algo tan delicado, suave y fino que me daba miedo lastimarlo, pero seguí.

—¡Mierda! —gritó y decidí meterme su pene en la boca.

Se suponía que era nuestra noche de bodas, Rafael era mi marido y yo quería que él disfrutara... subí la mirada y me estaba observando, sus ojos achinados a punto de cerrarse, sus labios entreabiertos, la frente transpirada, los músculos de su pecho contraídos y su rostro colorado.

Respiré con fuerza por la nariz y cerrando los ojos, metí su pene un poco más, haciendo tope de mis labios con su pelvis. Lo escuché gruñir como una bestia, los músculos de las piernas se endurecieron tanto que parecían rocas, y muy despacio, fui alejándome de él. Enseguida, sus manos volvieron a apretar mi cabeza y haciendo fuerza hacia arriba, me puso de pie, dándome la vuelta, apoyando mi espalda contra la pared, abriéndome la bata y tirándola al piso, besando y apretando mis tetas, manoseándome como un criminal.

Y yo estaba pensativa. Sabía que, tal vez, él estaba haciendo un esfuerzo

para no tirarme del pelo o algo así, pero lo estaba disfrutando. Existían muchas cosas para hacer el amor, sin recurrir a un tirón de pelo, un cachetazo en la mejilla, una nalgueada, o algo peor. Y cuando sus labios se abrieron encima de los míos y metió la lengua, enloquecí.

Di un pequeño salto y lo envolví con mis piernas, sintiendo sus dedos clavarse en mi piel, un dolor que podía soportar. Acomodé mi vagina encima de su pene y entró.

—¡Aaaah! —gemimos al unísono.

Su cadera comenzó a moverse con delicadeza hacia atrás y adelante, sin parar. Metí una mano entre nosotros y comencé a tocarme hasta que las cosquillas se apoderaron de mi clítoris... saqué mi mano y aferrándome a sus hombros, mientras nos besábamos, dejé que el rose de su pelvis con mi vagina siga con su efecto. El orgasmo me invadió por completo, pero pude sentir su pene latir dentro de mí.

Nos quedamos apoyados contra la pared, su cuerpo temblaba tanto... abrí mis ojos cuando sus dedos corrieron el pelo que tenía pegado en mi rostro por la transpiración. Él me estaba observando, sus ojos volaban a cada detalle de mi rostro.

—Tanto tiempo esperando el amor y en tres días me enamoré de vos, Faustina.

Volví a besarlo, ¿cómo no hacerlo cuando los dos sentíamos lo mismo?

\*\*\*

—Qué rico —ronroneé.

Habíamos pedido comida y estábamos encima de la cama, vestidos solo con las batas, comiendo como si nunca lo hubiéramos hecho en la vida.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por elegir a mi *nonna*.

—Por favor, ella fue mi primera amiga en la finca. Era lo menos que podía hacer. Además, me divierte mucho... no tuve abuelos, así que ella es lo más parecido a una abuela.

Asintió con la cabeza y se metió una raba en la boca.

—¿La pasaste bien? ¿Te divertiste? Tus amigas son buenas chicas. ¿No?

—Sí, son las mejores, sino no estarían en mi vida —me reí—. Estuvo lindo

y vos... sos un tramposo.

—¿Por qué?!

—Porque me miraste... recordaste lo que te dije en el avión y lo hiciste.

—Pero no mentí. Te miré de esa forma porque no puedo creer cómo es posible que estés enamorada de mí. No hice trampa.

Estaba precioso. Sus ojos azules chispeaban de alegría, su pelo alborotado...

—¿Qué te hace falta? —le pregunté.

—¿A qué te referís?

—No sé, lo que sea.

Pensó unos segundos, mirándome fijamente.

—Tengo todo lo que quiero y lo que no quiero también lo tengo. No me hace falta nada... si me lo preguntabas hace un mes atrás, te hubiera dicho que quería un amor, pero ya lo tengo.

—Sos tierno.

—Lo sé. ¿Y a vos qué te hace falta, vida mía?

¿De verdad iba a llamarme así?

—Mi mamá. Sí, es lo único que me hace falta.

—¿La buscaste alguna vez?

—No, ella se fue... a ver, no es que no la busqué por rencor o enojo, sino porque si hubiese querido saber algo de mí en estos veinte años que pasaron, me hubiera buscado y encontrado porque sigo viviendo en el mismo lugar.

Asintió con la cabeza y se me quedó mirando un rato, pensando uno vaya a saber qué. Y entonces, preguntó:

—¿Me das un beso?

Pasé mi cuerpo por encima de la comida y besé sus labios. Un pequeño chupón.

—¿Qué vamos a hacer el lunes cuando volvamos a la rutina de nuestras vidas? —se lo pregunté porque no tenía idea de cómo íbamos a manejarnos.

Y yo tenía tanto trabajo acumulado que, seguramente, iba a desaparecer toda la próxima semana.

—Lo mismo que todas las noches, Pinky. ¡Tratar de conquistar al mundo!

—Eso es imposible, porque para poder conquistarlo se necesita un balance. Se rió con ganas cuando le seguí el juego.

—Nosotros somos el balance, vida mía.

—Estoy hablando en serio...

—Yo también, Faustina. Ya están todas tus cosas en mi casa, Mirta te hizo lugar para que puedas guardar tu ropa...

—¿Quién es Mirta?

—La mujer que me ayuda. ¿Tengo cara de limpiar mi casa o cocinar mi propia comida? Ella es tan buena que me deja bandejas en la heladera para toda la semana, tiende mi cama y... es lo mejor que me pasó en la vida. No podría vivir sin Mirta. ¿Cómo se llama tu mamá?

Bueno, su comentario había llegado con un poco de *delay*, pero no importó. Sentí que él quería saber cosas de mi madre y eso me hizo un poco feliz.

—Paula María de la Cruz.

—Paula... qué lindo nombre. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—Hace un rato te pedí tiempo fuera... empezaste a hablar de los miedos y me asusté, no quería que vuelvas a tenerme miedo.

—No fue eso lo que quise decir...

—¿Por qué pensás que no voy a aguantar o que te voy a engañar? ¿Es por lo que te hizo tu mamá? ¿Pensás que yo también te abandonaría?

Estaba serio, bastante para mi gusto. Lo prefería haciendo chistes tontos, antes de querer entablar una conversación seria.

—Porque ya me pasó... un chico no aguantó y me rompió el corazón.

No sabía lo que significaba ir con la cabeza en alto hasta ese momento. Rafael... él enderezó la cabeza y subiendo su mentón, se puso serio. Sus ojos se oscurecieron y los labios se convirtieron en una fina línea. Era increíble verlo confundido, no saber qué decir cuando algo lo tomaba por sorpresa... rara vez era partícipe de ese momento, y sospechaba que solo le pasaba conmigo.

—Parece que hubieras visto un fantasma —susurré.

—Es solo que... odio perder información clave.

—Darío no es información clave. Él odiaba a mi papá y me dio a elegir,

irme con él o quedarme. Preferí olvidarlo...

—¿Olvidar? ¿Te parece más fácil sufrir y olvidar?

¿Qué le pasaba?

—Rafael, lamento recurrir a esto, pero...

—¿Vas a hablar de la regla número tres? ¿De verdad, Faustina?

Sí, iba a hablar de la Muralla China, de mis límites. ¿Cómo lo supo?

Sin embargo, las palabras no salían de mi boca. No quería que eso fuera un motivo de pelea, no quería discutir o que él haga esas caras raras como cuando preguntaba mucho... no quería discutir, por eso necesitaba esa regla.

—No quiero discutir, Rafael —me puse de pie y me ajusté la bata—. Ya te dije que no me gusta pelear...

—Para pelear se necesitan dos personas y yo no estoy peleando. Si vos querés discutir, hacelo sola, vida mía... —lo escuché tomar aire—. ¿Por qué no se puede conversar? Hablá conmigo, Faustina.

—Porque seguramente vamos a empezar a gritar y no quiero.

—No voy a gritar, solo quiero hablar... Faustina, si cada vez que pregunto algo vas a...

Me estaba tratando de loca.

—¡Nunca vi una persona gastar tanta energía peleando! —grité.

—No estoy peleando. ¡Soy abogado, siempre tengo la guardia en alto!

—Pero no conmigo. ¡Por eso pusimos reglas! ¿Te pensás que soy tarada, Rafael? ¿Que no me doy cuenta cuando tu cara se transforma cada vez que te disgusta algo? ¡No me gusta pelear, no quiero pelear!

—¿Y cuándo decís lo que sentís? ¡¿Eh?!

Tenía razón.

—Nunca —contesté, derrotada.

—Eso es peor que pelear, te guardás todo. ¡Faustina, discutir no significa que voy a terminar cagándote a palos! Perdón por ser tan bruto al hablar, es solo que... solo significa hablar, intercambiar ideas, puntos de vista, ¡querer saber más del otro! ¡Tuviste novio y no me lo dijiste! Te rompieron el corazón y yo no lo sabía... no sabía que estaba enamorándome de un corazón reparado.

*Ay, él no sabía que se estaba enamorando de un corazón reparado.*

—Lo solté y me agarré muy fuerte de mí misma. Tenés que entenderme.

—¿Y vos me entendés a mí? —preguntó, mientras permanecía sentado en la cama.

Supuse que no estaba caminando por toda la habitación para no alterarme. Que no me hacía frente como estaba acostumbrado para que no le tenga miedo, para no salir corriendo de ahí. Él estaba cambiando por mis miedos. Él no tenía la culpa de nada. Él no lo sabía.

—Estuve de novia cuatro años...

—¿Cuatro años? Es muchísimo.

—Sí, él aguantó hasta donde pudo, cuatro años fueron suficientes y me amó, me cuidó, trató de protegerme, peleaba con mi papá y... no pudo más. Se retiró de la relación bajando la cabeza, aceptando, sin reclamar nada y él ahora es feliz. Yo soy feliz porque él pudo rehacer su vida y... somos buenos amigos. Darío formó parte de una etapa y... ya está.

—No estoy celoso, Faustina. Quiero que eso quede claro.

Yo no pensaba que eso.

—Lo sé, solo te hubiese gustado saberlo antes.

—Tuviste que haberlo mencionado cuando te dije que no sabía qué hacer con el amor, cuando te pedí ayuda...

Me acerqué a él, sentándome en los pies de la cama.

—Rafael, creemos en el amor y eso es suficiente. Creer es suficiente —susurré y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Amarte como te amo me emociona hasta las lágrimas y todo lo que quede por vivir, quiero que sea con vos.

Sonrió y acunando mi rostro entre sus manos, me besó en los labios. Tal vez, él tenía razón, discutir no significaba que iba a terminar pegándome, significaba hablar, intercambiar ideas, puntos de vista y querer saber más del otro.

Y yo... yo, definitivamente, quería saber todo de él.

## 11

### Casa.

¿Yo también podía amar a Mirta?

La casa era preciosa, pero la heladera... la heladera era lo mejor que había visto en la vida. Miles de bandejitas transparentes con etiquetas blancas estaban ordenadas prolijamente en los estantes. Señalaban lo que contenía y el día límite para consumirlo. Me pregunté cómo hacía una persona para ser tan organizada. Fue ahí cuando entendí por qué Rafael nunca iba a poder vivir sin ella. Yo tampoco.

Trabajaba tantas horas a la semana, que siempre terminaba pidiendo comida. Pizza, para ser más exacta.

Cerré la heladera negra y miré alrededor, no podía creerlo. Estaba todo tan impecable y pulcro que me daba miedo hasta cargar la batería de mi celular. Era las seis de la mañana del lunes cuando salí de *casa*. Metí la llave en el bolsillo de mi campera y empecé a caminar por el barrio de Recoleta. Encendí mi iPod, elegí la canción “Piña colada” y empecé a correr. Pasé por el Cementerio de la Recoleta y continué por la calle Azcuénaga, pasé por el *Hard Rock Café*, Plaza Francia, Museo Nacional de Bellas Artes, Monumento a la República del Líbano, di la vuelta a Plaza Mitre, Plaza Evita Perón, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Biblioteca Nacional, Museo del Libro y de la Lengua, un Starbucks, tomé la calle Agüero y pasé por el Correo Argentino, Monumento a Guillermo Rawson, por la estación del Subte de la línea H, seguí por Plaza Teniente General Emilio Mitre, por la UBA y retomé la Avenida General Las Heras, me encontré otra vez frente al Cementerio de la Recoleta y ya estaba en *casa*.

Antes de entrar, estiré cada músculo de mi cuerpo y miré la hora, 7:13 am. Ni siquiera me había dado cuenta del tiempo... me encantaba vivir ahí. Nunca me iba a aburrir de correr, siempre iba a encontrar un camino nuevo. Era como un museo abierto... tantas plazas, monumentos y lugares me regalaron más vida. Estaba acostumbrada a correr por la Avenida Rivadavia, en Flores, donde vivía con mi papá. Pero eso, eso era mucho mejor.

Entré en la cocina, encendí la cafetera y me fui a bañar.

Entonces, me pregunté por qué estaba de pie tan temprano si yo jamás podía despertarme antes del mediodía. Resultó ser que la realidad me golpeó. En Mendoza me sentía a salvo, en Buenos Aires, no tanto. Significaba que estaba más cerca de mi papá, de la violencia doméstica y ya no me sentía segura. Ni siquiera sabiendo que Rafael cuidaba mi sueño, me sentía protegida.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua caliente limpió no solo mi cuerpo, sino la mente. Me di vuelta cuando escuché un ruido... era él, se estaba lavando los dientes y... estaba desnudo.

—¿Te vas a bañar conmigo? —pregunté, porque de verdad deseaba que lo hiciera.

No me respondió con palabras, me respondió con acciones. Enseguida, sentí su pecho contra mi espalda y su mano en mi mentón hizo que gire un poco mi cabeza para poder besarme. Mientras tanto, la otra mano ya estaba tocando mi clítoris y su pene duro contra mi cola.

—¿Qué vas a darme a cambio?

No lo entendí.

—¿A cambio de qué? —casi no podía hablar, estaba muy excitada.

—A cambio de no ser tan rudo...

*Mierda.* Qué erótico había sonado eso.

—No sé.

—Quiero esto —susurró en mi oído y pasó un dedo por mi ano.

Me reí. Sí, justo estaba pensando en eso. ¡¿Cómo no se me había ocurrido antes?! Irónicamente, claro.

—No —negué con mi cabeza y lo escuché reír.

—¿Por qué?

Y entonces, bajó y empezó a pasar la lengua por ese mismo lugar que tanto quería.

—Rafael.

—¿Alguna regla?

—No... no... no hay reglas.

Me entregué.

¿Qué otra cosa podía hacer? Yo había jugado con su uretra, lo menos que podía darle era mi ano. ¿No?

Entonces, su lengua comenzó a entrar y salir, mientras que sus dedos se metían en mi vagina una y otra vez, desesperándome. No podía respirar... y necesitaba terminar. Quería terminar.

Me di vuelta, pero no me dejó, clavó los dedos en mi cadera y subiendo, metió su pene en mi vagina. Las embestidas eran suaves, lentas y tortuosas, sin embargo, necesitaba más. Quería ir un poco más lejos.

—Más rápido —le pedí.

Comenzó a embestirme con mayor velocidad y fuerza, mientras el agua de la ducha caía sobre nosotros. Me pregunté si nuestra relación iba a ser siempre así... esas ganas de querer besarnos hasta el punto de devorarnos.

\*\*\*

—¿Salimos juntos? Te alcanzo al trabajo.

—No, voy a pedirme un *Uber*, todavía me falta terminar unas cosas.

—¿Segura? —asentí, sonriendo—. Que tengas buen día, vida mía —besó mis labios y se alejó.

Lo miré cuando emprendió su camino para ir a trabajar, vestido con traje negro y camisa blanca. Salió de casa y respiré con fuerza porque se suponía que ese día iba a ser el primero de una vida juntos.

Bien, yo estaba preparada.

Por eso empecé el día con una sonrisa. Me vestí, agarré todas mis cosas y pedí un *Uber* para llegar al estudio de fotografía. No había nadie porque estábamos acostumbrados a empezar la jornada laboral después del mediodía, pero eso iba a cambiar. Teníamos que aprovechar más el día, despertarse más temprano significaba alargar las horas y sabía que mis empleados iban a poner el grito en el cielo, pero yo era la dueña y siempre me caractericé por trabajar a la par, codo a codo. No podían negarse.

Envolví los álbumes de cuatro bodas porque sabía que había que entregarlos esa misma tarde, llamé a cinco novias para organizar el *backstage*,

lo que los invitados no llegaban a ver. Todos sabemos que la filmación y las fotos nunca comienzan cuando empieza la ceremonia, el torbellino de emociones y los preparativos que anteceden es algo que los protagonistas nunca van a olvidar, por eso me gustaba registrarlos. Y el *bat mitzvá*, la fiesta judía que tenía el sábado, era tan complicada que ya estaba nerviosa.

La novia y la *bat* se sienten estrellas por un día, llega la maquilladora que despliega una paleta interminable de colores, el vestido impecable está colgado en una percha, los zapatos y la *bijou* dispuestos. ¡¿Cómo me podía perder de inmortalizar esos momentos?! Si básicamente era el preciso instante donde la protagonista tenía los nervios de punta.

Y no me consideraba la mejor, pero podía editar la preparación y la previa de la fiesta un rato antes, con mayor velocidad con la que editaba un video de fin de fiesta, podía tenerlo listo para que los invitados pudieran verlo en el evento. En mi opinión, nunca me gustó filmar al novio, eso de salir de su casa con la madrina ajustando la corbata o el chaleco, haciendo caritas tontas y sacando la lengua, podían ser un buen recuerdo, pero nadie quiere verlos porque el hombre siempre hace todo más rápido.

En fin, lo que más me gustaba era mostrar el lado emotivo y real, que la novia me contase como se sentía, transmitir los nervios y las emociones, nunca cortaba la cámara cuando alguien llamaba por teléfono para felicitarla, o tocaban timbre porque el ramo ya estaba listo, o las damas de honor llegaban. Lo hacía lo más real que podía, con gritos y llantos, abrazos y risas, con *amor*.

Una de las cosas que siempre me encantó de mi trabajo era almorzar con mis compañeros y mientras tanto, hablar sobre todas las bodas que teníamos planeadas, el proyecto de cada una, los adicionales que agregaban (cuántos camarógrafos, fotógrafos, la grúa de video, el *dron*, etcétera), cuántos videos se iban a proyectar durante la noche, en qué lugares se iban a realizar para tener en cuenta con el espacio que dependíamos para movernos, cuántos invitados y la pregunta del millón, la que siempre les hacía a mis empleados cuando terminaban de entrevistar: ¿Hay amor? La mayoría de la veces me respondían que sí.

Teníamos una costumbre: cuando yo planteaba algo y el otro tenía una pregunta, se ponía un gorro. Sí, en la sala de juntas había un perchero con muchos gorros de colores, al pasar por la puerta, cada uno elegía un gorro sabiendo que, si tenía una duda, podía ponérselo y yo le daba la palabra.

Sospeché que ese día, todos iban a querer ponerse un gorro.

—Hoy me desperté a las cinco y media de la mañana, y no fue por un mañanero con mi marido —mis empleados se rieron pensando que era un chiste, pero me mantuve seria y las sonrisas desaparecieron—. Sí, me casé este fin de semana y hoy corrí seis kilómetros y medio, me duché a las siete y media, y a las ocho y cuarto ya estaba saliendo de mi nueva casa para empezar a trabajar. Ahora son las doce y cuarenta del mediodía y tengo la tarde libre porque hice todas mis tareas —me puse de pie y empecé a caminar—. A partir de mañana, el estudio abre a las ocho y media, sin excepciones, y cerramos a las cuatro.

Cinco de mis doce empleados se pusieron un gorro. Comencé a dar la palabra.

—Pero tengo que cambiar toda mi vida —admitió Marcelo, totalmente desconforme.

—Todos vamos a cambiar, Marce.

Señalé a Marcos.

—¿Y qué vamos a hacer con las entrevistas pactadas después de las seis de la tarde? Las personas laburan...

—Nosotros también laburamos como perros, tendrán que hacerse un lugar por la mañana o un sábado.

Le di la palabra a Micaela.

—Y si los viernes trabajamos en una fiesta, ¿los sábados también tenemos que venir temprano?

—¡Está bien, los sábados lo podemos discutir!

—¿Voy a tener que cambiar a mis hijos de escuela? Yo estoy toda la mañana con ellos...

—Vas a tener que mandarlos a turno tarde y vas a poder ir a buscarlos.

Mierda, creo que había creado un problema, pero estaba segura, era mejor así.

—¿Y las reuniones de almuerzo van a seguir estando o ahora van a ser desayunos?

—¿Y si trabajamos en una fiesta un día de semana por la tarde, se toma como hora extra?

—Voy a tener que viajar en subte toda apretada.

—No voy a poder despertarme tan temprano.

Escuché hasta que mis oídos dijeron basta. Ellos siguieron hablando, preguntando y cuestionando, pensando que yo les prestaba atención, pero la verdad es que podía hacer algo con mis oídos cuando me hartaba del parloteo... cuando mi papá me gritaba sin parar, corría una trabita imaginaria en el conducto auditivo interno y todo a mí alrededor se silenciaba. Cuando era chiquita y lo descubrí, pensaba que era un hechizo, magia, un poder... sí, yo me creía especial solo por saber silenciar mi realidad.

Qué equivocada estaba.

Un rato después, los mandé a trabajar porque necesitaba estar sola. Necesitaba ver a Elena, tal vez ella me convidaba un porro y podía desvirtuar la realidad. ¿No?

Me senté en la punta de la mesa y me quedé mirando un punto fijo de la pared... necesitaba pensar en algo lindo, entonces el recuerdo del día anterior apareció en mi mente. Después de volver a la Finca Elena y merendar con la familia, Eusebio nos llevó hasta el aeropuerto, nos subimos al avión y casi tres horas después, estábamos frente a la casa de Rafael en el barrio de La Recoleta. Estilo inglés. Lo primero que llamó mi atención fue que en esa casa también había una enamorada... una enamorada verde que se aferraba a las rejas de entrada, a las paredes de la casa y bordeaba casi todo el frente. Me gustó saber que, como en la finca, había alguien parecido a mí. La enamorada del muro y yo teníamos muchas cosas en común.

Rafael abrió el portón de rejas negras y entramos las valijas, pero ni siquiera podía moverme. El jardín era precioso, parecía encantado por la naturaleza en medio de tanta civilización. Estaba cubierto por muchas especies de plantas, de todos colores, formas y olores, unos pequeños arbolitos con copas redondas y macetas grandes y chicas... un caminito de pequeños adoquines y una ventana rodeada por la enamorada. Una ventana que, seguramente, regalaba una luz preciosa. Cuando me di cuenta, las puertas de madera pintadas con un verde oscuro ya estaban abiertas. Una alfombra que decía *Welcome*, el piso era como un tablero de ajedrez y cuatro escalones blancos daban comienzo al piso de madera. Era un pasillo bastante ancho que tenía pinturas colgadas en ambas paredes... pinturas de paisajes, personas y animales. Y en el pie derecho de cada cuadro decía *Roma*.

Y así fui entrando a mi nueva casa, poco a poco. Los pisos forrados por alfombras en color bordo con dibujos en blanco, negro, azul, verde, marrón...

un living increíblemente precioso, sillones en colores claros, las paredes cubiertas por bibliotecas llenas de libros y enciclopedias de derecho, un mueble que contenía muchísimas botellas de licores y whisky. Pero algo me gustó muchísimo, me hizo acordar a ese sillón que usaba cuando iba al psicólogo... pero ese era mucho mejor. Largo y de color bordo, justo debajo de la ventana que daba al jardín de entrada.

Seguí caminando... el comedor inmenso, con una mesa tan larga como para veinticuatro personas. Cuatro habitaciones en *suit* vacías, tres baños, un jardín de invierno, una terraza llena de plantas con una parrilla y una mesa larga. Y... la habitación principal donde supuestamente íbamos a dormir nosotros, era blanca. Todo era blanco... el vestidor era una habitación más y era verdad, Mirta había hecho un lugar para mí. Me pregunté por qué Rafael vivía ahí.

Una casa de gran categoría, con un importante *hall* de entrada al living con chimenea y comedor, baños, cocina y lavadero. Cuatro dormitorios sin usar, tres baños, un *playroom*, tres pisos... hasta había un ascensor. ¿Por qué vivía en una casa tan grande y vacía?

Era él y una casa vacía.

—La casa tiene ochenta y siete años —dijo a mi espalda.

Di la vuelta y lo vi, tenía la camisa arremangada hasta los codos y llevaba una botellita de cerveza en su mano.

—Es casi la edad de tu *nonna*.

—La hizo su papá cuando vinieron de Italia, en 1931.

Esa familia sí que sabía cómo traspasar el tiempo.

—Son italianos, pero les encanta el estilo inglés.

—Gustos son gustos, vida mía.

—¿Por qué vivís acá? ¿No te sentís solo?

—No estoy nunca en casa... me la paso en el estudio y solo vengo para comer, ducharme y dormir. Mi *nonna* quiso que yo forme una familia acá como lo había hecho ella... muchas veces quise irme a un departamento, pero si lo hago, es como si le estuviera fallando. ¿Se entiende? Ella acá fue feliz y si cree que yo voy a ser feliz...

—Eso es triste, Rafael. ¿No sos feliz? Con todo lo que tenés, ¿no sos feliz?

—Soy feliz cuando estoy con ellos, acá me siento solo.

Tragué con fuerza y me acerqué a él, pasando mis manos por su cuello.

—Es demasiado grande para nosotros, pero espero que seamos felices.

Reboleó sus ojos para todos lados y sonrió.

—Vos me hacés feliz.

—Y vos a mí.

Volví a la realidad al escuchar unos golpes en la puerta.

—Faustina, ¿llamo a las familias para avisarles que los álbumes están listos?

—No, ya les avisé yo.

—Está bien.

Mi panza empezó a doler, unos retorcijones muy punzantes me hicieron doblarme casi a la mitad. Agarré la cartera, corrí al baño, bajé mi bombacha y... sangre. Claro, por supuesto, me había olvidado de mi período. Saqué de mi cartera la bolsita donde guardaba la copa menstrual y una bombacha de repuesto, porque siempre me olvidaba cuándo me tenía que venir y terminaba ensuciando mi ropa interior. Tenía veintinueve años de pelotuda, sí señor.

Me introduje la copa mientras me ponía en cuclillas y luego, tiré la bombacha sucia en el tacho de basura. Llevaba gastada más plata en ropa interior que en toallitas femeninas.

Un rato después, como tenía un rato libre, fui a buscar a mi amiga Mariana a la escuela donde trabajaba. Sabía que salía de dar clases a las dos de la tarde. Me tomé el subte y entré en la escuela pública, fui hasta su salón, la puerta estaba abierta y apoyándome de espaldas, sin que me vea, escuché:

—Sin embargo, y a pesar de todos los factores que mencioné antes, la Revolución Industrial no hubiese podido prosperar sin el concurso y el desarrollo de los transportes, que llevaban las mercancías producidas en la fábrica hasta los mercados donde se consumían. ¿Y los transportes? No solo son necesarios en el comercio interior, sino también en el comercio internacional, ya que justamente en esa época nacen los grandes mercados nacionales e internacionales. ¡Y es aquí cuando el comercio internacional se liberaliza!

Sonó el timbre que marcaba la hora de salida de los estudiantes, como si ella lo tuviera fríamente calculado.

—¡El miércoles tomo oral de todo lo que vimos hoy! Le puede tocar a cualquier, malcriados. ¡Estudien!

Escuché la risa de todos sus alumnos... a pesar de que la consideraban aburrida por ser profesora de historia, también la querían muchísimo porque era buena; sus clases, a pesar del contenido, eran divertidas y siempre estaba de buen humor. Jamás ponía una mala nota por falta de sexo, dicho por ella.

—Te faltó nombrar el Tratado de Utrecht —dije, mientras entraba al aula y todos me saludaban porque me conocían.

—¿En qué año? —me desafió Mariana.

—1713, liberalizó las relaciones comerciales de Inglaterra y otros países europeos con la América Española —contesté, sonriendo, y me gané el aplauso de todos los alumnos.

—¡Eso también lo tienen que estudiar!

Me gané gritos y bullicios, entonces Mariana les dijo que era una broma. No podía creer cómo podía hacerle tanto caso a sus alumnos. Cuando el aula quedó vacía, le dije:

—Te van a pasar por arriba.

—No, jamás. Ellos saben cuál es mi límite. ¿No querés ser mi ayudante?

—No, gracias. ¿Ya comiste? Yo sí, pero si querés como de nuevo.

—No, vamos a tomar unos mates en el patio de atrás.

Y eso hicimos. Ahí, los alumnos no tenían permitido pasar.

—Gracias por la noche de bodas...

—¿Me agradecés a mí? Decile gracias a tu marido, yo no tuve nada que ver. Ni siquiera estuve ahí.

Me reí a carcajadas.

—Estuvo bien... sé que te morís por preguntar.

—Para nada —contestó, exagerando el tono de voz y al segundo de hacerse la indiferente, me clavó los ojos—. Quiero saberlo todo.

Otra vez, me reí.

—Fue muy lindo... y además, hablamos un montón.

—¡Bien! Las conversaciones sucias en medio del sexo es lo que más me gusta.

—No... no estoy hablando de eso. Conversamos mientras comíamos.

—¡Aaaaah! Qué aburrido.

—No, fue lindo. Él... él de verdad es lindo.

—Tina, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Qué raro que preguntes para preguntar.

Yo sabía lo que ella iba a cuestionar.

—¿Pensaste en llamar a tu papá?

Pero, ¿qué necesidad tenía de hacerlo en voz alta si siempre sabíamos qué pensaba la otra?

—¿No podés dejarme un rato más adentro de mi burbuja, no? Ya tenés que explotarla...

—Si la exploté es porque estuve pensando en él e inflaste tanto la burbuja que ya no entraba nada. ¿Querés verlo?

—Mariana, ¿por qué estás hablando de esto?

Le pasé el mate y estiré mi cuerpo hacia atrás, pensando en que había sido una mala idea ir a verla. Últimamente sentía que desaprobaba todo lo que tenía que ver conmigo.

—Las amigas hablan de estas cosas...

—No quiero verlo, ni hablarle, ni siquiera escuchar su nombre. ¡¿Estás contenta?! No quiero que, justamente vos me hables de él porque me hace mal.

—Tina...

—Y además, si yo hablo con él, estaría fallándole a Rafael y a su familia, tenemos un acuerdo...

—¡Es tu papá! A pesar de toda la mierda que hizo y hace constantemente, es tu viejo.

—Y yo su hija.

—¿No querés saber cómo está?

—¡¿Y él me llamó para preguntarme si estaba bien?! ¡Contestame, Mariana!  
¡¿Me llamó para saber cómo me sentía con todo esto?!

—No.

—¿Qué clase de amiga sos? ¡¿De qué lado estás?! ¡Me vendió, Mariana! Mi viejo me vendió al mejor postor y vos querés que lo llame para saber cómo va su día, qué comió el sábado, o si estuvo con sus amigos chupando vino el domingo al mediodía. ¡Querés que lo llame cuando él ni siquiera se interesó si me habían matado, violado o vaya uno a saber qué!

¿Cómo pudo hacerme eso?

¿Cómo un padre pudo hacerle eso a su hija?

Maldita Mariana, sabía cómo hacer para que yo eliminara toda la mierda que tenía en la cabeza, que me desahogue cuando lo había estado evitando todo ese tiempo, cuando me guardé cada pensamiento...

—¿Algo más? —preguntó, mientras me daba otro mate.

—No... era eso.

Eso hacía Mariana conmigo, sacaba lo mejor y lo peor de mí. Entonces, me pregunté por qué con ella podía discutir, gritar y enojarme, y con los demás no.

**Sus amigos.**

El silencio que reinaba en casa era increíble.

Siempre me gustaron esos momentos que dedicaba solo para mí, sin embargo, después de haber trabajado todo el día como una mula, quería estar con Rafael, hablar y contarnos qué habíamos hecho durante el día, deseaba saber alguna historia extraña de un caso, o relatarle cómo fue que conocí a Bautista Olmedo, un arquero de fútbol muy famoso que me contrató para su boda.

Ya me había duchado, tenía el pijama puesto, una bata peluda bien abrigada y unas pantuflas con el mismo diseño. Estaba eligiendo la comida para esa noche, cuando la puerta de entrada se abrió. Caminé hasta el pasillo y ahí estaba él, sonriendo, tirando el maletín al piso, quitándose la corbata y yo corriendo hacia sus brazos porque lo había extrañado mucho. *Él era el amor*, siempre lo dije.

Lo abracé muy fuerte y besé sus labios, mientras sus brazos envolvieron mi espalda y me levantó del piso. Cuando el beso terminó, lo agarré de la mano y lo llevé hasta la cocina.

—Te invito a comer a tu casa —le hice un chiste muy tonto para romper un poco con los nervios.

—Sos muy amable. Y supongo que ya querés mucho a Mirta —bromeó.

—¡La amo!

—¿A que no sabés lo que me pasó hoy?

Atrapó toda mi atención.

—¿Qué? —pregunté, mientras sacaba dos bandejas de lomo con champiñones.

—Quise enviarte un mensaje para saber cómo estabas y me di cuenta de que

no tenía a mi esposa agendada en el teléfono. ¿Cómo puede ser?

Me mordí la uña del dedo índice. Él, de verdad, era el amor del amor.

—Qué tontos, nos olvidamos de lo primordial —admití.

—Hablo en serio. No podía creerlo, Faustina. Y no entiendo por qué con vos me distraigo tanto.

Puse las bandejitas en el microondas, elegí la opción de calentar y di aceptar.

—Hoy salí a correr a las seis de la mañana.

—Me di cuenta de eso. Faustina, ¿por qué te operaste las tetas?

—La pregunta del millón —bromeé, mientras ponía dos platos encima de la isla.

—De verdad. ¿Por qué?

—Porque nunca ibas a poder reconocer mi espalda de mi pecho.

Tiró la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Una foto?

—Oh, sí. Tengo muchas.

Le pasé mi teléfono y le dije que buscara en la galería las fotos de dos años atrás cuando me había operado. Se entretuvo con otra cosa.

—Estas fotos son increíbles. ¿Cómo lo hacés? —preguntó, mientras me mostraba el antes y el después de los novios.

—Me gusta... supongo que pasa lo mismo con vos. No sé nada sobre derecho y sospecho que si te pregunto algo, lo responderías sin pensar.

Asintió con la cabeza y siguió chismoseando. Serví la comida, mientras él agarró las bebidas de la heladera. Me sentía nerviosa por nuestra primera comida como recién casados, solos en una casa inmensa. Y eso que yo no había cocinado.

—¿Te molesta si vienen mis amigos a cenar el jueves? Nos quedamos en el quincho sin hacer demasiado ruido, lo prometo.

Que me pidiera permiso para invitar a sus amigos me hizo sentir mal. ¿Yo también debería pedirle lo mismo si fuera viceversa?

—¿Por qué me estás preguntando esto? Pueden venir cuando quieran...

—No digas esas palabras mágicas delante de ellos, van a utilizarlas en tu contra cada vez que encuentren la oportunidad.

Los dos volvimos a sonreír, mientras probábamos la comida.

—Ay, Dios —ronroneó—. Qué bien lo calentaste.

Así eran las cenas con él, siempre divertidas.

Y cuando llegaba la hora de dormir, lo esperaba porque no me gustaba subir sola. La casa era tan grande y fría, que a veces, me daba un poco de miedo. Traía chocolates a la cama y mirábamos una serie, perdía varios minutos eligiendo una, y cuando la encontraba, ya me había dormido. Esa segunda noche juntos, sentí su beso de buenas noches en mi frente y susurró un *te amo, vida mía*.

\*\*\*

Ese jueves, recuerdo que llegué muy tarde de trabajar. Y precisamente, esa promesa de “nos quedamos en el quincho sin hacer demasiado ruido”, la rompió. No me importaba, en lo absoluto. Entré a casa sonriendo por los gritos fuertes y las risas chillonas, unos golpes en la mesa y volvían a reír a carcajadas.

Me gustaba. Sí, me agradaba saber que Rafael era un hombre querido, que tenía amigos, se divertía y disfrutaba juntarse un jueves para cortar la semana. Siempre fui partidaria de que la vida se vive mucho mejor con amigos, y me tranquilizó saber que él pensaba lo mismo.

Dejé la campera y la cartera sobre la isla de la cocina, agarré mi cámara y muy despacio, me acerqué al quincho. Lo primero que llamó mi atención no fue la multitud, sino las camisas blancas arremangadas hasta los codos. Eran como... como si todos siguieran una misma línea, un mismo patrón. Doce tipos sentados a la mesa, tomando cerveza, puteando y revoleándose las cartas porque estaban jugando al UNO. ¿De verdad? ¿Se habían juntado para jugar a las cartas?

Sonreí al ver a Rafael tirar medio cuerpo encima de la mesa, su rostro colorado por la risa, sus ojos llorosos por estar tentado y... tomé una foto. Disparé varias veces más, hasta conseguir la toma perfecta.

—¡Vida mía! —gritó y todos se voltearon a verme.

No me dio vergüenza el hecho de que me miraran, sino lo que él había dicho. ¿No le importaba llamarme así delante de todos ellos?

Me fui acercando de a poco porque no era mi intención invadirlos. Para nada. Saludé a uno por uno con un beso en la mejilla, a algunos los conocía del casamiento, a otros no. Y cuando llegó el turno de saludar a Rafael, me

sorprendí porque me abrazó de la cintura como hacía todas las noches. Definitivamente, no le importaba quedar como un tonto enamorado delante de ellos.

—¿Querés jugar con nosotros?

Sonreí tímidamente y acepté, no quería quedar mal.

Veinte minutos después, todo era un caos.

—Perdón —susurré.

—¡¡¡Hija de puta!!! —gritó el tipo que estaba a mí lado cuando seguí con el juego y le sumé un +4 a los otras cuatro cartas que habían tirado. Tenía que agarrar del maso 25 cartas por mi culpa.

—¡Bienvenida al grupo! —gritó otro.

—¡La tenés adentroooooo, Omaaaaaaar!

—¡Omar, Omar, Omar, Omar!

—¡Tomá puto, a vos que no te gusta perder!

¿Todos esos hombres eran abogados? ¿De verdad? ¿Dónde había quedado la seriedad?

—¡Te la ganaste! —uno de ellos me pasó una cerveza.

Acerqué el pico al borde de la mesa y apretando la tapa de chapa, le di un pequeño golpe para abrirla. Todos volvieron a reír y Omar ya me odiaba.

—Tomá, creo que vos la necesitás más que yo —se la ofrecí y sonrió, mientras todos los demás gritaban y él le daba un sorbo.

Ya me había acostumbrado un poco a ese ruido constante que parecían risas. Miré a Rafael que reía mientras codeaba al que tenía al lado, susurraban algo que no llegué a escuchar y le agradecí a Dios porque no era un hombre celoso. Mi mamá jamás tuvo amigas porque mi papá nunca se lo permitió, y mucho menos juntarse con hombres.

Pero él era totalmente diferente.

—¡¿Cuántos sándwiches te comés, flaquita?! —gritó uno de ellos, mientras cocinaba churrascitos de carne con cerveza al disco.

—No, gracias... tengo bandejitas en la heladera...

—¡Qué bandejitas, ni bandejitas! —exclamó Rafael—. Ponele cuatro.

—¡¿Cuatro?! No, dos.

Dios mío, hasta yo había empezado a gritar.

Y sí, me quedé a cenar con ellos porque siguieron jugando a las cartas, cambiaron al Truco, y Omar quiso estar en mi equipo. Qué ridículo era. Hasta que empezaron a hablar de cualquier cosa.

—¡Seamos sinceros, cuando más amados somos y más amamos, más asquerosos y desinhibidos nos ponemos!

¿De qué estaban hablando?

—¡Bien, de a uno! Por favor, de a uno.

¿Pedían la palabra en una reunión de amigos?

—Cuando le pedís a tu novia que te revise la boca por si todavía tenés aliento a ajo.

—O cuando le preguntamos si tenemos olor a chivo en las axilas.

—¡Sacarse los puntos negros de la espalda es lo mejor y una tarea reservada para el fin de semana!

Qué asco.

—Cuando te mete una uña en la boca para sacarte un pedazo de comida. ¡Y le chupo el dedo!

Reí a carcajadas.

—Está tres días sin ir al baño y cuando al fin pudo, me lo cuenta y le grito: ¡Esa es mi chica!

¿De verdad? Trataba de no poner cara de asco, pero era imposible.

—¡Me saca pelos de la nariz!

—Me limpia los oídos cuando tengo cera.

—¡Huele mi ropa interior porque a veces no sé si está limpia o sucia y yo no me doy cuenta!

¿Qué les pasaba?

—Ay, la mejor y más relajante. ¡Cuando mea con la puerta abierta del baño mientras estamos hablando!

—¡Qué asco! —me quejé y todos se rieron—. Ahora me los imagino haciendo todo eso. ¿No pueden hablar de algo mejor?

—¿Cómo qué?

—No sé... situaciones raras en las que tuvieron sexo.

Ese fue mi primer error.

—¡El rapidito arriba del lavarropas!

—¡Odio tener sexo con ropa!

—¡Peor cuando hace frío, hasta se pone gorro de lana!

—¡Demasiado calor, le mojo la cara con mi transpiración y se enoja!

—Ay, a mí me encanta coger con ropa, le meto las manos por debajo de la remera, le estiro el corpiño...

—¡Cuando está peluda y no me deja prender la luz, ni tocarle la concha, mucho menos agarrarla de las piernas!

—Me encanta coger cuando vienen mis suegros. ¡Me excita saber que su papá todavía está enojado conmigo por agarrarme a su nena!

¿Qué le pasaba? ¿Estaba loco?

—Diablito, ¿le contaste a tu mujercita todas las maldades que hacés en el laburo?

—No, no me dijo nada —me quejé.

—Una vez, recortó papel con formas de insectos y las metió en las lámparas de nuestras oficinas. ¡El susto de nuestra vida! Todos somos valientes hasta que vemos una cucaracha.

—¿Y cuando le puso un papel en la parte baja del *mouse*? Pensamos que todos estaban rotos.

—¡Peor cuando pegó una foto de una vieja en la fotocopidora!

—¡¿Y la vez que llenó todo el pasillo con cientos de vasos con agua?! Tuvimos que esquivarlos a todos. ¡Habrá estado toda la noche haciéndolo!

—Una vez, pegó globos atrás de un vidrio y nos hizo pensar que la habitación estaba repleta de ellos.

—¡Bueeeeno, basta! Lo que pasa en la oficina, queda en la oficina, colegas —los interrumpió Rafael, sonriendo y con las mejillas coloradas.

—Ay, no. Yo quiero seguir escuchando —rogué.

—Puso calditos de gallina en todas las duchas del club.

—¡Convirtió mi oficina en un baño!

—¡Basta! —volvió a gritar.

Nadie le hizo caso.

—¡Dejó el baño ocupado por un día, puso un jean y unos zapatos por debajo de la puerta!

—Puso una bocina detrás de la puerta.

—¡Y una debajo de mi sillón!

No podía parar de reír, sentía dolor en mis mejillas y...

—Flaquita, ¿cómo nos damos cuenta si una relación tiene futuro o si está condenada al fracaso?

¿Por qué me preguntaban eso?

—Supongo que el lenguaje corporal del otro te da las respuestas... por ejemplo, si te mira mucho; si busca tocarte constantemente o si lo hace accidentalmente muchas veces; cuando cuentan un chiste y te busca con la mirada para saber qué te pareció... eso es bueno.

—¿Y lo contrario?

Todos parecían muy concentrados.

—Intentás conversar con ella y ni siquiera te mira a los ojos y mantiene distancia; que duerma dándote la espalda todas las noches; no se ríe de tus bromas o ni le interesa escucharlas; cuando están caminando por la calle se aleja y ni siquiera le importa... ¡No sé, no tengo idea! Pero, por lo que hablo con mis amigas, supongo que es eso.

—¿De verdad? —preguntó uno de ellos.

Por primera vez, se quedaron callados y me observaban de tal forma que quería reír. Me pregunté si alguno se había sentido identificado y por eso estaban tan callados. Oh, mierda, la había cagado.

—¡Menos mal que tenemos una chica en el grupo!

—¡Salud por la flaca!

De la nada, empezaron a chocar las botellas, brindando por mis consejos y por unos juicios que habían ganado esa semana. Cuando terminamos de comer, me despedí porque tal vez tenían que seguir hablando de cosas que una mujer nunca debía escuchar. No querían que me vaya y me hubiese gustado quedarme porque me daba miedo estar sola en el piso de arriba, pero los dejé. Los saludé a todos y me pidieron que la próxima juntada también esté presente.

—Pueden venir cuando quieran, chicos.

Mi segundo error.

Agradecí la comida, le pedí disculpas a Omar por todos los +4 que le tiré y entre sus risas, desaparecí.



**Mi papá.**

Ese fin de semana, ya comenzó mal. Rafael empezó a viajar para ir a ver a su familia, habían pasado dos meses desde la última vez que estuvimos en Mendoza y su *nonna* ya lo estaba reclamando. Con justa razón, por supuesto. Y yo tenía tanto trabajo que no podía dejarlo en manos de alguien más porque no había alguien más, todos en el estudio estaban muy ocupados.

Mis empleados se fueron acomodando al nuevo horario, a varios les costaba un poco la puntualidad, pero no podía culparlos. Aunque al final del día, se iban contentos porque llegaban temprano a casa. Sin embargo, ese sábado ya tenía el presentimiento de que algo malo iba a pasar. La grúa de la cámara se rompió a último momento cuando la estaban instalando en el Hotel Hilton de Buenos Aires, y tuve que llamar a un técnico para arreglarla. La novia no paraba de llorar porque le había venido la menstruación ese mismo día y le dolía mucho la panza, por lo tanto, el *backstage* fue de terror. Me volqué un café encima cuando una dama de honor me llevó por delante y salí a comprar una camisa blanca que me salió un ojo de la cara. El novio no había llegado y tenía al papá de la novia golpeando cada dos segundos en la habitación.

Se suponía que, justamente, esa boda iba a ser fácil. Desde el comienzo encontré amor en esa pareja y no entendía por qué todo se había desvirtuado tanto.

—¡Llegó el novio!

La chica se largó a llorar otra vez porque no sabía ese pequeño detalle. Así que, me mandó a ver si estaba dudando o se había arrepentido. Golpeé en la habitación de Emanuel y cuando la puerta se abrió, Darío estaba ahí. Él tenía

una empresa que se dedicaba a la organización de fiestas y fue quien me metió en ese mundo, ayudándome a independizarme. Siempre nos poníamos muy felices cuando nos encontrábamos de sorpresa después de tanto tiempo, pero no estaba lista para decirle que me había casado. Cuando miró el cintillo y la alianza de oro, su cara no pudo ocultar el estupor.

—Y yo que pensé que ibas a llamarme cuando decidieras casarte.

—El amor es el amor —respondí, sin saber muy bien qué decir.

Es que yo no estaba arrepentida, ni siquiera verlo vestido con un esmoquin me movió un pelo. Y de verdad quería contarle todo lo que había pasado, pero no tenía tiempo.

—Ya vamos a tener tiempo para hablar —me excusé—. Necesito ver al novio.

—Mi amigo... él está un poco... borracho.

—Por lo menos, no está arrepentido de casarse. ¿Cómo dejaste que pasara esto? Se supone que tenés que controlarlo.

No era la organizadora de bodas, ni me correspondía hacer lo que tenía pensando en mi mente, pero dependía de mí que la novia tuviera el mejor recuerdo posible del mejor día de su vida.

—Quiero un café negro, un sertal y un bóxer limpio, ¡ya! —le grité a Darío y obedeció sin chistar.

Acto seguido, dejé mi cámara sobre una mesa y tomando de la mano al novio, lo llevé hasta el baño. Sin importarme las quejas, le quité el saco, el moño, la camisa, los pantalones, las medias, los zapatos y dejándolo vestido con el bóxer, lo metí en la ducha para que el agua fría le haga efecto. Él, en vez de estar enojado conmigo, se tiró al piso de la bañera y se tentó por la risa.

Encima de borracho, gracioso.

Minutos después, volví a vestirlo, se tomó el café negro y el sertal. Cuando estaba un poco mejor, lo amenacé. Si no lograba volver a la normalidad, le cobraba un 20% más del importe final.

Salí de la habitación, escuchando la risa de Darío. Mi cuerpo se sentía tan cansado... ni siquiera había empezado la fiesta y ya quería estar en mi cama.

Al final, la noche transcurrió sin problemas, el novio siguió tomando y la novia estaba feliz. Quedé con Darío para encontrarnos una tarde a tomar un

café y ponernos al día. Eran las nueve de la mañana cuando entré a casa, muerta de sueño, con dolor de espalda, de cabeza y no sentía mis piernas. Ni siquiera pude quitarme el maquillaje, me acosté en el sillón del living y dormí hasta las cinco de la tarde.

La fiesta siguiente, la del sábado, había sido increíble. Cuando llegué a casa el domingo a las ocho y media de la mañana, fui directamente a la habitación porque me merecía dormir en una cama con almohadas. El miedo por estar en la casa sola no le ganó al sueño y dormí como un bebé.

Ese domingo me desperté alrededor de las seis de la tarde y de la nada, empezaron a surgir pensamientos que, antes, ni loca los hubiera dejado ocupar mi mente. Como por ejemplo: estar arruinada todo el fin de semana por trabajar como una mula, no tener tiempo para pasar una tarde con la familia de Rafael, de qué valía tanto sacrificio si no podía descansar como me lo merecía, qué iba a hacer con toda la plata que ganaba si no la disfrutaba, qué significaba tener una agenda completa hasta dentro de cinco años con fiestas muy importantes si no podía descansar siquiera un día a la semana.

¿Y qué tal si metía más personas a trabajar y yo solo me dedicaba al estudio los días de semana? Podía hacer presencia apenas comenzaran las fiestas para ver cómo iba todo. ¿No?

En medio de todas mis ideas, estaba calentando una bandejita con pastel de papa... me pregunté por qué todavía no conocía a Mirta, esa mujer que lavaba y planchaba nuestra ropa, que mantenía la casa impecable, que nos cocinaba, que hacía las compras, que respondía las notas que yo misma le dejaba escritas en un papel encima de la mesada. No la conocía porque no tenía tiempo.

Entonces, tocaron el timbre. No conocía ese ruido, una especie de musiquita diabólica que retumbaba en toda la casa. Tenía que cambiarla, era insoportable. Miré por la camarita y fue ahí cuando lo reconocí. Ese hombre que pispiaba entre las rejas era mi papá.

El miedo me invadió por completo... mi estómago comenzó a doler, mis manos transpiraban y ni siquiera podía atarme el pelo... era una costumbre, ver a mi papá y atarme el pelo para que no tenga de dónde agarrar cuando se enojaba. ¿Qué necesidad tenía de vivir así? ¿Y qué pasaba si no le abría?

Era mi papá.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

Caminé por el pasillo, abrí la puerta de madera verde, respiré con fuerza y metí la llave en la reja para abrirla.

Como siempre, ese señor de negocios estaba bien vestido, parecía un caballero, un señorito con todas las letras. Me sonrió, era la primera vez que me sonreía en la vida. Sí, nunca lo había visto sonreír de esa forma... me estaba engañando.

—¿Qué hacés acá? —pregunté.

—¿Puedo pasar?

—No creo que a Rafael le guste que hayas venido.

—Pero él no está.

El miedo no solo me invadía, me sofocaba, anulaba todos mis poros, ni siquiera me dejaba respirar. Me dolía, el miedo me hacía doler la piel.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

—Ya está por llegar.

—¿No soy bienvenido en la casa de mi hija?

*No.*

—Papá, no quiero problemas con Rafael. Ustedes tienen un acuerdo...

—No tiene por qué enterarse que vine a visitar a mi hija. ¿Te tiene cortita?

Tragué con fuerza. No quería que entrase porque sabía que no iba a poder defenderme.

—Papá, no hables así de él.

—¡Ah, te enamoraste! ¿No? Yo sabía que iba a pasar esto... ahora es mucho más fácil.

—¿Más fácil para qué?

—Porque no va a cobrarme la deuda. Si se enamoró de vos, mi deuda quedó saldada.

¿Ese era su plan macabro? ¿Había pensado eso desde un principio? ¿Sabía que Rafael iba a enamorarse de mí?

Dios mío, era mucho peor de lo que había imaginado.

—No es un tema mío, yo no tengo nada que ver con la deuda.

—Eso es lo que pensás vos, Faustina. Pero en realidad, sos la pieza fundamental...

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

—Papá, andate.

—Quiero pasar... quiero que charlemos, saber de vos. Acaso, ¿no puedo?  
Ese tono tan autoritario.

¿Por qué no podía decirle que no? ¿Por qué no podía gritarle que se había acordado tarde de saber cómo estaba su hija? ¿Por qué no me di cuenta de que estaba en busca de otra cosa?

—Estoy muy ocupada trabajando.

—¿Tan ocupada para no ver a tu papá?

—Andate, es mejor así —susurré.

Justo cuando puso una mano en la reja para empujarla y entrar, escuché:

—Creo que Faustina fue clara, señor Rizzi.

Mi papá y yo miramos hacia la calle. Rafael bajaba de un taxi abrochándose el saco del traje negro, tan calmado, tan tranquilo. Nunca estuve tan feliz por verlo. Jamás. Sabía que si él estaba conmigo, nada malo podía pasarme.

El taxi seguía ahí, con el motor encendido.

—Vos no podés decirme lo que tengo que hacer con mi hija.

Vi la oscuridad en los ojos de Rafael y fue ahí cuando me asusté. La tranquilidad que él demostraba no era algo bueno.

—Tal vez, pero algo como esto en el día apropiado es mejor que una demanda común —dijo y ya no lo conocía.

No era Rafael, no era el hombre que yo amaba.

—¿Qué querés decir? Hablá claro, carajo.

Y sonrió. Mi marido sonrió de costado, nunca había visto esa sonrisa macabra en sus labios.

—Nunca rompo el privilegio entre abogado y cliente, pero con usted voy a hacer una excepción, señor Rizzi. O desaparece de la puerta de mi casa o...

—¿O qué, pendejo? ¿Me vas a pegar? —mi papá era tan soberbio, tan asqueroso, tan...

—No, te voy a rajar la cabeza de un tiro.

Di un paso hacia atrás cuando lo escuché decir eso.

Entonces, metió la mano en la parte de atrás de su pantalón y sacó un arma, la cargó y apuntó directamente a la cabeza de mi papá.

—El taxi lo está esperando, señor Rizzi. Ya está pago, tómelo como un regalo de su yerno. Pero no olvide su deuda.

Mi papá ni siquiera me miró, caminó hasta el auto y subiéndose, desapareció. Presté atención a Rafael, al suspiro que dejó escapar, a la forma en que cerró los ojos, lo rápido que descargó el arma y la volvió a guardar en la parte de atrás de su pantalón. Cuando me miró, sus ojos ya no eran negros, eran azules.

Se pasó una mano por el pelo, se rascó la nariz y volvió a suspirar. Yo, todavía, seguía agitada.

—¿Querés un café? —fue lo único que salió de mi boca.

—Perdón.

—No hay nada que perdonar. Entremos, es peligroso estar acá.

Abrí la puerta de par en par y lo dejé pasar. Cerré con llave, lo seguí hasta la cocina, guardó el arma en un cajón, se sentó en una de las banquetas altas de la isla y serví dos tazas de café. Le puse leche descremada, azúcar y crema y me ubiqué frente a él, sabiendo que había un arma muy cerca de mí.

—Hablame —susurré.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Porque si hablo de esto, se hace realidad y no quiero pensar en lo que hubiese pasado si yo no llegaba a tiempo.

—Ya está... peleaste por mí y ganaste —no sabía qué decir.

—Ése es el problema. No huyo de las peleas porque me gusta pelear —subió los ojos y me miró. Parecía derrotado—. Estoy enamorado de vos, Faustina. Y no tenés idea de lo frágil y vulnerable que me siento cuando estoy cerca tuyo, es como si fuera a romperme. Siempre estás por romperme y no sé cómo mierda manejarlo.

—No entiendo. ¿Me estás dejando?

Cerró los ojos con fuerza y me paralicé.

—No —los abrió y sonrió—. ¿Eso es lo que pensás cuando te digo cómo me siento?

—Es lo único que se me ocurrió...

—No podría dejarte... nunca —se puso de pie y caminó hacia mí. Acunó mi rostro entre sus manos y besó mis labios—. Verte con él era el miedo más grande de mi vida y temía no poder enfrentarlo porque no sé de qué soy capaz... si te hubiese puesto una mano encima, yo lo hubiera matado y vos me hubieses odiado más de lo que me odiaste cuando me conociste.

¡No!

—No te odiaba, estaba enojada. Pero no te odiaba. Rafael, yo... yo siempre tengo la misma pesadilla... yo sueño que lo mato. Es horrible delatar a mi subconsciente, pero no te hubiera odiado.

—¿Se siente bien largar hacia afuera lo que tuviste guardado tanto tiempo? —preguntó y sonrió.

Acaso, ¿estábamos locos?

—Sí, pero sos a la primera persona que se lo digo en voz alta.

Me abrazó y me aferré a él con mucha fuerza.

—Te amo, vida mía. Si algo te pasara, me muero.

Besó mi frente.

—Y yo igual... ¿De dónde sacaste el arma?

—Del taxista... es conocido mío, siempre va a buscarme cuando llego al aeropuerto. Le pedí un palo y me dio el arma... tiene que volver para retirarla y darme la valija, ni siquiera pude bajarla.

Menos mal, no podía imaginarlo portando un arma. Y el taxista estaba loco, ¿cómo podía prestarla? Pero esa no era mi duda... no era la pregunta que estaba rondando en mi cabeza y que no me animaba a hacer. Sin embargo, debía sacarla de mi mente porque no iba a poder vivir tranquila con tanta inquietud.

—Le dijiste que nunca rompés el privilegio entre abogado y cliente... ¿Es verdad? ¿Sigue siendo tu cliente, Rafael? —respiró con fuerza, pero no contestó—. Me prometiste que yo ya no era una garantía de nada y te creí... pero recién no eras vos y tengo miedo de que una parte tuya todavía siga pensando en el contrato... ese hombre que bajó del taxi no eras vos y...

—Sí —susurró.

Por favor, que no me dijera que le importaba el dinero.

—Sí, ¿qué?

—Sigo pensando en la deuda... si tu papá cree que todavía tiene que pagar,

tal vez se mantiene fuera de tu vida como estos dos meses. La deuda es una garantía de que no va a querer meterse con vos, Faustina.

¿Así funcionaba todo?

A pesar del amor, de los sentimientos, de haber empezado una vida juntos, de todas las cosas que habíamos pasado en esos dos meses, él seguía pensando en la deuda. Me enojé... la furia se apoderó de todo mi cuerpo y no pude controlarme porque Rafael seguía pensando en el dinero.

—¿El amor que te tengo no es suficiente?! —grité, desesperada.

Y en vez de quedarse conmigo, se alejó. En vez de abrazarme más fuerte, se apoyó contra la mesada. En vez de consolarme, me gritó.

—¿De verdad creés que el amor arregla todo?!

—El amor que vos sentís por mí, que me demostraste todo este tiempo, ¡me arregló! —empecé a llorar porque mis gritos tenían que ir acompañados de las lágrimas, sino no iba a poder hablar—. Pero tuve que darme cuenta que la plata, para vos, es más importante que todo lo que vivimos hasta ahora...

—La plata va y viene, Faustina. ¡Pero tu viejo solo va en una dirección! ¿Cómo mierda querés que yo crea que el amor nos va a mantener unidos para siempre si ese tipo es una basura?! ¿Cómo se supone que tengo creer en el amor si...?

Dando media vuelta, golpeó la mesada con su puño y di un pequeño salto en la silla.

—Lo vi —susurré.

—¿A quién?

—Al *Diablo*. El que bajó del auto era *El Diablo*.

Salté de la banqueta y empecé mi camino hacia la habitación. Quería salir de ahí, necesitaba escaparme de mi propia casa porque él me había mentido. Cuando estaba subiendo las escaleras, escuché un golpe y su grito:

—¡Faustina!

—¡Él volvió y le importa tres carajos la deuda, al igual que cuando me vendió! —abrí la puerta de la habitación y entré.

—Y a mí no me importa la plata, solo... —no lo dejé hablar.

—¡Él me vendió, pero vos me compraste! Esto ya dejó de ser romántico, Rafael... “Mujer Bonita” era romántico, porque Julia Robert era de la calle, pero vos me compraste. Y a él, lamentablemente, no le importa nada.

¡Cometiste un error en meterte conmigo y recién te diste cuenta! ¿Caíste en la realidad, no?

Agarré mi bolso y empecé a meter ropa, ni siquiera veía lo que estaba eligiendo porque mis ojos estaban tan aguados...

—¡Yo no te compré! Y no fue un error. ¡Esto no es un error! Vos y yo no somos un error...

Me di vuelta y lo enfrenté.

—Entonces, cuando te lo creas, vamos a volver a hablar. ¡Cuando dejes la deuda de lado, te voy a estar esperando para hablar! Porque al final sos igual a él... me lo dijo... él me vio...

Empecé a tartamudear. ¿Por qué me costaba tanto hablar?

—¡Explicate! —estaba fuera de sí, al igual que yo.

—Él vio que yo estaba enamorada de vos y... dijo que iba a ser más fácil. Que si nos enamoramos, la deuda ya estaba saldada. ¡Me compraste y no te diste cuenta hasta ahora! Él nunca se va a alejar... y tal vez ése era su propósito, que nos enamoremos para dejar en cero su cuenta.

Todo era tan retorcido como al principio, lo nuestro nunca iba a poder funcionar si ellos seguían pensando en la deuda. Mi papá nunca me iba a dejar tranquila y Rafael siempre lo iba a estar esperando.

—Rafael, por favor, olvidate de la plata. Te lo pido por favor...

—No, no puedo.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

Traté de tragarme la tristeza, de ignorarlo...

—¿Y qué mierda tengo que hacer, Faustina?! —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se pasó rápidamente la yema de sus dedos para limpiarlos—. ¿Tengo que soltarte y quedarme esperando a ver qué hace con vos?! ¿O preferís que le arranque la cabeza?

Lo amaba. Lo amaba tanto... tanto que me emocionaba.

Fue ahí cuando reaccioné, él podía matar por mí. Le importaba tanto que era capaz de cometer el peor de los crímenes solo para saber que estaba a salvo.

—Te importo—afirmé en voz baja.

Dio un paso al frente.

—¡Por supuesto que me importás! Te amo, Faustina —se agarró la cabeza con sus manos, respiró con fuerza y dejó que las lágrimas hicieran su camino—. Te amo... ¡Te amo! Y vos me amás... y perdón, perdón, pero no voy a dejar que él se te acerque. Dejame, andate, desaparecé, porque aunque no estés conmigo, no voy a permitir que tu papá te vuelva a poner una mano encima. ¡Y sí, llamame hijo de puta, pero te volvería a comprar mil más si hiciera falta!

Entonces, era verdad, él me había comprado y nunca iba a dejar de lado la deuda. Jamás.

Siempre pensé que Rafael era de esas personas que no permitía demostrarle al otro lo mal que se sentía por dentro. Trataba de mantenerse fuerte y tranquilo, pero eso había cambiado. Él me lo admitió, cuando estaba conmigo se sentía tan vulnerable al punto de romperse. No solo me lo dijo con palabras, también me lo demostró con hechos. En ese momento, se rompió.

—Faustina, decime qué hacer con todo esto porque me estoy volviendo loco.

Es que yo no podía decirle lo que tenía que hacer porque lo que yo quería eliminar de su cabeza, él lo tenía agarrado con fuerza y no pensaba soltarlo.

—Platón habló de las almas... me quedo con el Alma Concupiscible, la parte mortal del alma humana responsable de las pasiones, placeres y deseos sensibles. Es la parte del alma más relacionada con el cuerpo, por eso se destruye cuando el cuerpo muere. Yo no puedo decirte qué hacer porque es tu alma, no la mía. Vos sos responsable de tus pasiones, placeres y deseos... vos tenés que decidir. Vos sos libre al igual que yo.

Así que, agarré el bolso sin saber lo que había metido y salí de la habitación. Fui hasta la cocina, agarré mi teléfono, el cargador y las llaves, y me fui de nuestra casa, dándole lugar para que tomara una decisión.

No quise pensar en que mi papá nos había derrotado. Pero así fue, dentro de esa gran guerra, las batallas seguían siendo de él hasta que yo decidiera luchar y salvarme a mí misma.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*



**Una vida.**

Me di cuenta de que estaba dormida porque casi me ahogué con la saliva. Levanté la cabeza y me sequé los labios con la manga del buzo, limpié la madera y ahí estaban todos, trabajando. Cada uno de mis empleados estaba en su computadora, editando fotos y videos, creando los mejores recuerdos de las fiestas que tuvieron el fin de semana. Y yo era un desastre.

La noche anterior lloré hasta quedarme dormida. Fin.

Sonreí cuando me di cuenta de que los chicos no habían encendido las luces que daban a mi oficina, como si fuera un bebé que no querían despertar... bebé. Rápidamente agarré mi teléfono, busqué el calendario e hice las cuentas. Ya estábamos en octubre, hacía dos meses que mi período no hacía su presencia divina. Levanté la mirada de mi celular y me pregunté si podía ser verdad, si tanto amor había creado una vida. Pensé en lo feliz que iba a ponerse Roma al enterarse que un nietito podría correr por su mansión, en que Elena iba a convertirse en bisabuela y...

Llamé a Roma para preguntarle la dirección del estudio de Rafael. Le pedí disculpas por no tener tiempo para seguir hablando, pero le prometí que el fin de semana próximo iba a viajar con Rafael.

Saludé a todos mis empleados, salí de ahí y me tomé el primer taxi que pasó por la puerta. La oficina de Rafael quedaba muy cerca de nuestra casa. No era un edificio moderno, al contrario, era una casona muy antigua reformada. Toqué timbre y la puerta se abrió.

¡Omar!

—Flaquita, te aviso que tu marido tiene un día terrible. Queda en vos quedarte o irte.

—Prefiero quedarme.

—¡Así se habla! Pasillo al fondo, última puerta.

—¡Gracias!

Corrí por el pasillo y sin golpear, abrí. Levantó la cabeza a punto de mandar a la mierda a quien se atrevía a entrar sin tocar, pero al verme, cerró la boca. Tenía los ojos colorados, una sombra de barba que le quedaba increíblemente bien y la camisa mal abotonada. Y yo, estaba sonriendo.

Me habrá creído una loca de mierda, lo supe por su expresión. Me reí como una tonta, cerré con llave y caminé hasta el escritorio. Ya no me importaba mi papá, ni todo lo que nos echamos en cara la noche anterior, la pelea había quedado en sexto plano, porque en ese momento, nuestra vida estaba a punto de cambiar para siempre.

—Rafael, vine a decirte algo... sé que esto es lo mejor que nos pudo haber pasado y...

Tiró el cuerpo hacia atrás, pegando la espalda contra el respaldo de su sillón y me prestó toda la atención.

—¿Estás bien? —todavía me creía loca.

—Yo... te imaginarás que haciendo el amor casi todos los días, sin cuidarnos... tiene un... resultado. Y... resulta que hace dos meses que no me viene. ¡No me viene!

—Estaba seguro de que te cuidabas —bromeó y sonrió.

Y ahí estaba él, mi amor, mi hombre, mi vida, mi todo.

—Idiota. Te estoy diciendo que...

—Ya sé lo que estás diciendo, vida mía.

Me ubiqué entre el escritorio y él, sentándome en el borde.

—¡Estoy hablando en serio!

—Yo también —sus manos comenzaron a subir por mis piernas y me apretó la cintura con mucha fuerza.

—Puede que esté embarazada.

—Entonces, vamos a ser papás.

—¿Querés?

Ya no quedaban rastros de tristeza en su rostro, sus ojos comenzaron a brillar de emoción.

—Todo lo que quede por vivir lo quiero con vos, ¿te acordás? —asentí con la cabeza, sonriendo más que nunca—. Creo que eso quedó claro desde un principio, cuando lo hablamos en el avión... los dos queríamos formar una familia con la persona que amáramos. Y yo te amo.

—Y yo también... ¿De verdad pensabas que me estaba cuidando?

—No, cada vez que terminaba dentro tuyo le rogaba a Dios dejarte embarazada.

Sonreí más.

—¿Te parece si vamos a comprar un test de embarazo o saco un turno con el médico? ¡No sé qué hacer primero!

—Lo que vos elijas va a estar bien para mí, vida mía. Solo quiero que seamos felices, que no peleemos más...

—¡Soy feliz! Con vos siempre soy feliz. ¡Ay, vamos a tener un bebé!

Se puso de pie y abrazándome, me besó en los labios.

\*\*\*

—Miren, ahí está.

El técnico tenía razón, ese era mi bebé. ¿Cómo podía verse tan lindo si en realidad no veíamos nada más que una sombra gris en medio de tanto negro? Pero su corazón ya era hermoso, latía tan rápido que me emocioné. Mis ojos se cerraron por las lágrimas, iba a ser *mamá*. Estaba tan emocionada, tan feliz, contenta, orgullosa de nosotros como pareja, que no podía pensar en nada más... hasta que... hasta que quise hacerle una pregunta de rutina al técnico y fue ahí cuando vi la preocupación de sus ojos mientras observaba la pantalla.

Algo no andaba bien, sino era imposible que llevara esa cara... de verdad parecía alterado.

—¿Qué pasa?

—Vamos a hacer una ecografía trasvaginal —así, de una.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque hay algo que no puedo llegar a ver.

—¿Algo como qué?

El técnico alejó el aparatito de mi panza y me pasó una servilleta de papel para limpiarme la piel.

—Vamos a esperar a tu médico, está atendiendo en la clínica en este

momento.

Busqué a Rafael y lo miré para encontrar esa sonrisa que me calmaba... estaba de pie al final de la camilla y si lo hubiese visto con la tranquilidad que siempre me demostraba, iba a esperar en paz, pero no pude. Él estaba tapándose la boca... estaba perdiendo el control, al igual que yo.

El médico entró y nos saludó, pero yo no lo escuché, seguía mirando a Rafael para que me diera una señal, un empujón, algo de alivio, un poco de tranquilidad... nada. No me dio nada.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.* Ni siquiera esas palabras que, tantas veces me habían ayudado, en ese instante no significaban nada.

Cerré mis ojos, abrí las piernas y al segundo tenía el aparato dentro de mi vagina. Me sentía invadida... yo solo quería ser mamá, una mamá feliz.

—El bebé tiene algo que en esta etapa del embarazo no podemos detectar muy bien, pero por lo que veo, es la pancita...—siguió moviendo el aparato en mi interior—. Esto se llama onfalocele.

¿Qué mierda significaba eso?

—Hablé claro, doctor —pidió Rafael.

El médico suspiró, sin quitar la mirada del monitor.

—Entre las semanas once y doce la pancita se cierra, sin embargo, en este caso, no se cerró. Si llega a ser esto solo, podemos operar cuando salga al mundo. Pero los valores son tan altos...—siguió buscando, seguramente quería encontrar algo bueno para poder decirnos que todo iba a ir bien—. Vamos a hacer una serie de estudios para ver si es genético o congénito. Esto quiere decir que si es por ustedes o porque sí.

Sacó el aparato y cerré mis piernas, justo cuando las lágrimas comenzaron a caer por toda mi cara. Quise secarlas muy rápido porque me daba vergüenza llorar por tristeza... estaba enojada porque podríamos haber tenido buenas noticias.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar mi marido, tratando de ganar tiempo.

—Una punción. Esperemos el resultado y luego hacemos el escaneo fetal. En este caso, podemos adelantarlo.

Salimos de ahí y yo solo podía pensar en mi bebé. Quería que todo lo que él estaba padeciendo me pasara a mí. Caminaba mientras Rafael me sostenía

de la cintura, pero no estaba en mi cuerpo, ni en mi cabeza... mi alma tampoco. Rafael me hablaba pero yo no escuchaba. Era la primera vez en mi vida que estaba en blanco, deseaba que el tiempo pasara rápido y me dijeran que era un error, que era toda una mentira, que se habían confundido, que el ecógrafo funcionaba mal. ¡Que la felicidad no se podía borrar así porque sí!

Estaba y no estaba.

Esos cinco días, en los cuales esperamos que llegara la fecha para la punción, lloraba. Y cuando Rafael volvía de trabajar temprano, lloraba con él. Sabíamos que si era operable, íbamos a hacerlo, íbamos a seguir, porque se lo prometí.

—Si... si llega a tener algún *problemita* —Sí, dijo *problemita*, minimizando la onfalocel—... vamos a darle la mejor vida posible. ¿No? Si él llega a tener algún síndrome, o... no quiero pensar en interrumpir el embarazo. ¿No, Faustina? Decime... decime que, pase lo que pase, tenga lo que tenga, no vamos a abortar. Decime que no estás pensando en esa posibilidad.

Le sonreí, porque él ya amaba a nuestro hijo tanto o más que yo. *Y porque no pude decirle la verdad*. Si en ese instante yo le hubiera admitido mi verdad, seguramente iba a desilusionarlo, porque estaba en mi naturaleza impedir que alguien indefenso, inocente y lleno de luz, sufriera. Yo sabía lo que era el dolor, por eso no iba a tolerar que mi propio hijo lo padeciera jamás.

—Vamos a amarlo, a cuidarlo y a darle la mejor vida posible porque él es nuestro amor —susurré, con la voz cortada.

Sus brazos envolvieron mi cuello y me apretó contra su pecho... pude sentir la forma en que latía su corazón, tan rápido y agitado que me abrumó. Sus pulmones se llenaron de aire y segundos después, lo dejó ir. Besó mi frente... en ese momento, sentí que me estaba agradeciendo por *continuar*.

Buscábamos esperanza en algo que todavía no sabíamos qué era, sin medir lo que estábamos a punto de enfrentar. Y odiaba que Rafael me mirara como diciendo: *Pobre Faustina*. Odiaba que él sintiera lástima por mí.

\*\*\*

—¡Nos vamos a Mendoza! —exclamó dos días antes de la punción.

Y lo entendía, no podía verme tirada tanto tiempo en la cama. Y sinceramente, creía que no iba a modificarnos en nada estar en casa o en

Mendoza.

Miraba la provincia desde la ventana del avión, mientras acariciaba mi panza y le preguntaba a mi bebé qué le pasaba, si se encontraba bien, si quería hablar conmigo, si necesitaba contarme algo... le dije que no tuviera miedo, que no iba a enojarme y que estaba orgullosa de él, y que pasara lo que pasara, siempre iba a ser mi gran amor. Sí, le hablaba a *Benjamín* a través de mis pensamientos. Pensaba que él podía escucharme sin hablar, si era sangre de mi sangre, alma de mi alma, cuerpo de mi cuerpo... ay Dios, me estaba volviendo loca.

Y sí, lo llamábamos Benjamín porque Rafael estaba seguro de que era un varón.

Por supuesto que estaba asustada, estaba muerta de miedo porque él era mi bebé. No era un feto, era mi bebé. Ya tenía identidad, vida, un corazón, un precioso nombre y unos padres que lo amaban. ¡Claro que le temía!

Mi bebé era el miedo más grande de mi vida porque sentía que podía cuidarlo y protegerlo más que nadie, pero a la vez podía pasarle algo estando dentro de mí y yo no era capaz de curarlo.

Volví a mirar el resultado de la primera ecografía.

---

Paciente: Rizzi, Faustina

Doctor: Ravale, Fabián Alberto

Fecha: 02/10/2018 N° 201307250060

Ecografía ginecológica obstétrica

Útero en anteversoflexión con saco gestacional en su interior y feto con actividad cardíaca y una longitud cráneo caudal de 60.6 mm. correspondiente a una gestación de 12.4 semanas.

Se observan movimientos vigorosos y una frecuencia cardíaca de 140 latidos por minuto.

Placenta en cara anterior de 15 mm. de espesor grado cero.

Líquido amniótico en cantidad normal.

Nota: se observa imagen compatible con onfalocele en primera instancia. Se visualizó defecto de cierre de pared abdominal anterior, con vísceras abdominales prolapsadas.

---

Bloqueé la pantalla, guardé mi teléfono y miré hacia mi derecha. Rafael estaba muy compenetrado trabajando en su computadora, escribía muy rápido sin mirar el teclado, parecía tan concentrado... le rogué a Dios que nuestro hijo se pareciera a él, que tuviera sus mismos rasgos, su sonrisa y sus cejas, las orejas bien pegadas a la cabeza y... sonreí, porque nunca había prestado atención a su nariz. Hubiera jurado que era perfecta, pero... no. Era grande, bastante grande y tenía como una pelota en la punta y... Dios mío, su frente. Su frente era inmensa.

Me tapé la boca para reír y me miró.

—Contame el chiste —bromeó, contento por verme reír otra vez.

—No hay ningún chiste.

Sonrió y sus ojitos chispearon de alegría. Ay, mi Dios. Amaba cuando sonreía de esa forma.

—¿Te estás riendo de mí?

—Es que... pensé que eras perfecto, pero... Dios mío, tu frente es enorme.

Me reí a carcajadas cuando empezó a medírsela con su mano.

—Mierda, cinco dedos... me entran cinco dedos.

—Y tus orejas son bastante importantes.

También se las tocó. Las acunó con las palmas de sus manos y luego se las miró ahuecadas.

—¿Por qué me estas sacando defectos?

—Porque estaba aburrida.

—Bueno, me hubieras preguntado qué estaba escribiendo, tal vez te interesaba más que mis defectos...

—No me quería dormir.

Abrió la boca exageradamente, como si estuviera afectado por lo que dije.

—Qué mala —bajó la tapa y guardó la computadora dentro del estuche. Se acomodó de costado en su gran sillón de primera clase y tomándome de la mano, susurró—: Necesito pedirte un favor.

¿Con qué iba a salir?

—Decime.

—¿Podrías trabajar un poco menos?

Era un favor, no una orden, por eso no me afectó. Y otra vez, me estaba demostrando que no se parecía en nada a mi papá.

—Sí, puedo.

—¿De verdad?

—Sí... tal vez, haga una fiesta de vez en cuando, pero ya lo hablé con mis empleados y están de acuerdo.

Cerró los ojos y volvió a sonreír. Inhaló muy fuerte y con un ronquido, dejó escapar el aire. Me apretó fuerte la mano y lo amaba.

—Te amo —susurré.

—Y yo, vida mía —abrió los ojos y el azul era increíble. Era el cielo—. Dicen que es mi tercera mano —se miró la entrepierna y sonrió pícaramente.

Oh, mierda. ¿Íbamos a hablar de su pene?

—¿Y quién lo dice? —quise parecer enojada, pero mi risa me delató.

—Tenés un labio más largo que el otro.

—¿Eh?! —se rió muy fuerte y apretando mi nuca, me acercó a él para besarme—. ¿De qué labios estamos hablando?

Volvió a reír. En realidad, nunca había dejado de hacerlo.

Ay, me encantaba verlo tan relajado y feliz, y no quería que nuestro bebé lo convierta en otra persona. Era tan difícil tratar de entender a mis pensamientos y mucho más convencerme a mí misma de que todo iba a estar bien.

Pero había algo muy dentro de mí que me susurraba que algo no andaba bien —además de los resultados de la ecografía—. Necesitaba distraerme... seguir bromeando con él porque me estaba volviendo loca.

—¿Qué pasó que ayer Pinocho no quiso salir de la carpintería?

Esa vez, su carcajada fue tan fuerte que varios pasajeros se dieron vuelta a mirarlo.

—Sos mala, eh.

—Estoy hablando en serio.

—No sé... nunca me había pasado. Decime que no te decepcioné.

¿Cómo iba a decepcionarme? Seguramente, no pudo concentrarse porque pensaba en nuestro bebé. Como yo.

—No, para nada. Solo estoy sorprendida.

—Auch.

—Y después decís que es tu tercera mano. ¡Por favor!

—Chssss —me silenció, poniendo una mano en mi boca.

Miró hacia todos, por las dudas de que alguien nos haya escuchado, y quitando su mano, me besó en los labios.

—No entiendo por qué tardamos tanto en conocernos —admití.

—Yo tampoco, vida mía. ¿Mi abuela te ofreció marihuana?

Su pregunta me tomó desprevenida. Si le contestaba que sí, tal vez afirmaba sus sospechas. Si le contestaba que no, me iba a tratar como una mentirosa.

—¿A vos?

—Entonces, te ofreció. ¡Qué bárbara!

—Le dije que no, pero después me regaló uno armado —empecé a reír otra vez.

—Es terrible la *nonna*. No puede dejar la hierba...

—¿Es adicta? —no podía creerlo.

—Qué sé yo, ya es grande, puede hacer lo que quiera... me divierto tanto con ella cuando está volada.

Y entonces, empezamos una conversación basada en su *nonna*.

Eusebio nos fue a buscar, el *señorito* Rafael se sentó en el lado del acompañante y no dejó de hablar un segundo sobre trabajo. Aproveché para hablar con mis empleados y preguntarles cómo se estaban preparando para las fiestas de ese día. Cuando llegamos a la mansión, Roma y Hugo nos recibieron en la puerta. Me sentí rara porque... ya no había nieve. Sin embargo, el paisaje era increíblemente bello. La primavera había hecho una obra de arte en la finca.

—¿Café, té, mate, algo frío? —Roma y sus ganas de hacernos sentir como en casa.

Y lo logró, me sentía en casa.

No me había dado cuenta de cómo había extrañado la finca hasta que estuve ahí.

—¿Y Elena? —pregunté.

—Arriba. Ahora iba a ir a buscarla.

—No, Hugo, voy yo. Permiso.

Subí las escaleras y la puerta de su habitación estaba abierta. Elena se encontraba en el sillón, mirando una película.

—¿*Nonna*? —pregunté, mientras me acercaba a ella.

—Ay, *mia cara*. Parece que hace siglos que no te veo. ¡Mirá qué linda estás!

La abracé y me senté junto a ella.

—¿Qué hacías?

—Estoy viendo una película.

—¿Cómo se llama?

—Tiburones asesinos.

No le estaba prestando atención, solo buscaba el momento indicado para desahogarme. Lo habíamos charlado con Rafael, no sabíamos si anunciarles el embarazo hasta saber qué iba a pasar, pero cómo no hacerlo, si era nuestro bebé. Era el resultado de todo el amor que nos teníamos.

—¿Y de qué trata?

—De un poni blanco que quiere ser bailarín.

¿Estaba fumada? La cosa es que, empecé a reír como una tonta por su chiste. ¡Ay, la había extrañado!

—Ay, *nonna*.

—Mía cara, es lo mismo que me preguntes si tengo baño y yo te conteste que no, porque amo salir a cagar en el pie de una montaña.

¿Por qué no nos podíamos quedar a vivir ahí con Elena? Todo sería más fácil, más feliz, más verdadero, mucho más divertido.

—Ay, Elena, te extrañé.

—Y yo. Contame cómo va el sexo con mi nieto.

—No creo que sea bueno hablar sobre eso...

Me interrumpió.

—Es lo indicado. Contame —insistió, dándome palmaditas sobre la pierna.

—Eeeeh... bien. Muy bien. Eeeeh... normal.

—¿Normal? —abrió los ojos tan grandes.

—Sí... es lindo.

—¿Lindo?! Bah, pensé que mi nieto era un buen amante como su abuelo.

—Eeeeh...

—¡*Nonnita!*

—¡*Nipote!*

Elena se puso de pie muy rápido para abrazar a Rafael. Luego, nos sentamos los tres en el sillón.

—¿De qué hablaban? —preguntó él.

—De... la película.

—Sí, la película —coincidió Elena—. Y de lo mal que está haciendo su trabajo el gran tiburón. ¿Qué creés, Rafita? Estoy muy sorprendida, pensé que...

—¡Bueno! —grité para cortar la conversación—. Creo que podríamos ir abajo a tomar un té. ¿No? Sí, un té. Vamos a tomar un rico té.

*Odiaba el té.*

Pobre Rafael, no entendía nada. Pero yo no podía permitir que su abuela le diera consejos sobre sexo cuando él era muy bueno en la cama y siempre me trataba con amor.

Bajamos y nos sentamos en el living junto a Roma y Hugo.

—Faustina, nos contó Rafael el episodio que tuvieron con tu papá, no estábamos enterados de nada. Si lo hubiésemos sabido, habríamos viajado a Buenos Aires.

¿Por qué se los contó?

—No se preocupen, ya quedó atrás.

—¡Qué bueno que hayan venido! —exclamó Roma, dándome el té.

*No quería té.*

—Tenemos que contarles algo...

—¿Se van a separar?! Hugo, tuviste que hablarle a Rafita sobre sexo...

—¿Qué? —le preguntó mi marido a su abuela y yo me quería morir.

—¡Estoy embarazada!

Sí, ya lo sé, no fue la mejor manera de contarles, pero no quería que Elena siguiera machacándome con mi vida privada. Y de esa forma, empezaron a abrazarnos, se nos tiraron encima y... Roma lloró mucho, muchísimo. Hugo estaba imparable. Y Elena me susurró que la había engañado.

Vieja atrevida, estaba fumada.

Después del almuerzo, salí a caminar para bajar la comida. Ahora que estaba embarazada, ellos creían que debía alimentarme mejor porque estaba muy flaca y yo solo podía pensar en que ojalá la comida hiciera un milagro. Sabía cómo eran, que todos sabían más de lo que debían, pero qué podía decirles, si eran mi familia.

Recorrí gran parte de la finca, siguiendo el caminito que hicimos una vez con Elena para llegar al salón donde festejamos el casamiento. Disparé el gatillo de mi cámara varias veces, pero cada vez me sentía peor. ¿Y si consultaba a otro médico? Tal vez, la opinión de otro obstetra podía ayudarme o empeorar las cosas.

Sabía muy bien qué era el miedo, pero esa vez era distinto.

Había empezado a tener pensamientos extraños, como por ejemplo... ¿Por qué mi mamá fue capaz de dejarme con mi papá sabiendo cómo era él y yo ni siquiera podía imaginar a mi hijo sufriendo dentro de mi panza? ¿Por qué, en vez de estar feliz por mi bebé, el rencor me visitaba de esa forma tan cruel? ¿Por qué me tenía que pasar a mí?

¿Por qué a nosotros?

*¿Y por qué no?*

—Tina, ¿estás bien?

Miré a Hugo, que había empezado a caminar a mi lado y yo ni cuenta me di.

—No... no estoy bien. Pero no se lo digas a Rafael, por favor.

—Tranquila. ¿Quieres hablar conmigo?

Continué caminando, mientras me abrazaba a mí misma y dejaba que las lágrimas salieran, se vayan, así limpiaba toda la tristeza que tenía encima.

—Es el bebé... no sabemos si está bien. El médico dijo que vio algo raro en su pancita, pero que no se quería anticipar antes de una punción.

—¿Qué tan grave es?

—Onfalocele... no quise buscar en internet y no sabemos mucho más de lo que le médico nos explicó. Es que... tengo tanto miedo.

Puso una mano en mi hombro como si quisiera contenerme, acompañarme en la tristeza, como haría un padre con su hija.

—¿Y qué pensás vos? —preguntó, tan pasible.

—El bebé no está bien... le prometí a Rafael que no estaba en mi cabeza terminar con el embarazo si llegaba a andar algo mal, pero... si yo sé que mi hijo sufre, que siente dolor, que... que podría ser algo terrible para él, que no sobrevivirá apenas salga al mundo, no podría continuar. No podría llevarlo en mi panza sabiendo que está sufriendo. ¡No entiendo al dolor, Hugo! No debería existir y menos en bebés, seres llenos de inocencia, vulnerabilidad, luz, amor y...

—Te comprendo.

—¿De verdad?

—Por supuesto, Faustina. Pienso igual que vos.

—Rafael no piensa así... él dijo que quería seguir... que a pesar de lo que tenga, quería seguir. Ay, Dios, me siento terrible... pero no puedo pensar en que mi bebé está sufriendo y yo caminando como si nada pasara...

—Faustina, quiero que pienses en algo que te dé fuerza. Algo grande.

Cerré los ojos y pensé... pensé en algo que me empujara a seguir adelante, a pesar de todo.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

—El despegue de un avión... las Cataratas del Iguazú... los fuegos artificiales.

—Bien... elegiste bien, Faustina. Ahora, pensá que sos ese avión que está despegando, pensá que podés subir con la rapidez de un fuego artificial, pero nunca te conviertas en las Cataratas.

Dejé de caminar y grité:

—¡Yo soy las Cataratas!

—No —su respuesta fue firme y luego, sonrió—. ¿Cómo creés que llegaste hasta acá después de todo lo que te ha pasado en la vida?

—Supongo que ustedes...

—No —repitió y apretó más mi hombro—. Nosotros no hicimos nada, todo este tiempo, el poder lo tuviste vos. Sos más fuerte de lo que creés, confiá y creé en vos misma. Nosotros no somos más que un decorado.

—¿Y el bebé?

Lo escuché suspirar.

—El bebé seguirá con su curso hasta que el médico lo disponga, pero hasta entonces, no pienses en eso...

—No quiero crearme ilusiones, Hugo.

—Las ilusiones no son más que sueños por cumplir, Faustina. Si este sueño desaparece, va a venir otro mejor. Pero prométeme que nunca vas a usar la potencia de las aguas de las Cataratas al caer, porque dudo que puedas levantarte.

Supuse que Hugo quería distraerme.

Después de nuestra conversación, continuamos caminando un largo rato, mientras me contó los cambios que había hecho en la finca, cómo era cuando él era apenas un nene, la vida de su padre. Llegamos hasta un tiro al blanco.

—El codo bien derecho hacia atrás en línea recta con la mano que tenés en el arco... bien, así. Apuntás, tirás hacia atrás muy despacio y soltás...

Ni siquiera la clavé, pasó de largo.

—Mmmm... mala puntería —susurré.

—Pensé que ibas a darle... perdón, lo digo porque como sos fotógrafa tenés un buen pulso.

—Va más allá del pulso, es tener un buen ojo.

—¿Por qué bodas, Faustina?

—Porque las personas en las bodas son felices... vas a un casamiento y en el aire se respira amor. Si no veo amor en la pareja, no la trabajo.

—Buen punto. Imaginate un divorcio... defender a alguien que sabés que todavía ama.

—Eso suena terrible.

—Sí —se rió—. ¿Te gustaron desde tu niñez?

—¿Las bodas?

Apunto, soltó y le dio justo en el blanco.

—Sí.

—Acompañaba a mi mamá a revelar las fotos que yo tomaba y... me quedaba mirando las parejas que aparecían en los cuadritos... la publicidad. Novios sonriendo, movimientos calculados, sincronizados... eso no me gustó, así que elegí la espontaneidad. Dejaron de agrardarme las fotos armadas y busqué algo que me gustara a mí y a las novias...

—La espontaneidad —susurró y volvió a darle en el blanco.

—Sí, las sonrisas no son forzadas, hay besos ocultos y escondidos, caricias por detrás de las sillas, susurros que nadie más escucha... miradas encontradas. Hay amor.

—Hablás con tanta pasión, Faustina.

*Dios mío.*

—No puedo dejar las bodas, son lo único que me alimentaron todos estos años. Si yo creo en el amor, es por las bodas.

—No las dejes.

—Rafael me pidió que trabaje menos...

—Ay, hija —por tercera vez consecutiva, dio en el blanco—. Te falta tanto por recorrer... con todo lo que te pasó con tu papá, ¿todavía te dan ganas de dejar lo que más te gusta por un hombre?

¿Qué le pasaba? Estábamos hablando de su hijo.

—Hugo, tal vez no me creas, pero yo amo a Rafael.

—Lo sé —me miró y sonrió—. Y porque lo querés, no tenés que dejar nada por él, sino por vos. Ahora... acomodate y pensá que ese punto blanco es algo espontáneo. No lo calcules, no lo pienses... solo soltá.

Y eso hice. Solté y no le di en el blanco, pero estuve bastante cerca y se sintió bien.

Me gustaba pasar tiempo con Hugo, escucharlo hablar me calmaba y sabía que podía aprender mucho de él. Era un hombre que no tenía problema en compartir lo que pensaba y eso me gustó. Se parecía mucho a Rafael...

—Tenías razón, Hugo.

—¿En qué, corazón?

—Tu hijo es un buen muchacho.

Sus ojos brillaron y asintiendo con la cabeza a modo de agradecimiento, me

invitó a seguir con ese deporte que nada tenía que ver con la espontaneidad.

\*\*\*

Confíe en él y no me defraudó. Hugo no dijo una palabra de todo lo que hablamos esa tarde. Durante la cena, se mantuvo tranquilo y trató de hablar sobre trabajo con Rafael. Elena se comió hasta la pata de la mesa, nunca la vi comer tanto y estaba tan callada. Roma, por otro lado, estaba radiante y feliz, iba a ser abuela. Y yo me sentía fatal por tener que matar esa ilusión, las ganas y el amor que ya le estaba poniendo.

Cuando terminamos de cenar, Rafael y yo fuimos hasta nuestra habitación. Miré cada detalle, recordando cómo había empezado todo, la locura que nos rodeaba, el engaño, el miedo, el amor... me ubiqué de costado, mirando el espacio del colchón que todavía no había ocupado él.

Minutos después, salió del baño y se acostó, ubicándose de costado hacia mí, con el brazo flexionado y la cabeza apoyada en su mano.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Creí que tenía que decirle la verdad.

—Hoy pasé todo el día con tu papá y me hizo bien. Hugo es increíblemente bueno, dulce y sincero. Y por un buen rato, me olvidé de todo lo que nos estaba pasando. ¿Eso está mal?

—No —acarició mi mejilla, el puente de mi nariz, una de mis cejas—. Yo también pude distraerme... pasé mucho tiempo con mi abuela y... se lo conté.

¡¿Por qué?! Acaso, ¿quería matarla?

—Por eso estaba tan callada... tengo miedo que le afecte a su salud todo lo que va a pasar.

—¿Qué va a pasar, Faustina?

Suspiré, mientras me acostaba boca arriba.

—Rafael...

—No, decime qué va a pasar. Si ya lo sabés, decilo, así por lo menos...

Lo interrumpí.

—No quise decir eso.

—Entonces, no lo digas. Prefiero mantener la ilusión de que todo va a ir bien.

—¡¿Y si no?!

—Ya veremos...

—No quiero que esto te cambie. Vos no sabés lo que es el dolor, no tenés idea lo que significa el sufrimiento, estar en mi cuerpo y...

Apretó mis mejillas con sus manos y me besó en los labios para hacerme callar. No pensé que podía querer seguir con el beso, excitarme, volver a ser nosotros dos solos por unos segundos. Entonces, lo abracé porque lo necesitaba. Y eso era precisamente lo que más me gustaba de él, que sus besos no siempre terminaban en sexo, sino en amor. Él, con solo besarme, me hacía el amor.

**16**  
**Perdón.**

Era la aguja más espantosa y grande que había visto en mi vida. Era una birome, una lapicera, un cuchillo. La aguja pinchó mi panza esquivando a mi bebé mientras monitoreaban sus movimientos y sacaron líquido amniótico. *Y yo estaba sola.*

Quería que Rafael estuviera conmigo, pero no lo dejaron pasar. ¿Cómo pudieron hacerme eso? ¿Cómo pudieron hacernos eso?

Me dolía el cuerpo, la piel, el alma. Sentía el peor de los miedos, pensé que podían seguir lastimando a mi bebé. Y si lo hacían, yo lo había consentido. Tuve que firmar un papel para estar conforme con el estudio porque podía causarle algún riesgo... *más riesgo*. Tan chiquito e indefenso, y estaba pasando el mayor de los riesgos. Pero, ¿qué más podía pasarle? ¿Algo más de todo lo que ya tenía?

¿Qué tenía?!

Y cuando el resultado estuvo listo, nos llamó directamente la genetista.

—Es congénito. Le pasa a uno en diez mil bebés. Sin embargo, hay más.

*¿Y por qué justo a mí?*

*¿Por qué más?*

Me di cuenta que ella sabía todo. Sabía más que cualquiera, pero no quiso contárnoslo. Ese mismo día, me hicieron el escaneo fetal. Lo habían adelantado.

Habían adelantado el dolor, las noticias, las angustia, la decisión.

Fecha: 20/11/2018

Solicitante: Botto, Roxana Nora

Protocolo: 0001745198

El examen ecográfico efectuado mostró útero con presencia de feto único, vital y móvil.

Frecuencia cardíaca: 143 latidos por minuto.

Longitud céfalo nalga: 99 mm.

Correspondencia con edad gestacional: 16.5

Placenta en cara posterior de ecoestructura homogénea.

Volumen de líquido amniótico en cantidad adecuada para la edad gestacional.

Ambas regiones anexiales maternas y fondo de saco de Douglas sin evidencia de imágenes patológicas.

Comentarios: A nivel de la anatomía estructural fetal se observa amplio defecto de la pared abdominal anterior recubierta por amnios que contiene asas intestinales, hígado y estómago, ambos parénquimas renales de aspecto hiperecogénico, quiste de plexo colóide, leve derrame pericardio y ascitis. Se observa desestructuración de la columna lumbo sacra, con la presencia de mielomeningocele a nivel lumbar, pie bot bilateral.

Se realizó guía ecográfica transabdominal para realizar punción de vellocidades coriales por vía transabdominal, constatándose luego del procedimiento buena vitalidad fetal, sin evidencia de complicaciones inmediatas. Se realiza control a la semana del procedimiento el día sábado (25/11/2018) constatándose buena vitalidad fetal.

Categorización: 0

---

Afirmaron que mi bebé tenía la pancita abierta, pero su espaldita también.

Sus diminutos órganos estaban afuera, ninguna membrana los cubría, problemas en la columna, la cadera rotada y los piecitos también. Pero tenía buena vitalidad fetal... quise aferrarme a esto último, no pude.

Lloraba. No podía hacer otra cosa que llorarlo... y ver a Rafael destruido, me hacía peor.

—A ver, si el bebé tuviera una de todas estas cosas, se opera. Pero este bebé no es un rompecabezas, papás. ¿Entienden? No podemos ponerlo sobre una camilla e ir encastrando todas sus partes...

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

—¿Entonces? —la voz de Rafael sonaba tan quebrada.

—La única chance de vida que tiene es dentro de Faustina. Sus órganos están flotando, se alimenta y vive por vos... ¿Faustina? —llamó mi atención y lo miré.

Me sequé las lágrimas y tomé un poco de agua para tragar el nudo.

—Entonces, si yo lo mantengo con vida, si él conmigo está bien, podemos seguir... hay buena vitalidad fetal, sin complicaciones inmediatas. ¿No? Podemos seguir...

Me quería aferrar a algo, a cualquier cosa.

—No —Rafael me interrumpió.

Giré bruscamente mi cabeza para mirarlo.

—No, ¿qué?

*Por favor... por favor, Rafael.*

—Chicos, vayan a casa, piénselo y luego decidimos.

—¿Qué hay que pensar? —volvió a preguntar.

*No... no preguntes.*

—Hay tres posibilidades. La primera, que el embarazo se puede detener solo porque el corazón del bebé ya no lo soporta. La segunda, podemos continuar con el embarazo y tenerlo por cesárea, vivirá unos minutos y luego va a fallecer; o seguir y que esto le traiga consecuencias a Faustina, complicaciones en el útero para embarazos futuros. Y tercero, interrumpirlo.

No era interrumpir, no era poner pausa y después *play*... era terminar con el embarazo para siempre. Mi bebé llegaba hasta donde nosotros íbamos a permitirle.

Sentí que me estaba explicando cómo podía matar a mi bebé.

—Esto no es legal —susurró Rafael.

—No, para hacerlo legal tienen que presentar los papeles en la justicia, pero tardaría entre cuatro y seis semanas. Este es un embarazo avanzado y no es conveniente esperar tanto tiempo.

—No puedo creerlo —parecía enojado. La tristeza en su voz había desaparecido.

—Rafael, por favor... —le rogué.

—Yo no les puedo decir que tienen que abortar, pero no hay ninguna chance de poder salvarlo. No hay forma para armarlo una vez que salsa... y ni siquiera sabemos si su corazón va a soportar el parto.

—¿Cómo lo haríamos, doctor? —preguntó.

—Antes de ir a dormir, Faustina tiene que poner una pastilla en su vagina como si fuera un óvulo —*un arma*, pensé—. Y a la mañana siguiente, tomar otra pastilla vía oral y ese mismo día, tienen que venir a verme.

—¿Qué va a pasar?

Miré a Rafael cuando escuché su pregunta. Sus manos estaban cerradas en puños, su espalda recta, sus ojos llorosos, sus labios temblaban...

—Es una inducción al parto. Lo provoca... y es la muerte inmediata, su corazón se para y se produce el aborto. Haríamos un raspaje para que no queden partículas de placenta y lo mejor que podría pasar es que en el primer intento con la pastilla del óvulo, ya lo tengan en su casa. Pero también podría llevar horas, días...

¿En mi casa? Lloré. Lloré tanto que no podía respirar.

Miré a mi marido y esa vez, tenía sus ojos puestos en mí. Odié su mirada, odié que sus ojos azules me mirasen de esa forma. Lo odiaba

—Es tu cuerpo y vamos a hacer lo que vos decidas —dijo, como si Benjamín no fuera su hijo.

Me estaba dejando sola, me estaba dando toda la responsabilidad a mí, solo que yo, en ese instante, no lo entendí. Él solo me estaba demostrando su postura, una que ya tenía tomada. Nunca iba a negarse a lo que yo podía decir. Y la promesa que nos habíamos hecho, desapareció.

Mis pensamientos se quedaron dando vueltas por ahí. No solo mi hijo tenía los órganos flotando, mi cuerpo también flotaba, mi alma se había roto y yo

solo podía llorar. ¿Cómo iba a hacerlo?

¿Cómo?

—Está bien.

Seguí flotando, mientras el médico hablaba con Rafael. Seguí flotando porque era la única forma que tenía para mantenerme de pie.

Esa noche... esa noche, antes de ponerme el óvulo, Rafael le dio un beso a la panza y se quedó veinte minutos con la cabeza apoyada sobre nuestro bebé. Lo envidié tanto... lo odié porque él podía besarlo y yo no. Él podía despedirse con una caricia y un beso, y yo no podía doblar mi cuerpo para besar mi propia panza.

—¿Por qué elegiste el nombre Benjamín? —le pregunté.

—Porque... significa el más pequeño.

Siempre iba a ser eso para mí. Mi bebé más pequeño.

Me puse de pie y Rafael se sentó en el borde de la cama. Me acercó a él tomándome de la cintura y volvió a besarlo. Cuando me soltó y se dejó caer de espaldas a la cama, entendí que había llegado el momento. Entré en el baño y retrasé un poco el óvulo. Paré el tiempo. Detuve el reloj. Quería quedarme con mi hijo unos segundos a solas para pedirle perdón, necesitaba disculparme porque... no por querer ser mamá iba a dejar que él sufriera.

Me abracé la panza y me quedé sentada en el inodoro un rato. Me abrazaba a mí misma, llorando por mi bebé, despidiéndome de él como podía... queriendo decirle que el tiempo que pasé con él fue, a pesar de la tristeza, el más hermoso. Que enterarme de su existencia fue la experiencia más dulce. Que lo iba a recordar por siempre.

—Perdón...

Lloraba. No quería que se vaya.

Pero lloraba tanto que me dolía el alma.

—Perdón, Benjamín. Por favor, perdoname, hijo.

Respiré con fuerza e introduje el óvulo.

Ya no podía rebotar, ni superar, ni transitar... ni avanzar pese a todo. Sentía que no había nada.

Salí del baño... Rafael estiró su mano para que me acostara junto a él. Lo hice, y rodeándome la cintura con sus brazos, se ubicó contra mi espalda y

entrelazamos nuestros dedos encima de la panza. Era nuestra forma de despedirnos. De decirle adiós a nuestro pequeño y gran amor.

Después de llorar horas y horas por una decisión, me quedé dormida y cuando me desperté, lo primero que hice fue tomar la pastilla. Mientras me estaba duchando, comenzaron las pérdidas.

¿Ya se había ido?

¿Ya había dejado de latir?

Rafael llamó al médico y nos dijo que fuéramos rápido a la clínica privada y pidamos por Soledad, la partera. Me hizo tacto y puso otro óvulo. *Uno más, para terminarlo para siempre.*

—Va a ser mucho más rápido porque las pérdidas son espesas, mi amor. ¿Sabés?

No, no sabía nada. Me pregunté qué era una pérdida normal. Porque la pérdida de mi bebé, en ese instante, era lo más terrible.

—Sentate en la silla de ruedas mientras pedimos la internación.

Ahí tuve la primera contracción, sentada en una silla de ruedas. Un dolor inhumano en mi panza que era imposible controlar. Me llene de sangre, sí, me estaba desangrando... mi bebé se estaba muriendo.

*De verdad se estaba yendo de mi cuerpo.*

Inconscientemente, llevé las dos manos hacia mi entrepierna justo cuando Rafael se acercó y arrodillándose a mi lado, me cubrió las manos con las suyas.

—Tranquila.

No. Era imposible. ¿Cómo podía encontrar la tranquilidad en medio de tanta tormenta?

Mi marido me llevó hasta la habitación.

Había un camisolín en los pies de la cama. Fui al baño y mientras me lo ponía, sentí la segunda contracción, más fuerte, más... me puse en cuclillas en el piso y lo sentí. Otra vez, puse una mano en mi vagina y sentí algo duro... era él.

*Oh, Dios mío.*

Él quería salir y yo lo único que pude hacer fue sostenerlo un rato. Entre la desesperación y la tristeza, quise empujarlo hacia adentro. Ni siquiera sabía lo que hacía porque lloraba.

—Rafael... —hablé tan bajito que no me escuchó—. ¡Estoy teniendo al bebé!

La puerta del baño se abrió de golpe y Rafael junto a la partera me sentaron otra vez en la silla de ruedas para llevarme hasta la sala de partos. Estaba sola, me acostaron sobre la camilla y mientras me ponían el suero, le dije que me dolía mucho. Dolía tanto que no podía respirar.

Tenía miedo de que se cayera, de que sufriera un poco más. De que se golpeará, que se lastime...

—Yo lo agarro, mamita. Tranquila.

Y eso hizo. Mi bebé salió y ella lo agarró con sus manos.

—¿Querés verlo? —preguntó.

—¿Verlo?

—Está enterito, dentro de la bolsa.

¿Enterito?

Me quería morir.

—No... no...

*Prefería quedarme con lo que imaginé.* Tal vez, Benjamín se merecía aunque sea eso, que sus papás quisieran conocerlo. Pero no podía... no podía hacerlo porque quería quedarme con lo más lindo de él, no con su cuerpo sin vida dentro de una bolsita.

Entró Rafael y antes de que pudiera acercarse a mí, la partera le hizo la misma pregunta.

—No —su respuesta fue rotunda.

Cerré mis ojos con fuerza para seguir llorando en la oscuridad, mientras Rafael me tomaba de la mano y acariciaba mi cabeza con mucha delicadeza, besaba mi frente y lloraba contra mi oído.

Anestesia. Raspaje. No más dolor.

—Te lo hago de rutina —dijo el médico, pero no quise abrir mis ojos para verlo—. Salió todo, pero para quedarme tranquilo. ¿Sí?

Un rato después, estábamos en la habitación. Solos... pero a pesar de mi esfuerzo, escuchaba todos los llantos de todos los bebés que habían nacido. Podía escucharlos y llorar al mismo tiempo.

Ese mismo día, alrededor de las siete de la tarde, me dieron el alta. Nos

fuimos a casa sin panza, sin bebé, llorando, solos... pero seguía con mis pérdidas.

Dos días después, mientras me duchaba, me salió leche de las mamas. Era tan injusto. ¡Yo estaba preparada para ser mamá! Mi cuerpo estaba preparado, mi corazón, mi alma y mi vida. Y otra vez, cuando Rafael llamó al médico, me recetó otra pastilla. Otra pastilla para terminar con mi cuerpo preparado para ser mamá.

Yo sabía que podría haber sido una buena mamá.

Cuando volvimos a ver al médico, nos dijo que nos tomemos un tiempo, que nos relajemos, que nos fuéramos de vacaciones y que... *olvidemos algo imposible*. Más adelante, lo podíamos volver a intentar. ¿Intentar? ¿Cómo? Si sentía que, si lo hacía, iba a pasar lo mismo. Tenía más miedo, miedo a lo desconocido pero que era más conocido que nada en el mundo. Sabía todo de memoria...

Y un día, en medio del gran living, nos miramos sin querer y le pregunté:

—¿Y ahora qué?

### Soñarlo parecido a él.

Recuerdo que, a penas abrí la puerta y escuché golpes, gritos y risas masculinas, una sonrisa se dibujó en mis labios porque supuse que Rafael se estaría divirtiendo, tal vez estaba más relajado y eso nos ayudaría un poco. Caminé hasta el quincho y como siempre, todos hombres iguales, vestidos con camisas blancas y pantalones negros, gritaban y hablaban todos al mismo tiempo. Todavía no entendía cómo funcionaban, cómo hacían para escucharse unos a los otros mientras también hablaban.

Me quedé detrás del marco de la puerta, observando a Rafael. Si bien sus ojitos no tenían ese brillo de diversión, parecía animado. Sonreía y reía, mientras le daba tragos a la botellita de cerveza que tenía en su mano, Omar trataba de explicarle algo, gesticulando peor que una mujer, haciendo caras raras y mi marido reía.

Tenía ganas de preguntarle por qué había dejado de reír conmigo, por qué no hacíamos más chistes, por qué trabajaba más que antes y llegaba tan tarde a casa, por qué se iba de la cama cuando me dormía, por qué prefería acostarse en el sillón de nuestro living toda la noche.

Pese a todo lo que eso provocaba en mí, lo entendía. Él no sabía cómo manejar la situación y eso lo frustraba. Siempre llevaba el control de todo y no poder hacerlo con nuestro amor, lo desesperaba. O eso creí.

*Estás sola*, repetía mi cabeza una y otra vez. Y era verdad, me sentía más sola que nunca aunque justificara a Rafael de mil maneras posibles. Porque yo también estaba sufriendo, a pesar de que habían pasado apenas unas semanas, mi mano no pudo borrar la costumbre de acariciar mi panza. En esos veinte

días, mi cuerpo me recordaba que pude haber sido una buena mamá.

Ese mismo jueves, Mariana había ido a mi oficina y dijo algo que había quedado flotando en mi cabeza toda la tarde. “En la vida se aprende mucho más de lo que se pierde que de lo que se gana”. En el momento, no la entendí muy bien. ¿Se suponía que la pérdida de mi hijo iba a enseñarme algo? También me recomendó que la clave era saber mover las fichas indicadas, no antes ni después, sino *ahora*, en el momento exacto.

Respiré hondo y entré. Enseguida, todos empezaron a gritar flaca, flaquita y *diablita*; me dieron una cerveza y me encajaron un sándwich de lomito con chimichurri en la otra mano. Saludé a cada uno y cuando llegué a Rafael, se alejó de la mesa y palmeó sus piernas para que me sentara encima de él.

*Gracias a Dios.*

Lo besé en los labios y sonreí, tratando de ocultar la alegría que había crecido en mi pecho. Y cuando empezó a pasar su mano de arriba abajo por mi espalda, deseé estar solos. No habíamos encontrado el momento, o mejor dicho, no habíamos querido encontrar el momento para... volver a ser nosotros dos.

—Cuando agregás placer al dolor, el dolor puede ser placentero —explicó Omar y palidecí.

¿Por qué tenían que hablar de esas cosas delante de mí? No estaba bueno que me tomaran como un hombre más.

—Es verdad —coincidió uno de ellos—. Muchas personas piden un poco de dolor cuando están en la habitación. Un tirón de pelo, una mordida en el cuello, un nalgazo.

—¡Exacto! Es como un alivio... un alivio natural al dolor. Si a uno le duele algo, el orgasmo lo hace desaparecer. El mismo cuerpo comienza a crear una hormona que lo permite hacer.

¿De verdad?

Todos reían y asentían con la cabeza, dándole la razón.

—¡Aaaah! A mí me encanta escuchar las parejas que discuten en la calle.

Eso me gustaba de ellos, cada uno hablaba de lo que quería.

—A mí me molesta terminar de bañarme y que me den ganas de cagar. Ya me limpié el culo, voy a tener que limpiarme otra vez.

¡Qué asco!

—Me da risa saber que cuando nos separamos, la mujer piensa que ese fin de semana nos vamos a un boliche con todos nuestros amigos, tomamos hasta ponernos en pedo y bailamos mientras diez minas nos rodean. ¡Que nunca se enteren que nos frustramos, enloquecemos más que ellas y lloramos hasta quedarnos dormidos!

Reí con fuerza porque Diego tenía razón.

—Me gusta amenazar a las minas diciendo que voy a llevarme a mi pija. Nunca lo hago, nadie lo hace. ¡¿No?! Deberíamos hacerlo, así sienten que en la cama, tenemos el poder. Ellas sin una pija no pueden hacer nada.

—Te estás equivocando —se me escapó. No pensaba decir nada, pero no pude callarme. Sentí el cuerpo de Rafael vibrar debajo de mí porque estaba riendo—. Las mujeres no necesitamos de ustedes para llegar a un orgasmo. Es más, muchas disfrutan más dándose placer solas porque sabemos cómo nos gusta, cuándo parar, cuándo seguir y... ¿Sabías que, cuando nos tocamos, tardamos cuatro minutos en lograr un orgasmo?

Rafael carcajeó, al igual que Omar que y todos en la mesa, menos ese tal Tulio, que pensaba que él y su pene eran lo mejor del mundo.

—¿Me vas a decir que no necesitás que te penetren?

—Exacto, no lo necesitamos. No tenés idea de lo que es capaz de hacer la mente de una mujer cuando está concentrada y sola en una cama, en el sillón del living de su casa, o en su oficina, o en la cocina.

—¡Mierda! Y yo que pensaba que los hombres eran indispensables.

Le revolearon servilletas de papel para que se callara.

Entonces, sentí la mano de Rafael moverse a través de mi muslo, se metió bajo mi vestido de verano y llegó a mi entrepierna. Empezó a hacer círculos en mi clítoris por encima de la tela de mi bombacha y mis piernas temblaron. Le di un buen sorbo a mi botella de cerveza justo cuando corrió la tela y metió un dedo dentro de mí.

—¿Estás segura que no me necesitás? —susurró, pegando su boca en mi oído—. Estás empapada y recién empecé a tocarte.

Tenía razón. Lo necesitaba. Lo necesitaba más que nunca.

Siempre dije que, con solo besarme, me hacía el amor. En ese instante, nada tenía que ver. Estaba jugando y yo me estaba muriendo. Ese escalofrío, esa sensación divina empezó a recorrer mis piernas y...

—Bueno, chicos, gracias por la comida. Estoy muy cansada... me voy a dormir.

Me puse de pie, como pude, y saludé a todos con la mano.

—¡Suerte con tu imaginación! —gritó Tulio.

—¡Ya quisieras! —le respondí y todos rieron.

Subí las escaleras tan rápido que estuve a punto de caer. Entré en la habitación y tan agitada como estaba, pegué mi espalda a la pared. *Mierda*. Después de todo lo que había pasado con mi cuerpo en esas últimas semanas, no pensé que iba a excitarme de esa forma... que iba a desearlo más que antes, que iba a tocarme pensando en él.

Cuando me di cuenta, mi clítoris ya estaba hinchado por acariciarlo con mi dedo y... una mano se encerró con fuerza en mi nuca, y unos labios dulces, húmedos y violentos se apoderaron de mi boca. Mi marido y yo parecíamos dos adolescentes desesperados. Desabroché su pantalón, él se bajó el bóxer y acomodando su pene, entró. De pie, empujaba mi cuerpo con cada embestida, me aplastaba contra la pared, gemía contra mi boca, y enredando sus dedos en mi pelo, tiró. Puse mi mano encima de la suya como si quisiera marcarle hasta dónde podía llegar, mientras sus jadeos nacían en su boca y morían en la mía.

El dolor que sentía en mi cuero cabelludo fue superado por el placer que me provocó el orgasmo. Sin embargo, el hecho de que haya sacado su pene para terminar en su mano, me dolió más que cualquier otra cosa en el mundo.

Cerré mis ojos con fuerza cuando me besó en los labios.

No lo hizo con maldad, lo sabía.

Y entonces, se alejó de mí y desapareció.

Por supuesto que lloré. Mi cuerpo era un conjunto de hormonas que no sabía manejar, iban y venían para todos lados, y me estaban jugando en contra. Todavía estaba despierta cuando entró en la habitación. Entonces, prendí la luz de la mesita y se quedó de pie, con las manos quietas en los botones de su camisa.

—¿Qué nos pasa? —lo pregunté en plural para que no sintiera que lo estaba presionando y demostrarle que la culpa era de ambos.

—Nada, tengo sueño.

*Ay, Dios.*

—Rafael, habla conmigo. Por favor.

—No tengo nada para decir.

Se desnudó y se metió en la cama, girándose, dándome la espalda.

—¿No vamos a hablar de lo que está pasando?

—No está pasando nada, Faustina.

—Me siento sola —admití y se dio vuelta, mirándome.

—No estás sola, me tenés a mí.

—No, te la pasás trabajando.

—Y vos también —retrucó—. Faustina, a veces no es fácil demostrar el amor. Y todo lo que pasó, me superó y se me hace difícil volver... iba a ser padre y... solo desearía que lo que es mejor para vos no fuera lo peor para mí.

¿Cómo?

—¿Qué querés decir?

—Vos querés volver a intentarlo y yo no puedo... perdón, pero no puedo volver a pasar por lo mismo. No podría repetir algo una y otra vez para que funcione porque esa es la definición de locura y no quiero volverme más loco de lo que me siento.

Tragué el nudo en mi garganta y traté de respirar, no pude. Al fin y al cabo, yo había querido hablar. ¿No?

—¿Por qué te vas de noche? —me animé a preguntar.

Entonces, se tapó los ojos, los refregó muchas veces con las yemas de sus dedos y suspiró otra vez.

—Porque cuando dormís, decís Benjamín todo el tiempo y no lo soporto. Soñás con él y... sé que no puedo hacer nada para ayudarte, excepto buscar otro bebé. Y no es la solución.

*Me quería morir.*

¿Él de verdad pensaba todo eso?

—Yo no te pedí nada... no te pedí otro hijo... no te pedí que te quedaras conmigo y...

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—¿Culpable? Pero yo no te eché la culpa de nada, Rafael.

A ese punto, estaba llorando.

—Lo sé. Mi psicólogo dijo que la culpa es una emoción caprichosa, que sirve para obtener lo que uno quiere y no funciona.

—¿Estás yendo al psicólogo?

No me contestó.

¿Por qué había elegido hablar con un psicólogo en vez de conmigo?

—La culpa no funciona con palabras, sino con miradas.

—¿Miradas? —estaba desesperada.

—¡Te miento cuando te digo la verdad con mentiras!

—¿Qué?!

—El que está afuera no merece que uno le demuestre lo mal que se siente...

—Rafa, no entiendo nada... —me puse de pie, pero él seguía hablando sin parar.

Decía frases que yo no entendía y...

—El miedo a la soledad es algo muy poderoso y...

—¡Pará, Rafael!

—Estabas mejor sin mí —dijo finalmente y me miró a los ojos.

¿Qué?

¡¿Qué mierda era todo eso?!

¿Me estaba dejando?

¿Estábamos terminando?

—Habla más claro —le rogué, mientras sorbía mi nariz y secaba las lágrimas de mis ojos.

—Que si yo no hubiera aparecido en tu vida, no estarías sufriendo de esta forma y es inevitable que no sienta culpa por todo lo que pasamos... yo, indirectamente, te conduje hasta acá. Te manipulé para que te casaras conmigo y resulta que terminamos con la vida de nuestro hijo.

Corrí hacia la cama y me arrodillé frente a él para tomar su rostro entre mis manos y convencerlo de que él no tenía culpa de nada. Quería volver a armarlo, quitarle toda esa tristeza, sacarle la desesperación que estaba impregnada en sus ojos.

—Rafael...

—¿Y si soy como mi papá?

*Oh, mierda.* ¡Ni siquiera se me había pasado eso por la cabeza!

—No...

—¿Y si la única oportunidad que teníamos de tener un hijo fue ésta?

—¿Por qué pensás así? ¿Yo, en algún momento, te dije algo parecido?

—No hace falta que lo digas, lo veo en tus ojos.

Parecía derrotado.

—¡No! No... no, mi amor. No... nunca se me pasó por la cabeza pensar algo así. Esto que nos pasó... pasó porque sí. ¿Por qué le pasa a los demás? ¿Y por qué no a nosotros? Porque así es la vida, Rafael. A veces sufrimos, a veces...

—Ya sufriste demasiado y yo te traje más tristeza, más dolor.

—¡No! Vos me hacés feliz... sos la única persona que le da paz a mi vida y con la que me siento amada. Mi amor... —repetí, porque de verdad era *mi amor*—. Te amo. Te amo y sé que, más adelante, vamos a volver a intentarlo y nos va a salir bien. Pero creo que hoy, tenemos que concentrarnos en nosotros dos... volver.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su pera comenzó a temblar.

—¿Lo prometés?

—Lo prometo. Esto es solo el comienzo de nuestra vida... vamos a tener más oportunidades porque nosotros vamos a hacernos de esas oportunidades. Benjamín siempre va a ser nuestro bebé y perdón por soñarlo, pero es lo único que me queda de él y en el único lugar donde puedo encontrármelo. Lo sueño parecido a vos, con tu mismo color de ojos, con su nariz redonda y tu mandíbula cuadrada y... y Benjamín tiene tu misma sonrisa. Su risa suena igual a la tuya y me hace bien pensarlo parecido a vos. Y... necesito que vuelvas conmigo.

—Vida mía —susurró y me abrazó.

Me apretó muy fuerte.

Demasiado fuerte.

—Yo también lo sueño, lo corro y puedo atraparlo. Lo atrapo cada vez que cierro los ojos y lo hago reír a carcajadas. Y... no sabés qué hermoso es. Benjamín es el bebé más lindo...

Preferí quedarme con eso.

Preferí saber que Rafael al fin podía atrapar a alguien en sus sueños y que

nuestro hijito era feliz.

**La casita del árbol.**

Eran las diez de la mañana del 21 de diciembre cuando llegamos a la finca.

—Qué poco espíritu navideño. Ni siquiera pusieron un adorno en la puerta principal —dije, cuando bajé de la camioneta.

Rafael y yo nos íbamos a tomar unos días de vacaciones, del 21 de diciembre al 5 de enero. La idea era pasear por Mendoza y conocer... en realidad, el motivo era volver a encontrarnos.

—Lo hicieron por nosotros... deben pensar que es una falta de respeto festejar la Navidad después de lo que nos pasó.

No podía creer que su familia hiciera algo así. Si bien no estaba para festejar nada, era la primera Navidad que pasábamos juntos y no quería recordarla como algo triste.

Rafael me tomó de la mano y caminamos hacia la entrada de la mansión.

—Estamos bien, ¿no? —me animé a preguntar.

Se detuvo y me miró con esos preciosos ojos color cielo. Giró su cuerpo para estar frente a frente y mientras pasó el dorso de su mano por mi mejilla, cerré mis ojos. Me aferré con todas mis fuerzas a esa caricia porque deseaba prolongar el tiempo, necesitaba que volviéramos a ser los mismos de antes. Esa chica y ese chico que se conocieron en un avión, que se casaron, que se enamoraron gracias al matrimonio, que hicieron el amor, que vivieron juntos y que, por equivocación de la vida, perdieron un hijo.

Dejé de pensar cuando Rafael apoyó suavemente sus labios sobre los míos y respiró con fuerza por la nariz. Su mano viajó desde mi mejilla a mi nuca y apretó con fuerza, como siempre solía hacer. Su otra mano soltó la mía para

pegarme a él mientras recorría mi columna y... abrí mis labios cuando quiso entrar y su lengua empezó a jugar con la mía, nuestras cabezas iban de derecha a izquierda y...

—Te necesito, Faustina.

—Tu abuela... —traté de hablar, pero su beso no me lo permitía—. Tu abuela siempre mira... por la... ventana... no quiero que... nos vea...

—No saben que íbamos a llegar a esta hora —hablaba agitado contra mi boca—. ¿Confiás en mí?

Abrí los ojos y ahí estaba él, con esa mirada pícaro que me había enamorado. Su pelo revuelto, vestido con una remera verde oliva en escote V... su sonrisa traviesa, sus manos inquietas, su cuerpo impaciente que no dejaba de moverse y la nuez de su cuello que temblaba cada vez que tragaba fuerte.

Él no tenía la menor idea de lo que provocaba en mí la combinación de sus preciosos ojos con su perfecta sonrisa.

—Totalmente.

También me aferré a su confianza y a sus palabras, a su mano cuando comenzó a correr hacia una parte de la finca que yo no conocía. Mi risa ruidosa contagió a Rafael y fue ahí cuando me di cuenta de que tenía que mantener la calma, que todo estaba marchando a su tiempo y así estaba bien. No podía adueñarme de los momentos, no podía adelantar las emociones, solo debía mantener la calma.

Frenamos e hice lo mismo que él. Tirar hacia atrás mi cabeza y ver la casita del árbol. Nunca había estado frente a una, jamás...

—El último recuerdo que tengo de este lugar es mi primera vez. ¿Te lo había dicho?

—No lo sabía —sonreí y volví a mirarlo—. ¿Cuántas chicas trajiste acá?

—Uff —rió con picardía—. No me acuerdo, fueron tantas...

Le pegué en el hombro y lo empujé contra el tronco del árbol.

—Pero nadie te quiso como te quiero yo.

—Eso es verdad, ninguna de ellas me quiso.

Y entonces, empecé a subir la escalera, mientras le pregunté:

—¿Cuánto hace que no limpian este lugar?

—La usan los hijos de los empleados, tiene que estar en condiciones.

Lo estaba. No podía estar de pie, tenía que bajar la cabeza porque si no tocaba el techo. Pero aún así, era preciosa, amplia, había un sillón de dos cuerpos y... tiró de mí para sentarme con las piernas abiertas encima de él.

Enseguida, uní mis labios a los de él, nuestras lenguas empezaron a jugar y enredarse, apreté sus mejillas con ambas manos y... lo dudé un segundo, pero me animé a ir un poquito más lejos. Tiré de su pelo y ronroneé.

—Muralla china —me advirtió en susurros.

Sonreí contra sus labios y tiré un poquito más fuerte, provocándole un jadeo. Entonces, me subió el vestido y dejando al aire libre mi cola, me dio un pequeño azote. Me picó la piel, hasta me quedó ardiendo un poco... inesperadamente, mordió mi labio inferior y tiró muy despacio, lo succionó y chupó, volvió a morder y mis labios parecían tan pequeños cuando los encerraba entre los suyos.

Mi cadera, independiente e incontrolable, se movía encima de mi marido, sintiendo con mi vagina el bulto que se escondía bajo sus pantalones. Me puso de pie para quitarme el vestido, el corpiño y la bombacha, y me ubicó en cuatro encima del sillón. Clavé los dedos en el respaldo y mi espalda se convirtió en una curva cuando me penetró.

—¡Aaaah! —grité, cuando volvió a pegarme en la cola.

—Mordé el sillón y no grites.

*Por favor.*

Estaba enloquecida. Me dolía el estómago por los nervios y la ansiedad, mis piernas temblaban y... escupió en mi ano e introdujo un dedo.

—Rafael...

Chistó para hacerme callar.

—Te dije que muerdas el sillón.

Por un momento, creí que no iba a poder concentrarme porque sabía que los hijos de los empleados jugaban ahí, pero cuando la fuerza de su embiste nubló mi mente, solo podía sentir. Mi cuerpo se movía hacia atrás y adelante una y otra vez; un dedo en mi ano que entraba y salía, y yo no podía respirar. Quería gritar. Necesitaba gritar.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí... sí... más —rogué.

Lo escuché reír.

Sacó su pene y escupió otra vez. Los dedos... *oh, mierda.*

Por unos minutos, se dedicó completamente a mi ano, me hizo temblar, gritar, jadear, rogar, susurrar su nombre. Hasta que me hizo enderezar la espalda y pegarla contra su pecho.

—¿Te vas a quedar quieta?

*Dios mío.*

—Sí... sí.

—¿De verdad quieres esto? —seguía hablándome al oído.

—Sí... —movió los dedos empujándolos más adentro y gemí—. Sí... lo quiero. Despacio.

Volvió a escupir y muy despacio, empezó a meter su pene. Dolía, dolía tanto. Tanto...

—Chssss —me hizo callar, cuando ni siquiera me había dado cuenta de que estaba gritando.

Tapó mi boca con su mano y entró hasta el fondo. Le clavé las uñas de mi mano en el brazo que cruzaba por mi pecho y la otra la llevé hacia atrás para ubicarla sobre su nalga, como si con eso pudiera marcarle el ritmo.

—Cogeme, Faustina... movete.

Me dolía el pecho al escucharlo hablar de esa forma, era como si una corriente de electricidad unía mi corazón con mi estómago y los dos órganos sentían lo mismo. Como nosotros dos... si ésa era la única forma que teníamos para conectarnos otra vez como pareja, estaba encantada de aceptar.

Lo hice. Empecé a moverme muy despacio hacia arriba y abajo, atrás y adelante, sintiendo la presión en mi ano, respirando con fuerza... hasta que tocó mi clítoris y mi cuerpo se enloqueció. Nunca había experimentado la sensación de locura, de quererlo en todas partes al mismo tiempo. Era el placer extremo, la mejor sensación del dolor... volví a gemir contra su mano cuando el orgasmo se apoderó de cada parte de mí con tanta fuerza.

Saboreé ese dolor convertido en placer. Cerré mis ojos con fuerza al sentirlo mutar, cambiar, transportarse...

Ya no sentía ese dolor que siempre odié porque con él era diferente, ni siquiera noté la presión... el eco del placer se había quedado haciendo ruido... mucho ruido. Sentía tanta paz y a la vez estaba alterada porque... porque me había gustado, me había enloquecido.

—Hay que eliminar las reglas...

—Todas —coincidió.

Salió muy despacio, besó mi hombro y se sentó, llevándome con él. Descansé mi cuerpo sobre el suyo, mientras sentía sus dedos recorrer lo largo de mi brazo.

—Sí, todas. Todas... —repetí.

—Ya, tranquila. No tiembles más...

Sonreí cuando su otra mano acaricio mis piernas. Era verdad, estaba temblando.

Mi cuerpo temblaba porque nos habíamos encontrado.

¿Y si la única forma de encontrarnos era convirtiendo el dolor en placer?

\*\*\*

—¿Estás seguro que podemos comer todo esto?

Bolsas de papas fritas, de todos los gustos.

—Ahora le mando un mensaje a Eusebio para que me traiga cervezas y más comida.

—Pobre Eusebio. ¿Vos también tenías una heladera?

—No, esto es nuevo. Mirá, hasta tienen aire acondicionado. No puedo creerlo.

Nos reímos mirando la casita. Sí que era de un cuento de hadas del siglo veintiuno.

—Hay mucha paz.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí —contesté y lo miré.

—¿Cómo hiciste para llegar a tener tu empresa? Nunca entendí cómo creciste tanto a nivel profesional y paralelamente, una vida terrible con tu viejo.

¿Por qué había tardado tanto tiempo en preguntarlo?

—Darío —respondí, mientras me comía un puñado de papas fritas—. Él es organizador de eventos y como sabía que me gustaba sacar fotos, empezó a recomendarme para fiestas simples. Armamos un menú de todo lo que yo podía ofrecer, siempre en fiestas pequeñas y así fui creciendo... él me ayudó muchísimo. Decía que yo no hacía fotos sino que creaba recuerdos imposibles.

Sonrió.

—¿Y qué pasó cuando ustedes dos terminaron la relación?

—Él nunca me dejó de lado a pesar de no haberlo elegido. Sin él, no tendría nada —suspiré con fuerza, pensando en ese café que nunca nos tomamos.

—¿Coinciden en los eventos?

—Sí. Lo vi hace poco... es más, rescatamos a un novio borracho.

—Wow —parecía sorprendido—. ¿Ya estábamos juntos?

¿A qué iba todo eso?

—Sí. Fue el fin de semana que apareció mi papá. Tal vez, podría habértelo dicho, pero con todo lo que pasó después, me olvidé.

—Creo que deberíamos vivir acá.

Me reí muy fuerte por el cambio brusco de la conversación.

—¿En la casita?

—No, tonta —besó mi mejilla y siguió comiendo—. Acá, en Mendoza. Podríamos hacernos una casa dentro de la finca para estar separados de la familia, para tener nuestro lugar. Pero a la vez, pienso en nuestros trabajos y de alguna forma, nos atan...

No podía mentirle, yo lo había pensado muchas veces.

—Si yo te dijera que, varias veces pensé en vivir acá. ¿Me creerías?

—Sí... sé que te gustaría. Acá sos diferente, vida mía.

—¿En qué sentido?

—Más relajada, cariñosa, abierta, más vos... más feliz.

Dicen que uno se enamora cuando el otro empieza a contar cosas de nosotros que ni siquiera sabíamos.

—¿Sabés qué pasa? —me miró y le sonreí—. Tal vez, te parezca un poco raro, pero acá fui feliz por primera vez. En este lugar me diste todo lo que siempre deseé y no hay peleas, no hay gritos, ni discusiones... hay amor.

Parecía emocionado con lo que acababa de expresarle. Sus ojos tenían ese brillo tan especial...

—Gracias.

Me acurruqué a su lado.

—Cuando era chiquita, solo deseaba que mi papá sea un papá normal... — dejó de comer—. No me importaban los chicos, ni la escuela, ni los deportes, ni tener amigas... solo quería tener una familia normal. Y creo que eso fue lo que me enamoró de vos, que me regalaste una familia normal. Me regalaste lo que siempre quise y no hizo falta pedírtelo.

—Te lo hubiera dado igual si me lo pedías...

—Pero no lo hice y eso es lo mejor de vos.

—¿Alguna vez te conté sobre mi sueño?

Sonreí.

—No sé si vos o tu abuela... o los dos.

—Mi *nonna*... tuve que imaginarlo —se rió—. Es raro que un sueño se vuelva a repetir, pero a mí me pasa. Soñaba que corría a una pelirroja por la nieve y que nunca me dejaba alcanzarla. Siempre corría más que yo y era imposible tocarla... cada vez que soñaba con ella, se lo contaba a mi abuela. Diecisiete noches soñé lo mismo... nunca pude verle la cara. Y cuando te vi, te reconocí, eras mí pelirroja, mi sueño... y pensé que ya habías dejado de correr porque conmigo estabas fuera de peligro. Vos estabas escapando... cuando uno corre es porque quiere escapar, alejarse de algo feo, dejarlo atrás... pensé que lo habíamos logrado, pero cuando pasó lo de Benjamín, volví a soñar y eras vos... —sus ojos estaban perdidos en algún punto de la madera del piso. No quería interrumpirlo porque no sabía a dónde se dirigía con su relato—. Entendí por qué siempre corrías, por qué te escapabas de mí, por qué no me dejabas alcanzarte...

—¿Por qué? —susurré.

—Yo soy eso malo que te pasa, lo feo que querés dejar atrás... todas esas veces que te escapaste era de mí y yo te corría... y te escapabas de mí, Faustina.

Giró su cabeza y sus ojos estaban más tristes que nunca.

—Es un sueño, Rafael —traté de convencerlo, de quitarle importancia... quería que dejara de ondear siempre en la misma idea.

—Creés en los sueños... acabás de decirlo.

—Sí, pero es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque vos lo soñabas despierta y yo dormido?

—No...

Se acercó más a mí.

—Jurame que no te querés escapar, que no vas a correr y...

Nunca lo había visto tan miedoso, inseguro y desesperado. Éramos un reflejo.

—¿No lo ves?! ¿No te das cuenta que te amo? Que en estos seis meses me hiciste la mujer más feliz... no pienso alejarme nunca porque no sabría a dónde ir y no imagino mi vida en adelante sin vos. ¿Tengo que decirte que sos el sol de todas mis mañanas y la luna de todas mis noches?! —y entonces, sonrió.

—Sí, tendrías que decírmelo más seguido porque me cuesta creerlo.

—¿Por qué?! Rafael, sé que suena un poco tonto, pero sos *mi vida*. Y como dijiste una vez, todo lo que esté por venir quiero que sea con vos. Curaste mi corazón, sanaste mi alma, me devolviste la sonrisa y me hiciste creer que el amor verdaderamente existe porque el amor sos vos. ¡Vos sos el amor!

No puedo explicar el beso que me dio. Fue como si me comiera la boca. Como si me hubiese chupado la cara entera. Como si, de ese beso, dependiera la fuerza del árbol para sostener la casita.

Y podría estar haciendo las cosas mal y equivocarme al entregarle mi vida, pero ¿no es eso lo que hacen las personas que se aman? Se entregan con todo al otro sin dudar. Se abren. Se escuchan. Se transforman en una sola persona.

—Dios, Faustina —pegó su frente a la mía y suspiró—. No tenía idea de todo lo que sentías por mí.

No podía creerlo.

—¿Me estás hablando en serio? Decime que es un chiste.

—No... no es una broma, es verdad.

Era cierto, no sonreía.

—Rafael, ¿dónde está el hombre que conocí? ¿Por qué tenés tantas dudas?

—No sé... tengo miedo de que pienses que todo esto es una locura y quieras alejarte... no sé. Perdón, ¡me estoy volviendo loco!

Encerró su cabeza entre las manos, las pasó por su pelo y luego por el contorno de su cara hasta el cuello.

—Quiero que te vuelvas loco por mí, no por lo que pueda llegar a pasar. Somos felices... y sí, puede ser que hayamos empezado un poco mal, pero fuimos fuertes desde el comienzo y eso es lo que importa. Y te amo... amo

todo lo que tenga que ver con vos.

Me abrazó. Me abrazó muy fuerte. Tan fuerte.

—¿Qué vamos a hacer cuando se termine la comida? —preguntó y escuché el leve sonido de una risa.

—Comprar más...

—No creo que eso haga falta —empezó a manosearme otra vez.

—Ay, eso fue profundo. ¡Rafael! —grité exageradamente cuando me sentó encima de él—. Ojo con lo que vas a hacer... Rafael... ¡Rafael!

Me tapó la boca y susurró:

—No grites.

—¡Rafael, no hagas eso!

—Chsss.

El miedo siempre me dio dos opciones: luchar o huir. Antes de conocerlo, corría mirando hacia atrás. Pero en ese momento, prefería enfrentarlo todo porque él estaba conmigo.

**Un regalo de Navidad.**

Vi el carrito de golf estacionado delante de una pequeña montaña. La oveja Mari vestía una remera rosa y el olor a marihuana iba y venía. ¡Ay, cómo quería a esa vieja! Todavía no entraba en mi cabeza cómo podía fumar esa cosa.

Estaba sentadita muy cómoda sobre un banco de madera, mientras le daba pitadas largas, aguantaba el humo y lo largaba hacia arriba. Sonreí, acercándome con cuidado, no quería espantarla. Aunque sabía que Elena, no le temía a nada.

—¿No tenés miedo de que Hugo te vea?

Me senté a su lado e inmediatamente me abrazó.

—Mia cara, Roma no me dejó llamarte por teléfono.

—No pasa nada —susurré—. No, gracias —dije, cuando me ofreció el porro.

—Una probadita no le hace mal a nadie.

—Lo sé, pero...

—Salí un poco de la realidad, Faustina.

Acepté.

Le di una pitada y aguanté el humo. Cuando me mareé, lo dejé salir. Diez minutos después...

—¿Qué es el amor, *nonna*?

—Es... el amor son dos personas que nunca pierden las esperanzas entre

ellos.

Para estar fumada, decía cosas muy profundas.

—¿Vale la pena fingir estar bien?

—No... cuando uno finge estar bien, más se lastima.

—Tenés toda la razón, *nonna*.

—Me siento más sexi ahora que cuando tenía la edad de ustedes.

Me reí con fuerza.

—¿Y por qué?

—Porque el tiempo se me agota, *mia cara*. Voy a incluirte en mi testamento.

—No hay testamentos en Argentina.

—En mi finca, sí. ¿No te gusta más cuando nieva? La nieve absorbe el sonido, por eso hay tanto silencio. En cambio, ahora, en pleno verano, el ruido de los pájaros es... violento.

—¿Creés que las personas violentas se curan? —pregunté.

Me miró.

—No, no se curan. Se reprimen, aprenden, pero no se curan.

—Ah.

—¿De quién hablamos? ¿De tu papá?

Tal vez.

—No sé... pregunté por preguntar.

Me sentía un poco... colgada. Miraba el cielo, las montañas, los árboles. Quería hablar, pero las palabras no salían de mi boca, era como si se quedaran en mi garganta o en mi mente.

Ví a alguien caminar hacia nosotras. Pensé que era Hugo, pero no. Era Rafael y sonreía cada vez más. Dios mío, era tan... hermoso. Perfecto. Divino. Brillante.

—Papito, qué culito hermoso. Parece que tenés un celular y me está llamando. Date la vuelta —le pedí y me di cuenta que parecía borracha.

Su risa se hizo más fuerte.

—Nonna, ¿le diste marihuana?

—Ella me la pidió.

Quería matarla.

—¡Elena! Yo no te pedí nada. Tu abuela es una mentirosa.

—Lo sé —respondió él y sonrió.

—Dijo que iba a incluirme en su testamento.

—Ya le dije que no existen...

—Yo también se lo dije, pero no me entiende.

—¿Pueden parar de hablar un poco? —preguntó Elena, riendo paralelamente en otro mundo.

Yo no estaba tan ida como ella.

Rafael extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie y empezamos a caminar hacia la mansión.

—Justo hoy tenías que fumar.

—¿Y Elena?

—Ella va a estar bien, hace esto todos los días.

—Pero creo que esta vez fumó demasiado.

—Ay, Faustina, se nota que no la conocés. Además, quiero que veas a alguien

—¿Vas a presentarme a un pariente en este estado? No puedo ni decirte qué marca es mi cámara de fotos...

—¡Chsss!

Tiró de mí con fuerza y caminamos sin parar hasta que llegamos a la mansión. Seguía pensando en Elena, la imaginaba mirando las nubes del cielo con la oveja Mari y se me partía el corazón. Quería estar con ella, hablar, preguntarle cosas de la vida porque siempre sabía qué decir.

Y en ese instante, no sé si fue por estar fumada o qué, pero vi todo en cámara lenta, la fuerza que ejercía Rafael en mi mano era demasiada, el perfume que estaba impregnado en el living. Todos mis sentidos se agudizaron. Roma y Hugo se pusieron de pie mientras sonreían entusiasmados, y frente a ellos, dándome la espalda, había una mujer de pelo rojo. Sí, era rojo, el mío naranja, el de ella rojo.

Rojo... tan rojo.

Tiré de mi mano para saber si podía irme de ahí, pero Rafael me seguía apretando, seguramente pensaba que había hecho algo bueno como una obra de caridad, tal vez pensó que era una hermosa sorpresa, un increíble regalo de

Navidad. Pero no... yo solo quería volver con Elena.

Me quedé dura al reconocerla, no podía caminar. Nunca había olvidado el color de su pelo, jamás... podían ponerme veinte mujeres en fila dándome la espalda y yo iba a reconocerla a cien metros de distancia. Hasta me acordaba de su olor, la suavidad de la piel de su rostro... recordé cuando, de chiquita, me sentaba encima de ella y me daba la mamadera, mientras yo tocaba la tela de su bombacha pasando mi manito para atrás. O cuando hacíamos tortas de chocolate con crema y dulce de leche... cuando se fue.

Cerré los ojos y recordé el día que se fue. Salió de casa con una valija muy pequeña. Seguramente mi papá no había dejado que se llevase toda su ropa porque se la había comprado él. El caso es que, no miró atrás. No se despidió de mí. No me dejó una carta, ni el dibujo de una mariposa como hacía siempre, ni un chocolate debajo de la almohada... solo se fue, mientras mi papá le gritaba y la agarraba del brazo, la sacudía con fuerza.

Volví... dejé de volar y volví.

*Nunca más iba a fumar con la vieja.*

Si yo no hubiese estado fumada, tal vez hubiera corrido o reaccionado... pero no, ahí estaba. Paula, mi mamá, estaba frente a mí. Sus ojos eran tan celestes, tan parecidos a los míos. Su piel traslúcida dejando ver las millones de pecas, como yo.

*Todo era como yo.*

Por eso mi papá se desquitaba conmigo y no con mi hermana. Nunca le había pegado a mi hermana y ella jamás me defendía, no le decía que parara, que deje de pegarme... nunca. Pero frente a mí estaba el por qué. Porque yo era la viva imagen de mi madre.

¿Cómo pudo dejarme con él sabiendo que éramos idénticas? ¿Cómo no se le ocurrió que él iba a agarrárselas conmigo?

¿Por qué Rafael me estaba haciendo eso después de todo lo que sabía de mi vida?

Di un paso hacia atrás y sentí ganas de vomitar. No por ella, sino por mi papá. Ahora ella me hacía acordar a él y por más loco que sonara, el odio que le tenía a mi papá pasó a ella... la odiaba porque Paula tenía la culpa de todo el sufrimiento, la agonía, el llanto, la tristeza... ella tenía la culpa de todos esos golpes, las marcas que dejaron.

—¿Tina?

La voz de Roma me hizo volver otra vez.

Iba y venía, como el olor a marihuana que rodeaba a Elena.

—Faustina, ¿quierés que vayamos arriba? —preguntó Rafael y lo miré.

Pobre. Mis ojos le habrán dicho de todo, menos que lo amaba. Me di cuenta por el cambio que hizo su postura, porque sus ojitos color azul se oscurecieron y seguramente, se había dado cuenta del error que cometió.

—Sí, por favor —pedí y dándome la vuelta, me encaminé hacia las escaleras.

Escuché a Rafael pedir perdón y al segundo, lo tenía casi pegado a mí. Podía estar drogada, pero era consciente de todo. Cuando cerró la puerta, me di vuelta y lo enfrenté. Él tenía la espalda apoyada contra la puerta de nuestra habitación y las manos escondidas atrás. Estaba esperando mi reacción. Entonces, recordé:

—¿Y a vos qué te hace falta, vida mía?

—Mi mamá. Sí, es lo único que me hace falta.

—¿La buscaste alguna vez?

—No, ella se fue... a ver, no es que no la busqué por rencor o enojo, sino porque si hubiese querido saber algo de mí en estos veinte años que pasaron, me hubiera buscado y encontrado porque sigo viviendo en el mismo lugar.

Esa conversación la habíamos tenido en la noche de bodas.

—Decime que no estuviste estos seis meses buscándola.

Su cuerpo se encogió.

—No... creí que...

—¿Qué fue precisamente lo que creíste, Rafael?

—Que la necesitabas... con todo lo que pasó, pensé que...

—Pensaste mal —fui dura, lo sé—. ¿Querés que te diga qué pensé yo de mi papá cuando me casé con vos?

—No sé si quiero saberlo...

—Pensé en que yo no le importaba una mierda porque no fue capaz de llamarme para preguntarme cómo estaba, si necesitaba algo... ni siquiera se le pasó por la cabeza pensar en si me habías violado o matado. Y ahora mismo, ese odio hacia mi papá se transfirió a mi mamá. ¿Vos dejarías a tu hija con un hombre como él?

¿Estaba exagerando demasiado?!

—No... por eso acepté casarme con vos, lo sabés más que nadie.

—Entonces, ¿cómo se te ocurrió traerla a este lugar sabiendo que me dejó en manos de un hombre como él?

No se movía. Es solo me miraba a los ojos y pensaba cada respuesta.

—Tal vez, deberías hablar con ella.

—No. No quiero.

Creo que ninguno de nosotros dos sabía por qué yo me estaba comportando así. Tal vez porque hablaba decidida.

—Faustina, ella quiere hablar con vos.

—Quiero que se vaya. Quiero que le pagues un boleto de avión y la regreses al mismo lugar donde estuvo escondida todos estos años mientras mi papá descargaba toda la bronca que le tenía a ella conmigo.

—Vida...

—Rafael, devolvela. No la quiero acá... este lugar me hace feliz, ahora, cada vez que vuelva acá, voy a acordarme que ella estuvo sentada en ese puto sillón con tus papás.

Respiró con fuerza, sin cambiar la postura. Él también estaba decidido.

—Y yo quiero que le des una oportunidad.

—¿Y por qué debería hacer eso cuando no me dio la oportunidad de tener una infancia feliz?! ¿Por qué estás de su lado? ¿Por qué todos están de su lado? ¿Por qué tu mamá le dio té?!

—Bien. Tranquileémonos un segundo... estás drogada y...

—¡Fuera! —abrió tanto los ojos—. ¡Andate!

—Faustina...

—¡Andate!

—¡No! No me voy a ir, ¡porque cuando dije “sí, acepto”, lo dije en serio! Acepté casarme con vos porque ya te amaba y te amo más ahora. ¡No me pidas que te deje sola cuando lo único que quise hacer fue devolverte a tu mamá!

Su cuerpo se había despegado de la puerta y estábamos frente a frente, a unos centímetros de distancia.

—Pero yo no la quiero en mi vida...

—Mentirosa. ¡Dijiste que lo único que te hacía falta en la vida era ella!

—Lo recuerdo, ¡pero eso no te da el derecho de traerla acá!

—¿Me amás? —preguntó, cerrando el espacio que nos separaba y acunando mi rostro entre sus manos—. ¿Me amás?

—Sí —contesté, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas—. No es justo lo que estás por hacer...

—¿Qué estoy por hacer?

—¡Vas a usar nuestro amor para que baje a hablar con ella y no es justo! No está bien meter nuestros sentimientos entre el abismo enorme que hay entre Paula y yo.

Sonrió. Me observaba con esa mirada que me dejaba sin habla y sonrió.

—Solo quiero que seas feliz y que confíes en mí si te pido que la escuches.

—Rafael...

—Escuchame, bajemos y hablemos con ella. Prometo no irme de tu lado, lo juro. Y también prometo que, si la escuchás e igualmente querés que se vaya, no voy a impedirlo, no voy a tratar de convencerte.

Pegué mí frente a su pecho y me quedé ahí un rato. Un rato largo.

—Ella y yo somos iguales.

—Dos gotas de agua —coincidió.

—Esto te va a salir muy caro.

Lo escuché reír y tomándome de la barbilla, hizo que levantara la cabeza para mirarlo.

—Me echaste.

—Sí, porque pasaste un límite.

—No hay más reglas entre nosotros, vida mía. No me corras con eso...

—No voy a poder mirarla.

—Entonces, no la mires.

—No sé si voy a poder hablar...

—Entonces, no hables. Yo voy a hacerlo por vos.

—Pero querés que la escuche.

—Exacto, ¿ves? No era tan difícil. Perdón por decirte que estás drogada...

A pesar de lo injusto que estaba siendo conmigo, me reí.

—La verdad no ofende. Tu abuela me lleva por mal camino, no deberías

dejar que me junte con ella.

Se mordió los labios, mientras hizo más fuerza con sus manos para apretar mis mejillas. Me besó y pasando sus pulgares por debajo de mis ojos, secó las lágrimas.

—Te amo, vida mía. Solo quiero lo mejor para vos y que seas un poco más feliz. Lo dijiste el primer día que nos conocimos... querías ser más feliz y yo solo lo estoy intentando. Sé que me manejé mal, pero soy así de impulsivo, tenés que entenderme.

—Te entiendo, pero no te perdono.

—No te pedí perdón.

Los dos sonreímos y volvió a secar mis lágrimas. Luego me abrazó y agarrándome de la mano, empezamos nuestro camino hacia el living.

Paula seguía sentada frente a mis suegros. No hablaban y me di cuenta que los había puesto en una situación incómoda. Bueno, Rafael *nos* había puesto en esa situación.

Nos sentamos al lado de Roma y Hugo.

—Te ves bien —dijo, así como así.

Y yo no podía hablar. Era mi mamá y no podía hablar.

—¿Hace mucho se casaron?

—Seis meses —contestó Rafael.

—¿Y hace cuánto están juntos?

—Seis meses —volvió a decir.

—¿Y de novios?

Bueno...

—Nos casamos dos días después de conocernos.

¿Por qué parecía tan tranquilo al decirlo?

Paula, en cambio, estaba un poco intimidada por Rafael, debo admitirlo. Es que él siempre se mostraba tan serio al hablar, que te hacía sentir insegura.

—Eso es a lo que yo llamo *amor*.

Coincidí con ella. A pesar de cómo se había dado todo, siempre fue amor porque creíamos en el amor.

—Sí, estamos muy enamorados —dijo él y lo escuché reír.

Lo miré y sonreía como un tonto. ¿Se lo había ganado por hablar del amor?

—Fausti, sé que sos una gran fotógrafa de bodas... sigo tu carrera, sin embargo no sé mucho de tu hermana. ¿Cómo está ella? —y cuando preguntó eso, lo miró a Rafael, seguramente porque sabía que él iba a seguir respondiendo.

—No la conozco.

—Oh... qué extraño. ¿Por qué?

—Porque Faustina ya no tiene relación con su padre y hermana desde dos días antes de la boda.

Paula subió las cejas, abrió mucho los ojos y pegó sus manos a las rodillas. Apretó... sí, se apretó muy fuerte y aproveché para mirarla. Me estaba observando de una forma que no supe descifrar. ¿Estaba contenta?

*¿Por qué sentía ganas de salir corriendo?*

—¿Y puedo saber el por qué?

*¿Por qué me quería escapar?*

Rafael me miró, pero al segundo volvió la mirada hacia Paula.

—Desde que Miguel nos la ofreció como parte de pago por una deuda.

—Garantía —lo corregí a él.

—Tenés razón, como garantía.

Paula se llevó las manos al pecho, estaba horrorizada. Qué ironía.

*No corras, Faustina. No corras.*

—Faustina, hija... siento muchísimo saber que rompiste la relación con tu familia y...

*Quería hablar.*

—No lo sientas, yo estoy bien —la contradije—. Hugo, Roma, Elena y Rafael son mi familia ahora.

—Faustina, ¿podríamos hablar unos minutos en privado?

*Solo quería correr.*

—No... no quiero estar a solas con vos.

—Me gustaría muchísimo poder...

—¿Sabés qué me gustaría a mí? —sentí la mirada de todos sobre mí y la mano de Rafael que apretó con fuerza mi espalda—. Me hubiese gustado

poder seguir con mi embarazo y no elegir terminarlo. La diferencia entre nosotras es que yo hubiese dado mi vida por un hijo, y vos, en cambio, preferiste la tuya antes que la mía. ¡Y traté de ponerme en tu lugar y fracasé! Me pregunté muchas veces qué hubieras hecho vos en mi lugar...

Subió la mano para hacerme callar y su pregunta me hizo sentir tan impotente...

—Rafael, ¿para qué me trajiste acá? Está más que claro que Faustina no quiere arreglar las cosas.

—¿Qué cosas?! —grité—. ¿Arreglar un abandono? ¡Eso no es una cosa!

—¡No es tan simple!

Ni siquiera podía escucharla. *Quería correr.*

—¡No me importa cómo es! ¿De verdad pensaste que podíamos volver el tiempo atrás cuando mi marido te llamó? ¡¿Cómo puede ser que hayas sido tan hipócrita?!

—¡Mucho cuidado con tu lenguaje!

En ese instante, pensé que tal vez ella era como mi papá.

—No puedo creerlo —me puse de pie, a pesar de que Rafael me agarró la mano para permanecer sentada—. Sos igual a él...

Entonces, empecé a recordar las veces que mi mamá se descargaba conmigo. No me pegaba, me gritaba. Me gritaba tanto... qué vida de mierda. Qué infancia tan triste, qué dolor. Qué impotencia sentía.

*Qué ganas de correr.*

—¿Esto querías? —le pregunté a Rafael, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Vida... perdón.

Negaba con la cabeza, mientras me dirigía a la puerta y cuando la abrí, empecé a correr. Me sentí libre. Corrí tan fuerte como podía, todo lo que mis piernas podían soportar. Corrí... miré atrás y vi a Rafael correr, me seguía. No me importó. No iba a atraparme.

*Corré, Faustina. ¡Corré!*



**El dolor.**

Me desperté de repente. Mis oídos estaban tapados y me sentía un poco mareada. Miré hacia mi derecha y Rafael también se estaba despertando a mi lado. Me pregunté cómo habíamos hecho para arreglar las cosas después de escapar... de correr.

—Buen día, dormilona.

¿No estaba enojado?

Es decir, su peor sueño de había hecho realidad. Al final había perseguido a esa pelirroja que nunca podía atrapar.

—¿Estamos bien? —pregunté.

—Sí —se estiró, bostezó y pasó una mano por mis piernas—. ¿Cómo dormiste?

—Rafael, ¿qué pasó con mi mamá?

Abrió los ojos y se despabiló sacudiendo la cabeza.

—¿Tu mamá? ¿De qué hablás?

*Mierda.* Si quería disimular su enojo, lo estaba haciendo muy bien.

—Mi mamá... la trajiste a la finca.

—¿Qué? —empezó a reír—. Nunca más vas a fumar con mi abuela. ¡Te lo prohíbo! Mierda, habrá sido muy buena esa hierba.

¿De verdad? ¿Era posible que, en ese momento, fuera yo quien soñaba que me perseguía? ¿Nos habíamos traspasado el sueño?

—Entonces, lo soñé.

—Alucinaste, vida mía.

—Pero era tan real.

Por un momento, le agradecí a Elena que me haya convidado hierva porque con el sueño, me había olvidado de todo lo que había pasado con Benjamín. No había sido un buen sueño, pero tal vez quería mostrarme algo que yo no estaba viendo. Tal vez, el enojo con mi papá me estaba jugando en contra y hacía que yo viera cosas que no eran.

—¿Me querés contar?

—Dios, esa marihuana me arruinó.

—¿Qué esperabas? *Hierba Nonna Elena* —quiso hacer una broma, pero no me reí.

—¿Qué hora es?

—Las...—miró el reloj y se puso de pie —nueve. ¡Mierda, tengo una reunión!

Corrió al baño, se lavó los dientes y se metió en la ducha. Hice lo mismo, lavé mi boca y cuando me desnudé, me metí en la ducha. Pasé mis manos por su espalda y al escucharlo ronronear, sonreí.

—¿Un rapidito? —susurré.

—Los rapiditos con vos no existen, vida mía.

—Entonces... —me metí bajo la ducha y me ubiqué entre la pared y él—. Tomémoslo despacio.

Se pasó la mano por su pelo oscuro, luego por su rostro, se lavó un poco de espuma que había en su pecho y... *Dios*. Comenzó a masturbarse.

—Arrodillate —me pidió y por supuesto que le hice caso.

\*\*\*

Lo estábamos intentando y de a poco, todo estaba volviendo a ser como antes. Incluso, mejor. Pasar tiempo juntos en la finca era la decisión más acertada que habíamos tomado. Si bien sabía que Benjamín nos había cambiado para siempre y nunca jamás íbamos a volver a ser las mismas personas, creíamos que apostar a seguir juntos con el recuerdo de que una vez estuvimos embarazados, era lo mejor.

Decidí dejar de pensar, le permití a mi cerebro tomarse un tiempo fuera, a

mi cuerpo descansar... y a mí, me permití el beneficio de la duda. Esas dos preguntas que se repetían una y otra vez en mi mente. *¿Por qué a mí? ¿Y por qué no?*

Mariana siempre me decía que yo no parecía de veintinueve años. Que mis acciones y pensamientos equivalían a una chica de veinte años recién cumplidos; que era rebelde, ambiciosa e impulsiva; que mi débil carácter no me ayudaba; que no era decidida y que debía aprender a vivir, porque nunca lo hice.

Decía que no vivía el presente, que me la pasaba dándole vueltas al pasado y que me preguntaba qué me esperaba en un futuro.

Tenía razón. No vivía porque siempre pensaba en qué iba a hacer mi papá cuando llegara a casa, por qué mi mamá nos había abandonado y... en ese instante, solo quería entender por qué, entre tantas personas y mujeres en el mundo, me había tocado elegir sobre la vida de una persona, la de mi hijo.

¿Quién era yo para tomar una decisión por alguien más?

—¿Por qué estás tan enojada, Faustina? —la pregunta de Hugo interrumpió mis pensamientos.

Todavía no era mediodía, por eso estaba sentada sobre una manta en el pasto, bajo el sol, tratando de recargar nuevas energías. El día estaba precioso...

—Perdón, no quise demostrar eso, Hugo. No es con ustedes...

—No es eso. Hablemos... decime qué pensás, lo lindo, lo feo, lo mugriento, lo doloroso... todo —negué con mi cabeza porque no quería hablar más—. ¿Creés que no me doy cuenta que, alguien que quiero mucho, está sufriendo?

—No te preocupes, Hugo... esto es solo un trance. Ya se me va a pasar, como todo lo que viví hasta ahora y sobreviví. Ya va a pasar... poco a poco, va a pasar.

—No estás sola, Faustina. Nos tenés a todos nosotros... ¿Tengo que preocuparme solo por mi hijo? No, porque vos también sos mi familia y si puedo quitarte un poco de dolor, lo voy a hacer porque eso es bondad. Eso es Dios.

Entonces, recordé el primer día que pisé la finca, cuando Eusebio me describía a la familia D' Angelo. *“Son buena gente, respetuosos con su personal, sensibles ante una tragedia, bondadosos ante la pobreza, pero*

*sobre todo, son humanos y le prometo que nunca harían nada para lastimar a nadie. Menos a usted, señorita”.*

—Gracias, Hugo, pero estoy bien.

—Vamos a ver... si yo estaría con dolor, ¿me ayudarías?

Lo miré y sonreí.

—Por supuesto.

—¿Y si no sabés a qué pertenece ese dolor?

—Habría con vos.

—Eso es precisamente lo que yo estoy haciendo ahora... quiero ayudarte a quitarte un poco de dolor. En toda mi carrera he ayudado a tantas personas moribundas a cumplir su último deseo... ¿Por qué no ayudarte a vos?

—Es que... no necesito nada más, yo sé cómo arreglar esto.

—Mentís muy mal. ¿Lo sabías?

—Olvidé con quién estaba hablando.

Los dos reímos y le ofrecí un mate.

—Por favor, Faustina.

—A ver... ¿Cómo dice el dicho: “Si no estoy para mí misma, quién estará para mí”? Bueno, eso estoy haciendo, me estoy cuidando por primera vez en mi vida... me estoy preocupando por mí.

—Eso es un pensamiento egoísta.

—¿Egoísta?! Tuviste que pedirme por favor que hable, eso no es ser egoísta.

—No me malinterpretes. Quiero decir que, a lo largo de toda tu vida, le hiciste frente a muchísimas cosas... las peleas entre tus papás, escenas de violencia doméstica, al abandono, el poder que ejercía tu papá sobre vos y cómo te maltrataba... Faustina, vos entraste a esta familia porque no pudiste decirle que *no* a tu papá. ¿Estoy siendo claro?

—Demasiado —le di otro mate y me crucé de piernas, como si fuera un indio.

—Voy a preguntarte algo y quiero que seas sincera.

—Lo prometo.

—¿Pensás que esto que pasó es una especie de castigo? ¿Pensaste que, tal vez, hiciste algo para merecer tanta tristeza?

—Yo no hice nada malo... —lo vi sonreír—. A ver, yo siempre respeté las reglas de la vida, seguí los mandatos de Dios. Tuve fe, cosa que, muchas personas ya la perdieron. Fui buena chica... entonces, ¿por qué a mí?

—¿Quién te dijo que, siguiendo las reglas de la vida y los mandatos de Dios, ibas a tener una garantía?

¿De verdad íbamos a hablar de garantía?

—¿Perdón?

—¿Dónde está la garantía? ¿En qué piedra está tallado, o en qué libro está escrito, en qué video está grabado que, si uno hace todo como la vida y Dios manda, todo será bueno? ¿Dónde está la garantía, Faustina?! Ni siquiera la ley te afirma que con ninguna fe hay garantía.

—No entendés, Hugo. Yo ya sufrí demasiado durante toda mi vida para seguir sufriendo con la muerte de mi bebé... ¡No pido que todo sea bueno y lindo todo el tiempo, sino justo!

—¿Justo?! ¿Te parece justo que le devuelvan a una madre drogadicta, violenta y que pone a trabajar a sus ocho hijos en la calle para tener más droga simplemente porque ella es la madre y el padre no puede hacer nada porque la ley no lo ampara? ¿Te parece justo que la víctima vaya preso porque mató al delincuente que asesinó a su hermano para robarle el celular?! Y si hablamos de Dios, ¡él se llevó el peor premio! De todos los que aparecen en la Biblia, ninguno vivió una vida libre de sufrimiento o injusticia... y si ellos tuvieron ese tipo de vida, ¿por qué la nuestra debería ser diferente? Si las personas solo le agradecieran a Dios cuando todo va bien, ¿qué pasaría con las promesas y los pedidos?

Me encantaba hablar con Hugo. Adoraba su forma de pensar, de defender lo indefendible, de mantener una postura... hacer el esfuerzo para que yo entendiera un poco más la vida.

—Entiendo, Hugo. De verdad lo hago...

—La fe no sería fe si solo la tenés cuando todo va bien.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque a mí nunca me había ido bien, excepto cuando ellos me liberaron. Y cuando todo empezaba a mejorar, tuve que abortar a mi bebé y...

—Entonces, el mundo es malo y cruel y nadie puede hacer nada —resumí.

—Voy a decirte algo y por favor, no te ofendas, Faustina.

—Lo prometo.

—A veces, parecés una adolescente.

¿De verdad?

—¿Cómo?

—En la vida pasan cosas terribles. Devastadoras, maravillosas, hermosas y terribles. ¿Quién sos vos para saber por qué pasan? ¿Quién te creés que sos para saber por qué algunas personas mueren injustamente y otras viven injustamente?

¿Cómo había hecho para hacerme enojar tanto?

Estaba llorando de tal forma que... no estaba triste, estaba ofendida. A la mierda la promesa, Hugo ya no me gustaba tanto.

—¡Los bebés mueren! Benjamín se murió... podríamos haber sido muy felices, y él, simplemente... él no le hizo daño a nadie, un bebé que no pudo lucharla, que no pudo conocer a sus papás que tanto lo amaban, que...

—¡Vos podés creer en Dios o podés creer que nada tiene sentido, que el mundo es una mierda y que le puede tocar a cualquiera! —él también parecía enojado, pero no conmigo—. Vos podés creer en lo que te haga feliz, Faustina. ¿Sos feliz?!

Lloraba sin parar. Lloraba con tantas ganas y tanta fuerza, que era imposible parar.

—¡No soy egoísta! No soy una adolescente que no sabe qué carajo hacer de su vida...

—Entonces, ¿qué es? —suavizó el tono de su voz y me tomó fuerte de la mano.

—No sé...

—Es dolor, Faustina. ¡Es un dolor imposible que solo vos lo sabés porque lo estás padeciendo! Porque vos lo tuviste en la panza, porque estaba creciendo dentro tuyo, porque le diste vida e hiciste el mejor milagro de todos... ni la vida ni Dios es indiferente al dolor que sentimos. ¡El mundo está lleno de cosas horribles, y a veces, aunque no queramos, nuestro trabajo es ayudar al que más lo necesita, al que siente dolor! El mundo está lastimado y siente dolor, como vos. Y eso no se puede cambiar.

Lo abracé fuerte.

Tan fuerte...

—Gracias, Hugo.

**Adiós, vida mía.**

Esa noche, después de darme una ducha, agarré un pote de helado y me encaminé hacia el estudio. No había visto a Rafael desde el almuerzo porque estuvo visitando unos clientes que tenía en el centro de San Rafael. Y lo extrañaba. Quería contarle que todo lo que había hablado con Hugo el día anterior había sido revelador para mi corazón; lo mucho que me había divertido con Roma y sus amigas en la terraza mientras tomábamos el té; las películas que vimos con Elena y toda la comida que compré para la casita del árbol.

Antes de tocar la puerta, lo escuché hablar en voz baja y me preocupé porque parecía enojado. Abrí despacio y levantó la mirada de la computadora. La luz era muy tenue, pero pude ver la hinchazón en su ojo derecho y el labio superior partido. Me quedé dura en la puerta, no sabía si entrar o ir corriendo a preguntarle qué había pasado. Entonces, se despidió con la persona que estaba hablando y dejando el teléfono sobre el escritorio, sonrió.

Si estaba tratando de tranquilizarme con esa media sonrisa, no lo había logrado.

—Amor —susurré—. ¿Qué te pasó?

—Nada... vení. Quiero ese pote de helado sobre mi escritorio.

—No estoy para chistes, ¿qué te pasó?

—Si venís, te lo explico.

Caminé hacia él mientras se separaba del escritorio para que me sentara sobre sus piernas. Lo hice y dejé el pote de helado.

—Contame qué pasó.

—Una pelea callejera —susurró y acariciando mi mejilla, volvió a sonreír.

¿Por qué siempre tenía que hacerme sentir mejor? ¿Por qué tenía que demostrar que todo estaba bien cuando, en realidad, era su peor momento? ¿Por qué no me demostraba el miedo que sentía? ¿Por qué no me decía la verdad?

Tragué con fuerza al darme cuenta de que el corte en el labio superior era más profundo de lo que pensaba y me estaba preocupando muchísimo.

—¿Estás bien?

—Muy bien. Vida mía, no quiero que te preocupes, está todo bien. De verdad... —pasó la yema de sus dedos por mi mejilla, siguió por mi mandíbula, mi barbilla y terminó en mis labios—. Te amo. Eso está claro, ¿no?

—Sí... —contesté, dudosa.

—Bien, porque no quiero que pongas en duda mis sentimientos. Yo te amo y todo lo que hago, bien o mal, es por nosotros. Todo, Faustina, todo lo que hice desde que te conocí hasta el día de hoy, es por amor.

Miramos hacia la ventana. Una luz blanca y otra azul parpadeaban desde la puerta de la mansión. Entonces, miré a mi marido y tenía los ojos cerrados. Estaba aguantando la respiración y maldijo en voz baja.

—Hijo de puta —susurró.

La puerta del estudio se abrió y Hugo apareció.

—Rafael, ¿por qué está la policía en la puerta?

Rafael besó mi frente e hizo que me ponga de pie.

¡No! Quería seguir encima de él... quería que todo esté bien. No...

—Papá, recién acabo de hablar con Omar, se tomó el primer vuelo. Él va a explicarte todo —el timbre lo interrumpió—. Mierda...

—Rafael, ¿qué pasa?! —era como la décima vez que le preguntaba eso y todavía no me había respondido.

Me miró y volvió a sonreír.

—Nada que mi papá y Omar no puedan solucionar, vida mía.

—Hijo, adelantame algo —Hugo estaba más nervioso que yo.

—Es una denuncia.

—¿Una denuncia por qué?

—Porque...

—Rafita, ¿qué pasa?! —gritó tu mamá, entrando en la habitación.

Rafael me miró y sus papás también. ¿Por qué? ¿Por qué me miraban de esa forma?

—Es... es por Miguel.

—¿Mi papá?!

—Sí... tuvimos una pequeña discusión y se me fue de las manos.

¿Una pequeña discusión? ¿Por qué se veía con mi papá?

—Voy a abrirles —dijo Roma y salió de la habitación.

Entonces, Rafael me agarró de las manos y apretó con fuerza.

—Vamos a tener que tomar el helado más tarde. ¿Sí?

—No podés dejarme así... quiero acompañarte.

—Vida mía, todo va a estar bien. ¿Confías en mí?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Bien. Te amo... mucho.

Besó muy despacio mis labios y salió de la habitación.

Hugo y yo lo seguimos hasta la puerta de la mansión y dos policías estaban hablando con Roma. Cuando lo vieron salir, le mostraron un papel.

—Tenemos una orden de arresto para el señor D'angelo. Va a tener que acompañarnos. Tiene derecho a un abogado y...

—Ya lo sé. Papá, ¿venís?

—Por supuesto. Roma, ojo con mi mamá, que no se altere.

Vi cuando esos dos policías le abrieron la puerta de atrás y Rafael subió. Creo que Hugo llamó a Eusebio, pero no pude ver nada más que los ojos de mi marido a través del vidrio pidiéndome que no me preocupe porque seguramente todo iba a estar bien.

Susurrándome que me amaba.

Sonriendo.

Guiñándome un ojo.

Amándome.

Me quedé de pie al lado de la columna, mientras observaba al patrullero llevarse de la finca al hombre que más amaba en el mundo. Lo seguí con la

mirada hasta que las luces blancas y azules parpadeaban a través de los árboles. Cuando ya no lo vi más, le pedí permiso a Roma y subí a mi habitación.

Busqué mi teléfono y sin pensarlo dos veces, marqué el número de mi papá. Me temblaban las manos, las piernas, el estómago... mi alma.

¿Y si el sueño había sido una señal?

—Faustina, ¡qué coincidencia, hijita! Estaba pensando en vos.

Asco. Sentí asco al escuchar su voz. Impotencia, rabia, rebeldía. Violencia.

—¿Por qué insistís en arruinarme?

Porque era eso lo que estaba haciendo. Desde que tenía memoria, me arruinaba la vida.

—Tu marido me cagó a palos, era lo mínimo que podía hacer. Además, ya estaba avisado y el que avisa, queridita hijita, no traiciona. Él me amenazó con un arma, se hizo el cocorito estando frente tuyo y...

—Porque me estaba defendiendo.

—¿De mí? Si yo no iba a hacerte nada...

No podía creerlo. ¿Cómo podía decirme algo así?

—¡Vos me matabas a golpes!

—¿Yo?! Estás exagerando, Faustina. Un empujoncito no es matar.

¿Un empujoncito? Lo odiaba tanto. Tanto que me dolía el pecho.

—Acabamos de perder a nuestro bebé y vos me hacés esto. ¿Cómo puede ser que no tengas corazón?

No contestó. El silencio se apoderó por unos segundos del otro lado de la línea, hasta que...

—No lo sabía...

Tampoco le importaba, por favor.

—¡Por supuesto que no lo sabés! Tuve que terminar con mi embarazo de veinte semanas porque mi hijo tenía más problemas que vos, papá. Y ahora, denunciaste a Rafael...

—Teníamos un trato. ¡No me dio la cantidad que le pedí!

Otra vez, sentí asco.

—¿Qué cantidad?

—Eso no importa, vos no tenés por qué meterte en nuestros arreglos.

—¡Me importa porque es mi vida, hijo de puta! —le escupí, con toda la rabia—. ¡Es mi vida! Rafael es mi vida y vos siempre vas a arruinarlo todo. ¡¿Con qué lo estás amenazando?!

—No hace falta que lo amenace con nada... ay, Faustina, no seas rata, para él son solo monedas.

—¿Cuánto hace?

—¿Cuánto hace de qué?

—¿Cuánto hace que le venís pidiendo plata, papá?

Roma entró en mi habitación y tenía las dos manos en el pecho. Y lloraba. Seguramente había escuchado toda la conversación con mi papá. ¿Y por qué a mí no se me cayó ni una lágrima? Tal vez porque no valía la pena. Mi papá no valía nada.

—Eso no te importa, Faustina. Es un arreglo con tu marido, no con vos.

—¡¿Qué mierda querés?! Ya está, yo te limpio de la deuda. No le debés nada...

—Ah, no, querida. El que debe, ahora, es él.

—¿Qué querés decir con eso?

—¡Ya está, Faustina! Ya está...

—Escuchame bien, hijo de puta. Vos le llegás a pedir plata otra vez y yo te juro que te denuncio.

Lo escuché reír.

—Ay, Faustina, qué exagerada.

No, no era exagerada.

—¿Qué te parece esto? Violencia y acoso sexual desde que tengo seis años.

—¡¿Cómo te atrevés?!

—¡Acabás de meterte con mi familia, ahora yo voy por vos! Dejanos tranquilos y no molestes más porque te juro por mi hijo Benjamín que te vas a pudrir en la cárcel y vas a morirte solo.

—No lo harías.

—¡Retirá la denuncia porque te hago mierda, papá! Te hago mierda. ¡Y el que avisa no traiciona, la concha de tu madre!

Y corté.

Caí de rodillas al piso y me eché a llorar en los brazos de Roma.

No podía creerlo. Me sentía tan culpable porque... porque Rafael estaba sufriendo por mí culpa. Era todo al revés de lo que él pensaba... Desde que me conoció, no hizo otra cosa que luchar contra todo para que yo esté bien y ya no podía permitirlo.

—Que si yo no hubiera aparecido en tu vida, no estarías sufriendo de esta forma y es inevitable que no sienta culpa por todo lo que pasamos... yo, indirectamente, te conduje hasta acá. Te manipulé para que te casaras conmigo y resulta que terminamos con la vida de nuestro hijo.

No podía seguir así.

—Roma...

—No llores más, hijita. No llores más.

—Perdón... perdón por todo esto... perdón por lo que voy a hacer.

Me separó de ella y me miró.

—¿De qué estás hablando, mi amor?

Tenía una decisión tomada.

—Voy a dejar a Rafael. Vos me dijiste que podía terminar con este matrimonio cuando yo quisiera...

—Pero vos lo amás. ¿Cómo vas a dejarlo? ¿Cómo vas a permitir que tu papá te aleje del hombre que te hizo feliz todo este tiempo?

—¡Porque Rafael no es feliz! Conmigo nunca va a ser feliz. ¡Ni siquiera me conocía y ya estaba luchando por mí!

—No hay que cambiar algo que está bien, querida.

—¿Y si, en realidad, no somos una posibilidad en un millón?

—Faustina, mirame... mirame... ¿Sabés lo que significa familia? Significa un faro que siempre te espera de vuelta... si vos decidís dejar a mi hijo, nosotros siempre vamos a estar en el mismo lugar, esperándote. Sé que, la decisión que tomes va a ser la indicada, pero por favor, pensalo. Pensalo, mi amor.

Escuchamos a Elena que llamaba a Roma. Antes de ponerse de pie, me dio un beso en la frente y salió corriendo de la habitación.

Me paré frente a la ventana que daba al camino de árboles y esperé. Esperé toda la noche a que Rafael regresara. Y con el corazón en mi boca, ordené la ropa dentro de la valija, me armé de fuerza y seguí esperando.

Eran las nueve de la mañana cuando el auto de Eusebio asomó la trompa a lo lejos del camino. Me sequé las lágrimas y respiré porque ya estaban en casa. Respiré más fuerte cuando estacionaron y Rafael bajó, sacándose de la cabeza la capucha del buzo negro. Omar y Hugo lo siguieron y los tres entraron a la mansión.

No quise bajar... lo esperé de pie al lado de la cama. Me alisé la remera blanca con rayas negras, acomodé mi pelo detrás de mis orejas y volví a secarme las lágrimas. Esperé a que su familia lo saludara en la planta baja y mientras subía la escalera, gritó que iba a darse una ducha porque apestaba.

*Dios mío.* Yo misma iba a romperme el corazón.

Toda la noche estuve preparando un discurso, pero en ese instante, las palabras no salieron de mi boca. Cuando lo vi, solo pude correr hacia él para abrazarlo y largarme a llorar. Mientras sentía su olor, la barba que me raspaba el lado derecho de mi rostro, su calor, sus manos recorriendo mi espalda...

¿Cómo iba a hacer para dejarlo?

—Perdón —susurré contra su boca—. Perdón.

Apreté sus mejillas y muy despacio, le di muchos besos. Muchísimos. Pequeños besos sobre sus labios... tantos que no quería parar.

—Ya pasó... ya está —trató de convencerme, apretándose más fuerte.

Respiré, me alejé de él y caminé otra vez hacia la ventana. Tomé como punto de concentración el auto negro de Eusebio.

—Perdón... —volví a repetir.

—No tenés que pedirme perdón por las cosas que hace tu papá, Faustina. Yo mismo elegí meterme en esto.

Parecía cansado, nervioso, irritado, todo junto.

—No te estoy pidiendo perdón por eso —sollocé y sorbí mi nariz, tocándome el pecho—. Te pido perdón por la decisión que tomé.

Cerré los ojos cuando lo sentí más cerca. Su calor... su calor era como un imán para mí. Me atraía.

—¿De qué estás hablando?

—Nunca fuiste vos... conmigo nunca fuiste vos mismo. Todo lo que me contaron tus amigos, los chistes, las bromas... nunca fuiste así conmigo porque no te dejé. Y si me amás tanto como te amo yo —me di vuelta y sus ojos

estaban llenos de lágrimas—... seguramente estás todo el tiempo con el corazón en las manos esperando que un día te llame y te diga que mi papá volvió a pegarme, o quiso entrar en casa sin mi permiso, o que no fui lo demasiado madura y fuerte para decirle que *no*.

—Faustina...

Estábamos frente a frente, mirándonos a los ojos, queriendo abrazarnos y a la vez, manteniendo cierta distancia como si quisiéramos ser precavidos. Podía notarlo... era obvio que Rafael había estado pensando en qué hacer con nosotros, tanto o más que yo.

—Decime la verdad. ¿Lo pensás? Porque si yo estuve con el corazón en mi boca toda la noche, no imagino cómo serán tus días. ¿Lo pensás?

—Todo el tiempo —admitió y lloré más fuerte.

En ese momento, creí que todo el miedo que yo había dejado atrás cuando entré en la mansión, se lo traspasé a él. Sin darme cuenta, todos los golpes y las heridas, se habían transferido a Rafael. No podía ser tan egoísta, no podía dejar que él viviera con el miedo constante a perderme... hasta llegué a pensar que por algo el destino tomó la decisión de que Benjamín no naciera. Tal vez, no era para nosotros, quizá era un alma para una pareja más fuerte...

Cerré mis ojos porque... porque no podía seguir viéndolo. Porque no podía dejar de llorar por todo lo que iba a extrañarlo, a necesitarlo y... no podía dejar de llorar porque era verdad, él me había hecho más feliz en seis meses que lo que fui en toda mi vida.

Si yo juntaba todos esos momentos en los que reí durante veintinueve años, no llegaban a la suma de esos preciosos seis meses de matrimonio.

—Conmigo, siendo feliz sos infeliz.

Abrí mis ojos y él sonreía mientras lloraba. Siempre sonreía para calmarme y tranquilizarme, siempre trataba de demostrarme que todo iba a estar bien aún en los peores momentos. Y ojalá me hubiese dicho que yo estaba confundida y loca, que había una solución como irnos del país o no sé... lo que sea. Pero no, todo era mucho más complicado.

—Tenés razón —admitió, mientras la sonrisa se hacía más grande y las lágrimas eran más pesadas—. Faustina, yo te amo con todo mi cuerpo, pero no soy feliz. Y no puedo vivir nuestra vida mientras estoy esperando que algo malo te pase... porque te amo. Te amo tanto que me duele acá —se señaló el pecho y dejó de sonreír—. Me duele porque haga lo que haga, siempre vas a

estar en peligro y no puedo cuidarte las veinticuatro horas del día, no puedo encerrarte en casa... ¡No puedo seguir obsesionado con vos porque me estoy volviendo loco! Pero si me pedís que me quede a tu lado, lo hago sin pensarlo porque te amo. Y no estaba en mis planes separarnos hasta que lo dijiste... Dios —se pasó las manos por el pelo, por la cara, se quitaba las lágrimas que no dejaban de caer, se apretaba los brazos—. No quiero terminar, pero creo que es lo mejor para los dos.

Y con el corazón en mis manos, le dije:

—Yo también pienso que es lo mejor para vos, pero no para mí.

Quise decirle que, para mí, lo mejor era estar a su lado porque me sentía más fuerte, pero ¿para qué? Él pensaba que separarnos era la mejor *opción* para los dos. ¿Qué podía decir contra eso? Me di cuenta de que yo había buscado otras posibilidades, pero él no. Rafael asumía que separarnos nos iba a hacer bien.

Acaso, ¿no se le ocurrió que sin él iba a estar desamparada?

Me acerqué a él y lo besé en los labios. Me abrazó. Me apretó y... nos volvimos a besar.

Todavía no me había ido y ya lo extrañaba con locura. Pero me di cuenta de una cosa... cuando él dijo:

—No es por la plata, Faustina.

Pensé en que no me quería tanto como yo si tuvo que hacer esa afirmación. No... él no me amaba con locura; no le alcanzó el matrimonio para enamorarse de mí porque si me amaba como decía, jamás me hubiese dejado ir.

Cuando uno ama, utiliza todas sus herramientas y termina con todas las posibilidades para ser feliz... ¿Y si ya lo había hecho? ¿Y si, en realidad, mi papá lo había vuelto loco y yo no tenía idea de nada? Pero si no me lo contaba, ¿cómo iba a saberlo?

—Lo sé... sé que no es por la plata.

—Prometeme que te vas a cuidar.

¿Cómo iba a prometerle eso? Si no tenía idea de a dónde ir... cómo iba a hacer para vivir sin él, sentía que el mundo me abría las puertas y yo no sabía qué hacer. No tenía idea de cómo iba a funcionar sin él porque antes le hacía caso a mi papá y después era Rafael quien me orientaba... y... ¿Y ahora? ¿Quién iba a decirme lo que tenía que hacer?

—Lo prometo —mentí descaradamente.

Me acarició las mejillas confiando en mi palabra y sonrió. Sonrió y lloró tanto como yo. Pero él lloraba porque seguramente iba a extrañarme, en cambio, yo lloraba porque no sabía qué iba a hacer con mi vida.

Sentí que él me estaba devolviendo. Que él me había comprado y como no le gusté tanto, me devolvía. Sí, así me sentía. Y lo peor es que no podía dejar de llorar.

—Te amo. Te amo... te amo tanto —volvió a susurrar.

Y entonces, ¿por qué me dejaba sola?

Lo besé otra vez para grabar la suavidad y la humedad de sus labios, pero la realidad era que estaba muerta de miedo. Aún así, me alejé. No iba a dejar, por nada del mundo, que me vea flaquear. Agarré la valija que estaba al lado de la cama y sin mirarlo, salí de ahí.

Me fui de la finca tal como había llegado... triste, llorando y con el miedo de no saber qué iba a pasar conmigo. ¿Cómo iba a cuidarme?

Había jugado al póker con el hombre que amaba y perdí por principiante. La tristeza no solo consumía mis emociones, también me dolía físicamente, y empezar mi vida sola me resultaba insoportable.

Mi vida tenía que continuar con y sin él, pero yo no quería que siguiera, quería que volviera a ser lo que era.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

**Vivir solo cuesta vida.**

*Mi departamento. Enero.*

Paso a paso.

Uno por vez.

Miraba todo a mí alrededor y parecía acogedor, más que los anteriores. Ya estaba cansada de comparar cada piso que veía con la casa de Rafael... él no venía con el paquete, tenía que hacerme a la idea de un lugar vacío. Y además, nada se comparaba con la mansión de Recoleta. Ni siquiera el edificio que tenía enfrente... una torre preciosa en pleno Palermo.

—¿Qué te parece? —me preguntó Claudia, la mujer de la inmobiliaria.

Pobre, estaba cansada y fastidiosa, sus preguntas ya no sonaban tan dulces como antes. Me había mostrado quince departamentos en menos de dos semanas... y ella no tenía la culpa de nada. Era mi nueva vida, mi independencia, mis necesidades... un mundo que recién estaba conociendo y se abría delante de mis ojos con tanta rapidez que me daba miedo.

—Me acabo de separar —admití, como si eso podía justificarlo todo—. No suelo dar tantas vueltas con las cosas... o tal vez sí. A lo que voy es que, es todo tan nuevo que no sé para dónde ir.

—Te entiendo —su rostro se relajó y me sonrió—. Mirá, voy a darte un consejo. Cuando me separé y tuve que salir a buscar departamento nuevo, elegí uno chiquito porque me sentía más contenida. Cuanto más apretada estaba, mejor... lo grande, a veces asusta.

Me reí... por primera vez, después de tres semanas, estaba riendo por el doble sentido que interpreté.

—Perdón, no me estoy riendo de vos, es que... es la primera vez que lo hago después de mucho tiempo.

—¿Tenés miedo?

—Muchísimo... no tenés idea...

—Sí, conozco un poco ese sentimiento. Por eso te aconsejo que, de todos los que vimos hasta ahora, te quedes con éste. Un departamento de dos ambientes para vos, es perfecto. Creeme... a mí me ayudó.

Lo miré otra vez y suspirando, traté de forzar una sonrisa.

La primera decisión que tenía que tomar sola.

—Bien, supongo que me lo quedo.

Claudia asintió con la cabeza y desapareció para llamar a la inmobiliaria. Y yo, otra vez, miré todo a mí alrededor. Si pude decorar un estudio de fotografía, podía hacerlo con un departamento. ¿No?

Tres semanas después, las cajas y los muebles empezaron a llegar. Era un caos... yo era un caos. Me hice una cola alta en mi pelo y empecé a ordenar. El sonido del timbre me interrumpió. Descolgué el teléfono y pregunté quién era.

—¡Tus asesoras!

Las amaba. Las amaba por estar en mi peor momento.

Subieron y después de tomar una lata de cerveza, empezamos a ordenar. Cuando terminamos, el caos ya no era tan caótico. Era lindo... tenía color, muebles, vajilla, un cepillo de dientes nuevo, una cama grande y vacía... una lámpara de pie en una esquina del living y una heladera plateada.

—Creo que... está lindo —admití, tratando de no largarme a llorar porque ése era mi primer paso.

—¡Está buenísimo! ¿Puedo venir a vivir con vos? —preguntó Daniela.

—¿Qué dijimos, Dani? —la interrogó Mariana—. Nada de compañeras... solo visitas.

—Bueno, ¿me puedo quedar a dormir?

—Sí —contesté y reí por segunda vez.

Debo admitirlo, las noches eran muy eternas e intensas... y cuando veía el primer rayo de sol, me cambiaba y salía a correr. Corría, corría y corría porque nunca antes había tenido tantas ganas de correr. Era lo único que me impulsaba a seguir. El sol junto con las corridas matutinas era lo único que

deseaba cuando me acostaba por las noches.

Sí, era deprimente. Yo misma me deprimía al verme tan triste.

Sin embargo, mi departamento fue mi primer lugar... dicen que, aunque sea una vez en la vida, hay que vivir solos, hacer un viaje sin compañía, recorrer una carretera sin un copiloto y enfrentar las cosas.

Vivir sola me costaba tanto que al final me terminé acostumbrando al silencio porque me hacía acordar a la nieve de San Rafael de Mendoza. La nieve atrapaba los ruidos silenciando todo y tanta calma, me hacía acordar a él.

Y sí, vivir sola me estaba costando la vida.

*La denuncia. Febrero.*

Una llamada de mi papá, me pareció aterradora.

Tres mensajes de voz, me enloquecieron.

Su visita, me torturó.

Él sabía que estaba viviendo sola y yo, por ningún medio, iba a abrirle.

Al día siguiente, di otro paso más, el más fuerte. Fui a la comisaria de la mujer y lo denuncié por violencia física y verbal desde mi infancia hasta mi adultez. Hablando con el comisario, me di cuenta de que la restricción para violentos dependía de los agresores y yo estaba decidida a solicitar medidas de protección. Si bien sabía que una perimetral era un simple papel equivalente a una orden judicial y no era un custodio que iba a vigilarme las veinticuatro horas del día, estaba tranquila porque era mi decisión.

La relación que tenía con mi papá estaba muy lejos de mejorar, es más, iba empeorando cada vez más porque sus golpes se convirtieron en insultos permanentes... me estaba consumiendo.

Después de haber llenado un formulario relatando mis situaciones de violencia, se trazó un perfil del agresor, mi papá. Días más tarde, tuve que ratificar, ampliar y fundamentar la denuncia ante la justicia de familia y solicité una restricción perimetral.

Días después, me llamó una de las secretarias del juzgado de familia y me dijeron: “salió la perimetral para vos y tu casa”. Una restricción perimetral es una orden de no acercamiento a 200 metros y además dispone que no haya intercambio de llamadas telefónicas ni de mensajes de texto.

Tuve que llevar ese papel a la comisaria de mi zona y a la comisaria que pertenecía a la zona de mi papá para notificar al agresor.

¡Por supuesto que estaba nerviosa! Me temblaban las manos... mis ojos querían llorar, pero yo trataba de contenerlos, hasta que un policía se me acercó:

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó él.

—No... solo me quería quedar sentada un ratito más... tengo que digerirlo y después ya me puedo ir. Sí...

Si bien daba pasos enormes, me costaba mucho enfrentarlos una vez que lo tenía resuelto.

—No sé si ya te advirtieron lo que puede pasar...

¿Qué más podía pasar?

—No... no lo hicieron —contesté.

—Las primeras cuarenta y ocho horas son las peores porque no sabés cómo va a reaccionar el agresor cuando se te pueda acercar. Es una mierda, lo sé, pero siempre encuentran un huequito como si fueran una rata y entran... perdón, tratá de no estar sola o andate a la casa de tu familia. ¿Sí?

*¿Qué familia?*

—Pero él conoce a mis tres amigas, va a saber dónde encontrarme.

—Dame tu teléfono.

Se lo di, era un policía bastante presentable y amistoso. ¿Cómo no iba a hacerlo? Me había sentido más contenida por él que en el juzgado.

Miré mi celular y como primer número en la agenda de mi teléfono puso al 911.

—La perimetral es solo un alivio temporal de treinta días... no es más que eso —me explicó—. Te recomiendo que en este mes, presentes todas las pruebas de tu denuncia y si algo pasa, llamá.

—Gracias... —susurré, mientras me ponía de pie—. De verdad, gracias.

—De nada.

Salí de la comisaria medio volando y medio caminando.

—¡Señorita! —me di vuelta cuando escuché la voz del policía otra vez—. Una cosa más... le sugiero que lleve en la cartera una copia de la restricción, tenga una en su trabajo y en las casas que pueda frecuentar... si sus vecinos

saben algo, adviértales y busque ayuda psicológica para reforzar la autoestima y tener más fuerzas para afrontar el largo proceso judicial.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —pregunté.

—Porque una cosa es denunciar a la pareja y otra muy diferente es denunciar a un padre. Yo nunca pude hacerlo y mi hermano tampoco... era nuestro papá. ¿Cómo íbamos a denunciarlo?

—Es lo que me estuve preguntando todo este tiempo —admití—. Y no pensé que era tan grave hasta hoy.

—Quedate tranquila, hiciste bien. La restricción es el primer paso para hacer cesar la violencia.

Le sonreí cuando me guiñó un ojo y antes que se diera vuelta, le pregunté:

—¿Y qué pasó con tu papá?

—No te gustaría saberlo.

—Por favor —le pedí.

Pateó una piedrita del piso y bajando la mirada, como si se sintiera avergonzado, me contó:

—Soy policía para tener a mi hermano más cerca... —levantó los ojos y me miró—. Mi hermano se cansó y lo mató. Por eso te digo que trates de estar tranquila, hiciste bien en denunciarlo.

—Lo siento.

Movió los hombros hacia arriba y se acomodó el arma que llevaba en la cintura.

—Si... si estás por acá, no dudes en preguntar por mí. Me gustaría saber cómo resultaron las cosas.

—Gracias —me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Gracias, de verdad.

Di media vuelta y me alejé de la comisaria. Busqué en mi teléfono un contacto y llamé.

—¿Fausti?

—Hola, Darío. ¿Estás ocupado? ¿Puedo ir a verte?

Ni siquiera lo dudó.

—Sí, te espero. ¿Venís ahora?

—Sí, paro un taxi y salgo para tu casa.

—¡Dale, te veo!

Respiré con fuerza y levanté la mano para frenar el taxi. Me subí y le dije la dirección. Volví a respirar porque acercarme a Darío después de mucho tiempo, también era dar otro paso. Solo esperaba que él me dijera que podía quedarme cuarenta y ocho horas en su casa, hasta que la fiera de mi papá se calmara.

Entonces, recordé que *el que avisa no traiciona*, y yo le avisé con mucha anticipación.

*Un ACV. Mayo.*

Era de madrugada y nunca me sonaba el teléfono de madrugada.

Tanteé la mesita de luz y el nombre de mi hermana aparecía en la pantalla.

**Tania.** Tardé en atender... sonó cinco veces y deslicé mi dedo por la pantalla.

—¿Tania?

—Es papá... —sonaba desesperada. Tan desesperada que pensé en lo peor.

¿Se había muerto?

—¿Qué le pasó?

—Me llamó porque... se sentía mal y... y... vine hasta su casa y... llamé a una ambulancia porque estaba atontado y....

—Lo siento mucho, Tania.

De verdad lo sentía por ella, no por mí ni por él, por mi hermana. Sabía que con ella había sido un buen padre. Y escucharla llorar tan fuerte me apenó muchísimo.

—¿Qué puedo hacer por vos? —mi pregunta fue clara, y me senté en la cama, esperando.

—Acompañarme. Por favor.

—Claro... mándame la ubicación que salgo para allá.

—Gracias, Fausti —y cortó.

Me levanté, me cambié de ropa, me lavé los dientes y la cara y salí a la avenida que pasaba por la puerta de mi edificio. Paré el primer taxi y le dije mi destino. Casi veinte minutos después, estaba caminando por el pasillo del

Hospital. Vi a Tania hecha un bollito sobre una silla en la sala de espera y me senté a su lado. Me animé a ponerle una mano encima de su espalda como una forma de contención. Se dio cuenta que era yo y se me tiró encima, abrazándome, mientras su cuerpo se convulsionaba por el llanto y la desesperación.

Me hizo acordar a mí, ese día que perdí a mi hijo. No existía consuelo alguno, por eso solo la abracé y esperé junto a ella porque eso era importante para mi hermana.

Sin darme cuenta, estaba dando un paso más, muchos en realidad. Dejé de lado el rencor y el pasado... crecí. Esa madrugada me di cuenta de que, verdaderamente, estaba creciendo, madurando y viviendo. Ya no me importaban todas esas veces que no me defendió, porque tal vez ella tenía miedo y no podía culparla.

—Tranquila, Tania —susurré, mientras acariciaba su cabeza.

—No sé qué voy a hacer si le pasa algo...

—Seguir... vas a seguir.

Apoyé mi cabeza contra la pared justo cuando el médico de guardia apareció. Nos pusimos de pie al escuchar el apellido Rizzi. El médico nos explicó que nuestro papá había tenido un accidente cerebro vascular y que más de la mitad de su cerebro estaba comprometido. Ya no iba a poder hablar, ni caminar, ni siquiera iba a poder mover sus brazos, solo mirar... solo podía abrir sus ojos y mirar.

Creo que fue ahí cuando me di cuenta de que en la vida todo llega, lo malo que hagas va a dar la vuelta y te va a encontrar, te va a buscar y te va a dar justo donde más te duele.

Recordé la frase que me había dicho una vez Elena: *El violento no se cura, se reprime. Aprende, pero no se cura.* Cuando pasamos a verlo, deseé que las lágrimas que tenía mi papá en sus ojos fueran de perdón y de arrepentimiento.

Al día siguiente, retiré los cargos contra él porque postrado en una cama ya no iba a poder hacerme daño, solo iba a mirar.

*Mi cumpleaños. Junio.*

—¡Felicidades, equipo! Hicieron un buen trabajo.

Fotógrafos, camarógrafos y editores me aplaudieron con ganas y yo les sonreí, seguramente, sonrojando mis mejillas. Las mujeres, más emocionadas que los hombres, lo hicieron con más ímpetu. Y la realidad era que yo debí aplaudirlos a ellos porque gracias a mi gran equipo de trabajo pudimos mudarnos a un estudio muchísimo más grande y en una zona concurrida; la firma creció lo suficiente durante esos últimos meses y por eso, estábamos ahí.

—Gracias a todos por seguir a mi lado y disfruten del almuerzo, se lo merecen. Pero después, ¡a trabajar! Ninguna siesta a escondidas.

Todos rieron por mi comentario y empezaron a atacar la comida. Me agarré un sándwich de pollo con queso crema y cebollita de verdeo, lo devoré en dos segundos. Caminé hacia mi oficina mientras miraba de reojo las computadoras de mis empleados y sentándome frente a la mía, comencé a chequear unos e-mails de clientes, agradeciéndome por el trabajo. Traté de contestar todos en unos minutos y cuando terminé, abrí *Instagram* y *Facebook* para actualizar información y subir fotos de nuestras últimas fiestas.

Terminé de agendar en el calendario las fechas ocupadas para los próximos tres años y me estiré, revoleé mis brazos hacia atrás, encorvé mi espalda y...

—Carajo.

Traté de levantarme del piso sin que mis empleados se dieran cuenta, pero era tarde. Los vi a todos riendo y sacándome fotos, mientras disfrutaban de mi gran caída. Y solo pude reír, porque me lo merecía. No era la primera vez que me pasaba eso.

Mi celular comenzó a sonar.

—¡Amiga! —grité.

—¡Feliz cumpleañosooooooooooooos! Feliz, feliz, feliz, feliz cumpleaños, amiga mía. ¡Te amooooooooo!

—Ya, gracias.

—¡Que los cumplas feliz! Que los cumplas feliz. ¡Que los cumplaaaaaaaaaaaaas, Faustinaaaaaa! Que los cumplas feliiiz.

Se aplaudió a sí misma y me reí como una tonta a través del teléfono.

—Gracias, amiga. Gracias. Yo también te amo.

—¿A qué hora nos vemos hoy?

—Tipo nueve.

—¡Genial! Nos vemos a la noche, amigaaaaa. ¡Feliz cumpleañosooooooooos!

Cortamos la llamada y volví a reír.

Abrí el *WhatsApp* y comencé a ver los mensajes. Fui respondiendo a medida que leía. Y me reí como loca cuando vi el GIF que envió Elena: una torta en forma de pene que, cuando la cumpleañera soplabla la vela, un líquido blanco empezaba a salir por la punta.

**Ja, ja, ja. Ay, Elena. Siempre tan delicada. ¡Muchas gracias! Ojalá se haga realidad. TE QUIERO!!!!**

Cerré la aplicación y preparé las reuniones que tenía pactadas para esa misma tarde.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron Mariana, Gisela y Daniela, mientras chocábamos los pequeños vasitos que contenían vodka de color marrón oscuro con caramelo helado.

Me lo tomé de un sorbo.

—Bueno, ahora, pedí un deseo.

—Bien... —susurré, cuando Darío encendió la velita que estaba clavada encima de un *Lemon pie*.

Miré a todos... miré a mis tres mejores amigas sonreír mientras esperaban que apagara la velita y a Darío, con quien, últimamente, estábamos más compinches que nunca. Después de hacer la denuncia contra mi papá y alojarme en su casa durante esas cuarenta y ocho horas, pudimos hablar, limar asperezas, cerrar una etapa y darle la bienvenida a otra más importante: la amistad.

Tenía todo... compañeros de vida que me querían y me seguían en los peores momentos; tenía buena salud que, supuestamente, era lo principal; tenía un departamento precioso con vista al Jardín Botánico; seguía construyendo sueños y me empeñaba en cumplirlos... ¿Un deseo? Me concentré... cerré mis ojos y deseé ser más feliz. ¿Eran tres deseos, no? Bueno, yo, a pesar de todo lo que tenía a mí alrededor, deseaba ser un poco más feliz. No quería conformarme con todo lo que tenía, que era mucho, lo sé, pero quería más.

Quería volver a enamorarme y apostar por el amor. Necesitaba seguir creyendo en que la vida, todavía, tenía a alguien destinado para mí.

Abrí los ojos y soplé con fuerza. Una frase enmarcada en una pared detrás de Mariana llamó mi atención: *Vivir solo cuesta vida*. Era parte de una

canción del Indio Solari. Entonces, empecé a pensar en su significado, o en las formas de cambiarla. En cómo me había afectado.

*Vivir, solo cuesta vida.*

*Vivir solo, cuesta vida.*

Vivir solo cuesta vida.

¿Qué significaba esa frase en realidad? ¿Vivir un día cuesta un día de vida? ¿Cada día me acercaba más a la muerte? Qué frase irónica... nos pasamos viviendo nuestra vida con cada día que vivimos, el cual vamos a tener que descontar del total de días que va a tener nuestra vida. Como si fuera fácil... vivir no es difícil, en realidad, lo único que debíamos hacer era gastar la vida en vivir. Solo eso. Fue un día... como cualquier otro, cuando me di cuenta de lo que me pasaba y decidí enfrentarme a mí misma. Ya había gastado bastante vida sufriendo, conviviendo y malviviendo...

Vivir solo cuesta vida... era poco para ser irónica y demasiado obvia para ser lógica. ¿Vivir solo o solo vivir?

Cambié mi deseo.

Encendí otra vez la velita y cerrando los ojos, pedí: *vivir*. Solo quería vivir. Sola o acompañada, pero quería vivir.

Miré a mis amigos que me observaban sonriendo y levantando mi botellita de cerveza, les guiñé un ojo.

—Feliz vida para mí —susurré y ellos sonrieron.

—¡Feliz vida!

*Vida mía.*

Solía irme... cuando estaba con mis amigos o trabajando, solía viajar. Volvía al pasado porque me gustaba recordar... lo buscaba en todos mis recuerdos hasta que lo encontraba.

*Te he visto reír como ríe un niño la primera vez que hace un castillo con la arena de la playa. Te he visto dormir como duerme un secuestrado en su hogar después de meses de cautiverio. Te he visto bailar como lo hace un bailarín en la prueba más importante de su vida. Te he visto mirándome como mira la orilla un marinero en mitad de una tormenta. Pero también te he visto llorar como llora un niño cuando una ola destruye su castillo. Te he tapado los ojos cuando la vida te traía pesadillas. Te he invitado a bailar cuando sentías que no podías seguir hacia delante. Te he mirado a los ojos*

*cuando he sabido que ninguno de estos poemas de mierda, podrían salvarte para decirte, vida mía, que no me tienes que explicar qué es el amor. Yo ya lo sé, yo ya sé qué es el amor. ¿Acaso no me has visto descubriéndolo cuando te miraba y tú estabas sonriendo?*

Viajaba porque me gustaba recordar su sonrisa, su mirada, sus caricias, sus palabras, y también a nuestro bebé... si bien estaba muy enojada con Rafael, me hacía bien recordarlo. Viajar me sanaba un poco el alma porque pensar en él me demostraba que había crecido, madurado y vivido, y ya no dependía ni de mi papá ni de él, solo de mí.

Sí, creo que todos maduran a su tiempo y yo, me había tomado toda la vida para hacerlo.

*El paso más difícil. Agosto.*

—¿Hola? —atendí a un número desconocido.

Se me cayó el teléfono al piso, pero al segundo lo volví a agarrar, mientras trataba de que las bolsas que llevaba en mis manos no se me cayeran también.

—Perdón, ¿hola?

—Faustina, soy Omar.

¿Omar? ¡Omar!

—Hola, Omar. ¿Cómo estás? —me quedé quieta, frente a un kiosco, en medio de la calle.

¿Por qué me llamaba Omar?

—Bien, todo bien. Trabajando un poco... eeeh, te llamaba porque Rafael... mi amigo...

—Al grano, Omar —le pedí.

—Quiere el divorcio.

Otra vez, se me cayeron las bolsas de las manos.

Me enojé tanto... tanto. Mi alma, mi corazón y mi cuerpo estaban enojados. Dolía. Dios mío, cómo dolía. ¿Cómo podía hacerme una cosa así?

—Claro... sí. Obvio. Sí. ¿Cuándo puedo ir a firmar? —traté de ocultar todo. Todo...

—Esta semana.

¿Así iba a terminar todo? ¿Ni siquiera tuvo el coraje de levantar el teléfono

y llamarme él?

—Bien... wow, qué pronto. Sí... claro. ¿Puedo pedirte un favor?

—El que quieras, flaca.

—No quiero verlo —mentí.

Omar no contestó. Pensé en que se había sorprendido por mi pedido, pero ésa también era una forma de seguir dando pasos, de seguir creciendo.

El divorcio era otro paso.

—Está bien... puedo mandarlo a hacer unos trámites. Sí, puedo arreglarlo.

—Gracias, Omar. ¿Te parece bien el miércoles?

—Dale. ¿A las diez?

—A las diez de la mañana estoy ahí.

—Te veo, flaquita. Cuidate mucho.

—Vos también.

Me quedé mirando las bolsas que estaban esparcidas por el piso. Me quedé un buen rato pensando en que ahora sí podía vivir sola toda mi vida.

Podía seguir rebotando, superando, transitando y avanzando pese a todo.

**El divorcio.**

Llegué al estudio jurídico alrededor de las diez de la mañana. Cuando Omar abrió la puerta, parecía entusiasmado y gritó:

—¡Flaquita!

Y me reí, mientras nos abrazamos. La verdad era que estaba contenta por verlo otra vez. Había extrañado sus gritos y abrazos, pero por dentro estaba destrozada.

—¿Cómo estás?

—Bien, laburando mucho. Clarisa se fue y nos dejó terrible quilombo, pero ya vamos a solucionarlo. ¡No me hace falta una mujer para estar completo!

—Eso dicen todos —respondí, mientras lo seguí hasta la sala de juntas.

Sentía unos nervios atroces... mi panza dolía tanto al punto de revolverse. La última vez que había estado ahí fue cuando le dije a Rafael que estaba embarazada. Y en ese instante, estaba ahí porque iba a firmar nuestro divorcio. Íbamos a acabar con todos los recuerdos...

—Bueno, flaquita. Acá tenés los papeles, te señalé el lugar donde va tu autógrafo y... si querés te dejo sola. Como prefieras.

—No, está bien. Quedate... creo que esto va a ser rápido.

Me quité la cartera y la colgué en el respaldo de la silla, sentándome frente a la puerta. No quería leerlo. No quería que unos papeles me dijeran que Rafael ya no me quería.

Dios mío, mis manos temblaban tanto. Había pasado medio año y no podía creer lo que estaba a punto de hacer. Le saqué la tapa a la lapicera, me acerqué la hoja y...

—¿Cómo estás? —preguntó él, justo cuando estaba apoyando la punta.

Levanté la lapicera y lo miré. Omar estaba sonriendo de oreja a oreja, mientras se cruzaba de brazos. ¿Qué le causaba tanta gracia?

—Bien —respondí—. ¿Vos?

—Muy bien. ¿Querés un cafecito?

Qué inoportuno.

—No... yo solo quiero firmar e irme.

—Está bien. ¡Muy bien! —y aplaudió.

Respiré otra vez y miré el papel. Apoyé la lapicera y el ruido de su celular me interrumpió.

—Perdón, salgo un momentito.

Abrió la puerta y salió.

Pensé en que, tal vez, era mejor que me dejara sola así podía tomarme ese momento para mí. Pero no, era peor. No quería quedarme sola porque iba a pensar... pensé en que mi divorcio era el último paso que me faltaba dar para terminar de crecer. Miraba los espacios vacíos que debíamos firmar, mientras mi mano temblaba...

—¡Aaaaah! —grité asustada, por el ruido de una corneta—. ¿Qué mierda?

Miré hacia la puerta que tenía frente a mí y ahí estaba él, llenando por completo el espacio de la abertura y sonreía como si no estuviéramos firmando el divorcio. ¿Por qué llevaba una corneta en la mano? ¿Por qué me había asustado de esa forma? ¿Por qué estaba ahí cuando pedí específicamente todo lo contrario? ¿Por qué seguía sonriendo? ¿Por qué tuvo que dejarse la barba?

*¿Por qué no me dejaba respirar?*

—Creo que fui clara cuando le pedí a Omar que...

—Imposible —me interrumpió.

—Me alegro mucho de verte, pero tuviste que hacerme caso. Solo estás complicando más las cosas.

Corrió la silla que estaba frente a mí y se sentó. Se pasó una mano por su pelo oscuro, se rascó la barba tupida y cruzó los brazos por encima de la mesa.

—Era la única forma que tenía para verte otra vez.

¿Qué? Me reí.

—Me extraña que un hombre tan inteligente no se haya percatado de la tecnología.

—Cambiaste tu número, Faustina.

—Tu abuela lo tiene.

—Por algo no me lo diste a mí.

Su planteo era ridículo.

—Lo cambié por mi papá... además, ¿qué iba a decirte?

Suspiró otra vez.

—¿Por qué estás tan enojada conmigo? Pensé que terminamos bien. ¿No?

Por supuesto que terminamos bien, nuestra separación fue por mutuo acuerdo. ¿Entonces?

—Es solo que... no esperaba esto —admití, señalando el papel.

No esperaba dar ese paso tan pronto.

—¿Y qué esperabas? ¿Seguir casados de por vida sin hablarnos o hacernos de la oportunidad para conversar y decidir qué hacer? Porque hay que tomar una decisión, Faustina. No podemos seguir así...

Creo que Rafael estaba más nervioso que yo, me di cuenta porque sus ojos recorrían muy rápido todo mi rostro, su pecho subía y bajaba repetidas veces bajo la camisa blanca y empezó a sonarse los huesos de las manos. Que yo recuerde, nunca hacía eso.

Miré el papel y apoyé la punta de la lapicera en mi espacio vacío y firmé la primera hoja, la segunda y la tercera. Las volví a poner en orden y las deslicé por la mesa hasta que tocaron sus manos. Tenía la camisa arremangada hasta los codos... fui subiendo la mirada muy despacio y sus ojos estaban clavados en mí. ¿Qué clavados? ¡Anclados! No podía quitármelos de encima y los notaba tan pesados, enojados y...

—Lamento mucho que, hace seis meses atrás, no me hayas entendido —su voz era fuerte pero sus ojos débiles, tan débiles.

Pensé en que, tal vez, él se sentía como yo me sentí tiempo atrás cuando terminamos. *Sola*.

—Entendí todo.

—¡No, no lo hiciste! Si lo hubieras hecho, sabrías que yo nunca querría divorciarme de vos, es todo lo contrario.

—¿A qué estás jugando, Rafael?

Tal vez, él no esperaba que yo tuviera ese tipo de reacción. Quizá, pensó que iba a agradecerle la gran decisión que había tomado y el beneficio que esa me había producido. En una de esas, imaginó que iba a correr hacia sus brazos, darle un beso y decirle cuánto lo amaba.

No voy a ser hipócrita. Lo amaba, lo amaba más que a nada y lo extrañaba tanto que mi alma ya había saltado la mesa y estaba sentada encima de él, pidiéndome por favor que dejara todo atrás para volver a empezar porque nuestra segunda oportunidad iba a ser buena. ¡Iba a ser la mejor!

El caso es que, yo no sé si estaba preparada para retroceder un paso porque acababa de dar muchos. Durante ese medio año, había escalado montañas enormes, me había hecho fuerte y valiente, había aprendido a tomar una decisión y defenderla con uñas y dientes si alguien trataba de persuadirme. Y eso me pasaba con él. En ese instante creí que si yo cedía un centímetro, estaba rompiendo con todo lo que había logrado, iba a cometer un error... el mismo: quedarme estancada.

*Reboto. Supero. Transito. Y avanzo pese a todo.*

Pero estaba segura de que, por más que Rafael dijera lo que dijera, no iba a convencerme de nada.

—Te dejé ir para que aprendieras a vivir sola, sepas cuidarte, que tomes tus propias decisiones y puedas mantenerlas... ¡Para que te valoraras como mujer, hija y esposa! Toda tu vida estuviste manipulada por tu papá y no podía permitir que... no iba a tolerar que esperaras eso de mí también.

Y yo no iba a demostrarle que por él me había hecho más fuerte aún sabiendo que era mi mayor debilidad. Entonces, ¿tenía que agradecerle el hecho de que haya puesto en pausa nuestra relación tanto tiempo?

Recordé una cosa que me había dicho él cuando tuvimos nuestra primera pelea como marido y mujer... recordé cómo sus ojos se habían llenado de lágrimas y no quería que yo las viera.

—¿Y qué mierda tengo que hacer, Faustina?! ¿Tengo que soltarte y quedarme esperando a ver qué hace con vos?! ¿O preferís que le arranque la cabeza?

Sin embargo, me había dejado a pesar de no tener idea de lo que mi papá tenía planeado para mí. Rafael nunca tuvo la más mínima idea de lo que pasó conmigo cuando me dejó al igual que mi papá cuando me casé.

¿Y si verdaderamente yo no le importaba a nadie?

—Tengo que irme —susurré, mientras me levantaba de la silla.

Pero él fue más rápido que yo y cerró la puerta con llave, me miró mientras la guardaba en el bolsillo de su pantalón, se cruzaba de brazos, apoyaba su espalda contra la madera y me desafiaba con la mirada.

—Iba a matarlo... —susurró y mi alma corrió hacia mí para esconderse—. Ese día iba a arrancarle la cabeza con mis propias manos cuando nos encontramos. Al principio, solo pensé que iba a ser como las otras veces: una transacción en persona. Iba a pagarle e irme, pero esa vez él dijo: “Debe ser muy buena”. Preferí omitir el lado perverso de su comentario y contestarle: “Sí, señor. Es la mujer más buena que conocí en mi vida”. Me contestó que no me haga el estúpido, que yo sabía de qué me estaba hablando porque seguramente eras igual a tu mamá —respiró con tanta fuerza que pudo esconder la rabia y el enojo.

Yo no pude esconder nada. Primero porque conocía a mi papá y sabía que era capaz de decir algo así; y segundo porque conocía a Rafael y sabía que de verdad pudo haberlo matado. Por eso los golpes... por eso mi papá lo denunció.

¿Y si de verdad el sueño que había tenido con mi mamá significó algo y en su momento no me di cuenta?

—¿Cuántas veces se encontraron? ¿Cuántas veces le diste plata a mis espaldas?

—Las suficientes —fue cortante y directo.

Entonces, me surgió otra duda.

—¿Dejaste de hacerlo cuando nos separamos?

Dudó en contestar y finalmente dijo:

—Sí, pero eso no significa que...

—No me importa lo que me significa, él igual volvió a buscarme —lo interrumpí.

¿Iba a decirme que no por eso me quería menos?

—Faustina, tal vez no fue la decisión correcta, pero sí la mejor para ese momento.

—Entiendo —susurré.

—¿Tenés miedo? —preguntó, así como si nada.

—No, el que tenía miedo eras vos. Tenías miedo de ser feliz, Rafael.

—Eso no es verdad...

—¿De cuánta plata estamos hablando?

Negó con la cabeza y quiso acercarse, me alejé.

—Eso no importa, Faustina.

—¡Sí que me importa cuando estás todo el tiempo echándomelo en cara! Yo jamás te pedí que te casaras conmigo, ni que me ayudaras, ni mucho menos que le regales plata a mi papá...

—¡Estás siendo muy injusta!

—¿Injusta?! Estoy tratando de arreglar las cosas lo mejor que puedo. ¿Tenés idea de lo que siento al enterarme todo lo que me ocultaste?!

—Vida...

*No. No más vida.*

—Por favor, ahorrarte ese discurso de *vida mía*. ¡Me prometiste un compromiso, fidelidad, libertad y amor! Prometiste cuidarme...

—¡Vos también lo prometiste y no lo cumpliste!

¿Y si tenía razón? ¿Y si solo me concentré en rebotar, superar, transitar y avanzar y no lo cuidé?

—¡Dios mío! —tiré mi pelo hacia atrás y me clavé la yema de los dedos en la cabeza porque me estaba desesperando—. Prometiste tanto y... ya no necesito esto. Perdón, pero estoy mejor sin vos. Espero que de verdad lo entiendas.

Y sonrió.

Sí, sonrió como siempre solía hacerlo cuando me subestimaba. Esa sonrisa diabólica de costado que... que me seguía hasta en mis sueños.

—No te creo, no te creo nada, vida mía.

—Lo lamento por vos y dejá de subestimar mis decisiones.

—¿Creés que no supe nada de vos en todo este tiempo?

No me importaba.

—Si supiste algo, no fue por mí.

—Sé todo... sé a qué hora salís de tu casa para correr y tu circuito, a qué hora entrás a trabajar, dónde queda tu departamento, qué hiciste el día de tu cumpleaños, sé que fuiste a buscar a Darío cuando denunciaste a tu papá... sé

que acompañaste a tu hermana el día del ACV y sé en qué geriátrico está alojado tu viejo...

No podía creerlo.

—Eso es acoso.

—Un acoso tierno —admitió, sin dejar de sonreír—. Faustina, hablemos de corazón a corazón.

¿Sabes qué sentí? Que no estaba tratando con mi marido, estaba discutiendo con un abogado sobre amor, él se estaba quedando sin opciones y argumentos y quería decir todo para tratar de convencerme... lo vi en sus ojos, en la desesperación... ¿De qué corazón estaba hablando?

—Bueno, acá falta uno. El tuyo.

—Por Dios, Faustina. ¿Por qué estás enojada?

—Porque rompiste nuestro contrato y nuestro matrimonio.

—Primero, no era un contrato... y si de verdad pensás que lo fue, tendrías que volver a leerlo.

—Dijiste que no eras feliz...

—¡Porque vos no me veías feliz! Fuiste vos quien quiso separarse y yo solo... yo solo deseé lo mejor para vos y tomé una decisión. Si nosotros seguíamos juntos, ¿qué más iba a pasar? ¡Vos no reaccionabas, Faustina! Solo esperabas... solo te refugiabas en mí y eso no estaba bien para ninguno de los dos.

No podía creer lo duro que estaba siendo conmigo.

—Yo...

—Faustina, vos no me amabas, sino que te enamoraste de cómo te hacía sentir cuando estabas conmigo. Yo te protegía, te cuidaba, te ocultaba cosas para que no sufieras más y vos... vos no veías nada. Solo te concentraste en la pérdida de nuestro hijo y de cómo salir... tratabas de volver a unirnos cuando en realidad estábamos rotos.

—No puedo creerlo...

—¡Dejaste que tu papá haga conmigo lo que quiso!

*Dios mío.*

—¡Te odio! —grité con todas mis fuerzas—. Te odio porque sos vos el que no entendió nada. ¡Yo te amaba más que a nada y por eso quise que seas feliz! Porque conmigo no lo eras y desde el minuto uno no hiciste otra cosa que

luchar por mi bienestar. ¿Te pensás que yo no sufría?! ¿Que no sabía todo lo que mi papá podía llegar a hacer? ¿Pensaste que vivía en una puta burbuja de amor y arcoíris?! Idiota... te odio. ¡Te odio más que antes! Te odio. ¡Y firmé esos papeles!

Cayó hacia atrás... su espalda golpeó la puerta de madera y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sí, verlo derrotado me impactó más que ver a mi papá duro en una silla de ruedas.

—¿Me odiabas? Pero, ¿cómo? ¿Todo fue una mentira? Vos... te casaste conmigo para estar a salvo y... me odiabas. No me amabas...

¿No había escuchado nada de lo que le dije?

Fue ahí cuando me di cuenta de cómo me estaba comportando, lo tonta e insensible que estaba siendo, egoísta y provocadora. Yo no era como él... no era como mi papá, no quería lastimarlo, solo necesitaba decirle la verdad.

Respiré con fuerza y me acerqué muy despacio hasta ubicarme frente a él. Traté de tranquilizarme porque iba a ser lo mejor para los dos, especialmente para mí.

—¿Cómo puede ser que todavía no confíes en el amor que te tenía? Lo nuestro era amor, a pesar de todo lo que pasamos, era amor aunque no lo creas. Y el amor es amor solo si es correspondido y el nuestro lo era. Y... no estoy enojada, estoy triste porque pensé que íbamos a lograrlo —me senté en el borde de la mesa y sin quitarle la mirada de sus ojos, seguí hablando—. ¿Sabés que fue lo primero que pensé cuando mi papá tuvo el ACV? En buscarte... tal vez, el hecho de que mi papá estaba postrado en una silla, significaba que íbamos a ser felices, poder intentarlo sin que alguien esté en el medio tratando de lastimarnos...

—¿Por qué no viniste? Yo te esperaba... todo este tiempo te estuve esperando. Por eso busqué un motivo...

—El divorcio —completé su frase y moví mis hombros de arriba abajo—. No te busqué porque... si no pudimos ser felices cuando más nos necesitábamos, ¿cómo íbamos a serlo mientras éramos libres? Supongo que creí... creí que ya no había un motivo para estar juntos. Nuestro matrimonio empezó porque yo necesitaba que alguien me ayude y con mi papá enfermo, solo me necesitó a mí.

Y no estaba mintiendo.

—Faustina, sé que la causa principal de nuestro matrimonio fue mantenerte

a salvo, pero me enamoré de vos. Y te pido perdón si te lastimé, pero no me arrepiento de la decisión que tomamos. ¿Qué hubiera pasado si seguíamos juntos? ¿No te lo preguntaste?

—Sí, y la respuesta fue simple... una vez dijiste que eras capaz de matar por mí. Entonces, preferí buscarte en nuestras fotos, en mis ojos, en mis recuerdos y solo fuiste eso... un recuerdo más.

Separó la espalda de la puerta y borrando el espacio que nos separaba, subió la mano y con la yema de sus dedos comenzó un camino desde mi hombro derecho hasta mi mano...

—Decime que no estuviste con nadie —dijo en voz baja y yo cerré los ojos.

Los cerré porque sus dedos estaban metiéndose dentro de mi piel y mi cuerpo se dio cuenta de cuánto lo había extrañado. ¿Cómo era posible sentir tanto después de medio año? ¿Cómo hice para vivir sin su contacto durante todo ese tiempo?

—Rafael —susurré su nombre como si quisiera pedirle algo. Pero ¿qué?

¿Qué era lo que necesitaba decirle y no podía hacerlo con palabras?

Ahí estaba, entregada. Retrocediendo. Rebobinando. Buscando. Volviendo sobre mis pasos como si su contacto fuese una pista.

Y cuando su otra mano acunó el lado izquierdo de mi rostro, deseé con todas mis fuerzas que me besara, quería saber qué se sentiría hacerlo después de tanto tiempo. Sentí su aliento caliente acariciar mis labios; podía escuchar su respiración tan agitada y hambrienta como la mía...

—Creo que besarte sería dar un paso atrás y yo necesito seguir —admití y abriendo mis ojos, me quité sus manos de encima y me alejé.

Di muchos pasos hacia el ventanal que daba a la calle y me concentré en un auto rojo estacionado en la vereda de enfrente.

—¿Cómo sabés todo lo que hice? —pregunté y apoyé mi mano sobre el vidrio. Enseguida, la transpiración dejó mis huellas.

—Pregunté.

—¿A quién?

—No sé cómo se te ocurrió que no iba a interesarme en tu progreso...

—¿Cómo sabías que iba a progresar?

—Porque confiaba en vos. Aún lo hago.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Me di vuelta, estaba apoyado contra la mesa con sus brazos cruzados en el pecho, sus ojos aguados y sus labios entreabiertos.

—Faustina, no fuiste la única que terminó con el corazón roto, vos también me dejaste.

—Pero ni siquiera peleaste por nosotros...

—Vos tampoco. Y a nadie le gusta tomar decisiones cuando te apuntan con un arma, ¿no?

¿Qué quiso decir con eso?

Sacudí mi cabeza justo cuando sonó su teléfono. Lo sacó de su bolsillo y rechazó la llamada. Lo apoyó sobre la mesa y volvió a sonar. Entonces, abrió la puerta y gritó:

—¿Qué querés, Omar?!

Omar apareció, pero no vi rastros de disculpas o flaqueza por el grito de Rafael, al contrario, parecía seguro. Demasiado seguro.

—¿Pensaste en lo que te dije? —preguntó Omar.

—No puedo hablar de eso ahora.

—Pero necesito una respuesta.

—Sigo sosteniendo que estás corriendo hacia una pared y yo no pienso estrellarme con vos. Lo que estás tratando de atrapar no es un tiburón, es un oso y yo no lo quiero.

—¡Yo soy el tiburón! —gritó Omar, subiendo los brazos—. O avanzo o muero en el intento, loco.

—No vas a arruinarme, éste es mi negocio y me lo gané.

—Eeeh... —quise decir algo para salir de ahí, pero los dos subieron las manos, callándome.

Entonces, me senté y pude ver en primera fila la disputa entre esos dos abogados que defendían sus puntos de vista.

—Pero tenemos un plan, Rafael.

—No, ¡vos tenés un plan y yo no formo parte de eso!

—¡Estrellémonos juntos contra esa pared!

—¡No quiero ir por esa empresa! Es un monstruo... no nos van a escuchar y no podemos salvarlos del mercado financiero. ¡No somos accionistas ni

inversores, somos abogados! —Rafael estaba eufórico.

Siempre me había gustado escucharlo mientras hablaba de trabajo porque se transformaba en otra persona. En el *Diablo*, quizá.

—¿Querés ser mi abogado sí o no?! Dejá de decirme por qué no puedo tirarme de lleno y empezá a pensar la forma para poder lograrlo. Mostrame una mejor actitud o vas a perder a un cliente.

Rafael se rió con una carcajada muy ruidosa y mis ojos volaron a Omar y de nuevo a Rafael.

—¡No soy tu abogado, Omar! Elijo mis reuniones y con quién trabajar, mi respeto se gana y vos, como accionista, estás en este nivel —Rafael subió la mano marcando el límite en su cuello y sonriendo de costado, susurró—: En cambio, yo estoy en este nivel—esa vez, su mano subió por encima de la cabeza.

—Nunca me vas a querer como tu socio, todo lo que haga nunca va a alcanzar.

—¡Demostrame que querés ser abogado y no inversionista!

Bueno, como ya estaban peleando y yo no tenía nada que hacer ahí, me puse de pie y los dos me miraron.

—Me encanta escucharlos discutir, pero tengo que irme —dije y empecé a caminar hacia la puerta. Cuando quise salir, Rafael me agarró del brazo.

—Esto no termina acá.

Me solté de su agarre, sin saber a qué se refería, si a nuestra conversación o a nuestra relación. Sin embargo, lo único que me importó fue seguir caminando... avanzando.

**Mariana y su novio.**

—Todavía estoy en transe... me estoy realizando como persona y no puedo hacerlo si estoy dentro de una relación amorosa —admití, mientras tomaba mi café con leche.

Mariana sonrió.

—No me gusta tu grado de madurez, es mucho para mí.

—Perdón por ser así —dije irónicamente.

—No tenés que disculparte por eso, pero sí por otras cosas más importantes, querida amiga.

—¿Cómo qué?

—Tenés que perdonarte a vos misma para darte una oportunidad con Rafael. Estar con él no sería ir marcha atrás, al contrario, creo que estás poniendo primera para salir adelante porque ya no sos la misma. Creciste, sí... y creciste mucho y te volviste más seria. No me gusta —admitió, pero sabía que estaba bromeando.

—El otro día vi un parto natural por *YouTube* —le conté.

—Mi novio, comiendo, es peor que un parto natural.

¿Novio?

—¿Qué novio?

—Mi novio.

—¿De dónde salió?

¿De qué estaba hablando?

—Estuvimos viéndonos un rato.

—¿A qué te referís con un rato?

—Un rato... ya lo conocía, pero me lo encontré en un estudio jurídico.  
Había sido tan fácil que cayera.

—Cuando fuiste a contarle a Rafael sobre mí, ¿no? ¿Pensaste que nunca iba a enterarme?

Mariana sonrió y dejando la taza de café sobre la mesa, se cruzó de brazos.

—¿La verdad?

—Por favor —le pedí.

—No tenemos por qué hablar sobre esto. No es necesario.

—Yo creo que sí, le estuviste contando a mi ex marido todo sobre mí y la verdad es que me siento un poco ofendida. No mucho, pero es como si...

—¿Como si te hubiera metido un dedo en el culo?

—Algo así.

—¿Peor?

No estábamos bromeando.

—Un poco peor. Y contame, ¿quién es tu novio?

—Omar —dijo, así como así.

—¿Omar?

—Omar.

—¿Qué Omar?

—Omar.

—¿De qué Omar estamos hablando? ¿Mí Omar?

—¿Tu Omar?

No se podía hablar con esa mujer.

—¿Es tu Omar? ¿Tuyo?

—Literal —dijo y extendió los brazos, sonriendo.

Y como si estuviera loca, le empecé a pegar con mis estúpidas manos como si fuera una nena chiquita. Ella empezó a reír con fuerza y trataba de defenderse pegándome a mí también. Cuando terminamos con nuestra pelea de chicas, volví a preguntar:

—¿Mí Omar?

—En realidad, era de Rafael.

—Y cuando ibas a contarle a Rafael mis cosas, ¿también estaba Omar?

—Sí.

—O sea que, ¿hablabas con los dos sobre mi vida privada?

—Sí.

—Entonces, estaban los tres juntos cuando Omar me llamó para avisarme lo del divorcio.

—Sí —hija de puta, quería matarla—. Ay, no, perdón.

—¡Mariana! ¿Cómo pudiste?

—Porque era un buen plan. No pensamos que ibas a decirle que no querías ver a Rafael... nos quedamos helados. Ay, tendrías que haber estado ahí.

—¿Qué? Mariana, vos me conocés, era obvio que iba a pedir eso, ahora soy una persona orgullosa.

—¡Y yo un unicornio!

—Mariana, concéntrate, por favor. ¡No seas creída!

Las dos sonreímos en medio de nuestra charla.

—Es que... pensé que ya estabas lista para dar otro paso.

—¿Por qué pensaste eso?

—Porque en un año no saliste con otras personas, es decir, seguramente te la pasaste masturbándote seis meses seguidos.

¿Y qué había de malo con eso?

—¿Y cuál es el punto?

—No pudiste olvidarte de él, amiga.

—No, no pude, pero eso no quiere decir que no esté en condiciones de conocer a alguien, hacerme una cuenta en *Tinder*, o... no sé.

—Hagamos una cosa... cerrá los ojos —lo hice porque confiaba en ella—. Imaginemos una playa.

—¿Cualquiera? —pregunté.

—Cualquiera. Hay mucho sol, tanto sol que no podemos mantener nuestros ojos abiertos. Hay un poco de viento... no tanto, pero el suficiente para que el calor no nos consuma. Nos quitamos las ojotas y sentimos la arena... estiramos los dedos de los pies y los granitos de arena nos hace cosquillas.

—¿Tengo protector?

—No, no lo necesitamos porque estamos imaginando.

—Bien —volví a concentrarme.

—Ahora quiero que me cuentes qué es lo que ves.

—Veo... agua, hay muchas olas.

—¿Qué escuchás?

—Personas gritando, jugando, alguien que vende pochoclos y panchos...

—¿Ensaladas de frutas? —preguntó ella y sonreí.

—Sí, también.

—¿Qué olor hay?

Traté de percibir un olor, pero solo olía el café que acabábamos de tomar.

—No huelo nada.

—¿Cómo se sentís?

—No sé... no sé cómo me siento. No siento nada...

—Profundicemos en eso.

—La playa está llena de personas, pero es como si pudiera hablar pero nadie está dispuesto a escuchar. Puedo verlos, pero nadie quiere verme a mí. Es como si no existiera, como si... como si a nadie le importara cómo me hacen sentir.

Mi amiga permaneció en silencio por varios segundos, hasta que abrí los ojos y me estaba mirando seria, ya no sonreía.

—Ésa es la mejor definición de no saber cómo te sentís. Creo que es lo más difícil... el sentimiento más complejo y vos acabás de decirlo. ¿Puedo decirte algo más?

—Por favor —le pedí.

—Creo que ya estás lista para empezar otra vez.

Respiré con fuerza y me tomé el último sorbo de café.

—Ay, Mariana...

—En la semana vamos a patinar con Omar, quiero que lo conozcas.

Me reí con fuerza porque con ella nunca podía hablar en serio.

—Ya lo conozco, es mí Omar.

—Bueno, pero ahora quiero presentarte a mi novio. No es lo mismo...

Tenía razón. Conocía a Omar como amigo y colega de Rafael, no como

novio de Mariana. Entonces, me pregunté cómo sería ella estando de novia porque jamás en su vida había dado ese gran paso. Mi amiga era un alma libre, independiente y fugaz que pasaba muy rápido por la vida de los hombres, jamás repetía y saber que ella se había animado a ir un poco más allá, me motivó a pensar en que tal vez yo tendría que hacer lo mismo con mi vida.

\*\*\*

Unos días después, mi amiga me citó en un lugar que se practicaba patinaje sobre hielo y me preocupé porque no quería hacer el ridículo frente a otras personas. Recordé la vez que había hecho una sesión de fotos para una pareja de novios y al resbalarme, rompí una de mis cámaras favoritas contra el hielo.

Estaba apoyada contra la baranda de metal que rodeaba la pista viendo a las personas que patinaban con ligereza, calculando movimientos, sincronizado las manos con los pies y...

—Flaquita, llegaste temprano —miré hacia mi derecha y Omar me sonreía con vergüenza. ¿Por qué?

—Quería aclimatar mi cuerpo —nos reímos y luego, le dije con mi mayor sonrisa—: Felicidades, Mariana es mi persona favorita en el mundo y te la ganaste... espero que la cuides, Omar.

Asintió con la cabeza y me apretó el hombro como forma de agradecimiento.

—Estoy enamorado... muy. ¡Me tiene loco! Es como si... como si todas las mujeres que pasaron por mi vida lo hicieron sin sentido y ella cambió todo... ¿Así es como se siente?

*Sí y cada vez va a ser mejor.*

—Supongo —mentí—. Ojo, a veces cree que es un unicornio.

—Y yo un tiburón —sonreímos.

Omar era muy lindo. Nunca había visto a una persona con el pelo tan rubio y los ojos tan negros. Era diferente a todos los hombres que estuvieron con Mariana y tal vez, por eso lo eligió. Porque era distinto a todo lo que ella conocía.

—Perdón por meterme en la sala el otro día y pelear con Rafael delante tuyo, eso estuvo mal...

—Y yo que pensé que estaban solo intercambiando ideas.

—Sí, esa es nuestra forma de hablar. Pero la gente no está acostumbrada a

escuchar a dos hombres gritarse sin que terminen a las trompadas. Tal vez fue un poco violento... perdón.

—No... me gusta ver a Rafael hablar de trabajo, es una de las cosas que más extraño de él —Omar sonrió, mostrándome la fila de dientes digna de un tiburón. *Oh, mierda*—. No quise decir que lo extraño, es solo que...

—Ya entendí. Ojalá puedas volver... extraño a mi amigo y no sé cómo hice para soportarlo estos seis meses. La única mujer que trabajaba en el estudio se fue porque...

—Omar, vinimos a divertirnos y pasar un rato con Mariana. No quiero hablar de cosas que me hacen mal...

—¿Rafael te hace mal?

—Sí —volví la mirada al frente justo cuando una chica cayó de culo al piso—. Claro que me hace mal... siempre tengo el mismo recuerdo.

—¿Cuál?

—Besarlo cuando terminamos... ese beso fue el adiós más difícil.

—Una vez, Rafael me dijo que ustedes funcionaban bien porque podía confiar en vos y él no confía en muchas personas. ¿Qué cambió?

Volví a mirarlo y su atención estaba puesta completamente en mí. Era lindo saber que alguien quería escucharme... y ayudarme. Tal vez, por eso Rafael permitía que él estuviese en su vida.

—Supongo que fue eso... la confianza. Yo confiaba en que él nunca iba a provocarme tristeza... estaba segura que cualquier persona podía lastimarme, menos él.

Pareció entenderlo. Asintió con la cabeza y meditó unos segundos, hasta que tomó aire para poder hablar.

—Mirá, Faustina... no sé si está bien decirte esto, pero Rafael nunca da un paso en falso, nunca toma una decisión si no está seguro de cómo va a resultar. Él no se arriesga si no está seguro que va a ganar... apostó por vos, confió en que la ruptura iba a ayudarte y creo que funcionó. No soy quien para decirte lo que tenés que hacer, pero tomate el tiempo para pensarlo. Dejá de caminar y mirá todo a tu alrededor, fijate qué te hace falta, poné todo en una balanza y mirá para qué lado cae... qué lado tiene más fuerza. Sé todo sobre vos, flaca. Y creo que es hora de que descanses un poco, te sientes y veas qué te hace falta. Porque estoy seguro que ese hombre que viene caminando hacia nosotros, es lo que va a completar tu felicidad.

Miré en esa dirección y Rafael caminaba al lado de Mariana, mientras sonreían y hablaban con mucha confianza.

—¿Y si se confundió? —susurré—. ¿Qué tal si se confundió con la decisión que tomó?

—En ese caso, lo lamento mucho por él. Sin embargo, en su defensa y como su abogado personal, es humano y solo por serlo tiene el derecho a equivocarse. ¿No?

—Supongo...

Mi amiga, al llegar hasta nosotros, me abrazó con fuerza y me pidió perdón en voz baja. La perdoné, ¿qué otra cosa podía hacer? Era mi amiga y la persona que más me conocía. Quise pensar que por algo lo había invitado, por alguna idea tonta quiso juntarnos y de esa forma, pasar tiempo juntos otra vez. Ése era su día y no pensaba hacer nada para arruinarlo.

Y cuando nos quedamos solos, Rafael se acercó a mí y poniendo una mano en mi cintura, me besó en la mejilla. Sí, efectivamente él era humano y se había confundido.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿vos? —me alejé de él, apoyándome en la baranda de metal y ajustándome el tapado gris.

—Bien... tendría que estar trabajando, pero...

—Sí, supongo que cualquier cosa es mejor que esto. ¿No?

—Faustina, no quería decir eso...

—Últimamente no querés decir nada, pero decís todo.

Se mordió los labios y bajó la cabeza pegando su barbilla al esternón. Sí, parecía cansado... de mí. Sabía que estaba teniendo un comportamiento terrible, pero no podía evitarlo.

—Tengo puesta una tanga —admití, queriendo hacer un comentario gracioso.

—Yo también.

Y entonces, nos reímos.

—Bueno, terminaremos paspados e irritados. Ese es el precio que hay que pagar. ¿No?

Si nuestros amigos eran novios y querían pasar un momento con nosotros, no iba a pelear con Rafael, no pensaba echarle en cara todas las cosas que

pasaban por mi cabeza, no iba a gritarle otra vez... no, señor. Ya no éramos marido y mujer, hacía unos días habíamos firmado el divorcio y... ¿A quién quería engañar? Sabía que él no había firmado nada y que rompió los papeles cuando salí de su oficina. Lo conocía tanto...

—¿Vamos a ponernos los patines? —pregunté, con mi mejor sonrisa.

Me siguió, pero cuando llegamos a los cambiadores, tuve que dejar de caminar porque una catarata de recuerdos me invadió el cuerpo... ¡Ese hombre que estaba ahí era Rafael! Mi cabeza invernó... un avión, su sonrisa, las montañas de Mendoza, el camino lleno de nieve, la mansión, el carrito de golf, nuestra primera vez, el casamiento, la casa de Recoleta, tu oficina, el amor, el sexo... Benjamín.

Tuve que encerrarme en el baño y respirar porque me dolía el pecho, era como si me latiera el fondo de mi garganta... como si mi corazón hubiera subido y... ni siquiera podía engañarme a mí misma porque estar cerca de él, todavía, me quitaba el aire.

¿Y si esa tarde de patinaje no era para Mariana y Omar? ¿Y si era para Rafael y para mí?

*Ay, Rafael...*

Me sequé las lágrimas, toqué mi pecho y volví a respirar con fuerza. Cuando estuve tranquila, salí y Rafael estaba sentado en un banco frente al baño y levantó la mirada. Se puso de pie y movió los hombros de arriba abajo y...

—Perdón, Faustina... si pudiera hacer algo para hacerte sentir mejor...

—No quiero hablar ahora porque... porque estoy muy enojada y puedo decirte cosas que tal vez me arrepienta y... estoy tan enojada, Rafael. Tan enojada.

Dio varios pasos...

—Prefiero que te arrepientas antes de que me mientas... quiero una verdad, Faustina. Porque todo lo que me dijiste en el estudio, no me lo creí.

*Ay Dios, esos ojos.*

—Acá va mi verdad... —volví a respirar—. Siempre estuve tan ocupada viendo y creando la vida de los demás que me olvidé de la mía. Todas esas fotos son solo cuadros de vidas, cajas de luz, movimientos que sugirieron una fotografía y... ¿Mi vida dónde está? ¡Me enoja tanto darme cuenta que perderte fue la única forma de encontrarme! Y... y encontrarme me sirvió para

ser diferente y...

Ya no podía seguir hablando.

Se acercó y yo solo sentí ganas de darle un cachetazo por dejarme sola tanto tiempo, por creer que podía conocerme a mí misma a la fuerza y... levanté una mano para abofetearlo, pero la frenó en el aire agarrándome de la muñeca. Levanté la otra y también me frenó, empujándome contra la pared, pegando su cuerpo al mío, mordiéndose los labios, mirándome a los ojos con furia y...

—Que sea la última vez que me levantás la mano, Faustina.

Su rostro se acercó más al mío y... *Dios mío*.

Lo besé. ¡Lo besé con desesperación! Uní mi boca a la suya y lo besé, y él ni siquiera respiró... abrió sus labios y girando la cabeza hacia la izquierda, metió la lengua chocando inmediatamente con la mía y... nos perdimos. El agarre de sus manos aflojó y soltándome, lo abracé del cuello, mientras que sus manos bajaron a mi cintura, pegándome a él, casi levantándome del piso, apretándome... la suavidad de sus labios, la humedad de su lengua, la violencia de sus dientes, la potencia de su respiración... de pronto, se alejó.

—Necesito hablar... —jadeó—. Necesito que hables conmigo... vámonos de acá, Faustina.

### Los hombres también tienen miedo.

Mi departamento era mi lugar de paz, mi santuario, mi escondite, mi reserva, mi paisaje, mi planeta favorito, mi estación del año... mi departamento era el espacio donde yo me sentía segura, tal vez por eso le dije a Rafael que vayamos a hablar ahí.

Mientras encendía la cafetera y preparaba unas galletitas, Rafael caminaba de una punta a la otra, seguramente pensaba en lo pequeño y diminuto que era mi departamento comparado con su enorme casa. Lo observé sin que se diera cuenta, mientras prestaba atención a cada detalle, oliendo el aroma de las velas decorativas, tocando una pintura que me había regalado Roma cuando se enteró que conseguí departamento, leyendo las etiquetas de los vinos y licores que tenía en una repisa... entonces, me pregunté por qué no había comprado nada cuando nos mudamos juntos a su casa.

Y cuando su atención se enfocó en la pared más grande repleta de fotografías de bodas, creí morir. Su postura impecable, las manos dentro de los bolsillos de su jogging negro, sus ojos yendo y viniendo de una imagen a la otra, la sonrisa impregnada en sus labios, la admiración y el respeto que transmitía era digno para otra foto... creo que nunca me había demostrado eso, quizá porque nunca se interesó en mi trabajo.

—Siempre pensé que hacías magia, pero esto... esto es increíble. ¿Las personas saben que tenés sus fotos colgadas en tu casa? Quiero saber si les pediste permiso para poner una foto de cada uno de ellos besándose el día de sus bodas —me miró y seguía sonriendo.

Bueno, tal vez sí le importaba.

—No, no lo saben. ¿Es un delito, estoy metiéndome en su privacidad?

—No... es tu trabajo y con tu trabajo hacés lo que querés... es solo que...

no sé, me parece tremendamente romántico que hagas algo así. Yo, en cambio, no colgaría en mi casa todos los casos que gané.

—Sí, eso no quedaría bien. Sería algo así como alardear. ¿No?

—Sí —coincidió, sin dejar de sonreír—. Estos meses me pregunté cómo sería tu departamento y ahora que estoy acá... ay, Faustina, tengo tantas cosas para decirte... tantas preguntas para hacerte.

Giró su cuerpo, pero no se acercó a mí.

—Tal vez puedo intentar no pelear... tenés que entenderme, vengo guardando todos estos sentimientos desde hace mucho tiempo...

—Y lo entiendo. Ahora, por favor, quiero que nos sentemos y me digas absolutamente todo lo que pasa por tu cabeza.

—¿Todo?

—Todo... sé que es mucho, pero lo necesito —admitió, sentándose en el sillón, esperando.

Tragué con fuerza porque todo lo que amaba estaba en mi departamento. En el sillón, precisamente. Bien, serví dos tazas de café, les puse leche descremada, crema, azúcar y me senté, dejando un espacio entre nosotros para poder acomodarme y mirar hacia la pared, porque no creía tener la fuerza necesaria para contarle todo lo que sentía sin llorar mientras lo miraba a los ojos.

Supuse que me entendió cuando le di la espalda y empecé a hablar.

—Yo creí que éramos como un ejército... al final me sentía fuerte porque Roma me había dicho que ustedes trabajaban en equipo y siempre quise eso... acaso, ¿estaba mal querer formar parte de algo para ser más valiente? De eso se tratan los equipos, de unir fuerzas y poder ayudarse unos a otros. ¿No?

—Exacto —susurró.

—No sé si te acordás ese día que estábamos en el avión y yo te dije que por primera vez estaba siendo valiente al enfrentarme con semejante problema... nuestro casamiento. En ese momento, era un problema. También te dije que era un progreso en mi vida, que nunca había hecho algo por mis propios medios y... al estar con vos, sentí que progresaba todo el tiempo.

—Entiendo...

—Si una cosa aprendí, fue que... yo podía sola. Tal vez era lo que vos más deseabas, pero creo que pude haberlo hecho a tu lado si vos hablabas

conmigo... y entonces, me dejaste sola. Me dejaste sola cuando más te necesitaba y empecé a dudar sobre todo... cuando creí que tu amor era invencible, estaba equivocada. Y... sé que puedo vivir sola aunque me cueste toda la vida.

Le di un sorbo a mi café, dejé la taza sobre la pequeña mesa y respiré porque estaba bueno sacarme todo de encima sabiendo que él me escuchaba.

—Me mirabas de una forma que nunca supe descifrar... era como si me metieras dentro de una burbuja y nada malo podía pasarme... y tenés razón, no pensé en cómo te sentías, ni en lo que te podía llegar a pasar... ahora sé que yo también te demostré, de alguna forma, que mi amor no era tan invencible. Pero me sentía segura con la persona que más amaba, pero hoy, de espaldas a vos, me doy cuenta de que eras el más inseguro, aunque no me creas.

—Te creo porque me siento así —volvió a hablar en voz baja.

Asentí con la cabeza.

—Decime, Rafael, ¿te parecía mal querer sentirme amada una vez en mi vida? Creí que vos... creí...

—Decime... —pidió.

—Creí que vos eras la única persona en el mundo que no iba a querer abandonarme, que no iba a lastimarme... pero me diste el golpe más duro de mi vida al dejarme sola. Y fue el que más me dolió.

—Faustina...

—Algo de todo lo que vivimos, ¿te pareció que estaba bien o todo lo que tenía que ver conmigo estaba mal?

—Mirame... por favor, mirame.

Me di vuelta muy despacio y lo miré. Me hubiese gustado ver una sonrisa en sus labios, esa que aparecía en los peores momentos, pero no... no estaba ahí. Todo lo que veía en Rafael era tristeza, remordimiento, pena, angustia, arrepentimiento. Tal vez, yo no estaba tan equivocada con lo que pensaba.

—Yo te amaba, Rafael.

—Y yo...

—No se trataba de manipulación, ni de dominar al otro, ni de ser la cabeza de una familia, lo nuestro era básicamente amor... las personas que se aman de verdad son incondicionales y sé que lo que eras, pero... supongo que eras incondicional a la fuerza, porque no te quedaba otra y... está bien si es así, tal

vez fue mucho para vos y claramente no lo soportaste.

—¿No lo soporté? Acaso, ¿un hombre no puede tener miedo?

¿A qué?

—¿Al amor?

Abrió la boca para reírse sin ganas y tiró la cabeza hacia atrás.

—¿A tu viejo, Faustina! Le tenía terror a tu papá. Miguel quería verme destrozado y eso es lo que vos nunca entendiste ni quisiste ver. Yo le quité a su hija, rompí nuestro trato...

—Un segundo... —me perdí.

—¿Un segundo la chota! Tu viejo quiso pagarme para que te devuelva... Dios, no entendés nada. Nada, Faustina —se agarró la cabeza con ambas manos y sus rojos se pusieron rojos por el enojo—. Vos no tenés idea de lo que era capaz tu papá...

—Vos no me contabas nada, aún así, juntos lo hubiésemos resuelto.

—¿¿Cómo?! Si vos te escapabas de él... Faustina, ¿alguna vez te preocupaste por mí?

—Creí... creí que...

*Dios mío.*

—¿¿Que era un súper héroe?! Bueno, no lo soy... los héroes no tienen miedo, yo sí. Si me hacía algo a mí, ¿qué iba a pasar con vos? Es más, ¿te diste cuenta de lo que era capaz de hacer tu papá cuando me viste subiendo a un patrullero!

—No grites... por favor.

Se puso de pie y caminó hasta el balcón. La puertaventana estaba abierta, así que salió y apoyando sus codos sobre la baranda, se quedó ahí, dándome la espalda.

—¿Por qué no me entendiste, Faustina? Prometiste amarme, cuidarme, respetarme, defenderme y... vos eras mi corazón y te arrancaste de mi pecho...

Me puse de pie y caminé para estar más cerca de él, porque su corazón me importaba y mucho.

—Rafael.

—Lo sé, sé cuál fue nuestro error. Empezar algo sabiendo que en algún

momento podía terminar... yo siempre supe que el día que decidieras dejarme, iba a aceptarlo. Corrías con la ventaja de la duda, de decidir y cuando llegó tu momento, no dudaste.

Se dio vuelta y sus ojos estaban aguados. Mi alma corrió hasta él para abrazarlo con todas sus fuerzas porque yo no me animaba.

—Esa noche lo pensé muchísimo...

—¡No me importa cuánto tiempo tardaste en tomar esa decisión!—se pasó las manos por el pelo mientras tomaba aire. Tal vez, a él también le costaba respirar cuando estaba conmigo—. La primera vez que te defraudé fue cuando te mentí en ese puto avión, cuando dije que también iba a casarme. La segunda, cuando acepté dejarte ir y no pedirte que lucharas por mí. Pero vos te pensás que para mí todo es fácil, que puedo romper patrones, que soy un vengador de la vida, que no sufro y no me preocupo por las personas que amo...

—Rafael...

—¡Antes de respirar por mí, respiraba por vos, Faustina!

*Clic.*

¿Alguna vez escucharon ese ruidito que hace la cabeza cuando nos damos cuenta que el otro también sufre por amor, que extraña con locura, anhela los recuerdos, necesita ser comprendido y escuchado? ¿Por qué creemos que solo nosotras podemos llorar en silencio una vez que estamos acostadas a punto de dormir o en la ducha así nadie más nos escucha? ¿Por qué pensamos que solo nosotras gritamos hundiendo la boca contra la almohada? ¿Quién dijo que solo las mujeres hacen catarsis con sus amigas? ¿Por qué nos cuesta creer que un hombre también tiene miedo?

Y cuando quise acercarme para... no sé, besarlo, abrazarlo y volver a empezar, su celular sonó, pero nuestro contacto visual no se rompió, atendió el celular y vi la forma en que su rostro comenzó a descomponerse. Se tiró el pelo hacia atrás, sus ojos se llenaron de lágrimas, su labio inferior tembló con la fuerza de un huracán y se largó a llorar como un niño.

Cortó. Se apoyó contra la baranda del balcón y solo pudo susurrar:

—Mi *nonna*.

**Volver a empezar.**

Me pidió que compre dos pasajes y en una hora y media, ya estábamos sentados en un avión. Él no dejaba de hablar por teléfono con Omar para ultimar detalles de varios casos que estaba siguiendo, y cuando despegamos, activó el *Wifi* de la aerolínea y continuó hablando... y yo solo quería acompañarlo, ¿qué otra cosa podía hacer?

¡Era Elena!

No sabíamos cómo estaba, ni qué había pasado... no teníamos idea de con qué íbamos a encontrarnos cuando llegáramos y yo solo deseaba que estuviera bien, que solo fuera un susto. Prefería fumar marihuana con ella antes de saber que... Dios, ni siquiera podía pensarlo. Ni siquiera sabía qué pasaba por la cabeza de Rafael.

Y cuando estaba por darme por vencida, lo vi apagar el teléfono, apoyar la cabeza contra el respaldo y cerrar los ojos. Y sí, estaba llorando. Me partió el alma ver esa lágrima que caía con torpeza por su pómulos y se perdía entre la barba oscura y tupida de su mejilla. Me destrozó cuando se apretó los ojos con las yemas de sus dedos y su pecho comenzó a convulsionar lento, suave y dolorosamente.

Me costaba creer que él no era tan fuerte como yo pensaba y como él mismo lo demostraba. Siempre se mostró tan valiente y tranquilo ante una circunstancia de peligro que no lo reconocía. Sin embargo, era obvio que en un caso como ese iba a dejar de lado su armadura de guerrero porque se trataba de su familia... su abuela significaba tanto en su vida.

—Va a estar todo bien—susurré, apretándole la rodilla.

—¿Lo prometés?

*Por Dios, Elena, más te vale que estés bien.*

—Lo prometo. Tu abuela es más fuerte que vos y yo juntos. Elena es... Elena. Y sé que hoy no le va a pasar nada. Lo sé.

Secándose las lágrimas me miró de reojo, subió el apoyabrazos y como si fuera un niño, apoyó la cabeza sobre mis piernas y se quedó dormido, después de mojarme todo el jean con sus lágrimas.

Y yo solo pude acariciarle el pelo los cuarenta minutos que descansó sobre mí.

Como era costumbre, Eusebio nos fue a buscar.

Siempre me pregunté qué iba a sentir cuando volviera, sin embargo, en ese instante, no quería sentir nada. Pensé en Mariana y en sus metáforas de la playa... no funcionó, así que me dediqué solo a buscar contacto con Rafael uniendo nuestras manos, con miradas, con sonrisas tranquilizadoras y apretones en su rodilla.

Fuimos directamente al hospital de San Rafael de Mendoza... no me soltó la mano en ningún momento. Me llevó en el aire hasta la habitación de Elena porque sus pasos eran más grandes que los míos y... tomó mucho aire antes de golpear, giró la manija y abrió.

Lo primero que escuché fue la risa de Hugo y el llanto de Roma, luego la voz de Elena y Rafael me soltó. Obviamente, me quedé en el lugar donde perdimos el contacto y desde ahí pude ver a Elena que apenas abría los ojos y pedía un vaso de vino tinto... Dios mío, pensé que iba a pedir un porro o algo así.

—Nonna... —gimió Rafael y se acurrucó al lado de su abuela.

—Nipote... estoy bien... solo fue un susto.

—¿Qué le pasó? —me animé a preguntar y todos me miraron.

Es que, ¿no se habían dado cuenta de que yo estaba en la habitación?

—Volcó con el carrito de golf —me explicó Hugo, mientras se acercó y me abrazó con fuerza.

*Vieja atrevida.*

—Me alegro de que haya sido un susto. ¿Cómo estás, Hugo?

—Ahora más tranquilo. Gracias por venir, mi amor.

Cuando Hugo me soltó, me acerqué a Roma y también la abracé para que dejara de llorar un poco. Cuando se separó de mí, susurró:

—Gracias por volver al faro, siempre estuvimos esperando tu regreso, Tina.

—Roma, sabés que los adoro... a todos.

Me abrazó otra vez. Miré a Elena, que levantó su mano para que la agarre. Me senté a su lado y le sonreí, aguantando las ganas de levantarla de la puta cama para que vuelva a ser la misma de antes.

—Creí que Rafael nunca iba a dejar de llorar, Elena.

Todos en la habitación rieron.

—Oh, mis niños. Yo estoy bien...

—Nonna, ¿habías fumado?

¡Por supuesto que había fumado y seguramente, iba muy rápido!

Esperen... ¿Roma y Hugo también lo sabían?

—Un poco —contestó ella y sonrió de oreja a oreja—. No pude controlar el volante, se me fue...

—Ya no podés manejar —sentenció Rafael.

—En tus sueños, *nipote*.

Todos reímos por las ocurrencias de esa vieja que, obviamente, nos volvió a unir. O tal vez, ya nos habíamos reconciliado y todavía no lo sabíamos. No era momento para pensar en lo que yo quería y deseaba, pero la única certeza que tenía era que no pensaba dejarlo solo en un ningún momento porque mi cabeza ya había hecho *clic*.

Dicen que estas situaciones son las que definen... o te alejás o te unís para siempre. Creí que el accidente de Elena nos había acercado lo suficiente para poder arreglar las cosas entre nosotros, buscar una solución, seguir hacia adelante, caminar juntos y... no sé, tal vez volver a intentarlo sin hablar del pasado.

—Váyanse a bañar, tenés una pinta horrible, *nipote*.

—Nosotros nos vamos, si solo me prometés que te vas a cuidar un poco más.

Habíamos vuelto a ser *nosotros*.

—Lo prometo. Pero escúchenme una sola cosa... la verdad solo importa para ustedes dos... solo ustedes saben cómo solucionarlo. Con amor, chicos... amor.

—Lo sé, *nonna* —contestó él.

¿De verdad lo sabíamos?

—Ustedes nunca se fueron para irse, se fueron para quedarse en el otro...  
decile, Rafael, decile lo que siempre repetís.

—Nonna...

—Por favor.

No entendía nada.

Entonces, Rafael me miró y sonrió.

—Faustina, no va a haber nada que puedas decir o hacer para cambiar mis  
sentimientos... lo pensé antes y lo hago todos los días de mi vida.

—¿De verdad?

—No me cree, *nonna* —susurró, sin dejar de mirarme.

Elena me apretó la mano y la miré.

—Tenés que prometerme dos cosas...

—¿Dos? —pregunté.

—Sí, dos. La primera, que vuelvan a ser felices. La segunda, encontrá a tu  
mamá...

—Elena, estoy segura de que puedo con la primera porque... yo también  
amo a Rafael. Pero la segunda es más complicada.

—Todos queremos saber... y vos, *mia cara*, tenés que saber por qué tu  
mamá se fue. Hacelo por mí...

—Elena, podemos hablar de esto en otro momento.

—Prometelo.

—Lo prometo —susurré y le apreté más la mano.

—Bien, ya se pueden ir a bañar. Tienen mucho olor a transpiración y mal  
aliento.

La besé en la mejilla, la apretujé un poquito y después salí de la habitación  
para darles un poco de espacio. Me senté en la sala de espera que estaba a  
mitad de pasillo y por primera vez, después de mucho tiempo, entendí que yo  
no había cambiado... las personas no cambian nunca, solo aprenden a vivir  
mejor y mientras tanto, aprenden a ser mejores personas, tratan de modificar  
eso que no estaba bien. Y yo, definitivamente, no había hecho ninguna de las  
dos cosas... no cambié ni modifiqué nada, solo estuve rebotando de un lado a  
otro, superando obstáculos, avanzando sobre las lomas y seguí viviendo.

—¿Faustina?

Levanté la mirada y ahí estaba él, con los ojos llorosos, temblando y con el saco del traje hecho un bollo en la mano... se sentó a mi lado y dejó escapar todo el aire que, seguramente, había acumulado desde Buenos Aires a Mendoza, hasta corroborar que su *nonna* estaba fuera de peligro.

—¿Vamos a estar bien? —preguntó.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros... necesito saberlo.

—Antes de decir que sí, voy a contarte algo.

—Mierda, estuviste con alguien.

Me reí fuerte y él sonrió, aliviado. ¿Por qué siempre retomaba ese tema?

—No, Rafael, no estuve con nadie. Lo que quiero decir es que... pienso que todo lo que viví en mis treinta años, le pasó a otra persona. No pude asimilarlo, ni aceptarlo, solo pienso que es la vida de alguien más y no la mía, y si seguí adelante fue porque tengo que vivir. Así que, ya sabés, no soy fuerte ni mucho menos valiente, solo soy esto y no voy a cambiar. Solo estoy viviendo lo mejor que puedo.

Asintió con la cabeza, mientras dejaba escapar una risa nerviosa entre dientes.

—Y yo soy un puto llorón y el más débil de la relación, a la mierda con el *Diablo*, al carajo con todo... ay, Faustina, si supieras que sos más fuerte de lo que pensás, entenderías tantas cosas.

Lo empujé chocando mi hombro contra el suyo.

—Y yo no creo que seas un puto llorón.

—No va por ese lado, Faustina. Voy a resumirte en una oración cómo me sentí desde el primer día que te conocí y no voy a hablar más del tema.

¿De verdad iba a resumirlo?

—Bien, te escucho.

Respiré con fuerza, con mucha fuerza. Él también.

—No hubo un minuto en el que no dejaba de esperar que te dieras cuenta de todo lo que yo estaba padeciendo por no saber qué iba a pasarte.

Entonces, se puso de pie y extendiendo su mano, me invitó a seguirlo. Lo hice y cuando estábamos caminando por el pasillo del hospital, me abrazó con fuerza por mis hombros y pasé un brazo por su cintura. Nunca habíamos caminado así... en realidad, nunca caminamos juntos por algún lugar que no

haya sido la finca o nuestra casa.

—Sí, vamos a estar bien. Muy bien —susurré.

Plantó un beso en mi cabeza y de esa forma, volvimos a empezar.

\*\*\*

Era muy tarde, pero moríamos de hambre. Por eso, estábamos amasando pizzas. Él vestido con un pijama azul oscuro y yo con una remera enorme que me había prestado, entre los nervios y la angustia de no saber qué estaba pasando con Elena, había olvidado por completo empacar una muda de ropa.

—¿Por qué nunca cocinamos juntos? —preguntó.

—Porque existe Mirta. ¿Qué pregunta es esa?

Nos reímos por mi respuesta.

—¿Por qué nunca anduvimos en auto? Nunca salimos a cenar afuera, no tuvimos una cita, no... no corríamos juntos a la mañana, no hacíamos nada juntos, Faustina. Cada uno tenía su vida y nos juntábamos por la noche cuando llegábamos de trabajar y...

—¿Firmaste el divorcio?

Dejó de ponerle salsa a la prepizza y sonrió.

—Ni siquiera sé dónde están esos papeles de mierda.

—Lo sabía —admití, sonriendo de oreja a oreja.

Terminé de cortar el queso, me senté encima de la mesada y le di un buen trago a mi cerveza, mientras Rafael metía las pizzas en el horno y se ubicaba a mi lado.

—¿Por qué nunca hicimos cosas que nos gustaran a los dos?

—No lo sé, Rafael. Supongo que pasamos por alto el noviazgo al casarnos... no hizo falta tener una cita, dos o tres. Nos casamos confiando en dos opciones, estar juntos para siempre o...

—Es para siempre, Faustina —se ubicó entre mis piernas y puso sus manos a ambos lados de mi cadera—. Yo soy esa persona que te quiere y que confía en vos. Solo te quiero a vos, vida mía.

Sonreí y miré sus preciosos ojos azules que volvieron a observarme de esa forma tan desesperada que me quitaba el aire.

—¿Te acordás cuando me dijiste que me jurabas por tu vida que yo te iba a amar más que a nadie?

—Por supuesto, fue un juramento.

—Bueno, te amo más que a nadie, Rafael.

Apoyo su frente en mi pecho y respiró con fuerza. Mientras, sus manos se metieron bajo mi remera, clavándose en mi piel; su aliento caliente golpeada con fuerza contra mi pecho y...

—No puedo... ahora no puedo, no tengo la cabeza para esto —susurré y levantó la cabeza.

Acercó sus labios entreabiertos a mi boca y me acarició.

—Te necesito, vida mía.

—No voy a poder concentrarme.

Y era verdad, ya sabíamos que Elena estaba fuera de peligro y tenía la certeza de que Rafael y yo éramos un equipo otra vez... entonces, pensaba en mis empleados, en la mercadería que seguramente se estaba pudriendo en la heladera de mi departamento, en la ropa que había dejado en el lavarropas... pensaba en... en...

—Entonces, ¿por qué me abriste las piernas?

Y de esa forma, sus labios se abrieron sobre los míos y apretando mis mejillas con una sola mano, me metió la lengua hasta el fondo.

Me había olvidado lo avasallante que era cuando teníamos relaciones, no recordaba lo fuerte que eran sus manos, la dulzura de sus labios, la humedad de su lengua, la respiración agitada, esa desesperación incontrolable que sentía por mí. Entonces, le quité la remera, le bajé el pantalón y corriéndome la tela de la bombacha, hice que su pene entrara en mi cuerpo.

—Aaaah —gemimos al unísono.

Tiré de su pelo, me abracé a su cuello y lo besé.

—Te amo —dijo, antes de hacerme el amor.

—Yo también te amo —susurré contra sus labios.

Estábamos riendo. Sí, por más loco que suene, estábamos riendo mientras hacíamos el amor encima de la mesada de la finca.

La tristeza había desaparecido y ya no me dolía el cuerpo. Y empezar mi vida otra vez con la persona que amaba, no resultaba insoportable, al contrario, era como seguir caminando pero esa vez, acompañada.



**Mi mamá.**

Todos queremos saber de dónde venimos. Indagar sobre nuestra familia es algo natural, tanto como respirar y vivir. Miramos fotos y tratamos de distinguir rasgos para ver a quién nos parecemos, de quién heredamos los pies, el color de ojos y del pelo, el cuerpo, el carácter.

Cuando lo hablamos con Rafael, mi cabeza hizo otro *clic*.

—No recordamos nítidamente los recuerdos sino que los reconstruimos. Lo mismo pasa en un juicio con un testigo, lo que él declare no es cien por ciento fiable, no puedo creerle al pie de la letra todo lo que afirma porque es imposible. Entonces, lo que creemos recordar no es exactamente lo que pasó. Uno no sabe la verdad sobre las cosas y creo que por eso deberías hablar con tu mamá, para poder saber qué pasó en realidad porque vos eras chica. Uno no está condenado al pasado porque eso sería algo así como estancarnos... si bien cada persona tiene un pasado diferente y una diferente manera de saberlo, no para todos es lo mismo, muy rara vez pasa eso... lo que recuerdes vos no es lo mismo que recuerda tu hermana o tu mamá.

Estuvimos casi dos días investigando el paradero de Paula, mi madre. Y una vez que Elena volvió a la finca y se encontró bien, nos tomamos un vuelo hacia la provincia de Córdoba, alquilamos un auto y viajamos hasta la ciudad de La Calera, a diez kilómetros de la Capital. Frenamos en frente de su casa y esperamos... esperamos a que mis nervios se perdieran un poco. No hubo caso, así que decidimos salir del auto y justo cuando estábamos por tocar timbre, una nena pelirroja de unos diez años salió y se quedó durita con la muñeca en brazos.

—¿Está tu mamá en casa? —pregunté.

La nena dio media vuelta y entró. Miré a Rafael y me sonrió... no, esa sonrisa no me tranquilizaba. Y entonces, mi marido me hizo una seña con sus

ojos para que mirara hacia la casa y ahí estaba ella. Como para no reconocerla. Su pelo naranja y largo como el mío, sus ojos celestes, pecas en todo su rostro, nariz respingada y labios en forma de corazón. Es que ¿no habían pasado los años para ella? Seguía tan hermosa como la última vez que la vi, solo las patas de gallo se marcaban alrededor de sus ojos.

—Faustina —susurró y se llevó una mano hacia el pecho, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y sonrió.

Comenzó a caminar hacia mí, abrió la puerta de reja y ya no supe nada más. Cerré los ojos porque no podía parar de llorar y el aroma que siempre recordé, se impregnó en mi nariz. Después de tantos años, nos estábamos abrazando como si verdaderamente me hubiese extrañado.

—Mami.

Se separó de mí y me secó toda la cara. Delicadamente, pasó las yemas de sus dedos para quitar todo rastro de agua y volví a ser esa niña que se pasaba el día en los brazos de su mamá. No me había dado cuenta de cuánto extrañaba sentirme apretada por Paula.

—Mi dulce rojita.

—¿Rojita? —miré a Rafael. El tonto también estaba emocionado—. No me habías dicho que tu mamá te llamaba rojita.

—Mamá, él es Rafael, mi marido.

—¿Te casaste? Ay, perdón... hola, Rafael. Hola... —lo abrazó y le dio muchos besos en una de sus mejillas—. Bienvenidos a mi casa. Pasen, por favor. Pasen... rojita, mi amor. Tenemos tanto de qué hablar.

Debo admitirlo, me sentí un poco triste porque... la casa de mi mamá era muy humilde y sencilla. Si bien estaba todo impecable, limpio y ordenado, a pesar de no saber que esperaba recibir visitas... estaba descolocada. Yo ganaba muchísimo dinero, podría haberla ayudado todo ese tiempo para llevar una vida mejor. Pero qué tonta fui... su casa lo tenía todo. Amor, cariño, abrazos... una hijita de diez años que no se movía de su lado. Todo lo que me había faltado a mí desde que se fue.

—¿Ella es mi hermana?

—Sí —miró a la nena y le sonrió con toda la dulzura del mundo—. Ella es Milagros.

—Hola Milagros, soy Faustina y él es Rafael... ¿Cómo estás?

—Confundida —contestó con una vocecita tan tierna.

Los tres reímos. Por supuesto que estaba confundida. Todos lo estábamos.

—¿Quién quiere un helado? —preguntó Rafael, llamando la atención de Milagros.

—¿Puedo, mamita? Por favor... ¿Puedo?

Me dio tanta pena. Miré a mi mamá y asentí con la cabeza para que la dejara ir con Rafael. Claro que lo dudó, ni siquiera lo conocía.

—En la esquina hay una heladería.

—Muy bien. ¡Vamos por el helado, pequeña! —dijo él y estiró la mano hacia Milagros.

Mi hermana ni siquiera lo dudó, a los pocos segundos, ya se habían ido.

—Gracias por confiar en él... Rafael es muy bueno, no te preocupes.

—Siempre fuiste desconfiada con las personas, rojita. Y si elegiste a alguien como él para pasar el resto de tu vida, yo también lo elijo para que vaya a tomar un helado con mi hija.

Respiré con mucha fuerza y...

—No hacía falta que te vayas, mamá. Podrías haberte quedado con nosotras o...

—Es que, no podía quedarme, Fausti. No podía...

—¿Por qué?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró el suelo, se alisó el pantalón de algodón azul oscuro que tenía unas manchas de lavandina y trató de taparse la punta de la zapatilla de lona que tenía un agujerito. No quería que sintiera vergüenza... solo quería que hablemos. Solo eso...

—Mamá, creo que cuando uno toma la decisión de tener un hijo y ser padre y formar una familia... no puede cambiar de idea así como así, no puede simplemente dejarlos... olvidar.

—No me arrepentí de tenerlas, no me olvidé...

—Él era violento con vos, muy violento.

—Y por eso yo me estaba volviendo loca, hija. No estaba bien... y si me quedaba con ustedes iba a matarlos porque... Dios mío... iba a asesinar a tu papá y a ustedes porque nunca me habrían perdonado por dejarlas huérfanas. Iba a arrastrarlas a mi oscuridad, a mi depresión y locura, a mi enojo... y eso

no estaba bien.

¿Y si tenía razón?

—Entonces, ¿estuvo bien dejarnos con él? A la deriva...

Mi mamá se sentó a mi lado y agarrándome las manos entre las suyas, susurró:

—Yo no podía respirar, no podía levantarme de la cama, ni vestirme, ni quererlas... no podía ver. Y ustedes eran chicas, yo no podía decirles que estaba condenada a una vida sin salida. Yo necesitaba ser libre y con tu papá nunca iba a conseguirlo. No tenía amigas porque Miguel no me dejaba, quise buscar ayuda con un psicólogo y tampoco me lo permitió. Ni siquiera me dejaba llevarlas a la escuela o ir a una plaza para tomar un poco de aire... estaba encerrada, hija. Acaso, ¿no podía tener una vida?

Claro que podía. Pero lo que yo no soportaba era su abandono...

—Nos dejaste con un hombre violento.

—Él nunca les pegó mientras yo estaba con ustedes... es más, Fausti, yo me estaba convirtiendo en él. Vos eras muy chica, pero empecé a gritarles y...

—Lo recuerdo. Sí, me acuerdo de eso. Entonces, te fuiste y encontraste ayuda. ¿No?

—Ayuda —repitió—. Viví en la calle dos años... tu papá ni siquiera me dejó llevarme un par de medias. Y... me hice una amiga, una cordobesa que me invitó a seguirla. Su familia vivía acá, así que, un día, decidimos viajar y conocí a su hermano... y él se enamoró perdidamente de mí. Nos juntamos porque no podíamos casarnos, tuvimos una hija y me dio la libertad que siempre deseé. Pero no hubo un día en el cual que yo no rezara por ustedes.

—Pero si de verdad me amabas, ¿por qué no me llamaste?

Jadeó en medio de un llanto sin control y se puso de pie. Abrió la heladera, la cual no tenía nada, excepto una jarra de jugo y otra de agua, y una olla. Sirvió dos vasos de agua, uno se lo tomó, el otro, también.

—Yo quería que ustedes vengan a vivir conmigo. René no me puso un impedimento cuando le dije que quería ir a buscar a mis hijas, es más, él me dijo que iba a conseguir otro trabajo para poder mantenernos a las tres... llamé a Miguel y él me dijo que no. No quiso que ustedes vivieran conmigo. Me amenazaba... yo quería darles una vida mejor. Me prometí que, una vez que tuviera un hogar, iba a ir a buscarlas, pero él... no me dejó. Dijo que ustedes tenían una vida en Buenos Aires, que tenían amigos y un papá que las

amaba y las cuidaba...

¿Debía decirle que vivir en la calle hubiese sido mejor que malvivir con mi papá? No, por supuesto que no podía admitirle algo así, iba a destrozarla, iba a hacer que se arrepintiera toda la vida por dejarnos, por creer en su ex marido, por confiar en alguien que le pegaba. A cambio de eso, preferí decirle una de todas mis verdades.

—No hubo un día en el cual no mirara por la ventana esperando que volvieras. Quería que volvieras, mamá.

Se arrodilló a mis pies y se abrazó a mis piernas con fuerza. Traté de que no lo hiciera, quise levantarla, no me dejó.

—Perdón, rojita. Perdón... perdoname, por favor. Perdoname...

—Te perdono —susurré y la abracé, besando su cabeza.

Y entonces, escuchamos unas risas chillonas y alegres que provenían de afuera. La puerta se abrió y Rafael llevaba bolsas y bolsas de mercadería en sus manos, y Milagros tenía una también, repleta de galletitas y helados. La sonrisa que tenía esa nena en sus labios era un motor. Seguramente, el que encendía a mi mamá cada mañana.

Entendí que yo también hubiera hecho lo que pensaba que era correcto para mi hijo. Acaso, ¿no había tomado la decisión más difícil? Yo había terminado con la vida de Benjamín... sé que no se comparaba, pero también había hecho lo mejor. ¿No?

En ese instante, me juré a mí misma nunca contarle a Paula todas las cosas que me había hecho mi padre, los golpes y los insultos, mucho menos iba a develarle cómo conocí a Rafael y que tal como René, también me había dado la libertad que siempre deseé. Preferí dejar que pensara que Miguel había sido un buen padre, cariñoso, dulce y tierno. Preferí hacerlo porque ella era mi mamá y era feliz sabiendo que hizo lo mejor.

Me hice una promesa, una que estaba dispuesta a cumplir: amarla y cuidarla, perdonarla y olvidar. No podía volver el tiempo atrás, pero sí podía disfrutarla toda su vida.

—¡Rafael! Hijo, no hacía falta que compraras todas esas cosas. Dios mío, ¿cuánto gastaste?

—No es nada, Paula. Solo dejé que Mili eligiera y resultó ser que eligió casi todo el supermercado. ¿No, pequeña?

Me reí con fuerza. Dios mío, cómo amaba a ese hombre.

—Y ahora vamos a ir a una juguetería —dijo Milagros, apretando sus manitos en el centro de su pechito con un paquete de galletitas, como si no quisiera que se acabaran. ¡Nunca más iban a faltarle galletitas!—. ¿Puedo irme con ellos un rato, mamita?

Mis ojos se llenaron de lágrimas y miré a Rafael. Él sonreía tanto que me emocionaba. Siempre lo dije, lo amaba tanto que me emocionaba.

—Vida mía —me mostró esa sonrisa que me hacía volar—. ¿Vamos a la juguetería?

—Sí. Por favor...

—Paula, ¿te gustaría almorzar un asado? ¿Tu esposo está trabajando o puede venir?

—Su turno termina al mediodía... va a estar muy contento. ¡Va a estar feliz! Gracias, Rafael —mi mamá lo abrazó con tanta fuerza—. Gracias por sacarla de ahí.

No le estaba agradeciendo por la comida, le estaba agradeciendo por haberse casado conmigo. Eso me hizo pensar que tal vez, sabía algo. Mi marido sacudió los hombros y le sonrió.

—No la saqué de ningún lado, Paula. Faustina me enamoró desde el minuto uno en que la conocí en ese avión.

—¿Se conocieron en un avión?

Rafael me miró y él también lo supo. Supo que yo no le había dicho nada a mi mamá.

—Sí, en un vuelo de cabotaje y desde ese día, se convirtió en mí vida. Nos casamos dos días después y nuestro matrimonio nos enamoró.

Le sonreí porque era verdad.

—Es la historia más romántica que escuché. Voy a llamar a René, le voy a decir que tengo una sorpresa para él. ¡Ay, ya quiero que lo conozcan!

Minutos después, llevamos a Milagros a una juguetería y le compramos cinco muñecas, tres bebotes, una cocinita, un juego de herramientas, un camión de bomberos, un auto de policía, una pelota y... ah sí, tres juegos de mesa.

Cuando volvimos a la casa de mi madre, ella ya había hecho las ensaladas y en el aire, se olía el humo del carbón.

—¿Habrá llegado René? —preguntó Rafael, tomándome de la mano—. Menos mal, porque no sé hacer asado.

Me reí con ganas y lo besé en los labios.

—Te amo, amor. Te amo y gracias por esto...

—Yo no hice, ni siquiera estuve presente cuando hablaron. ¿No te diste cuenta? Todo lo hiciste vos, vida mía. Todo... y por eso te amo.

Recordé el sueño que tuve... esa pesadilla que nada tenía que ver con la realidad. ¿Se acuerdan? No quise darle demasiadas vueltas porque no lo necesitaba.

Besé otra vez los labios de mi marido, agarramos las bolsas y las cajas de juguetes, mientras entramos en la vivienda. Mi mamá no paraba de gritar junto con Milagros por todos los juguetes.

—Mili, esto vale por Navidad, Reyes, Día del niño, cumpleaños... esto es muchísimo. ¿Les dijiste gracias?

—Sí, un montón de veces —contestó Rafael, mirando hacia el patio—. ¿Llegó René?

—Ay, sí. ¡René! ¡René, llegaron los chicos!

René entró casi corriendo, se limpiaba las manos en un repasador que colgaba de su hombro. Lo primero que miré fue su panza... y sonreí, porque nada tenía que ver con mi padre. Pero su sonrisa y el brillo de sus ojos, me conmovió.

—Wow... Faustina, qué alegría tenerte en nuestra casa. Yo... esperé tanto este momento —se acercó a mí y me abrazó con fuerza. No me importó el olor a humo, ni que me ensuciara con restos de carbón—. Sos igual a tu madre... gracias por venir. De verdad, gracias.

Se separó y temblaba. Todo su cuerpo temblaba.

—Gracias a vos, René. Me había olvidado de su sonrisa... es bueno saber que acá es feliz.

—Ay, nena... no me hagas llorar.

Volvió a abrazarme. Cuando se separó, miró a Rafael.

—¿Qué tal? Soy Rafael, el marido de Faustina.

—¡Campeón! Compraste todo esto. ¡¿Sabés cuánto hace que no como un asadito?! Vamos, papá. Vamos a tomar unas cervezas al lado de la parrilla.

—¡Claro! —contestó Rafael y salieron abrazados hacia el patio.

Volví a respirar y a sonreír, volví a ser feliz.

Me senté en el piso junto a mi hermana.

—Si vos tuvieras un hijo, yo sería la tía. ¿No? Una tía chiquita, pero tía.  
Qué linda era.

—Sí, serías tía. Una pequeña gran tía.

—¿Y cuándo vas a tener bebés?

Mi mamá se sentó junto a nosotras y me tomó de la mano. Yo también necesitaba ese contacto con ella... quería aprovechar cada segundo para poder estar conectada.

—No sé... en un tiempo. Yo... yo... estuve...

—Ay, rojita. No me digas que perdiste un bebé.

—Sí —contesté y sonreí—. Pero no pudimos... no nació. Él... se llamaba Benjamín.

—Benjamín, un angelito.

—Sí, es un angelito.

—¿Vive en el cielo? —preguntó Milagros.

—Sí... y en mi corazón.

—Y ahora en el mío —mi mamá me apretó más fuerte la mano—. No te preocupes, Dios te va a bendecir con otra criatura. En la vida todo vuelve... lo bueno que uno haga se triplica y él lo sabe. Ya vas a ver.

Asentí y traté de sonreír.

—Tengo algo para vos, rojita. Te lo escribí hace mucho tiempo, pero nunca pude dártelo.

Fue a su habitación y a los segundos volvió con una foto en su mano. Éramos nosotras dos el día que empecé la primaria, recordé ese día porque era uno de los últimos momentos importantes que pasamos juntas. Me pidió que la diera vuelta y atrás, escrito en puño y letra, había un poema.

*Cronología (Lyrics)*

*Si el sol de la mañana*

*acaricia tu color.*

*Cuando ríes, cuando amas,*

*búscame en tus fotos, búscame.*

*¡Búscame!*  
*Cuando comiences tu día*  
*y lo endulces con tu voz.*  
*Cuando todo esté en tu vida,*  
*búscame en tus fotos, búscame.*  
*¡Búscame!*  
*Cuando sientas la nostalgia,*  
*cuando el tiempo avanzó,*  
*cuando estés lejos de casa,*  
*búscame en tus fotos, búscame.*  
*Si la Luna te confiesa*  
*los secretos del amor.*  
*Cuando sigas tu cometa,*  
*búscame en tus fotos. Búscame.*  
*Si el destino nos aleja,*  
*búscame en tus ojos y estaré.*

Me di cuenta de que yo había hecho eso. Todos esos años que estuvimos separadas, la había buscado en mis fotos, en mis ojos, en todo lo que se relacionaba con ella.

—Es hermosa, mami. Gracias.

—De nada, rojita. Espero que la guardes siempre en tu corazón como yo hice hasta el día de hoy.

—Lo prometo —la abracé y la besé con fuerza en su mejilla. Guardé la foto en mi cartera y volví a sentarme junto a Milagros, todavía con el cuerpo temblando y con ganas de llorar.

No iba a llorar. Quería esperar hasta estar sola para hacerlo.

—¿Y Tania?

Como en el sueño, pensé.

—No tenemos mucha relación, mamá.

—Ay, no me digas eso.

—Sí...

—¿Y tu papá?

Medité unos segundos la respuesta y al final, dije:

—En la vida todo vuelve. ¿No? Lo malo también —asintió—. Bueno, él está internado en un geriátrico, postrado en una silla de ruedas, no habla, no come... no puede mover sus manos. Quiero creer que tampoco piensa.

Paula volvió a apretarme con fuerza.

—El rencor y los malos recuerdos, no sirven. No te llenes de eso, rojita. Las cosas siempre pasan por algo.

Besó mi cabeza y se levantó del piso. ¿Y saben qué? La vi sonreír... pensé que se alejaba de mí para poder asimilar la noticia, pero fue todo lo contrario. ¿Y quién era yo para juzgarla, eh?

Un rato después, la ayudé a acomodar toda la mercadería que Rafael había comprado para ellos, desde comida hasta artículos de limpieza para la casa, varias cosas para el baño y... no había sido Milagros, fue él. Miré por la ventana y Rafael hablaba animadamente con René. Reían y se abrazaban de vez en cuando, chocaban las manos, se empujaban y... no sé, quise creer que mi marido siempre había querido tener un suegro y tal vez, en René encontró eso. ¿No?

Llegué a escuchar unos chistes cordobeses muy graciosos que le contaba René y reían a carcajadas, gritaban y hasta escupieron cerveza por la tentación.

—Tenemos el mismo color de pelo. ¿Te diste cuenta?

Me di vuelta y Milagros me miraba de arriba abajo, mientras se aguantaba las millones de preguntas que, seguramente, quería hacer.

—Sí, nos parecemos muchísimo. ¿Querés hacerme una trenza en el pelo?

—¡Sí! Voy a traer las gomitas de colores.

Al final, me hizo quince trenzas y mi mamá nos tomó una foto. Me emocionó saber que a ella también le seguía gustando la fotografía. Le conté lo que hacía con mi trabajo, le admití que tenía guardada la primera cámara fotográfica que me había regalado, le expliqué que era lo único que me mantuvo unida a ella en todo ese tiempo.

Un ratito después, salí al patio para hablar con René. Rafael había ido al baño, así que tenía unos minutos a solas.

—Quería pedirte un favor.

—El que quieras, mi hija. Todo lo que pueda darte...

—No se trata de eso, es lo contrario.

Asintió con la cabeza.

—Decime.

—Voy a enviarles dinero todos los meses... por favor —levanté la mano para que me dejara terminar de hablar—. Es lo menos que puedo hacer. Ustedes pueden utilizarlo para lo que quieran. La escuela de Milagros, el supermercado, una salida en familia... lo que deseen. Yo estoy en deuda con vos, René.

—Pero el dinero no sirve, mi hija. Prefiero que vengas a vernos todos los meses antes de que me regales plata... no la necesitamos.

—Pero yo sí necesito hacerlo. No voy a desaparecer, René. Voy a venir a verlos dos veces al mes o más... voy a invitarlos a Buenos Aires muy seguido porque... porque ustedes son...

—Tu familia. Nosotros somos tu familia. Y yo voy a pedirte un favor... esto háblalo con tu mamá. El dinero que vos quieras regalarle a tu mamá es bienvenido y ella va a poder hacer lo que quiera... no entiendo por qué me lo pedís a mí.

—Sencillo... vos salvaste a mi mamá y voy a estar en deuda toda la vida.

René me abrazó. Se le escapó una lágrima que la secó rápidamente. Luego, me convidó cerveza y acepté.

—Era tan miserable que no jugaba a las cartas por no dar —René era muy gracioso. Demasiado—. ¡No jugaba al tenis por no sacar! Cuando le preguntaban en la escuela el resultado de dos por uno, te respondía: ¡oferta! — todos nos reímos, hasta me dolían las mejillas—. Entonces, le ordena al hijo que vaya a la casa del vecino a pedirle prestado el martillo. El nene vuelve y le dice: “papi, dice el vecino que no te lo presta porque se le gasta”. El tipo se puso loco: “qué miserable hijo de puta. Hacé una cosa, hijo, abrí el cajón y dame el mío”.

De verdad, nos reíamos tanto que no había un momento de silencio entre chiste y chiste. René era increíble, te hablaba y le creías absolutamente todo hasta que mi mamá le pedía que dejara de mentir. Entonces, volvíamos a reír.

La familia de mi mamá nada tenía que ver con la de Rafael, eran dos polos completamente opuestos y aún así, mi marido me demostraba estar encantado, divertido y más relajado que nunca, no le importaba que en la mesa hubiera platos de diferentes juegos; o que René tomara Fernet con Cola en una botella

de plástico cortada por la mitad; que no pusieran mantel; que hablaran con la boca llena... a pesar de la riqueza de su familia, a él no le importaba. Tal vez, me faltaba saber millones de defectos y virtudes de él, porque a pesar de estar tanto tiempo con una persona nunca llegamos a conocerla. A mí me faltaba más tiempo con mi marido.

De repente, me asaltó la idea de querer compartir más... no solo una bandeja sacada de la heladera y calentada en el microondas por las noches. Yo deseaba más. Quería que riera como lo hacía en ese instante; que estuviera relajado y que siempre sonriera así, una sonrisa de costado y los ojos achinados, el pelo revuelto y los brazos cruzados en el pecho... ay, Rafael. No sé cómo podía amarlo tanto.

De repente, me miró y guiñándome un ojo, sonrió más.

—¿Estás bien?

—Sí... solo te miraba.

—Me encanta que me mires así.

Escuché la risa de mi mamá, estaba sentada en las piernas de René y se abrazaban, mientras reían. Parecían felices.

—Ay, chicos. Estoy tan contenta... se los ve tan enamorados.

—Lo estamos... mucho —afirmó él.

—Rafael, tengo que hacerte una pregunta.

Sonrió más, pero parecía un poco confundido.

—Te escucho.

—¿Te querés casar conmigo?

—Ya estamos casados, vida mía.

—Por iglesia no. Me gustaría mucho que nos casemos acá... en Córdoba. Una ceremonia íntima, solo nosotros con mi mamá.

Escuché las risas de Paula y René. Rafael, en cambio, se puso serio y respondió:

—No sé, tengo que pensarlo —se acercó a mí y besó mis labios—. Sí, quiero casarme con vos.

Con Rafael quería vivirlo todo. Todo.

Cuando se hizo de noche, mi mamá nos pidió que nos quedáramos a dormir

ahí, nos dijo que ellos podían dormir en el sillón, me pareció algo incómodo para el peso de René. No podía dejarlo dormir ahí. Así que, nos fuimos a un hotel con la promesa de volver al otro día.

Entramos en la habitación y caímos rendidos en la cama. De la nada, empecé a reír. Me tapé la cara y reía, no podía parar. Era una risa mezclada con llanto... era emoción con un poco de tristeza. Ese día había sido el mejor de mi vida, pero el que me había robado más energía. Tenía tantas cosas en la cabeza... situaciones que quería olvidar y no podía, el enojo hacia mi papá había aumentado de manera drástica y el amor hacia mi mamá había vuelto con todo.

Cuando me calmé, miré hacia la izquierda y Rafael estaba acostado de lado, su brazo en V y la cabeza apoyada en su mano. Sonreía.

—Hoy lo hiciste muy bien, Faustina. Me siento muy orgulloso de mi esposa.

—No lo hubiera logrado sin tu ayuda. ¿Ves? Nosotros dos hacemos un buen equipo.

Asintió cerrando los ojos y sonrió más. Dios mío, qué hermoso era.

—¿Sos más feliz? —preguntó.

Respiré con fuerza, secándome las lágrimas.

—Sí, soy feliz. Ver a mi mamá tan bien... ay, Rafael, no sé cómo agradecerte por quedarte, aceptarlos...

—¿Aceptarlos? Dios, mujer, ojalá los hubiera conocido antes. René es... es un aparato. Tu mamá es la dulzura personificada. Y Milagros es una nena muy tierna, inteligente y millonaria.

—¿Millonaria?

—Tiene todo... tiene a sus padres que la aman y se desviven por darle lo mejor. ¿Viste la carita que tenía cuando no sabía con qué jugar primero? Ella solo se sentó en el piso y puso todos los juguetes alrededor y... no sabía qué agarrar, le brillaban los ojitos. ¿Alguna vez te conté lo de mis ranas?

Lo amaba.

—No, nunca —respondí, prestándole toda mi atención.

—Era chiquito y quería un perro. Siempre quise tener un perro, pero no me dejaban. Mi *nonna* decía que mis mascotas eran los caballos, las ovejas y las vacas. Yo solo quería un perrito... mis papás me llevaron a una veterinaria y me convencieron para que comprara ranas africanas, eran blancas y vivían

bajo el agua. Tenía que darles de comer gusanos de polillas. La primera vez, se los di, la segunda, no pude hacerlo —no dejaba de sonreír—. Entonces, mi *nonna* me dio restos de lana para meter dentro del frasquito, tenían que comer... un día, abrí el frasco y ya no eran más gusanos, eran unas tremendas polillas que salieron volando y se esparcieron por toda la casa —Rafael empezó a reír y me contagió—. Agujerearon cortinas, sábanas, alfombras... no quería que las maten.

—Es la historia más tierna que escuché.

—¿De verdad te querés casar por iglesia con un criador de polillas?

Reí fuerte y lo empujé tocando su hombro. Agarró mi mano y me besó la palma. Pero yo deseaba que besara mis labios... me subí encima de su cuerpo y entrelazando nuestros dedos, llevé sus manos por encima de su cabeza y lo besé. Nuestros labios se abrían y se cerraban por turnos, nuestras lenguas chocaban algunas veces y nuestros dientes hacían el mayor esfuerzo por no morder. Imposible, era como si quisiéramos devorarnos.

Le quité la ropa e hice lo mismo con la mía, entonces empecé a embestirme contra él, subía y bajaba mientras lo escuchaba jadear dentro de mi boca; lo tenía bien sujeto de sus manos... no lo soltaba. Él quería liberarse, pero yo no. Me encantaba la forma en que su pelvis subía y bajaba, o los movimientos bruscos de su cabeza al tirarla hacia atrás y al querer besarme; sus gemidos cargados de placer; sus piernas que no se quedaban quietas... su cuerpo se endureció y ahogó un grito en mi boca. Su pene latió y empecé a moverme más rápido...

—Faustina... —gimió—. Pará... aaah... para... mierda.

No le hice caso, seguí, apretando sus manos contra el colchón con más fuerza. En la habitación solo se escuchaba mi respiración viciada por él y sus gemidos roncós que me provocaban cosquillas en todo el cuerpo. Era como un orgasmo total, solo que no había terminado. Me conformé con saber que él estaba disfrutando y acabando. Y cuando su cuerpo volvió a temblar, más fuerte esa vez, me froté contra su pelvis y las cosquillas se expandieron como agua... luego se concentraron en mi clítoris y exploté.

Caí encima de él, agitada, transpirada, temblando y sin fuerzas. Lo solté y enseguida sus manos encerraron mi cabeza y me besó.

—Te amo, vida mía. Te amo tanto...

—Es amor —susurré contra su boca—. Y el amor es amor solo si es

correspondido.

**Nuestra vida.**

—Te traje unas películas... sé que te gustan los documentales, así que son de animales y naturaleza... ah, la semana pasada descubrieron un iceberg rectangular en la parte norte de la Antártida. Dicen que nunca vieron las puntas coincidir de esa manera tan... no sé cuál era la palabra que usó, pero la nota estuvo bastante entretenida. Hasta la NASA lo fotografió desde arriba... de verdad, parece un rectángulo cortado a cuchillo. Sí... te las dejo acá arriba, seguro el enfermero te las puede poner en el DVD que te traje hace unos meses.

Me senté frente a mi papá.

Todavía me daba miedo... su mirada era fría y dura. Me costaba mirarlo porque no sabía lo que estaba pensando.

—Me reencontré con mamá hace seis meses atrás —sus ojos se aguaron y su respiración se hizo más rápida—. Ella está bien, tiene una hijita de diez años que se llama Milagros y está en pareja con René... es un buen hombre y la hace feliz. Seguramente, ya lo sabías, pero tal vez querías que te lo cuente. Y... no sé, papá... me enoja mucho tener que hablarte sin que me contestes... tal vez es mejor así, porque creo que si hablaras, no podríamos estar juntos en una misma habitación. Estuve pensando mucho en vos... me cuesta creer en... no entiendo por qué no querías lo mejor para mí. No entiendo tu bronca, tu enojo, tus brotes violentos... no te entiendo y nunca voy a entenderte. ¿Estás arrepentido? Porque si lo estás, tal vez pueda venir a verte más seguido... o tal vez no.

Me puse de pie y caminé hacia la ventana. Supuse que las flores que estaban en un jarrón se las había llevado Tania.

—Te perdono, papá —me di vuelta y me seguía con la mirada—. Te perdono, aunque no me pidas perdón. Te perdono por todo el daño que me

hiciste... por todo lo que me quitaste, por lo que nunca me diste, por el amor que nunca me sobró ni me alcanzó. Necesito perdonarte mientras vivas porque tengo miedo de arrepentirme... no quiero mirar atrás y preguntarme por qué no te perdoné.

Me acerqué al DVD y metí una de las películas. Esperé a que cargara y puse *Play*. Acomodé la silla de ruedas frente al televisor y me ubiqué delante de mi papá. Le sonreí y él cerró los ojos... una lágrima cayó por su mejilla...

—Ya te dije que te perdono —susurré y le besé la frente.

Agarré mi cartera y salí de ahí.

\*\*\*

Cuando entré en el departamento, fui directamente hacia el baño para lavarme las manos porque era viernes y Rafael estaba cocinando. Amaba eso... lo amaba porque significaba que había ido especialmente a la carnicería para elegir un corte de carne para nosotros dos. Lo sé, era una tontería, pero era la tontería más hermosa.

Si bien la cocina del departamento era demasiado chica para nosotros dos, me gustaba estar apretados. No sé por qué, pero no quise volver a la casa de Recoleta... me sentía más segura en ese lugar que había elegido para mí hacía más de un año atrás. Tal vez, lo preferí porque siempre pude tomar buenas decisiones o porque me gustaba la luz que entraba todo el día por los ventanales.

—Amor —lo besé en el hombro y me ubiqué a su lado, mientras acariciaba su espalda—. ¿Qué vamos a comer?

—Colita de cuadril rellena y puré de papas. ¿Está bien?

Me besó en la punta de la nariz y sonreí. Me encantaba cuando hacía eso.

—Perfecto. ¿Cómo te fue hoy?

—Bien, el fallo fue a nuestro favor.

—¡Bien! Felicidades. ¿Cómo está Omar?

—Insoportable —pasó el dedo por el puré y se lo chupó. Luego, repitió el movimiento y puso el pulgar en mis labios—. Chupá.

Lo hice.

—Mmmm —ronroneé con su dedo dentro de mi boca y me alejé, dándole un chupón a la última falange—. Le falta un poquito de sal, pero así está perfecto.

Metió la bandeja en el horno y agarrando un vaso con jugo de naranja

exprimido, empezó a tomar. Cuando terminó, me ofreció un poco acercándome el vaso. Le dije que sí. Y ahí estábamos, tomando los dos de un vaso con dos bombillas. Entonces, empezó a elevar la bombilla y fue ahí cuando me di cuenta de que, en realidad, era una sola bombilla con las puntas hacia arriba y yo había tomado el jugo de su boca. Los dos reímos, le saqué el vaso y me lo tomé todo... bueno, ya me había acostumbrado a sus bromas.

Mientras estaba haciendo pis, él se metía en el baño gritando. O cuando estaba durmiendo, me despertaba tirando agua en mi cara. También le gustaba usar máscaras de monstruo y se escondía detrás de la puerta del departamento para asustarme. Sí, a veces pensaba que era un niño ocupando el cuerpo de un adulto, pero después recordaba que estábamos haciendo cosas que antes no hacíamos. Como cocinar... o salir a cenar afuera, pasear un domingo en el Puerto de frutos, viajar a Mendoza en auto, cantar una canción, sacarnos fotos, filmarnos. Me enviaba videos pornográficos pidiéndome por favor que cuando llegara a casa, hiciéramos lo mismo.

Así era mi vida con él desde que habíamos vuelto.

Pero la sorpresa más grande que me había dado fue el día que apareció con la escritura del departamento. Le había pedido que viviéramos ahí y supongo que le molestaba pagar la mitad del alquiler. Al día siguiente, le transferí la mitad de lo que había costado el departamento. ¿Su otra sorpresa? Unos pasajes a Punta Cana. Los había comprado con la plata que le di... sucesivamente, le volví a transferir la mitad del paquete. Así éramos... un poco raros, pero nos divertíamos.

Lo que él no sabía era que estaba embarazada otra vez.

Sí, se lo tenía que contar, pero quería esperar hasta los tres meses. Necesitaba asegurarme que todo iba a estar bien, que el bebé que estaba creciendo en mi panza era sanito y estaba completito, que su corazón era muy fuerte y que todos sus órganos estaban en su lugar. No podía crearnos la ilusión de formar una familia sin saber qué estaba pasando dentro de mí. Buscaba el momento exacto, la oportunidad indicada... quería que fuera simplemente perfecto, con la ecografía en la mano, con el visto bueno de los médicos y... solo quería que fuéramos felices. Más de lo que éramos.

Por eso, cuando se cumplieron las doce semanas y el resultado de la translucencia nucal dio perfecto, decidí hacerlo.

Estábamos viajando hacia Mendoza. Él trabajaba en su computadora y yo lo observaba, como siempre. Me encantaba su perfil, el puente de su nariz, la

forma en que movía los labios cuando estaba concentrado, sus ojos achinados porque no había llevado los anteojos, la barba tupida y... se metió un dedo en la nariz, se rascó y volvió a escribir.

—Rafael —susurré.

—¿Mmm? —no me miró, solo gimió una especie de respuesta.

—Rafa, amor... —insistí y me miró.

Bajó la tapa de la computadora, la guardó en el estuche y ubicándose de costado, me prestó toda su atención. También me regaló una de esas sonrisas que me paraban el corazón.

—Te escucho, vida mía.

Respiré y sonreí mucho. Muchísimo. La sonrisa ocupaba toda mi cara.

—Estoy embarazada y *ella* está bien.

Su mirada pícara desapareció para convertirse en pura emoción. No puedo describir lo que me transmitió... pero era tan feliz como yo. Más. Más feliz.

—¿Ella? ¿Ella está bien? ¿De verdad está bien?

Asentí con la cabeza, mientras empecé a lagrimear. Sus manos encerraron las mías y las llenó de besos. Mis labios también fueron partícipes de ese momento y todo mi rostro fue besado... me abrazó, tiró de mi cuerpo para que me sentara encima de él y me apretó con fuerza.

—¿De verdad está bien? —susurró entrecortadamente.

Supe que esperar hasta los tres meses había sido una de las mejores decisiones que tomé en mi vida.

—Sí, amor. Sí... tenemos una bebida sana con un corazón muy fuerte.

—Dios mío... —susurró contra mis labios—. Pensé... pensé...

—No pienses más. Vamos a ser papás de una nena.

Y entonces, se puso de pie conmigo en sus brazos y gritó:

—¡Vamos a ser papás!

El avión rompió en aplausos. Literalmente, todos aplaudieron. Las azafatas nos sonreían y se acercaron a saludarnos cariñosamente. Hasta el piloto habló y nos felicitó. Y yo no podía creerlo. ¿De verdad había pasado todo eso?

Rafael volvió a besarme, mientras me secaba las lágrimas con las yemas de sus dedos, se reía y volvía a preguntar:

—¿Ella está bien?

—Muy bien —susurré contra sus labios—. Está creciendo muy bien...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó, rodeando mi nuca con sus manos.

—Solo... solo quería estar segura.

—¿Y cómo fue?

—Como la primera vez.

Le conté cómo me enteré... todo empezó con un atraso. Al principio, traté de no darle mucha importancia porque no quería que la ilusión me ganara. Pero, a medida que pasaban los días y la menstruación no me venía, decidí hacerme un test de embarazo. Aparecieron esas dos rayitas que significaban un bebé. La ilusión me ganó y ese mismo día fui al médico. Me hicieron la primera ecografía, en la cual se veía la bolsita bien formada y el diminuto embrión bien agarrado.

Le confesé el miedo que sentí al hacerme la translucencia nuchal y la felicidad al enterarme que estaba completita, que sus órganos funcionaban bien y estaban en su lugar, que su fémur medía exactamente lo que tenía que medir, que su tabique era tan perfecto como el de Rafael... y que tenía hipo. Entre risas, le dije que se estaba chupando el pulgar. Y admití que, cuando salí de ahí, me senté en el cordón de la vereda y me largué a llorar porque recordé a Benjamín, porque mi angelito me había regalado otra personita a quien amar.

Lloramos, por supuesto que lo hicimos. Lloramos por el recuerdo de Benjamín y por la nueva vida que estaba creciendo.

—¿Y cómo es su nombre?

Sorbí mi nariz y susurré:

—Francesca, pero le vamos a decir *Franchu*.

Dicen que no hay que desesperar porque el Universo ya nos escuchó y está trabajando para lograr eso que querés, ese sueño que tenés. La tormenta siempre viene primera, pero el arcoíris después. Y el tiempo es perfecto así como es.

**Francesca.**

Como buena fotógrafa y mamá, siempre tenía la cámara colgada al cuello. Sabía que dormían, por eso caminé hacia la habitación y Rafael descansaba tranquilamente en nuestra cama y Franchu estaba hecha una bolita diminuta encima de su pecho. Una imagen simplemente perfecta. Todavía me emocionaba verlos juntos... a veces, la miraba por mucho tiempo porque me parecía un sueño, creía que era irreal, pensaba que era demasiado para mis ojos, para mi vida y para todo.

*Franchu es mucho para todo.*

Sí, claro que estaba agotada y muerta de sueño. Cuando ella lloraba por sus cólicos quería que se durmiera y cuando lo hacía quería que se despertara porque me aburría. Y así, mi corazón se agrandaba... y verlo a Rafael en papel de papá me enamoraba más. Dios mío, el mal dormir me estaba volviendo loca.

Sonreí y poniéndome en los pies de la cama, elevé la cámara y tomé una foto preciosa en blanco y negro. Iba a imprimirla y ponerla en un cuadro. Sí...

—Hey —murmuró.

—Hola —sonreí y abracé la cámara contra mi pecho.

—¿No es hermosa?

Me reí con fuerza porque siempre repetía lo mismo.

—Sí, es hermosa.

—¿Te acostás con nosotros un ratito?

Dejé la cámara en la mesita de luz y me acurruqué a su lado. Pasó un brazo por mis hombros y me pegó a él, dándome un beso en la frente.

—¿Seguís enojada conmigo?

—No, ya se me pasó —mentí porque no quería seguir peleando. Bueno, tal vez sí—. Tenés que ayudarme un poco más, Rafael. No puedo sola con todo.

Levanté la cabeza y lo miré. Estaba sonriendo. Él y su sonrisa tranquilizadora.

—Lo sé.

—No puedo estar todo el día con Franchu en casa, mantener todo limpio, cocinar, atenderla, lavar ropa y... vos llegás de trabajar y lo único que hacés es agarrarla a upa y te olvidás del mundo. Yo también quiero acostarme y descansar un poco.

Meditó unos segundos, como si estuviéramos negociando. No, no era un negocio, era nuestra vida.

—Podría lavar la ropa.

—Sí, claro. ¿Y tenderla a las ocho de la noche cuando llegás? No, gracias.

Suspiré porque el enojo había vuelto. Me alejé de él dándole la espalda y volví a suspirar.

Sí, mi vida era perfecta, yo era feliz y mi hija estaba sana, completa y era una beba feliz, pero sentía que a veces iba a explotar. ¿Era una mala madre por eso? Él se la pasaba trabajando y cuando llegaba a casa, no soltaba a Franchu ni para ir al baño... sonreí porque recordé lo que había pasado la semana anterior. No encontraba a Rafael, ni a Franchu, los busqué por toda la casa hasta que lo escuché canturrear desde adentro del baño. Cuando abrí la puerta, estaba sentado en el inodoro, el pantalón acurrucado en sus pies y tenía a nuestra beba en sus brazos, mientras hacía lo segundo. Sí señor, así de intenso era. ¿Y porque no contar la vez que me insinuó empezar a darle mamadera para que él también pudiera alimentarla?

Entonces, sentí sus labios en mi cuello, su cuerpo se pegó al mío y corrió mi pelo hacia un costado.

—Te amo, vida mía. Perdón, prometo ayudarte un poco más —no le contesté—. Vamos... lo estoy prometiendo.

Me dio vuelta, se ubicó encima de mi cuerpo llevando mis manos hacia arriba y acarició mis labios con los suyos.

—Quiero que vuelvas más temprano a casa. Lo necesito, Rafa. Te necesito más acá y mucho más conmigo.

—Lo sé... sé que no todo es perfecto, que nuestra vida es más complicada de lo que imaginamos, pero tenés que entenderme. Es mi hija y... pienso todo el día en llegar a casa para tenerla conmigo y cuando estoy con ella, también la pienso. Y vos venís de su mano...

¿Yo iba de su mano? No, Franchu iba de mi mano.

—Rafael, cagaste con nuestra hija en brazos, eso no lo puedo permitir.

Y sonrió. Sonrió más hasta que esa sonrisa se transformó en una carcajada silenciosa y me contagió.

—Sí, eso no estuvo bien, es que no quería dejarla solita en la cuna, pensé que iba a extrañarme.

—Yo te extraño.

Besó mis labios y...

—Mierda, me mojaste toda la remera con leche.

Y... si estaba apretándome las tetas con su pecho, era obvio que iba a pasar eso. Acaso, ¿no podía tener más tacto al hablarme? Yo era la señora hormona caminando.

—Rafa, ¿te das cuenta?

—Sí, me doy cuenta de que estás celosa de nuestra hija.

—No... no... es solo que... necesito coger.

Miró la cuna y luego a mí, hasta parecía escandalizado por mi comentario.

—No digas esas cosas...

—Basta. Basta, Rafa. ¡Sos insoportable!

Lo empujé hacia la derecha y me puse de pie. Fui hasta el vestidor, me quité la remera, agarré un top limpio y dos protectores mamarios. Cuando terminé de vestirme, di la vuelta y Rafael estaba apoyado contra el marco de la puerta y sonreía.

—Voy a cogerte.

—Rafael, no me hagas emocionar.

Dio un paso al frente y sonrió.

—Voy a cogerte, vida mía.

—¿De verdad?

Dios mío, hasta estaba emocionada. ¿De verdad íbamos a tener nuestro momento después de un mes y medio del nacimiento de Franchu? Yo ya tenía el alta de mi médico.

—Sí... —siguió acercándose y yo, alejándome.

—¿No estoy gorda?

—Sí, pero sos la gordita más hermosa que vi en mi vida.

—¿Y no te molesta que esté despeinada?

—No, mejor...

Sonreímos como dos tontos dentro de un vestidor.

—Rafael.

Se acercó y encerrando mi cabeza entre sus manos, me besó en los labios. Y justo cuando estábamos profundizando el beso, escuchamos el llanto de Francesca. Nos quedamos quietos hasta que el llanto fue desconsolado y...

—Voy yo —dijo y dándome otro beso, salió.

Pegué mi frente contra la pared y casi me largué a llorar. Pero entonces, Franchu dejó de quejarse y al segundo, Rafael estaba otra vez pegado a mi espalda, bajándome el short, quitándome la bombacha, besándome el cuello, manoseándome...

—Se le había caído el chupete.

Me dio vuelta y clavándome los dedos en la cadera, me alzó y lo abracé con mis piernas justo cuando nuestros labios se unieron. Ahora sí, nuestro beso se intensificó y abrazándolo muy fuerte, dejé que entrara en mi cuerpo.

—Aaaah...

—Si no querés que se despierte, no grites.

Tiró de mi pelo y volvió a comerme la boca.

—Más fuerte... más rápido... —le pedía—. Por favor, Rafael... más. Necesito más...

Sus embistes aumentaron la velocidad, golpes secos, profundos y certeros. Me empujaba con fuerza, me apretaba contra la pared cada vez que su cadera tomaba envión... pero yo necesitaba más. Quería que fuera rudo, quería... quería...

—¡Aaaah! Más... más... más... ¡Más, Rafael! ¡Aaaaah! —grité, cuando el bendito orgasmo me atacó arrancándome la piel, ahuyentando a mis hormonas, alejando la mala onda y el mal humor—. Gracias... gracias, amor.

Para gente loca, estaba yo, por supuesto.

Cuando me di cuenta, mis pies tocaron el suelo y él, sacando su pene, se masturbó para terminar en su mano.

—Te extrañé, vida mía —susurró, pegando su frente a la mía.

—Yo también —coincidí y sonreí, poniendo mi mano en la cima de su cabeza y empujándolo hacia abajo.

—¿Qué hacés? —susurró.

—Nada, Rafa... va a ser rápido, lo prometo.

Abrí mis piernas para que pueda arrodillarse en el piso y antes de que su lengua acaricie mi clítoris, lo escuché reír.

Por fin, habíamos vuelto.

\*\*\*

—¡Rojita!

Mi mamá salió corriendo de su casa para recibirnos. Todavía no conocía a Franchu, por eso no le hice un escándalo cuando salió a la calle con los ruleros en el pelo y un camisón blanco. Se casaba en menos de una hora y estaba en medio de todos los preparativos.

—Ay, mirá qué preciosa es. Mirá la naricita respingada como la tuya, hija. Y el pelito oscurito como el del papá... ay, me muero. ¡Ay!

—Mami, entremos —me reí y le puse una mano en la espalda para guiarla hasta su casa. Más bien, empujarla.

Adentro había cinco mujeres, amigas y familiares por parte de René. Terminé de saludar y cuando levanté la mirada, estaba Tania apoyada contra la pared de la cocina.

—Encargada del mate —dijo, mientras sonrió.

—Encargada de las fotos —levanté la cámara.

Me acerqué a ella y la abracé. Mi mamá seguía con Franchu en los brazos, así que no me preocupé.

—¿Cómo estás?

—Como puedo... lo extraño mucho. Pero sé que ahora está mejor, ya no sufre más.

Me hubiese gustado decirle que yo también extrañaba a papá, pero no era cierto. Y tampoco iba a empezar a ser hipócrita en ese instante.

—Eso es verdad. Él dejó de sufrir, Tania. Tantos ACV juntos lo estaban matando poco a poco. Estaba durmiendo, no sintió nada.

—Lo sé... ¿Cómo está Francesca?

—Bien, por favor, rescatala en un ratito. Es muy chiquita para que la estén

besando tanto...

—Sos insoportable, Fausti. ¿Cómo puede ser que Rafael todavía te soporte?

—Porque me ama —contesté y sonreí.

En los últimos meses nos habíamos acercado mucho. El motivo había sido mamá.

—Conocí a alguien... me cuesta mucho entablar vínculos en este momento, pero espero que funcione. No sé, me gusta mucho como para dejarlo pasar.

—Tranquila, vas a ver que con el tiempo, vas a mejorar. Estás en pleno duelo.

La abracé y susurró en mi oído:

—Mamá también me cuesta.

—Lo sé —me separé de ella y le sonreí para tranquilizarla—. El otro día, para variar, discutí con Rafael. No importa el por qué, sino lo que dijo. A veces, hay que ver al mundo como es y a las personas por quienes son. Es una ecuación simple, cuando algo se trata del corazón, primero tenés que verte bien vos y después empezar... Tania, yo nunca te pediría que hicieras algo que yo nunca haría por vos.

—¿Entonces?

—Entonces, te pido que aceptes esto que está pasando, tenés que asumir que mamá se equivocó, pero también nos dio su explicación y para mí, es válida.

—¿Dejarías a Franchu con Rafael?

—Te estás equivocando, Rafa no es papá.

Y sí, con el tiempo había entendido muchísimas cosas. Porque eso hace el tiempo, ayuda a aclarar.

—Voy a buscar a Franchu —dijo al fin.

—Por favor.

Entonces, empecé a tomar fotos como hija, no como fotógrafa. Capturé la emoción de mi mamá y la espera para sellar ese amor que le tenía a René. Congelé la previa al casamiento para que le quedara un recuerdo lindo entre unas amigas y su familia, entre sus tres hijas que tanto la querían y una nietita que no entendía nada.

Y cómo cambian las personas, las situaciones, los momentos, las vidas...

las oportunidades. ¡Ahí estaba el secreto de todo! Las oportunidades que damos, no importan cuántas sean. La cantidad es lo de menos, porque lo que verdaderamente tiene sentido es lo que nosotros queremos hacer. Una meta no es un objetivo si primero no fue un deseo o un sueño.

—¿Estás lista, mami? —pregunté, antes de verla salir por la puerta de su casa y tomar la última foto.

—Sí, rojita. Estoy lista.

Me guiñó un ojo, se dio vuelta y disparé mi cámara. La sombra del interior combinada con la luz del sol que entraba por la puerta me regaló un instante perfecto. Y recordé la última vez que la vi salir por la puerta de nuestra antigua casa y nada tenía que ver con la mujer que estaba delante de mí en ese momento.

Escuché el llanto de Franchu... apagué la cámara y fui en busca de mi hija. Rafael estaba apoyado contra la puerta del auto, trataba de calmar la desesperación de nuestra hija dándole muchos besos en las mejillitas. Levantó los ojos hacia mí y sonrió.

Volví a preguntarme: ¿qué hubiese sido de mí si nunca lo hubiera conocido?

—Acá está mamita... mirá, Franchu. Ya llegó mamá... hola, mamá —decía en voz baja.

Me acerqué a ellos y sonreí, agarrando a mi hija con mis manos y poniéndola en mi pecho. Su boquita, enseguida comenzó a buscar su fuente de alimentación como si fuera un pequeño pececito tratando de sobrevivir en la superficie. Me reí fuerte, mientras mis ojos, todavía, se llenaban de lágrimas cuando se trataba de amamantarla.

—¿Ya llegaron tus papás y tu abuela?

—Sí, vida mía. Ya están en la iglesia. Y vos estás hermosa.

—Gracias, vos también —lo besé en los labios y le sonreí—. Te amo, Rafael.

—Yo también te amo, Faustina.

Mi marido y mi hija eran tres letras que formaban una palabra: *hoy*. Eran los protagonistas de mi vida, de mis sueños, de mi libertad. El ayer era mí hoy y el hoy era mí siempre, así de simple.

Y acá estoy... haciéndole honor a la palabra resiliencia, enfrentándome a las adversidades de la vida, transformando el dolor en fuerza motora para

superarme y salir fortaleciendo de ellas. Porque una persona resiliente entiende que es el arquitecto de su propia vida, alegría y destino.

Porque al fin y al cabo, ser fuerte significa rebotar, superar, transitar y avanzar, pese a todo.

**Fin.**

## **Agradecimientos**

¡Gracias! Sí, a vos, que siempre te emocionás con mis historias y seguís creyendo en mí, que apostás y te animás a darme otra oportunidad. ¡Gracias, de verdad!

Gracias Gisela, amiga de mi alma, por permitirme contar la historia de Benjamín y regalarle a todos los que me leen, un pedacito de tu primer gran amor. Benjamín no solo pasó a ser una parte de mi corazón, también del mundo. Y te agradezco por simplemente confiar en mí.

Gracias a mi cuñado, René López, por dejarme introducir en esta preciosa historia la canción “Cronología” que le escribió y dedicó a su hija de quince años, Camila. Ustedes la leyeron, pero escucharla es mucho más hermoso.

Y el último agradecimiento es para mi amiga Mariana, de México, por leer mis manuscritos, aconsejarme y enviarme audios eternos diciéndome lo mucho que le gustan mis historias. Te quiero con todo mi corazón, amiga.

Espero que les haya gustado muchísimo esta historia de amor, porque definitivamente fue una de las mejores que escribí.

Los beso. Los abrazo. Los quiero.  
Hasta mi próximo libro.

**Estefi.**



## **Estefanía Scioli**

Es escritora de novela romántica y periodista, nació el 3 de octubre de 1989, en Lanús, Buenos Aires, Argentina. Comenzó a escribir a temprana edad, lo cual se convirtió en su profesión. Leyó su primera novela a los trece años, convirtiéndola en una romántica empedernida. Continúa escribiendo, combinando sus grandes profesiones: autora y mamá. Títulos de la autora: “Bienvenidos a Italia”, “Un sueño cumplido”, “¿Y si nos volvemos a enamorar?”, “Hasta nuestro próximo beso”, “Ocho años”, “¿Qué harías por un mensaje?”, “Quería besar su risa” y “Él quería besar mi risa”, “Última vuelta”, “Ciega, sorda y Muda”, “Areco”, “Un matrimonio para enamorarse” y próximamente “El poder de las voces”.